GUS EYRA

narrativas argentinas

GINECEO



Editorial Sudamericana

GUSTAVO ALEJANDRO FERREYRA

Gineceo

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Queda hecho el depósito
que previene la ley 11.723.

*Humberto I*º *531, Buenos Aires.*

www.edsudamericana.com.ar

ISBN 950-07-2077-9

A Estela
A Graciela

Capítulo I

Azul urgió a su amiga a que atravesaran el comedor y apenas estuvieron en el dormitorio cerró la puerta.

—¿Puede ver la TV así, con la imagen moviéndose de esa manera? —le preguntó Sofía, quien a pesar de todo había visto a la abuela delante de la pantalla de TV, cuya imagen giraba a buena velocidad.

—Sí. Ella ve igual. Ella...

—¿Hace mucho que está así la TV?

—No... Hace dos días —mintió Azul—. A veces para.

—Yo me vuelvo loca si la miro así.

La puerta se había abierto sola y Azul la volvió a cerrar, todavía con más fuerza.

—Mostrame las fotos —le pidió Sofía.

—Después. Las tengo que buscar y... no sé dónde están.

Sofía se acercó hasta una cartelera de corcho que se hallaba adosada a la pared.

—Es divino —comentó con inquieta resignación mientras miraba una pequeña foto.

—A mí no me gusta más —espetó Azul con acritud.

—¿Y para qué lo tenés?

Azul no contestó de inmediato. No sabía a ciencia cierta por qué lo mantenía allí, pero el hecho de que ahora le desagradara no la había llevado en ningún momento a pensar siquiera que podía deshacerse de esa pequeña foto. En realidad, nunca se deshacía de nada que ella hubiera tocado y a lo sumo la hubiera sacado de allí y guardado en un cajón. Pero se resistía a efectuar el más mínimo cambio en su cartelera.

—Tendría que poner otra foto... —intentó justificarse.

—¿Y no tenés?

Aturullada, Azul fue hasta el escritorio y abrió un cajón. Estaba repleto de cosas, desde papeles de caramelos y boletos de colectivo hasta las virutas de los lápices al sacarles punta. Revisó sin mucho entusiasmo el montón de cosas.

—No sé. Ya encontraré algo —se expidió rápidamente, cerrando el cajón.

—Dejame ver —dijo la amiga, más decidida, y abrió el cajón—. ¡Qué desastre! —Sofía se puso contenta al ver esa acumulación de cosas sin objeto—. Poné algo y regalame esa foto a mí —le dijo en tono imperativo.

A Azul los colores le subieron a la cara. Por mucho que ahora despreciara a ese cantante no quería ceder la foto. Aunque, por otro lado, sabía que Sofía era cada vez más amiga de Victoria y que fácilmente podía perderla, si no es que la había perdido ya, porque ese día, arguyendo que ella llegó tarde, se había sentado junto a Victoria.

—Avísenme si quieren tomar algo, que durante una propaganda se los preparo —voceó la abuela desde el otro lado de la puerta.

—Me la llevo —dijo Sofía, y acto seguido desprendió las chinches y guardó la foto en su mochila.

Azul se puso violentísima, aunque no sabía qué hacer ni qué decir. Miraba con ojos agrandados por la angustia la mochila de su amiga, indignada hasta el paroxismo por lo que ella había hecho, entregada en cuerpo y alma a la idea de su absoluto derecho sobre esa foto; y más aún, ya que en el fondo de sí sentía que se trastocaba algo que hacía al orden de su universo, a la necesidad de que las cosas fueran de una forma y no de otra. Casi sentía dentro de sí la potencia suficiente como para hacer desaparecer a Sofía, abrazado su pensamiento a la palabra "morite". Y su enojo se alimentaba también de su propia impotencia, en razón de que, aunque a Azul se le hiciera increíble, Sofía no se daba por enterada de la situación y se la veía satisfecha con lo que había hecho. Azul caminó hasta la mochila de su amiga y se inclinó sobre ella.

—Es mía —musitó con voz gutural, sin decidirse aún a abrir el cierre.

—¡Hey! —Sofía se interpuso, tirándose sobre la cama en la que estaba su mochila, alejándola de la posible acción de Azul. Mientras lo hacía levantó la vista hacia su amiga y vio esos ojos grises que, inundados de estupor, se desbordaban sin salirse de cauce, desplomados sobre sí mismos. Asustada, Sofía se dirigió hacia la cabecera de la cama arrastrando su mochila, acercándose a la puerta de la habitación. Ante esto, Azul se quedó inmóvil. En su mente se había abierto paso la presunción de que más le valía esperar su oportunidad que forzar las cosas en ese instante y que Sofía huyera con la mochila. Miró de soslayo hacia la puerta, tal vez calculando la distancia a la que estaba Sofía. No iba a recuperar su foto ahora, pero se aferraba a la idea de encontrar una forma maligna de hacerlo. Quería infligirle un daño irreversible. Por lo pronto, se acordó del ofrecimiento de la abuela y fue a abrir la puerta.

—¡Mamá! —gritó, dirigiéndose a su abuela— ¡Leche!

—¿Querés algo? —le preguntó Azul a su amiga, quien parecía dispuesta a irse.

—No... —dijo Sofía, dudosa, sosteniendo todavía una de las manijas de la mochila.

—Le voy a sacar una fotocopia color y te la devuelvo —declaró luego.

Azul se distendió y pensó en decir algo que agradara a su amiga.

—¿Querés la leche? —la abuela apareció en el vano de la puerta.

—Sí.

—¿Y vos, no querés una leche chocolatada? —se dirigió a Sofía.

—No. No tomo leche.

—Traé unas galletitas de chocolate —le ordenó Azul a su abuela.

—No hay.

—Pero voy a comprar —afirmó luego la señora al ver la cara de Azul, resignando su programa de TV. Y giró sobre sí misma para ir a buscar la billetera, volcando hacia la espalda la larga trenza de pelo canoso que usaba

desde hacía unos años. Tenía un pelo muy lacio y todavía abundante, y para armar la trenza lo peinaba bien para atrás, despejando por entero su cara redonda y ya algo macilenta. Sus ojos acuosos, de un celeste descolorido, se agrandaban por efecto de unas grandes lentes rectangulares, montadas sobre un armazón de metal.

—No me cambien de canal —les gritó a las chicas cuando volvió a pasar por el pasillo, de camino hacia la puerta del departamento.

—¿Todos los canales se ven así? —preguntó Sofía, mientras descascaraba una pared, la que tenía la pintura levantada en muchos lados.

—Sí. Aunque hay dos que paran más seguido.

—¿Y no lo hacen arreglar?

Azul se encogió de hombros.

—¿Quién le hace la trenza?

—Ella se la hace.

—Es raro ¿no? que use una trenza tan larga.

—Vamos a ver qué dan —propuso Azul.

—Si no se ve nada. Mejor dame ahora un poco de ese perfume que me prometiste, porque después me voy a olvidar.

—Es de mi tía. Vení.

Salieron del dormitorio. Cruzaron el comedor y entraron en la cocina. Azul empujó una puerta algo desvencijada, que chirrió al abrirse. Ingresaron a un cuarto pequeño, muy ajado, casi un cuchitril, una piecita de servicio que el arquitecto agregó en un rincón que carecía de utilidad, suerte de apéndice de la cocina. La cama, angosta, ocupaba todo un costado de la piecita. Por encima de ella, contra la pared, se sucedían casi hasta el techo una serie de estantes tan largos como la cama, en los que se amontonaban las cosas más diversas, desde cosméticos y ropa de todo tipo hasta alguna lata de pintura. Azul se subió a la cama y empezó a revisar unos estantes.

—Siempre lo pone en lugares distintos —Azul corría cosas y hurgaba aquí y allá. La exasperaba no encontrar algo de inmediato, máxime si era de su tía. Nunca encontraba fácilmente ese perfume y se lo reprochaba a su tía con acritud, quien se defendía afirmando que lo

colocaría a partir de ese momento en tal lugar, en el que a la postre nunca estaba. Azul tenía ganas de arrojar sobre la cama gran parte de lo que estaba allí, hasta encontrar el perfume.

—Es horrible el cuartito. Pobre tu tía —comentó Sofía.

Azul echó apenas una mirada en derredor. Nunca se había figurado nada al respecto, jamás se había detenido a pensar si ese cuartito era feo o lindo. Era parte del departamento en el que siempre había vivido y en el que todo sencillamente estaba y existía por fuera de cualquier posible apreciación. Ya había poca luz natural en la habitación y la del velador casi no llegaba a los estantes superiores. Azul tomó un banquito y lo colocó arriba de la cama, sobre el banquito puso la almohada de su tía y se subió allí para llegar hasta el último de los estantes.

—Vos me habías dicho que tu tía era tuerta, ¿no? —Sofía no pudo evitar una sonrisa al hacer la pregunta.

Azul echó una risita. La palabra "tuerta" le resultaba cómica.

—Sí —dijo, mirando a su amiga desde arriba—. Es tuerta.

Las chicas se tentaron de risa. Sofía se recostó contra el marco de la puerta, sacudida por las carcajadas. Azul se dobló hacia adelante para mantener el equilibrio arriba del banquito, pero la almohada en la que estaba parada no era una buena base y se cayó en la cama. Ésta, vieja e inestable, se movió de tal forma que, si no hubiera estado contra la pared, se hubiera vencido. Azul dio una vuelta sobre sí misma, más risueña todavía por la caída y el golpe. Y aún se rieron por un rato, las dos repitiéndose mentalmente cada tanto la palabra tuerta, buscando la mirada de la otra cuando la risa amenguaba para que en la complicidad y por contagio cobrara fuerzas.

Azul pensaba a menudo en ese ojo ciego de su tía. Desconfiaba de él. Si bien tenía trazas de muerto en cierta manera miraba y Azul creía advertir en ocasiones que estaba abierto al mundo, tal vez percibiendo algo que no era exactamente una visión. A veces la atemorizaba cuando parecía fijarse en ella y auscultarla desde su apa-

rente vacío, desde esa vida propia, independiente de la tía, que había cobrado a partir de su muerte. No parecía posible que se lo pudiera engañar, y él solo despertaba en Azul mayor respeto y temor que su tía entera. Incluso hacía a ese ojo un ente masculino y esto la llevaba a cobrar una mayor inquina contra él. En muchas oportunidades había fantaseado con la idea de coser los párpados de su tía mientras dormía y acabar así con las pretensiones de ese ojo. Allí estaría, incólume e igual a sí mismo tras el párpado, pero se evitaría de verlo y esto ya resultaría para ella tranquilizador. Odiaba a su tía por tener ese ojo y no hacer nada al respecto, porque, pese a la independencia del ojo, no podía sino considerarse que había una suerte de complicidad entre él y su tía. Era imposible creer en la inocencia absoluta de su tía, ya que el solo hecho de portarlo era una prueba de esa velada malignidad que Azul adivinaba en ella.

—Tendría que usar un parche —dijo Azul cuando las risas ya decaían, y el comentario las avivó por unos segundos pero no pudo evitar que por fin murieran.

Más de una vez le había dicho a la abuela que Raquel debía usar un parche, y afirmaba que éste le quedaría mejor que ese ojo monstruoso. O bien hablaba de una operación. En este caso, su tía Raquel intentaba explicarle que su ojo ya no tenía remedio y que jamás volvería a ver con él, pero Azul no se refería a una operación que le devolviera la vista, cosa que la tenía sin cuidado, sino a aquella que quitase ese ojo de su vista, tal como lo lograba en sus fantasías a través de la costura de los párpados. Unos dos años atrás, cuando Azul tenía once, se había interesado mucho en la medicina y en particular en la cirugía. Había creído verdaderamente que podría hacer algo con sus propias manos para derrotar a ese ojo. Durante unos meses consultó algunos libros y folletos, y vio uno que otro programa médico en TV. Se había informado de este modo de la existencia del bisturí, y había puesto muchas esperanzas en él; imaginaba que este instrumento actuaba sobre el ojo y cercenaba por completo su poder. Y ahora, que se estaba desarrollando físicamente y advertía las miradas masculinas hacia su cuer-

po, Azul se figuraba que conquistaría a un médico, el que, por deseo, se haría cargo de ese ojo.

—Quizás tenga un parche en medio de todo esto —arriesgó Azul, y empezó a arrojar las cosas de los estantes hacia la cama.

Sofía, curiosa, revisaba lo que iba cayendo.

—¡Acá está! —gritó Azul, entusiasmada, y mostró a su amiga un frasco de perfume—. Hay que conseguir algo en donde pasarlo —dijo resueltamente, bajando de la cama.

Se escucharon unas llaves que accionaban la cerradura de la puerta del departamento.

—Cuidado que es tu abuela —dijo Sofía y se dio a subir cosas a los estantes.

—No importa. No va a ver nada.

Las chicas pasaron a la cocina en el momento en que por la otra puerta entraba la abuela.

—Traigo las galletitas de chocolate que a vos te gustan —le anunció a Azul, y, dejándolas sobre la mesa, se dispuso a preparar la leche chocolatada. La nieta, mientras tanto, buscó por unos instantes en las alacenas un frasquito o algo similar en donde pasar el perfume para su amiga, pero desistió casi inmediatamente.

—Mamá. Me das un frasquito para pasarle un poco de perfume a Sofía.

—Ya te busco —la mujer dudó por un segundo, no sabía si interrumpir o no lo que estaba haciendo para buscar el frasco. A golpe de memoria no recordaba tener a mano nada apropiado como para dárselo a Azul. De cualquier manera, por el momento no se alejó de la lechera, observando el blanco líquido que se calentaba en su interior en tanto pensaba en el frasco y se lamentaba por no haber sido más previsora. Aunque, por otra parte, estaba absolutamente segura de que encontraría algo con que satisfacer a su nieta, aun cuando tuviese que tirar alguna cosa a la basura. Las chicas habían salido de la cocina y la leche no daba todavía ninguna señal. Debía apresurarse porque no faltaban diez minutos para que empezase el sorteo principal en el programa de TV y ella había enviado una gran cantidad de cupones. Pensaba, ade-

más, en comunicarse por teléfono para participar de los concursos adicionales. Había llamado cientos de veces a ese programa y se había comunicado una sola vez, pero en esa oportunidad, obnubilada por la emoción, sorprendida en grado sumo por algo que no esperaba que sucediera, había trastabillado varias veces al hablar y su actuación había sido decepcionante. La voz se le cortaba sin que pudiese hacer algo para remediarlo. El conductor, una estrella de TV de una simpatía extraordinaria, se había molestado con ella y casi la amonestó desde la pantalla, inusualmente irritado. Esto la puso más violenta y ya no pudo más que emitir una suerte de gemido, el que le dio pie al conductor para que, mudando de humor, hiciese un chiste cruel —y subido de tono, ya que sugirió que le habían metido algo en el culo— y cortase la comunicación. Desde ese día no ansiaba más que la revancha, reivindicarse ante el conductor que admiraba; la obsesionaba la idea de hacer una actuación decorosa, de granjearse alguna loa de aquel hombre. A tal efecto, preparaba su actuación una y otra vez, repitiéndose las frases que habría de decir, corrigiéndolas con el tiempo en la medida en que el teléfono daba siempre ocupado. Dado que el esquema dentro del cual se producía el llamado siempre se repetía, confiaba en que podría hacer buen uso de lo planeado, e incluía dentro de esto un par de humoradas que, creía, encuadrarían a la perfección con el tono del programa. Quería que se rieran pero ya no a su costa. Muchas veces había fantaseado con los elogios que el conductor le dirigiría, su amabilidad alambicada, la simpática deferencia con que sería tratada cuando sacase a relucir lo que tenía entre manos.

Terminó de hacer la leche cuando todavía restaban cinco minutos para los concursos. Encontró en la heladera un frasquito de esencia de vainilla que estaba por la mitad. Tiró lo que quedaba en la pileta y lo lavó. Puso unas galletitas en un plato y llevó todo al dormitorio de Azul. Calculó luego que tenía tiempo para ir a buscar en el armarito del baño unas gasas y tela adhesiva para su herida del vientre. Podría cambiarse el vendaje mientras veía la TV. La puerta del armarito no llegaba a

abrirse por completo y se daba contra el inodoro. La señora, en su apuro, golpeó con fuerza el artefacto y pudo advertir entonces la presencia de un sorete en el fondo de la taza. Debía estar hacía un tiempo allí, ya que el agua en derredor estaba amarillenta. De seguro que era de Azul, quien jamás hacía correr el agua. Recordando la presencia de Sofía, la señora estuvo a punto de apretar el botón, mas se arrepintió y lo dejó allí. Llevando las gasas y la tela adhesiva, se dirigió al living-comedor. No habían empezado los concursos, pero el conductor los anunciaba como inminentes y sonreía, feliz. Se movía entre los decorados como un chico impaciente, recordando una y otra vez los premios que se darían ese día. Parecía tan fácil ganar cuando se lo escuchaba que para la abuela de Azul era un gusto estar allí, delante del televisor, a pesar de que la pantalla giraba y giraba sin detenerse. El conductor, moviéndose con agilidad en derredor de algunos de los premios, recordó los números telefónicos, y acto seguido la señora tomó el teléfono, impaciente. Había que tener una suerte increíble para que empezara a llamar en la milésima de segundo que seguía al corte de uno de los teléfonos del canal; de lo contrario era otro el que se comunicaba. La señora aguardó por unos momentos, diciéndose que no debía precipitarse; y cuando sintió una suerte de premonición, empezó a marcar. Algo en su interior le decía que esta vez su llamado entraría en el momento justo. Le dolía la herida del vientre, seguramente porque respiraba con cierta agitación. El conductor afirmaba que los teléfonos estallaban y, riéndose, se tiraba de los pelos. No podía dejar de moverse, estaba transportado; parecía que podía sentir todo el deseo que había en esos miles de llamados que pujaban unos contra otros.

Pese a su premonición, el llamado de la abuela de Azul cayó en saco roto y ella pudo escuchar los rítmicos pitidos del teléfono ocupado. Cortó y volvió a llamar, aunque ahora con menos fe y casi con enojo. Y llamó una y otra vez, hasta que se convenció de que era inútil. La mujer le echaba la culpa al teléfono, a su propio aparato, tal si éste fuera ineficaz o tuviera la malignidad de boico-

tearla. Lo miró con disgusto, tal vez a sabiendas en su fuero interno de que no era verdaderamente culpable, mas sin ánimo tampoco de ir más allá, sintiéndose cómoda con esa injusticia que cometía adrede contra el aparato, al que, al colgar, golpeó despreciativamente con el tubo. Y el conductor ya estaba comunicado con uno de los televidentes, cuya cara, tomada por una diminuta cámara ubicada en su propio teléfono, aparecía en un marco pequeño ubicado en un ángulo inferior de la pantalla. Era un barbudo rojizo, desdentado, que reía de a trechitos y que apenas si hablaba con monosílabos. De cualquier manera, el conductor seguía adelante con lo suyo y utilizaba las módicas respuestas del otro meramente para cobrar impulso. La abuela de Azul estaba ahora muy tiesa, dominado su ánimo por dos inclinaciones ambivalentes: la admiración por el conductor y el menosprecio por el televidente. Vagamente surgía en el fondo de su mente el recuerdo del maltrato recibido por parte del conductor, y lo comparaba con el que recibía el barbudo. Y un interrogante subyacía en ella: ¿por qué no lo zarandeaba como correspondía?, ¿por qué era casi condescendiente con ese barbudo? ¿No era acaso una oportunidad para desconcertarlo de tal manera que se quedase solamente con el premio mínimo? Como ocurría a menudo, no estaba contenta con lo que el conductor estaba haciendo, aunque aun así le gustaba. El joven era díscolo para con sus deseos y, en general, hacía lo opuesto a lo que ella tenía por razonable, como en este caso por ejemplo, en que se negaba a aplastar al barbudo, el cual, riéndose de a trechitos, se ganó uno de los premios mayores.

Raquel se sentó en el borde de la butaca y ubicó el ojo donde el médico le había indicado. Las luces iban hacia el ojo como los vientos al centro de un tornado, aunque no llegaban a encandilarla. El ojo era como un actor del cual no había que perder detalle pero al que no había que perturbar. Agrandado por los lentes, se podía ver en la pantalla del monitor un ojo demudado y perplejo. El médico se inclinó sobre él con suma tranquilidad. Veía

ojos allí durante todo el día, y allí estaba éste, un ojo pardo y asustadizo. El médico reguló la intensidad de la luz de la pantalla e hizo chasquear los dedos; ruido que, por unos segundos, aumentó todavía más el susto del ojo.

Raquel estaba muy incómoda y no tenía un buen presentimiento. La habitual conversación del oculista, distante pero casi continua, había sido reemplazada en esta ocasión por un abstraído silencio y un semblante algo preocupado. Tal vez esto era así desde que ella había entrado al consultorio, no obstante Raquel lo relacionaba con los resultados de su revisión. Era evidente que el hombre estaba molesto por algo, y ella, pese a su nerviosismo, debía permanecer inmóvil, con su único ojo vivo ocupado en estarse allí, frente al aparato, en vez de vigilar las facciones del médico. Sólo llegaba hasta ella, cada tanto, el chasquido de los dedos, y no recordaba que los hiciera sonar en anteriores oportunidades.

—¿Sigue fumando?

—Sí... —Raquel dudó. Estaba segura de que nunca se le había hecho una recomendación en contra del cigarrillo, y no advertía la relación con su problema de la vista.

—¿Tendría que dejar de fumar? —preguntó por fin Raquel, considerando que tenía cierto derecho a hacer la pregunta, aun cuando todavía su ojo seguía siendo inspeccionado.

El oculista se demoró en contestar.

—Es verdad que la visión de este ojo ha desmejorado; muy lentamente, apenas, pero está algo peor que la última vez. Yo le diría que quizá sea conveniente que deje de fumar. No hay nada que esté probado al respecto, pero el más pequeño factor puede influir y... su... —el médico pareció perderse por unos segundos—. Hay que hacer todo lo posible por este ojo —la voz fue declinando—. No hay que descuidar detalles que... —no llegó a terminar la frase.

Raquel aguardaba este diagnóstico porque, a pesar de que se había negado a admitirlo sin más, percibía esa ligera disminución a que el médico hacía referencia. Había ido portando una doble esperanza: que el oculista no

la advirtiese o, en su defecto, que le quitase toda importancia. Y sus esperanzas habían caído con las primeras frases, y sin ellas su pensamiento se había detenido, empantanado en un pesar brumoso que la dejaba por entero en silencio. Se corrió todavía más hacia la punta de la silla.

Unos segundos más tarde el médico daba por terminada la revisión, levantándose y apagando el aparato. Raquel lo miró, esperando que se expidiese en algún sentido, sin animarse a moverse de esa puntita de butaca que ocupaba. Pero el médico no dijo nada y fue hasta el escritorio. Raquel se puso de pie, un poco desconcertada. Él se dio a mirar unos papeles con disgusto y chasqueó la lengua un par de veces. Raquel estaba consternada. Siguió acercándose al escritorio. Pudo ver que el médico apartaba los papeles hacia un costado con evidente fastidio.

—Me ha llegado un resumen de la tarjeta de crédito con gastos que nunca hice. Estoy harto. Lo miro, lo vuelvo a mirar y no lo puedo creer.

Raquel no supo qué decir y miró los papeles que el médico señalaba, aunque, a causa de la revisión, tenía su ojo sano inundado de lágrimas y veía borroso.

—Siéntese —le ordenó el médico. Y mientras Raquel se sentaba, regresó su mente al caso que tenía entre manos.

—No debe fumar —repitió, tomándose de lo primero que vino a su pensamiento.

—Y además, ¿qué se puede hacer? —preguntó ella.

—Nada. Hay que esperar a que el proceso continúe... —bien que repentinamente el hombre sacudió la cabeza, como arrepintiéndose de sus palabras—. Pero ahora vamos a recetarle una lente para que ese ojo no se esfuerce. De cualquier manera, no va a tener mucho aumento; es más que nada para que el ojo se distienda.

Raquel se sorprendió por las palabras del médico. Recordaba que tiempo atrás sostenía la tesis contraria, afirmando que lo mejor para el ojo era esforzarse y que la lente lo llevaba a un progresivo deterioro. En otras circunstancias no hubiera dicho nada, pero tratándose del

único ojo que le quedaba se vio impelida a sacar a luz esa aparente contradicción.

—Pero usted me había dicho hace un tiempo que...

—Yo sé que no te gusta nada la idea —la interrumpió el médico— porque pensás que tu ojo muerto con los anteojos se va a ver como algo monstruoso, pero no es necesario que lleves una lente de ese lado. Existen medios para equilibrar los pesos, colocando unas pesitas en las monturas, o se pone una lente sin aumento, o podés usar una lente de contacto... aunque no, en tu caso no lo recomiendo —y el médico hizo un gesto de desaprobación.

Raquel se quedó como vacía de fuerzas para continuar con lo que venía diciendo. Miraba las lentes del médico, que descansaban sobre el escritorio, y no llegaba a precisar su pensamiento.

—Yo tengo este ojo —dijo de repente, tal si sus palabras surgieran espontáneamente de un lugar que no era exactamente ella misma o que al menos no era aquel del cual surgía el discurrir de su pensamiento—. Y... Tengo el ojo —repitió con voz queda y ya no tenía nada más para decir, por lo que quedó turbada.

—Y lo vas a tener por tiempo. No hay que dramatizar. Yo te voy a hacer la receta para la lente. —Y acto seguido abrió un cajón para buscar el recetario.

Luego de un rato de infructuosa revisión del cajón, se dio a buscarlo arriba del escritorio, hasta que se topó con el resumen de la tarjeta de crédito y no pudo evitar tomarlo.

—Intentan robarme —le aseguró a Raquel con una voz gutural, extraña—. Esto es lo que hay que ver en el mundo —afirmó, mostrándole el resumen—. Así que no se haga tanto problema.

Y se quedó mirando el papel, como si no pudiese convencerse de la facturación que allí figuraba. Quería descubrir la lógica que seguía la empresa de crédito en su estafa, porque se negaba a creer que aquellos gastos que se agregaban fueran inventados sin ton ni son, aleatoriamente. Estaba convencido de que los negocios que figuraban y las cifras inventadas tenían una razón de ser.

¿Eran, por ejemplo, un porcentaje estipulado sobre sus gastos reales? Él había hecho el cálculo y había obtenido un 26,40%, una cifra que parecía en exceso caprichosa para su gusto, aunque no descartaba que fuera el resultado de una larga serie de cálculos que realizó la compañía, ponderando una gran cantidad de factores, desde psicológicos hasta legales. ¿Robaban exactamente un 26,40%, o más bien había que detenerse en la cifra absoluta? No había llegado todavía a ninguna conclusión y esto le molestaba; no podía tolerar esa suerte de vaguedad en la que estaba el asunto. Con los nombres de los negocios ocurría otro tanto; seguramente no eran inventados pero, ¿cómo los elegían?, ¿participarían de la maniobra de alguna forma? Había recibido el resumen esta mañana y las obligaciones le habían impedido analizar el tema con detenimiento; la sucesión de pacientes lo exasperaba. En un ratito que tuvo libre había llamado a la empresa; sin embargo no había hecho referencia concreta a su caso ya que deseaba actuar sobre seguro. Entonces dio una serie de razones que le parecieron plausibles, aunque impacientaron a la empleada que lo atendió, quien lo derivó a otra, la que a su vez le sugirió que hablara con la sección contabilidad. El oculista había cortado el teléfono diciéndose que la próxima vez llamaría para plantear su caso particular, y esto en cuanto tuviese en sus manos ciertos elementos que diesen fuerza a sus argumentos. Barruntaba que, si el robo era sistemático, como cabía esperar, había también un circuito que licuaba las protestas y que llevaba a creer al cliente que las cosas seguían un curso correcto.

—Roban —le dijo a Raquel—, y tenemos que estarles agradecidos. Fíjese esto —y le extendió el resumen delante de su ojo, tratándola ahora de usted—. Esto —le indicó uno de los renglones—. Es un invento. Es probable que ya casi nadie revise los resúmenes y pague sin chistar lo que le dicen, pero yo me tomé la molestia de chequear mis gastos.

—Puede que algún comerciante que usted olvida haya usado un cupón suyo como dinero —arriesgó Raquel.

El oculista se quedó pensando con cara de pocos amigos.

—No es posible —se expidió y dejó el resumen en un costado—. No encuentro el recetario —le informó—, así que... —e hizo un ademán de impotencia.

—¿Puede hacer la receta en una hoja cualquiera? Con su sello y firma supongo que tendrá validez.

El oculista negó con la cabeza y con la mano, descartando de plano esa posibilidad. Levantó las cejas, mirando un punto en lo alto de la pared de enfrente. Parecía que iba a decir algo, pero permanecía en silencio.

—Puede que mi secretaria tenga un recetario —dijo por fin, y se levantó, tomó el resumen de la tarjeta de crédito y salió del consultorio.

Veinte minutos más tarde Raquel subió a un colectivo. Pagó y se sentó, llevando en la mano todavía la receta que el oculista le había extendido. No se había decidido a ponerla en la cartera. Sentía que, de hacerlo, se estaría resignando al diagnóstico, y no cabría más que aceptar el curso de las cosas. La receta en la mano la tensionaba y la hacía estar alerta con respecto a las ideas que circunnavegaban su pensamiento. Miraba fijamente hacia adelante con su único ojo, sin embargo no estaba particularmente concentrada en una idea sino en una sensación indefinida, a la que se aferraba porque en derredor de ella estaban aquellas ideas que no quería perder pero que tampoco quería precisar. Se sentía protegida por esa suerte de vacío o de inconsistencia en el que se deslizaba su discurrir.

El colectivo se había llenado y un chico de unos cuatro o cinco años se había parado a su lado. Raquel evitaba mirar a los niños porque se figuraba que se asustaban de su ojo muerto o, también, quería evitar que hicieran un comentario hiriente sobre su persona. Ladeó la cabeza, mirando por la ventanilla. Entonces pensó en Azul y en su madre (la de Raquel), más exactamente en su situación en la casa si quedaba ciega. Se crispó de tal manera que perdió la noción de donde estaba y casi quiso parar-

se. El chico la miró y ella, olvidada de sus precauciones, lo miró también, y las facciones redondeaditas, infantiles, retuvieron su atención por unos momentos. El nene estaba muy serio; tenía fruncido el ceño y la boca se torcía levemente hacia un lado. De repente hizo un gesto con los labios, aparentemente dirigido hacia ella; un gesto indefinido, ni hostil ni simpático, carente de significado, como si su pensamiento no tuviera fuerza ninguna. Sus ojos, claros y saltones, estaban ausentes, aunque no dejaban de enfocarla. Raquel lo miró y fue girando la cabeza hasta que su ojo muerto quedó frente a él, tal si lo estuviera mirando con ese ojo. El nene lo miró, ahora interesado, y Raquel, contrariando por entero sus hábitos, se lo señaló con el dedo, indicándole que debía mirar hacia allí. Y con la yema del dedo bajó el párpado inferior, agrandando el ojo. No sabía por qué lo hacía, pero ya no sentía vergüenza de su ojo muerto. Toda su consternación se centraba en el otro, en el que había sido el sano y ahora ya no lo era. Era éste el que producía su zozobra y del cual —si tuviera que contar a alguien su situación— se sentiría avergonzada. El nene sonrió y avanzó a su vez un dedo hacia ese ojo que se le mostraba. Raquel retiró rápido la cabeza, asustada, temiendo que el chico metiera el dedo en su ojo con cierta violencia. No sabía lo que él pudo haber pensado, pero cruzó por su cabeza que pudiera creer que tenía allí una suerte de bolita con la cual jugar. Además, sintió vergüenza al considerar que la madre del nene pudo advertir la escena que se desarrolló allí abajo y haya visto lo pueril de su gesto. Acalorada, volvió a mirar por la ventanilla, juzgando que la mujer la estaría tachando de boluda.

Caía la noche. Se cruzó de piernas y dejó una mano entre ellas. El nene parecía seguir interesado en su persona y se inclinaba sobre sus piernas, por lo que Raquel se refugió todavía más contra la ventanilla. Dio en figurarse que, ciega, buscaría en la oscuridad el cuerpo de Diego y que no le quedaría más remedio que esperar a que hablase para saber a qué atenerse. ¿Y si no hablaba? ¿Y si se encerraba en el silencio? ¿Cómo obligar a la gente a que hablase? Se imaginó que buscaría su órgano y que ésta

sería la única manera fehaciente de conocer su estado de ánimo.

Aunque no tardó en caer en la cuenta de que tal vez las cosas no eran ahora muy diferentes, y de que no tenía más que una relación con la pija de Diego, la que se había ido convirtiendo en una especie de personaje, independiente de ambos, que los unía por la común devoción que los dos le profesaban. Y pensó que en la oscuridad total su gusto por la pija aumentaría, que se convertiría en una fanática, ya que sería lo único que realmente podría conocer, lo único que no podría llevarla al engaño. La buscaría en la oscuridad y aferrada a ella sabría a qué atenerse; fuera de eso todo sería inseguro. No sería más que una ciega agarrapijas, se dijo, y pudo sentir todo el desprecio de que sería objeto.

El nene avanzaba sobre Raquel y casi estaba trepado a sus piernas, por lo que ella, desde su lugar junto al vidrio, miró con desesperación a la madre. La mujer, que llevaba anteojos oscuros, parecía no advertir nada. Raquel puso su brazo, disimulando en parte su ademán, para detener el avance del chico; sin embargo, él pasó su cabeza por debajo del brazo y se empecinó en mirarla desde allá abajo. Raquel pensó en levantarse, aunque todavía faltaba un buen trecho para llegar a destino, y si no lo hizo fue porque no quiso rendirse ante la insistencia del mocoso. Tendría que pararse por ahí cerca y el mocoso se sentaría muy orondo a upa de su madre. Aparentemente, buscaba ver su ojo, y ya no estaba serio sino que sonreía, torciendo la boca con cierta suficiencia. Raquel pretendía ignorarlo por completo y observar fijamente la calle a través de la ventanilla, pero no podía evitar echar cada tanto un vistazo hacia el nene. Odiaba esa carita redonda e impúdica, esa comodidad para estarse en el mundo y hacer según su deseo. Y, en vista de que no surtía efecto, bajó su brazo hacia su falda. No tardó en cerrar los ojos, simulando que dormitaba, con la esperanza de que el nene, desilusionado por no poder observar su ojo, se apartase.

Pasaron así unos minutos. Raquel advertía que el chico no se había movido y que seguía allí, aguardando.

—Qué lindo olor —dijo el nene de improviso.

Raquel no abrió los ojos pero dedujo que se refería a su perfume y sonrió. Intentó olerlo ella misma, sin conseguirlo, aunque de seguro allí estaba, flotando en el aire.

Azul miró el gráfico impreso en su libro y no llegó a entender a qué cifras se refería la profesora. La mujer estaba parada en medio de dos mapas enormes que había extendido sobre los pizarrones y hablaba con voz queda, la que se mezclaba con el rumor de la clase, por lo que Azul no estaba segura de haber oído bien. Pero en realidad, desde que había escuchado unos gritos agudos que parecían provenir de algún lugar del colegio, ya no podía concentrarse en la clase. Según le habían dicho ellas mismas, Sofía y Victoria se habían agenciado de un manojo de llaves del colegio y, trepando por la escalera que salía de detrás del laboratorio, debían estar en ese piso superior, clausurado, que ocupaba sólo un ángulo del viejo edificio y terminaba en una cúpula.

En su arquitectura, esa parte del edificio difería del resto, ya que, frente a la austeridad general, la cúpula estaba profusamente decorada con bajorrelieves y, en su base, lucía un listón de mosaicos de aires moriscos que, pese a la vetustez, conservaba los colores, haciéndose visible que alguna vez habían sido vivos y que reflejaron con fuerza la luz del sol. Por debajo de la cúpula, hacia el frente del edificio, se abría una ventana circular, siempre oscura y cerrada, en un lugar en el que podría pensarse que alguna vez hubo un reloj.

Algunas semanas antes, reunido un grupillo en la vereda de enfrente del edificio, habían comentado el asunto, el misterio de esa parte de la construcción. Se decía que no era más que una ruina cuya recuperación sería demasiado onerosa para el colegio, y más aún en relación con la poca utilidad que brindarían esas habitaciones. Era muy probable que no hubiera nada allí, y al respecto no corría ningún rumor, de modo que la cuestión no volvió a plantearse.

Hacía un rato, sin embargo, Azul se había enterado,

casi por casualidad, del robo de las llaves y de la excursión de Sofía y Victoria. Cosa que no la sorprendió, porque cada vez era más estrecho el vínculo entre ambas, y se hizo evidente para Azul que este emprendimiento era una rúbrica de amistad, luego del odio mutuo que se habían prodigado durante meses. Si en secreto habían tomado la decisión y se elegían una a la otra, era porque se consideraban las únicas capaces de hacerlo, o por lo menos las únicas que le darían a ese acto el sentido que ellas le daban. No era difícil deducir que, al planearlo, abierta o implícitamente habían despreciado a los demás y se habían percibido como jefes de tropa que, después de mucho tiempo de estarse con inferiores, se encuentran por fin con un igual.

Los gritos, incluso histéricos, eran bastante comunes en el colegio, y Azul sabía que los que se escucharon no necesariamente eran de Sofía y Victoria, pero aun así su mente voló hacia ellas, hacia ese sector abandonado del edificio. Si los gritos eran de las chicas, dedujo Azul, no tardaría en armarse algún revuelo y la cosa llegaría de un momento a otro hasta el aula. Aunque muy pronto la asaltó la idea opuesta: los gritos, por repetidos, no llamaban en lo más mínimo la atención y ellas, atrapadas allí por alguna razón, no podían regresar por sus propios medios. Si éste era el caso, ¿qué debería hacer ella? Se inclinaba por la idea de no hacer nada, en gran medida porque se alegraría si esa aventura, de la cual fue excluida por Sofía, terminaba mal. Empezó a abrigar la esperanza de que las cosas se diesen de tal forma que tuvieran que pasar allí la noche y sufrieran juntas el mayor horror de sus vidas. Además, si confiaba lo sucedido a una profesora o celadora, corría el riesgo de convertirse en una delatora, en el supuesto de que las chicas estuvieran perfectamente.

La profesora de geografía estaba señalando con mucho énfasis la parte inferior de uno de los mapas, cuando se escuchó, aunque lejano, un grito más fuerte que los anteriores, casi espeluznante. Azul esperó que la profesora o sus compañeros se hiciesen eco de ese alarido, mas la mujer continuó con su explicación y sus compañeros pa-

recían seguir en el letargo. Azul les echó una ojeada, un poco perpleja por la falta de reacción. No parecía que hubiesen escuchado algo en particular. Y aunque era consciente de que sólo ella sabía que las chicas habían subido, tuvo al último grito por cosa inusual, algo que no podía ser ignorado. De cualquier manera, no dijo nada. Su pensamiento volvió a esas habitaciones, y ahora las supuso en la más completa oscuridad, o habitadas quizás por algo. Bien que Azul habitualmente no tenía miedo de cosas sobrenaturales, de repente imaginó una presencia cuyos contornos no pudo precisar. No sabía si pensarlo como hombre, monstruo o animal, porque nada cobraba verdadera forma en su cabeza. Algo en ella tendía a descreer de la posibilidad de un ente sobrenatural habitando allí, en el colegio, pero, por otro lado, tanto los gritos como esa escalera que trepaba hacia el misterioso piso superior eran absolutamente reales. Se puso nerviosa y emitió una risita espasmódica, producto de su agitación y en parte también de su contento. Recordó que Sofía no había tenido la regla y esta suerte de inexperiencia la animó todavía más. Ella, Sofía, que estaba tan segura de sí misma, no sabría qué hacer con la sangre, le sería ajena, la impresionaría como a una niña. ¿Victoria la había tenido? No lo sabía, pero supuso que no y a partir de esta presunción las pudo disminuir a ellas y apreciarse a sí misma en otra situación. Estaban allí arriba, gritando, aterrorizadas, ignorantes de todo lo que se refiriese a la sangre, mientras que ella estaba allí, en la seguridad del aula, atesorando la sangre en el tampón. No diría absolutamente nada, así se escuchase la cosa más horrenda. Nadie sabía que ella sabía, y en última instancia podría argüir que no deseaba convertirse en una delatora.

Aunque su optimismo duró poco tiempo. Al rato la asaltó la creencia de que estaba exagerando la singularidad de esos gritos. Si nadie había dado muestras de registrarlos tenía que deberse a que eran más comunes de lo que ella estaba dispuesta a admitir y probablemente no provenían del piso de arriba. Ella misma había escuchado infinidad de gritos y no les había otorgado mayor importancia, y si ahora lo hacía era porque las chicas ha-

bían subido. Contempló la posibilidad de que ellas volvieran sanas y salvas y triunfantes, portadoras de algún secreto que de una u otra forma harían valer ante ella y las otras. Si éste era el caso, durante un cierto tiempo al menos, estarían muy unidas, y juntas flotarían por encima del resto. Sofía podía ser muy despreciativa y hasta hiriente cuando quería, de la misma manera que podía ser condescendiente, zalamera. No tenía pudores para representar papeles disímiles según las circunstancias, siguiendo el único hilo de un interés sinuoso, en el que podía haber tanto cálculo como capricho. El padre de Sofía había presentado la quiebra dos o tres años atrás y, aunque Azul no la conoció a Sofía en aquel tiempo, sabía en el fondo que había cambiado y que era su amiga justamente a causa del derrumbe. La chica soberbia que era estaba siempre allí, pujando por salir, visible de a ratos, ocasionalmente; parte ahora de una estrategia que Sofía conducía intuitivamente hacia el futuro, hacia ese tiempo que jugaba a su favor y que ya respiraba dentro de ella. Porque así como hay gente que es su pasado, hay otros, los menos, que son ya su futuro; son portadores de aquello por venir de un modo que no es ni subrepticio ni descarado, porque no han hecho una apuesta acerca del futuro sino que, simplemente, están convencidos acerca de lo que van a ser y en buena medida ya lo son. Aunque nunca pueden ser por completo ellos mismos sino a condición de que el futuro se realice, y si éste se retarda en demasía pueden convertirse finalmente en puro presente, en su involución, ya que han vivido su vida al revés, de adelante para atrás. Sofía sabía cómo ser soberbia por su pasado, pero lo era porque dentro de ella latía el futuro.

Dieron un tremendo golpe en la puerta del aula, y esta vez sí la profesora y los chicos todos, aprensivamente, se sorprendieron. La profesora miró por el vidrio de la puerta frunciendo el ceño, aparentemente sin poder establecer la causa del golpe. Azul la vio avanzar hasta la puerta, preguntándose si aquello tendría relación con las chicas. La mujer salió del aula y no tardó en volar una birome hacia la puerta, al tiempo que estallaba un coro

de risas y de gritos. El chico que se sentaba delante de Azul, encerrado en su mutismo habitual, empinó una lata de cerveza —su otra costumbre— y no paraba de tomar. Azul quería levantarse para ir a ver qué sucedía afuera, no obstante, por otro lado, no estaba dispuesta a hacer esa concesión por Sofía. ¿Quién podía ser el que golpeó la puerta con tanta urgencia y por qué lo había hecho? Quizás fuera un bedel, quizás le estaba informando a la profesora que Sofía y Victoria habían muerto, que hacía unos minutos habían descubierto los cuerpos allí arriba. Esta idea la excitó de tal modo que no pudo estarse sentada, se levantó y, dubitativa, avanzó hacia la puerta. Un papel grande, hecho un bollo, le dio en la cabeza, pero Azul, que en otras circunstancias se hubiera indignado hasta la exasperación, en esta oportunidad no llegó siquiera a registrar el hecho. Siguió avanzando hasta descubrir a la profesora, quien, parada a unos metros más allá y a un costado de la puerta, hablaba con alguien. Desde dentro del aula era imposible divisar con quién conversaba la profesora y apenas se la podía ver a ella, aunque inmediatamente dedujo, por los gestos de la mujer, que el asunto era grave. Y ahora sí Azul tuvo un poco de miedo, no por las chicas sino por lo que se viera forzada a decir ella en el futuro. Aprensiva, casi inconscientemente se conminó a ser prudente; y en no más de un segundo decidió que circunscribiría los hechos a un conciso relato, razonable y tranquilizador, y nadie la sacaría de ahí. No sería muy difícil encontrar una breve explicación, máxime que podría tomarse su tiempo ya que nadie la interrogaría de inmediato. Mientras observaba a la profesora, siguiendo atentamente sus gestos e intentando adivinar qué decía, decidió que no abriría la boca sino hasta el día siguiente. Se tomaría su tiempo para pensar.

La profesora terminó la conversación y Azul la vio enfilar hacia el aula, por lo que regresó a su banco, nerviosa, convencida de que la mujer anunciaría el levantamiento de las clases. Sin embargo, aunque entró ostensiblemente alterada, informó en seguida que continuarían con el tema y se paró delante de uno de los mapas. Sofía odiaba a esta profesora y por ello habían elegido sus ho-

ras para ir arriba. Ahora la mujer trastabillaba al hablar y se aferraba a las exactitudes del mapa para no desbarrancarse; repetía cosas, se detenía en nimiedades que ella misma sabía que no tenían ninguna importancia. Cuando hubo que dejar de lado el mapa porque ya lo había agotado por completo, su desamparo se hizo más visible. No sabía con qué continuar y finalmente, luego de unos minutos penosos, los mandó al libro con una consigna bastante confusa.

Azul no sabía qué pensar. Afuera se escuchaban voces fuertes y pasos que iban y venían. Pero estaban cerca del mediodía y podían ser cursos que entraban o salían. Ya era evidente que la mujer no les informaría de nada y, según pensó Azul, los retendría en el aula hasta que lo más morboso e impresionante hubiera pasado. Urgida, puso cara de dolor y pidió permiso a la profesora para ir al baño. La mujer la miró como si no comprendiera las palabras que había escuchado; luego su sentido se fue abriendo paso en su mente y una sombra atravesó sus facciones. Se tomó unos segundos, bajando la vista hacia un libro que tenía abierto sobre el escritorio, y después contestó afirmativamente de un modo desvaído, sin dirigirse a Azul en particular, desentendiéndose de su respuesta.

Azul salió al pasillo con cierta timidez, casi arrepentida de su idea de abandonar el abrigo del aula. Ya no se veían los contingentes que había escuchado pasar. Al fondo del largo corredor tres o cuatro muchachos de los cursos superiores formaban un corrillo. Uno de ellos gritaba guturalmente, elevando las facciones hacia el cielo raso, y acto seguido volcaba brevemente el contenido de una botella en su garganta, sin dejar de gritar. Lejos de oírse una gárgara, el resultado era un sonido inhumano, espantoso, que Azul vinculó a lo ocurrido con las chicas. Y, sin más referencia, caminó hacia ese grupito. Mientras avanzaba iba mirando el interior de las aulas que dejaba atrás y encontró dos salas vacías y una en la que se daba clase normalmente. Y en esto estaba cuando fue rozada por un chico apenas más grande que ella que se deslizaba con patines a gran velocidad. No lo había escuchado ve-

nir y se asustó, volcándose hacia la pared. El chico, sin detenerse un ápice, girando la cabeza por un segundo, la espió con cara burlona. Hacía poco ruido al deslizarse, avanzando hacia el grupito de mayores que estaba al final del pasillo. El de la botella la blandió a un costado de su cuerpo, agazapándose, haciéndose evidente su intención de impedir que el chico con patines pasase por allí. Pero éste aceleró, confiado en esquivarlo; y logró efectivamente eludir el botellazo, mas no pudo impedir que otro de los muchachos le cruzase una pierna. El chico voló literalmente unos tres metros, y luego rodó por el piso hasta dar contra la pared. Los muchachos mayores, a las risotadas, se abalanzaron sobre él. El chico, muy maltrecho pero desesperado por huir de los otros, se levantó y corrió ridículamente, despatarrado, hasta alcanzar la escalera. Los más grandes, muertos de risa, permitieron que escapara.

Azul estaba parada contra la pared, indecisa. Debía volver al aula en un lapso prudencial y necesitaba aprovechar el tiempo todo lo posible. Ella había salido al pasillo creyendo que allí circulaba la verdad con respecto a las chicas como un reguero de pólvora. Un río del boca a boca que sólo se detenía en las puertas de las aulas. Y ahora no tenía a quién preguntarle. Los muchachos la habían divisado y empezaron a avanzar hacia ella. Por un instante, Azul dudó, sobre todo porque ellos le cortaban el paso hacia la escalera por donde las chicas habían subido. Luego empezó a alejarse, retrocediendo hacia el aula. El de la botella iba delante, bamboléandose al ritmo de una música que debía escuchar en el interior de su cabeza.

Y sin ningún aviso previo se oyó un golpe terrible, como si algo gigantesco hubiera caído desde cierta altura en algún lugar del edificio. Los muchachos se rieron, entusiasmados, tal si ese ruido tuviera relación con ellos, y de alguna manera lo hubieran provocado. Azul había llegado hasta las cercanías de la puerta de su aula y allí se detuvo, evitando ser vista desde el interior. Miró hacia los muchachos y, mudando de opinión, ya no le parecieron tan amenazadores, sobre todo porque simulaban ignorarla. Caminaban con displicencia, risueños. Azul se

figuró que, por asustadiza, había creído que avanzaban en pos de ella cuando en realidad no le habían prestado la más mínima atención. Además, estaba muy intrigada por ese terrible ruido que se había escuchado. Fue tan imprevisto y violento que no pudo establecer de dónde provenía, pero pensaba en las chicas y en la caída de una pared. Alguien tenía que tener siquiera una pizca de información, al menos acerca del origen del ruido.

Conforme los muchachos acortaban distancia se iban aproximando a la pared en la que ella estaba apoyada, y esto hizo renacer su desconfianza. Cuando estaban a unos tres metros, salió corriendo. Ya no miró para atrás; alcanzó la escalera al final del corredor, y cuando bajaba los primeros escalones escuchó que la botella se estrellaba en algún lugar del pasillo, lejos de ella. No estaba muy segura de que hubiera sido el blanco, pero bajó como una exhalación. Tres o cuatro gatos que estaban echados en los escalones se desbandaron, despavoridos. Azul había decidido que atravesaría todo el corredor del piso inferior y que subiría por la otra escalera, la que estaba en la otra punta del edificio. Esta escalera terminaba cerca del laboratorio, tras el cual nacía otra más pequeña que conducía al piso clausurado. Había en el aire un olor raro, distinto del vaho húmedo y apenas rancio que exudaba habitualmente la vieja edificación. El actual era algo más definido, ligeramente desagradable, nuevo por completo para las narices de Azul. Tal vez en otras circunstancias casi no hubiera reparado en él, pero ahora, al llegar al piso inferior, le hizo detener su carrera. Miró escaleras arriba para asegurarse de que los muchachos no la habían perseguido, y luego, agitada, con curiosa preocupación, husmeó el aire. Parecía ser una sustancia química, un producto fabril o algo por el estilo. Nunca había ido todavía, en razón de que era su primer año en el colegio, pero pensó en el laboratorio, en las sustancias que allí se utilizarían. Incluso lo relacionó con el violento ruido que se había escuchado y que debió haber sido, dedujo, una explosión, el estallido de esta sustancia que se olía en el aire. Seis o siete gatos trepaban la escalera. Algunos de ellos habían huido cuando ella bajó a la carrera.

Azul los miró subir, ahora despreocupados, ágiles pero ya presintiendo la pereza y el sueño.

Un portazo se escuchó a pocos metros de Azul y ésta vio a una chica que salía de un aula y echaba a correr por el pasillo rumbo a la escalera de la otra ala del edificio, hacia la que marchaba también Azul. Ésta recordó que Victoria tenía una hermana mayor en el colegio y echó a correr detrás de la chica, la cual, al advertirlo, redobló su carrera. Era más grande y alta que Azul y le sacó una buena ventaja. La vio desaparecer mientras la chica trepaba a grandes zancadas la escalera. Cuando llegó al pie de los escalones, Azul detuvo su carrera. Jadeaba. Ya no veía ni escuchaba a la chica y, recordando a los muchachos que estaban en el piso superior, dudó por unos momentos. El olor también se sentía aquí, aunque Azul no podía precisar si más fuerte o más débil.

Este piso, inferior al de su aula, estaba por debajo del techo del patio y, mirando hacia los ventanales, tomó conciencia de que podría ver si el policía estaba en su lugar, en la esquina del patio. Se asomó y lo descubrió, impertérrito en su puesto. ¿Y si bajaba y lo consultaba? Quizás sabía algo, o, mejor, hacía algo. Descartó esto rápidamente, figurándose que el policía se limitaría a decirle que iba a elevar un informe y bajo ningún punto de vista abandonaría su puesto. Subió entonces las escaleras, tomando ciertas precauciones cuando se acercaba al piso superior. Sin embargo, los muchachos ya no estaban y no había más que unos gatos caminando por el pasillo rumbo a la terraza que constituía su hábitat. Tampoco tenía noticias de la chica, pero si era la hermana de Victoria debió dirigirse a la escalerita que subía tras el laboratorio hasta el piso clausurado. Y hacia allí se encaminó Azul. Atravesó el corto corredor, el que la llevó a un hall poco luminoso y desvencijado. Las puertas del enorme laboratorio estaban abiertas y Azul pudo ver que, contra su creencia, allí dentro no había nada. Estaba abandonado o apenas si se usarían sus mesadas de mármol, cuarteadas y sucias. El olor estaba desapareciendo, o al menos ya no lo percibía claramente. Era evidente que el laboratorio no tenía nada que ver con él.

Azul siguió avanzando por un estrecho corredor que doblaba en ángulo recto, hasta dar con la escalera que llevaba al piso superior y a la cúpula. Frente al nacimiento de la escalera había una puerta que Azul no había advertido hasta el momento, una puerta en la que no había cartel ni señal alguna. Subió un escalón y espió desde allí hacia la parte superior de la escalera. Estaba bastante oscuro y no se veía nada que llamase su atención. Pero ahora estaba casi más intrigada por la puerta y se volvió hacia ella. Sospechó que ambas, escalera y puerta, estaban relacionadas y que el destino de las chicas pudo estar vinculado a una o a otra. Miró la puerta por unos instantes y luego hacia arriba, hacia esos escalones que allá en lo alto empezaban a doblar, pero que, antes de desaparecer a causa de la curva, eran devorados por la penumbra y por su propia y grisácea decrepitud.

Capítulo II

Azul pasaba por delante de la puerta del baño y repentinamente se detuvo. Dudosa todavía sobre sus motivos —apenas si tenía unas leves ganas de hacer pis—, entró al baño. Fue hasta el inodoro y levantó la tapa: su sorete ya no estaba; el agua, límpida, vibraba muy ligeramente en el fondo de la taza a causa de una pequeña pérdida del depósito. Su tía Raquel había estado hacía un rato en el baño y dedujo que ella echó a correr el agua. Odiaba que Raquel se deshiciese de lo que ella hacía sin más trámite que apretar un botón. Y siempre lo disponía, sin consultarla, ejerciendo su absoluta voluntad, arrogándose en este punto un derecho indiscutible, a tal grado que Azul no se atrevía a sacar a luz ninguna queja y masticaba su bronca en silencio hasta encontrar otro asunto que le sirviese de excusa para colisionar contra Raquel. Su abuela, por el contrario, no se inmiscuía y sólo hacía correr el agua cuando las circunstancias la obligaban, por lo que Azul, con el correr del tiempo, fue dejando de lado cualquier tipo de vigilancia sobre sus soretes cuando estaba sola con ella, olvidando la cuestión a poco que salía del baño.

La presencia de Raquel en la casa significaba para Azul un enervamiento de sus sentidos. Ocupada en lo que fuere, seguía sus movimientos dentro del departamento de una u otra forma, muchas veces inconscientemente o al filo de la inconsciencia, tal si hubiese desarrollado un sentido especial que identificase pura y exclusivamente los ruidos que producía su tía y le sirviese para estar al acecho. Sabía entonces, casi siempre, cuándo su tía hacía correr el agua y, excepto que estuviese muy compenetrada en algo, solía ir a comprobar que sus sos-

pechas tenían fundamento. En esta ocasión se había demorado un tiempo, quizá más de media hora, absorta con un programa de TV, y en alguna medida se había olvidado del sorete, al menos hasta que pasó por delante de la puerta del baño. Su enojo no podía encontrar una satisfacción inmediata porque Raquel había salido y, aunque no tenía muchas ganas, se sentó a hacer pis. No quería mojarse el hilo del tampón y lo sostuvo con una mano, tirándolo hacia atrás, hacia el ano. Hacía dos días que lo tenía puesto e imaginaba que ya estaría bien grande por todo lo que había absorbido. Lo podía sentir en su vagina, atesorado allí hasta que se decidiese a sacarlo. Luego de hacer pis, se quedó jugando con el hilo entre sus dedos, pensando. No tenía noticias de Sofía y Victoria. Ayer habían subido a ese piso en el que nacía la cúpula y ya no supo más de ellas. Las dos o tres chicas que preguntaron por ellas no parecieron alarmarse por la ausencia de ambas y seguramente sólo sintieron celos por esa nueva relación de amistad que las dejaría de lado. Los útiles también habían desaparecido junto con las chicas, quizás porque subieron con ellos, quizás porque los escondieron en algún sitio. En la casa de Sofía atendía constantemente el teléfono un contestador automático, y por mucho que había dejado tres mensajes nadie se había dignado a responderle los llamados. No era la primera vez que le ocurría esto telefoneando a casa de Sofía, pero en estas circunstancias aparecía como un factor agravante y llamativo. Además, ni Sofía ni Victoria faltaban a menudo al colegio y la coincidencia de todos estos factores era casi imposible. ¿Estarían allá arriba todavía, o les había ocurrido algo y las mandaron a la casa o al hospital sin que el resto del curso se enterase de nada? Azul no había dicho una palabra a nadie, en buena medida porque no había hecho amistad más que con Sofía y no tenía en quien confiarse, pero también abrigaba otras razones. Ya no tanto el temor a la delación, dado que había pasado el tiempo suficiente como para justificar la necesidad de recurrir a las autoridades del colegio, sino la idea de que estaban atrapadas allí y que éste era el castigo que les cabía, o, más bien, el que ella deseaba. Cuando subió por

aquella estrecha escalera hasta después de la curva, había adivinado en esa completa oscuridad la existencia de una puerta, seis o siete escalones más arriba, y se había sentido feliz al pensar que ya no se abriría, que su muda y antigua solidez de puerta que aspira a pared, según la imaginó ella, no sería perturbada. Se apresuró a bajar entonces, y ya no quiso acercarse más a esa zona del edificio. En el día de hoy, alarmada por la falta de noticias de las chicas, había merodeado la dirección del colegio, creyendo que podría hallar algún indicio, tal vez alguna agitación inusitada o a las mismas chicas, citadas allí como consecuencia de ser descubierta su aventura. Pero no tardó en llamar la atención del policía, quien salió de la caseta para seguir sus movimientos, mirándola con ojos escrutadores y socarrones, como si creyese conocer a la perfección los motivos que la impulsaban a rondar por allí. Tuvo que alejarse de la dirección sin haber obtenido nada, encerrada en sí misma como en una cápsula, extraña por completo a ese colegio que había devorado a las chicas de manera silenciosa e indiferente. Se cruzó con montones de alumnos que ignoraban por completo lo sucedido, que estaban a años luz de poder adivinar la yuxtaposición de preocupación y alegría que existía en su ánimo. Y ya no había podido hacer nada más.

Se escuchó la puerta de calle y Azul salió de su ensimismamiento. Supuso que era Raquel que regresaba, de modo que se apresuró a ponerse de pie, acomodarse la bombacha y el pantalón y salir del baño. Tenía el ánimo belicoso, aunque no sabía todavía con qué la abordaría.

—Tía. El otro día quise darle perfume a Sofía y no lo encontré —mintió—. ¿Dónde lo ponés? Estoy harta de buscarlo en esos estantes —y en esta última frase elevó el tono de voz hasta casi chillar.

—¿Y dónde querés que lo ponga?

—Lo guardo yo en mi armario.

Raquel dudó. No le parecía justo, pero, por otro lado, se inclinaba a creer que el lugar donde estuviera el perfume no ameritaba una pelea con Azul.

—Llevátelo —le dijo, cediendo.

Esta concesión sin embargo no hizo sino enojar una

pizca más todavía a Azul, para quien la rapidez con que logró su objetivo diluyó toda sensación de victoria. Había creído que encontraría resistencia, y al no hallarla se convenció de que no había obtenido nada, y más aún, creyó que su tía, al restar toda importancia al asunto, en alguna medida la menospreciaba.

—Quiero el control remoto de la TV —le espetó Azul, con ojos desbordados, sacando a relucir lo que era casi un latiguillo cuando quería pelearse con su tía.

—Pero, por favor...

—La abuela dice que Diego se lo robó.

Raquel quiso continuar su camino.

—Ya que lo llamás a Diego, pedile el control remoto que se llevó. Cobrale algo, aunque sea.

—Nena. —Raquel se detuvo y la miró con todo el odio de que era capaz su único ojo.

—Hoy lo vi a Diego a la salida del colegio —dijo Azul atolondradamente—. Tendría que haberle pedido yo el control remoto.

—¿Lo viste? —Raquel la miró con extrañeza.

—Sí. Estaba enfrente del colegio.

Raquel abrió la boca para seguir inquiriendo pero no emitió palabra alguna. La ambigüedad de ese "estar enfrente" la llevaba a desear saber más, no obstante no quería parecer interesada. Diego no trabajaba lejos del colegio de Azul, pero tampoco tan cerca como para interpretar de inmediato que su presencia allí fuera un hecho usual. Además, Azul daba a entender que Diego estaba esperando a alguien del colegio y esto sí que constituiría una novedad. Diego la había dejado —aunque todavía mantuvieran relaciones, dado que ella lo llamaba e insistía en esto— para salir con una mujer unos años mayor que ella, y la idea de que buscara a una colegiala movilizaba su curiosidad. Incipientemente, había surgido en su ánimo una mezcla de celos y de esperanzas. Celos porque ella se sentía en buena medida —a pesar de la otra mujer— dueña de la pija de Diego, y la colegiala podía apropiarse de lo único que le quedaba; esperanzas porque la situación se haría más confusa y quizás podría sacar finalmente ventajas de esto. Y también la perturbaba

por otra razón: ella no le había contado nada acerca de su padre (tampoco lo de la chica vecina), y sin embargo Diego parecía querer repetirlo, o al menos ella creía advertir coincidencias bastante llamativas, en hechos y en el uso de ciertas frases, en particular de frases despectivas que su padre solía usar para referirse a las mujeres. Ahora bien, estas coincidencias habían surgido con el tiempo, no habían sido patrimonio original de Diego. Empezaron a aparecer cuando él se dio a frecuentar la casa, de modo que Raquel había llegado a sospechar —aunque se negase a creer que algo así fuera posible— que su madre le contaba cosas de quien fue su marido y luego Diego, por simple placer de jugar con estos elementos, los sacaba a relucir como propios. Sospecha que chocaba, además, con una barrera material: era muy exiguo el tiempo que su madre y Diego estuvieron solos como para considerar posibles esas charlas acerca del padre. Y ahora que Azul le contaba lo del colegio, nació en Raquel el germen de una idea descabellada, que en parte ella había pergeñado en relación con sus padres: la otra mujer, la colegiala, no eran para Diego más que una demostración ante sus ojos, una estrategia para llegar de nuevo a ella.

Raquel se había quedado mirando las zapatillas de Azul, una de las cuales tenía el cordón desatado. Levantó la vista y descubrió en su sobrina unas facciones rabiosas y a la expectativa.

—¿Por qué mejor no te ocupás de ver lo que hay en el inodoro y tirás la cadena? —luego de estas palabras Raquel giró para irse y no pudo ver como la sangre subía al rostro de Azul.

—Y a vos, ¿qué te molesta lo que yo hago? —Azul avanzó con la intención de cortarle el paso a su tía—. Y vos, ¿qué ves?

—Tus soretes los veo.

—No los veas más, ¿me escuchaste? —le gritó Azul, cortándole el paso—. Y no te metas.

Ahora sí Raquel vio el rostro congestionado de Azul, los ojos verde-grisáceos desplomados con furia sobre sí mismos, las aletas de la nariz temblando. Todo su rostro estaba a la espera de que algo ocurriese, al borde

de una catastrófica inminencia, al filo de esos segundos futuros que anhelaba ferozmente y que a la vez temía. Raquel se asustó en alguna medida, sobre todo por la desproporción entre lo que se discutía y la virulencia de esa cara. Temió haber sido en exceso cruel, haber tocado una cuerda que se suponía debía saber que estaba prohibida. Confusa, bajó el ojo, buscando qué decir. Azul pudo ver que el ojo ciego se quedaba ahí, presente y desafiante, agigantado por la inmovilidad, reflejando con saña la luz que entraba por la ventana.

—¡Monstruo! —se le ahogó el grito a Azul en la garganta y su voz se hizo ronca—. ¿No te ves al espejo? ¿O vos qué esperabas...? —iba a traer a colación de nuevo a Diego, pero Raquel se apartó un par de metros y el movimiento detuvo sus palabras.

Permanecieron unos momentos en silencio. Raquel sentía nacer en ella esa obligación maternal que se había hecho para con Azul y que ahora tomaba la forma de una urgente necesidad de atemperar su exasperación, de calmarla. Y descubrió la zapatilla sin atar.

—Te vas a matar —le dijo, y al tiempo que hablaba se agachó y se dio a atarle los cordones.

Yo vi como los cordones se anudaban sobre la lengüeta de tela celeste. Eran unas zapatillas grandes y sucias y hasta tenían alguna desgarradura. Los cordones ya estaban bien firmes, sin embargo las manos no los soltaban. Se quedaron allí por un rato, laxas, descansando sobre la zapatilla sucia, apenas agarradas de los cordones. Yo vi esas manos blancas, dudosas, que finalmente se quedaron como muertas sobre la zapatilla. Y vi como la zapatilla se retiró con fuerza, casi con violencia, y las manos, que estaban tomadas débilmente de los cordones, se fueron con ella un corto trecho y después, abandonadas por la zapatilla, se apoyaron en el piso.

Y las manos blancas se pusieron un poco rosadas y algunas venas se marcaron en la piel. Y vi como unas zapatillas, y unas piernas y una chica se alejaban. Y vi como las manos se levantaban del piso y se restregaban una contra la otra, como si se estuvieran consolando mutuamente. Eran manos re-

dondeadas, que enseguida se pusieron blancas nuevamente.

Y vi que una señora mayor, que llevaba una larga trenza hecha con su pelo canoso, aparecía en el vano de la puerta. Y la mujer hablaba con la boca bien abierta y sus cejas se juntaban sobre la nariz. Y en un momento dado se sacó los anteojos y abrió la boca todavía más, con más fuerza, crispando los labios. Y luego la mujer se tomó el vientre con las manos, y se dio a apretarlo mientras seguía hablando. Y se levantó el buzo y señaló una cicatriz roja a un costado del vientre; una cicatriz abierta y húmeda y carnosa que corría de arriba abajo. Y la mujer mayor hizo correr la uña de un dedo por el interior de la cicatriz con cierta energía y después elevó el dedo, acercándolo bastante hacia mí. Yo vi ese dedo rojo y la uña brillosa elevándose en el aire, para permanecer allí, enhiesto e indoblegable, algo pulposo, robusto. Y el dedo parecía sostener la mano, y el brazo, y el cuerpo de la mujer, la que miraba su propio dedo con ojos agrandados y labios torcidos, como si supiera que su único sostén era el dedo que seguía ahí, fijo en el aire.

Y mi campo visual fue bajando por el cuerpo de la mujer, que llevaba un jogging, hasta que no vi más que de la cintura para abajo, desde el vientre hinchado, prominente, hasta los pies. Éstos calzaban unas ojotas con taco y plataforma y los dedos aparecían como al borde de un escenario, empinándose las uñas hacia arriba tal si escucharan un aplauso estruendoso desde la platea.

Y unos instantes más tarde todo giró alrededor de mí y luego vi un pasillo, que no tardó en quedar detrás, y una cocina, que también desapareció en un santiamén. Entonces vi un cuarto chiquito, con una cama a un costado y unos estantes por encima de ella, casi hasta llegar al cielo raso. Vi que una puerta se cerraba y, luego de unos momentos de confusión, quedé mirando hacia ese cielo raso que era alcanzado por algunas de las cosas puestas en el último estante. Y por un rato, incalculable para mí, observé el cielo raso blanco y rectangular, el que desde allí arriba sostenía todo el cuarto y que tenía unas molduras a los costados, desde donde tomaba a las paredes.

Yo lo vi. Porque yo veo todo lo que no se puede ver a través de mí.

No habían transcurrido cinco minutos desde la ida de Raquel, cuando Azul entró al dormitorio de su abuela con unas herramientas en la mano. Estaba sola en la casa ya que la abuela había salido también, en este caso, para cobrar la pensión. Azul apoyó todo su peso contra la cómoda con los brazos estirados, y la corrió unos veinticinco centímetros. Dejó al descubierto los inicios de un boquete circular, el que tendría unos quince centímetros de diámetro y había alcanzado unos seis o siete centímetros de profundidad. Hacía unos dos meses que Azul trabajaba en él cada vez que se quedaba sola. Había tenido la idea a raíz de un agujero preexistente que había llegado por sus propios medios hasta el yeso y al que, por ese entonces, la cómoda no cubría del todo. Azul creyó que ese agujero era obra de un dueño anterior y decidió que lo continuaría hasta atravesar la pared y llegar a la casa de alguien. Ella sabía que esa pared las separaba de otro edificio y de vez en cuando, débilmente, escuchaba unas voces masculinas. Quería llegar a abrir un boquete en forma de cono, de manera que del otro lado quedara un agujerito ínfimo, apenas más grande que la pinchadura de un alfiler. Utilizaba para llevar adelante sus planes las únicas herramientas que había en la casa, las que habían quedado de la época en que vivía el abuelo: un destornillador grande y —incorporada en los últimos tiempos, dado que había llegado hasta un ladrillo muy duro— una pinza de fuerza que hacía las veces de martillo.

No sabía a ciencia cierta el grosor de la pared, pero tampoco tenía apuro; por el contrario, la idea de una larguísima tarea la seducía. Era la primera vez en su vida que tenía un objetivo propio a largo plazo y no se amilanaba ni al pensar en años de trabajo. Y realmente juzgaba que tenía años por delante cuando consideraba su ritmo de avance y el supuesto grosor de la medianera, que, esto sí lo sabía, era mayor que el de una pared común. La abuela se ausentaba muy pocas veces de la casa, y esto dificultaba las cosas. A poco que quedaba sola iba allí con sus herramientas para aprovechar el tiempo, feliz con el pequeño progreso que haría. Conforme se hundía en la pared este avance era menor, ya que encontraba

materiales más resistentes. En la última ocasión había sido insignificante, en alguna medida también por el poco tiempo con que había contado, pero de cualquier manera había decidido mejorar su herramienta y había afilado el destornillador. Y luego que lo hubo hecho, al calcular lo que podría ganar con la mejora, se despertó su ambición. Imaginó que un martillo le sería de gran ayuda y se dio a especular con la manera de conseguirlo. Incluso pensó en un taladro eléctrico, aunque se dijo que no sabía usarlo y, además, la idea del motor eléctrico le provocaba rechazo. Era, evidentemente, una misión que sólo podía llevarse adelante con herramientas manuales y se quedó entonces solamente con la idea del martillo. Para hacerse de uno no advirtió más que dos caminos: comprarlo o robárselo al portero del edificio. Intentó esta última vía sin ninguna suerte, porque no llegó a descubrir ningún tablero de herramientas y concluyó que el portero las guardaba en su departamento. Y en cuanto a comprarlo, no había reunido todavía el dinero suficiente. Por lo que ahora no iba a probar más que la mejora realizada al destornillador.

Antes de empezar, estudió lo hecho hasta el momento. En el centro, el agujero se hacía más profundo y se introducía en el rojo del ladrillo. Allí, en el borde mismo de la zona roja, una arañita había tejido su tela, o estaba en esta labor, dado que no se advertían más que los inicios. Los hilos se veían tan tenues que parecían por completo inútiles, una suerte de alarde de un bichito minúsculo, al que Azul descubrió en un costado, tras unos hilos, como si se ocultara. Azul vio en esta tela un reproche para su inactividad y se apresuró a romperla y a aplastar a la arañita que se atrevía a acusarla. Acababa de hacer una bolita con el bicho cuando se escucharon unas llaves en la puerta. Urgida, corrió a mover la cómoda. Logró correrla antes de que alguien se asomase al dormitorio, pero el ruido que produjo el mueble al ser arrastrado atrajo a la persona en cuestión y se escucharon unos pasos que se acercaban por el pasillo. El destornillador y la pinza de fuerza estaban en el piso, bien visibles.

La abuela apareció en el vano de la puerta. Y lo que

vio la señora llamó su atención, porque enseguida una sombra cruzó por sus facciones.

—No me digas que se rompió algo —preguntó con voz crispada, mirando las herramientas—. Peor momento no podía ser.

—No. —Azul dudó porque no podía establecer qué le convenía decir—. Yo no rompí nada... —empezó.

—Yo no pude cobrar la pensión —la interrumpió—. No llegó al banco la orden de pago para mí.

Azul estaba todavía buscando una razón plausible para la presencia allí de las herramientas y no llegó a registrar por completo lo que su abuela le decía.

—En el banco no saben nada. Dicen que no es un problema de su incumbencia, que ellos sólo pagan según órdenes del Instituto de Previsión Social. Voy a tener que ir ahí para averiguar qué pasó con mi pensión.

—Debe ser un problema que dejó el abuelo —arriesgó Azul, pero casi sin pensarlo, llevada por la necesidad de decir algo. Sin embargo, las facciones de la abuela se descompusieron de odio al contemplar esta posibilidad que ni siquiera había sospechado.

—Seguro que el mal parido me dejó un lío —exploto, como si hubiera llegado a esta idea por sus propios medios—. Era ya demasiada belleza cobrar esa pensión de él. Algo hizo antes de morirse. En algún embrollo se metió —la abuela miraba en derredor con ojos agrandados por la bronca, buscando verificar la culpa de quien fue su marido.

—Pero si la cobraste durante tanto tiempo... —ahora Azul, vista la reacción de su abuela, se desdecía.

—¡No sé! ¡Pero algo pasó!

Azul recogía las herramientas del piso, intentando aprovechar la ofuscación de la abuela por el asunto de la pensión.

—¿Encima se rompió algo? —insistió, de mal talante.

—No. Las saqué para ajustar un tornillo. Nada más —y Azul salió del dormitorio de su abuela llevándose las herramientas.

—Y quién sabe ahora cuándo la voy a cobrar. —La

abuela la siguió por el pasillo hasta el living-comedor—. No sé qué voy a hacer. Si vendo el reloj que era de tu abuelo no me van a dar nada. A lo sumo unas monedas. No me dejó nada... —y algo masculló que no llegó a entenderse—. Ahora, resulta que ni la pensión —y la mujer se sentó en una silla, tomándose el vientre y haciendo gestos de dolor.

Desde el momento en que Azul sugirió la responsabilidad del abuelo, la señora pensaba y actuaba en función de él, de la misma manera que si estuviera presente. Y la posibilidad de que fuera culpable de lo sucedido con la pensión, al mismo tiempo que la hacía rabiar, le daba la satisfacción de tener razones entre manos para volver de nuevo contra él, para resucitar esa inquina que se había ido diluyendo con los años hasta dejarla casi vacía. Ahora que volvía a odiarlo se sentía maciza, sólidamente presente en el mundo, justificada su existencia. Y su herida en el vientre también cobraba importancia, porque el dolor en general tenía ahora un objeto y un sentido.

—Creo que no me voy a curar nunca la herida —dijo, acariciándose la zona, sintiendo claramente todo el largo de la herida allí en su vientre—. Mirá el tiempo que la tengo y no me cicatriza. —Y miró a Azul con ojos pesimistas, pero con ese pesimismo que no es más que la ratificación de una esperanza, y esto porque la persona no tiene otra cosa más firme a la cual aferrarse, por lo que el pesimismo deviene en una posesión apreciada, que incluso, en algunos casos, puede defenderse celosamente.

—¿Y Raquel? —preguntó la abuela.

—Salió. —Y aquí Azul cobró conciencia de que el problema con la pensión las dejaba supeditadas al sueldo de Raquel—. Salió hace un ratito. No... —iba a decir "no tuve tiempo de nada"—. No creo que tarde demasiado porque... apenas salió llamó Diego para avisarle que no podía ir, así que...

—Me duele cada vez más.

—Quedate quieta.

—Voy a ver la tele. Así me olvido de que me duele.

—Tendríamos que arreglarla. Ya es una vergüenza verla así.

—Ahora me venís con eso.

La abuela encendió el televisor y volvió a la silla con dificultad, corriéndola para que quedase delante del aparato. La imagen giraba y giraba.

—Cada vez da vueltas más rápido —afirmó Azul.

—Está siempre igual.

—Cuando cobres la pensión, hay que arreglarlo; sí o sí.

—¡¿Y esto qué es?! —voceó la abuela, poniéndose de pie con agilidad. Se llevó una mano a la parte de atrás de las piernas, y se estuvo tocando la tela del jogging. Luego se miró los dedos, restregándolos unos con otros. Se inclinó a continuación sobre la silla en la que estuvo sentada.

—Es sangre —dijo, desconcertada—. Pero mía no es —balbuceó, dudando. Miró a Azul con ojos preocupados. Se levantó de nuevo el buzo y observó su herida—. Mía no es —ratificó.

Se dirigió al baño a buscar papel higiénico, pero regresó con papel de diario.

—Mejor empezar a ahorrar desde ahora —dijo, mientras se daba a limpiar.

—Vos me habías dicho que el abuelo trabajó poco.

La abuela siguió en lo suyo hasta que se abrió paso en su mente el posible significado de estas palabras: la ilegalidad, o al menos la ilegitimidad, de la pensión que cobraba.

—Hice todos los papeles para la pensión. No hice nada raro —afirmó, elevando la voz—. Y si trabajó poco no es mi culpa. Pero hizo aportes. Hizo aportes por varios años, ¡¿está entendido?! —y la miró con los ojos agrandados por la indignación—. No vas a estar repitiendo por ahí que el abuelo trabajó poco para que nos saquen la pensión, ¿no?

Había terminado de limpiar y se quedó quieta, parada junto a la silla, con el diario en la mano, el cuerpo tenso por la aprensión, la vista perdida y los ojos hundidos en el futuro, caídos hasta el fondo del porvenir. En ese momento sonó el teléfono y Azul se abalanzó hacia el aparato.

—¿Victoria? —preguntó una voz.

Azul se quedó cortada. Creía reconocer la voz de Sofía y no sabía qué hacer. Sentía la obligación de decir simplemente "equivocado", pero por otro lado la tentaba la idea de intentar algo.

—¿Con quién quiere hablar? —preguntó, como para ganar tiempo.

—¿Está Victoria? —insistió la voz, pero ahora con desconfianza y hasta podría suponerse que alejó la boca del micrófono, como si se estuviera preparando para cortar.

—Victoria no está —se arriesgó Azul—. ¿Sos vos, Sofía?

—¿Con quién hablo?

—Habla Azul. ¿Sos vos? ¿Sofía?

—¿Estás con Victoria? —la boca se volvió a acercar y la voz, trasuntando angustia, se hizo potente.

—Estoy en mi casa.

Se hizo un silencio del otro lado de la línea.

—¿Sofía? —gritó. Pero se escuchó el "clic" que indicaba que habían colgado el teléfono.

Azul se quedó todavía unos instantes con el tubo contra la oreja, sin resignarse a la imposibilidad de que Sofía apareciese de nuevo. Por fin cortó. Se lamentaba por no tener uno de esos nuevos teléfonos que incorporan un visor. Aunque de cualquier modo quizá Sofía no hubiese dado la cara. ¿Era Sofía? Estaba segura de que sí, pero en cierta forma quería poner alguna duda sobre esto. Podía no ser Sofía, podía ser una casualidad. Otra Sofía que conocía a otra Victoria. Ni siquiera estaba segura de que quien habló hubiera reconocido que se llamaba Sofía o que conocía a una Azul. Ya no recordaba las palabras con precisión y pudo ocurrir que haya adquirido la seguridad de que hablaba con su amiga Sofía impulsada por su propio deseo de creer esto. Y lo más importante de todo: si era Sofía, ¿por qué se negaba a hablar con ella?, ¿qué había ocurrido allá arriba para que Sofía y Victoria se ocultaran durante esos dos días? Azul levantó el tubo y se puso a marcar con denuedo el número de Sofía, aunque no tenía ninguna esperanza de ser atendida. Sin embargo, cuando avanzaba la grabación de siempre del con-

testador, alguien, una mujer que no era Sofía, quizás su madre, atendió y llegó a decir un "hola", tras lo cual la comunicación se cortó. Azul imaginó que quien había cortado, imponiéndose a su madre, era Sofía. Esta idea la enervó; odió a su amiga con todas sus fuerzas. Contenida en parte por la presencia de la abuela, pateó una silla, diciéndose que iría a hacer guardia frente a la puerta de la casa de Sofía hasta que apareciese. La abuela estaba enfrascada viendo la TV, y, aparentemente, no registró la patada de su nieta al mueble. Azul se marchó a su pieza, dispuesta a hacer algo, o al menos esto era lo que ella discurría, aunque en el fondo de sí se inclinase más bien a encontrar el modo de que alguien, otra persona, hiciese las averiguaciones necesarias para hallar a Sofía. Y ella no se conformaría con sólo encontrarla, sino que deseaba pescarla *in fraganti* y que el encuentro sea al mismo tiempo su venganza. Y de repente pensó en Victoria, en la posibilidad de empezar por ella, para luego caer sobre Sofía conociendo todo lo ocurrido. No tenía ni la dirección ni el teléfono de Victoria, pero su entusiasmo inicial resistió estos escollos y ya se imaginó sorprendiendo a Sofía por la espalda. Dejó la resolución de los problemas concretos para más adelante y disfrutó por un ratito de su fantasía. Y en ésta, Sofía le pedía "por favor" que no la delatara; quejosa, llorosa, le suplicaba. No llegaba a imaginar claramente qué debería callar, ya que nada de lo que supusiese para la estadía de las chicas allá arriba la satisfacía, pero a esta altura no le importaba demasiado, excepto que —y esta idea surgió de repente para amargarla— fuera algo conmocionante que hiciera de Sofía y Victoria las estrellas del colegio. Sofía solía tener suerte, o al menos así lo consideró Azul; esa suerte que, además, hábilmente la persona la reviste de mérito, de carácter. Y aquí la ganó una convicción decepcionante: Sofía se saldría con la suya. Un sentimiento fatalista casi la agobió. Por razones cambiantes, por caminos diversos, a Sofía siempre le iría bien, mientras que a ella le iría mal. Pero, intuía, ninguno de los dos fenómenos se podría explicar realmente porque no responderían a causas únicas, ¿cómo explicar algo que se repite constantemente de

modos diversos, que no parece obedecer a ninguna ley y sin embargo está gobernado, en su misterio, por la más férrea de todas? Y lo que más la desesperó fue pensar que, ahora, el asunto tenía todas las trazas necesarias para que a Sofía le resultasen mal las cosas, lo que daba pie a sus esperanzas, y finalmente emergería triunfante, reivindicada; doblemente triunfante frente a ella si es que adivinaba las esperanzas que había abrigado.

La abuela apareció en el vano de la puerta del dormitorio de Azul. Los ojos le brillaban extrañamente, las facciones habían adquirido cierto gesto fijo que ella enfatizaba, como si terminase de hacer un descubrimiento que, socarrón, maldito, contradijera las leyes de la naturaleza.

—¿No será la primera esposa de tu abuelo la que me trabó la pensión?

Azul ignoraba que su abuelo hubiera tenido anteriormente otra mujer y quedó sorprendida. Había supuesto que la abuela había sido su única esposa.

—¿No me habrá iniciado un juicio? Quizás por eso no me pagan la pensión —especuló la abuela, indecisa, mirando en parte al vacío.

Raquel ladeó la cabeza y encontró su cara en un espejo. Usaba lentes oscuros para ocultarse pero no podía usarlos todo el tiempo y cuando hablaba con una persona casi compulsivamente se los sacaba. Se quitó los anteojos y por unos momentos se quedó mirando sus facciones. Desde que había perdido la visión del ojo no sabía si el maquillaje la favorecía o no. Porque si bien su rostro en general adquiría más vida, el ojo muerto destacaba más, dado que no podía maquillarse un solo ojo. El rimmel, la sombra de color lo ponían en primer plano dentro de un conjunto que a Raquel le parecía más atractivo. Por un tiempo no se había maquillado y aún dudaba, pero había reiniciado la costumbre cuando se cansó de su rostro lavado y de esa actitud displicente para con ella que había creído advertir en los médicos. En última instancia, prefería generar aprensión y no desprecio o indiferencia. Y

ahora se maquillaba casi exclusivamente para hacer su trabajo de visitadora médica, con lo que, creía, lograba que se la mirase con mayor atención.

Pero Raquel no podía mirarse mucho tiempo en un espejo, y desvió la vista en pequeña medida, como para descubrir a la mujer que esperaba ser atendida por el médico. Era grandota, macilenta; llevaba un vestido floreado, algo corto, de modo que se veían sus rodillas y buena parte de sus muslos. Tenía unas piernas rotundas, casi rollizas, las que, a causa de lo bajo del sillón, se erguían como columnas delante de su cuerpo y eran de hecho su fachada. La mujer permanecía con los ojos cerrados y era difícil establecer si dormía. Estaba inmóvil, con su cuerpo enorme y tieso hundido en el sillón. En su rostro no había ninguna expresión, excepto que se quisiese interpretar que esa carencia absoluta de gesto hacía ostensible la resignación de la mujer ante la espera. Raquel la observaba por el espejo, aguardando la traición de un gesto, considerando imposible tanta impasibilidad. ¿Cómo interpretar esa quietud?, ¿como una falta total de fuerzas, un desbarrancarse en la impotencia, o por el contrario, la mujer había alcanzado un estado de completa paz y estaba en posesión de una verdad espiritual que le posibilitaba la fuerza necesaria para estarse allí, inmutable, pétrea, en la sala de espera de un médico?

Hacía más de cinco minutos que la observaba y ya casi deseaba que el médico la hiciese pasar antes que a ella sólo para verla moverse. Había nacido en ella una suerte de admiración hacia esa mujer. Ya no dudó de que estaba en posesión de un secreto, porque —y finalmente cayó en cuenta de esto— había una pasmosa contradicción entre el ascetismo que suponía la inmovilidad y la corpulencia de ese cuerpo, entre la espiritualidad y la materia, las que, en la mujer, habían dejado de concordar.

Pensó en esa mujer como en un tótem, hasta que, de repente, la asaltó una idea que, sin transición, trocó su admiración en repulsa. Juzgó que el tamaño de la mujer no contradecía la inmovilidad sino que ambos eran consecuencia de lo mismo: ese cuerpo retenía todo para sí,

nada salía de él; estaba absolutamente concentrado sobre sí mismo. De la idea de un ser casi superior pasó al opuesto, al desprecio, y en alguna medida también al odio, porque ese egoísmo atroz que imaginó la exasperaba. La quietud de la mujer la fue disgustando de más en más, hasta que se le hizo intolerable; era para Raquel algo que limitaba con la afrenta. La mujer estaba abismada en sí misma por entero y del exterior sólo tomaba y tomaba; aire, comida, todo aquello que el cuerpo necesitaba para acrecentar su presencia, para que ésta fuese más maciza, pero no en pos de un alarde sino sencillamente para ser, para estar en el mundo y alimentarse de él sin ninguna consideración hacia nadie ni hacia nada.

Varias veces se removió Raquel en su sillón buscando llamar su atención. También suspiró, rechinó los dientes y hasta dio un chistido, sin lograr lo más mínimo. Cuando estaba armando una frase en su cabeza, unas palabras que, dichas en posible referencia a un asunto cualquiera, fueran hirientes para la mujer, la secretaria del médico abrió una puerta y la llamó. La mujer abrió los ojos sin mucho apuro, y, luego, dio en ponerse de pie. Lenta y torpemente, como si planeara cada movimiento, movió brazos y piernas hasta que el corpacho estuvo erguido delante del sillón. Raquel buscó su mirada, y en los ojos negros y chiquitos de la mujer había una inmensa apatía, y sólo por detrás de ésta se podía adivinar un dejo de tristeza, una sombra que daba a pensar en los restos de una lejana derrota. Y la mujer caminó, y su cuerpo no parecía una unidad, más bien eran partes que se complementaban malamente y que parecían destinadas a cobrar cada vez mayor independencia. Raquel siguió con la vista su andar, las tremendas piernas avanzando a despecho del resto del cuerpo, que se quedaba atrás, las facciones que se juntaban en derredor de la nariz aguileña, hasta que la mujer entró al pasillo que llevaba al consultorio, cruzándose con el paciente que salía.

Diez minutos más tarde el doctor hizo pasar a Raquel a una salita que estaba al lado del consultorio y se comunicaba con éste a través de una puerta. La grandota

no había salido, por lo que allí estaría, aguardando a que el médico retornase.

—Discúlpeme —dijo éste, como siempre le decían cuando la hacían esperar más de media hora. Y se sentó delante de un pequeño escritorio. Desde allí la miró con unos ojos enormemente agrandados por las gafas, sin invitarla a que sentara, quizás porque no había silla del otro lado del escritorio y sólo había una en un rincón, casi invisible.

Raquel apoyó el portafolios en el piso y se puso a buscar las muestras que debía propagandizar. Y ahí mismo empezó el *speech*, sonriendo con nerviosismo ante la poca fortuna que tenía en su búsqueda. Ella iba más allá de lo que el laboratorio prescribía y armaba su propia explicación. Desechaba ciertos aspectos técnicos que no entendía y que, sospechaba, tampoco entendían los médicos, e inventaba propiedades secundarias, que ella destacaba con algún chiste. Por ejemplo, los remedios que entregaba siempre eran de algún modo energizantes o afrodisíacos, incluso los antibióticos. Ella lo dejaba deslizar con una broma, lo afirmaba de manera ambigua, de tal modo que era una verdad a medias, que quedaba flotando, sin tampoco ser algo taxativo de lo que tuviera que hacerse responsable. Jugaba con la idea de que los laboratorios ponían en los remedios ciertas porciones mínimas de drogas prohibidas, las que, por supuesto, no figuraban en los prospectos. "Es tan bueno que crea adicción", decía a veces, o "hace el efecto de una pequeña dosis de cocaína". En general, los médicos se reían, algo desconcertados, y luego, muchos, afirmaban: "lo voy a tomar yo, entonces" o algo similar. En una ocasión un médico le contestó: "Yo ya sabía que le ponen cocaína. Mi hermano es bioquímico en el laboratorio". Y la que rió con perplejidad y un poco forzada fue Raquel, festejando el chiste del médico, quien la miraba fijamente, serias las facciones. "Por algo es tan caro, ¿no?", había agregado, haciendo un gesto de inteligente resignación. Y otro, esta vez risueño, le había dicho: "La cocaína se prescribe aparte. Agregarle a estas pastillas es ya un abuso".

Y, ahora, le habló y le habló al médico mientras bus-

caba las muestras en el portafolios. El hombre se había puesto de pie y la observaba desde allí arriba con preocupación y hasta con una pizca de desconfianza, muy atento y —se diría— dispuesto a huir ante la menor señal de peligro.

—Me está esperando una paciente —le dijo, justo cuando Raquel encontró las muestras y las sacó del portafolios con ademán enérgico.

El médico pareció temer que Raquel sacara una pistola o algo parecido, porque torció la cara y echó el cuerpo hacia atrás.

—Acá están. Es un minuto, nada más —le dijo Raquel, suplicante, mientras enarbolaba las muestras.

El médico las tomó y las observó por unos instantes como si fuesen algo extraño a su persona y no entendiese por qué se las daban.

—Hoy, es el circulatorio más poderoso, tiene las mejores especificaciones y... —Raquel se puso de pie y, con dificultad, cerró el portafolios. En ese momento advirtió la sombra de la mujer, la grandota, que se acercaba a la puerta que comunicaba ambas habitaciones. Se acercaba con su paso discordante pero sigilosamente.

—Cada vez hacen los remedios más fuertes —comenzó el médico con voz débil— y lo que se necesita es... Ya van a hacer estallar a un paciente con los circulatorios —y ligeramente se rió.

La grandota apareció en el vano de la puerta. Un hilillo de sangre le corría desde una de las fosas de la nariz.

—Doctor —dijo, con voz gutural.

—Ya vuelvo, ya la atiendo —le contestó el médico, impaciente, girando hacia ella con violencia—. Espéreme, ¿quiere?

—Estoy sangrando.

—No es nada. Ya le va a pasar. Métase un dedo en la nariz y ya le va a pasar.

El médico cerró la puerta que unía ambas habitaciones. Se volvió hacia Raquel.

—No hay paz en esta vida. Pero... —y se dirigió al rincón más lejano a buscar la silla, y regresó con ella para ubicarla delante del escritorio—. Siéntese. Discúlpeme

que no me haya dado cuenta antes de que usted... —y rodeó el escritorio con el objeto de sentarse, mudando por completo de talante y dispuesto, según parecía, a otorgarle un tiempo sin demasiados apremios.

Raquel ya no tenía más que decir. Cuando lo tuvo enfrente, sentado, sonrió.

—¿Ha perdido un ojo? —consternado, el médico la auscultó con sus ojos agrandados por las lentes, dueño ahora de la situación.

Raquel bajó la vista y no atinó a contestar.

—¿Qué fue? ¿Acaso la ley del talión? —y el médico casi dejó caer de su boca una sonrisa—. ¿Vio que todo vuelve? —y parecía que se iba a explayar al respecto cuando se escucharon dos golpes secos y fuertes en la puerta que los separaba del consultorio.

—¡Otra vez! —exclamó el médico, fastidiado. Y por un segundo se quedó pensando—. Hágame el favor de calmarla un poco. —Y se levantó y se dirigió hacia la puerta, aguardando a que Raquel hiciese otro tanto.

Raquel titubeó, pero se puso de pie.

—Hágame el favor. Dele un algodón para lo de la nariz y conténgala por un rato. ¡Tengo que estudiar acá unos análisis de esta mujer, antes de que me vuelva loco! —y abrió la puerta.

La mujer tenía la cabeza echada hacia atrás y con los dedos se apretaba la nariz. Tenía el vestido muy salpicado con sangre.

—Me sale más fuerte.

—Ayúdela, por favor, mientras miro esos estudios —insistió, ya en tono de orden, cortante.

Y Raquel entró al consultorio y el médico cerró la puerta detrás de ella.

Y yo vi a la enorme mujer que se volcó hacia adelante y abrió la mano, y de su nariz salió un chorro de sangre, el que se esparció por un buen radio. Y vi que, de nuevo, la mujer se apretaba brutalmente la nariz y volvía a echarse hacia atrás, mientras algo decía. Y luego vi el piso con sangre, y unos zapatos negros que también tenían sangre. Y en el piso pude ver,

apenas, unos algodones tirados, diseminados aquí y allá. Y volví a la mujer que, echada hacia atrás, seguía hablando, señalándose distintas partes del cuerpo. Y la mujer enorme se dio vuelta y con una mano se levantó el corto vestido que llevaba y dejó ver unas nalgas redondas y grandes que emergían, en su opulencia, de una bombachita que se metía en la raya. Y las nalgas tenían unas marcas rojas, unas cortaduras horizontales que se continuaban a uno y otro lado de la raya. Y la mujer se estuvo un tiempo mostrando las nalgas, e incluso, con su mano libre, introdujo todavía más la bombachita en el gran canal de la raya, hasta prácticamente hacerla desaparecer. Y por fin la mujer se bajó el vestido y se dio vuelta. Ya no hablaba, pero sonreía torciendo la boca y sus ojos habían adquirido un brillo pastoso y parecían estar perdidos en mí.

Raquel desvió la vista hacia un botiquín vidriado que estaba en un ángulo de la pared del consultorio. Fue hasta allí y miró para adentro por un rato, buscando en los estantes algo que contuviera la hemorragia. Estaba nerviosa, desconcertada. No creía en lo que la mujer le había contado. Aunque no la conocía en lo más mínimo, consideraba, según su anterior deducción, que tanto había tomado la mujer del exterior para acumular en sí misma que había estallado. Y esto explicaba también el porqué de esas distintas personas que habitaban en ella (la que estaba sentada no era la que caminaba, y ninguna de estas dos la que perdía sangre y le había mostrado las nalgas): todo lo que había absorbido no podía contenerse en una sola persona y cada cosa que incorporaba se articulaba a alguna de las personas que habitaban dentro de la inmensa mujer. Raquel sentía aprensión por esa casi infinita capacidad para apropiarse de lo ajeno, por esa fuerza gravitatoria que no dejaba de percibir. La mujer se había acercado y, por encima de ella, miraba también los estantes de la vitrina. Raquel escuchaba la respiración bucal de la mujer, un ligero jadeo por el cual las tetas le temblaban casi en la nuca. No veía en los estantes nada que sirviera, excepto una latita con gasas, que fue finalmente lo que tomó.

—Tengo que tomar un coagulante.

—Yo no soy doctora. No sé. No vi ninguno además —y Raquel recordó el circulatorio que ella promocionaba, el que la haría sangrar a mares.

—Chiquita. Necesito un coagulante, ahora —y la voz, aterciopelada, fue haciéndose trepidante al tiempo que le aprisionaba levemente la nuca entre el pulgar y el índice de su mano libre.

Raquel la miró de soslayo. Un hilo de sangre le corría ahora desde la boca.

—Es la misma sangre de la nariz que me llega hasta la boca —dijo la grandota al verle la cara de susto. Y la mujer abrió con furia la puerta de la vitrina que acababa de cerrar Raquel. Los estantes temblaron y las cosas más inestables cayeron. Raquel aprovechó que la mujer le había soltado la nuca para alejarse.

—Me tenés que atender. No me vas a dejar así, desangrándome.

—Voy a buscar al médico.

—¡Esa puta ahora no me quiere vender! —estalló.

Raquel, que había dado unos pasos, se detuvo. Odiaba a la grandota, pero no le era fácil irse sin más; subrepticiamente, era víctima de su fuerza de atracción, de su poder gravitatorio, de la magnificencia de ese cuerpo que era muchas personas.

—¡Estoy perdiendo todo! —chilló la mujer.

—Ya le va a pasar. Es un poco de sangre y...

—¡No! No es la sangre nada más. No entendés que... Pierdo en todo. Yo... Ya me siento muy mal. Estoy débil. ¡Ayudame!, por favor —y la grandota se sostuvo con una mano de la camilla mientras que con el otro brazo pedía la ayuda de Raquel. Ésta se acercó y la mujer se apoyó en su hombro.

—Acuéstese en la camilla.

—Sola no voy a poder.

—Yo la ayudo. Déjese caer y yo le subo las piernas.

Y así lo hicieron. La mujer quedó boca arriba.

—Me voy a ahogar con la sangre —dijo la grandota, angustiada. Y, con auxilio de Raquel, pudo voltear hasta quedar boca abajo.

—Sos muy buena enfermera.

—¡No soy enfermera! —y aquí cobró mayor conciencia de que no tenía por qué estar en ese consultorio—. Busco al doctor —y caminó dos pasos.

—¡Esperá! Bajame el vestido. —Las nalgas, con las rayas rojas que las atravesaban, habían quedado al descubierto. Aun con la mujer boca abajo se veían redondas, emergiendo rotundas, magníficas, de ese cuerpo derrumbado sobre la camilla. Raquel juzgó ahora que probablemente era cierto lo que la mujer le había contado. Las marcas casi no las afeaban y le daban importancia, la constituían en un objeto singular. Desde donde estaba ella ya no parecía que tuviera bombacha y por un momento tuvo la impresión de que cualquier bombacha, por grande que fuese, sería fagocitada en la hendidura de esas dos nalgas. Mirándolas, Raquel se había quedado absorta.

—Tapame. Si no el médico se va a poner insoportable.

Raquel se acercó y tiró del vestido, cuidándose de no tocar la cola, mientras la grandota se movía para permitir que la tela bajara. Cuando las nalgas estuvieron a cubierto, se dirigió a la puerta. Al abrirla, vio que el médico estaba apoyando su portafolios (el de Raquel, que había quedado en esa salita) en el escritorio. Se figuró que lo había estado revisando y se puso muy violenta.

—¡Pero, qué...! —no siguió porque cayó en la cuenta de que simplemente pudo estar moviéndolo de lugar y no tenía una prueba concreta de que lo hubiera abierto.

—¿Está todo bien allí? —el médico no registró el cariz de sus palabras y parecía satisfecho por alguna razón.

—La mujer está débil. Está en la camilla. Necesita que usted la vea —dijo Raquel, cohibida por lo que el médico pudo ver en su portafolios, si es que lo había revisado.

—¡Muy bien! —contento, la miró a través de sus lentes con admiración, como si hubiera hecho una proeza. Se puso de pie y se restregó las manos, simbolizando la dicha que le aguardaba—. Le agradezco mucho y... Voy a tener muy en cuenta a su laboratorio, su circulatorio y

demás —dijo a modo de despedida, e ingresó al consultorio y cerró la puerta.

Raquel tomó su portafolios y observó los cierres. Estaban pasados, aunque no hasta el final. No recordaba con precisión cómo los había dejado ella, pero era su costumbre no cerrar nada por completo, ni cajones, ni puertas, ni cierres, ni canillas, ni... Abrió el portafolios y se dio a revisar; en primer lugar para comprobar la visibilidad de su juguete, que estaba en su lugar en el fondo y que sólo se podía ver vi se apartaban unas carpetas. Todo parecía estar en su sitio. Cerró el portafolios y se marchó.

A medida que se alejaba del consultorio, descendiendo en el ascensor, caminando rumbo a los subterráneos, crecía en su interior la inquina contra la grandota, bien que no pudiera determinar el mal que le había hecho. Le cobró un odio tan grande que por su cabeza cruzó la idea de regresar y esperarla en la vereda, oculta en algún lugar, con el difuso fin de cobrar venganza. Pero la desechó enseguida, en buena medida porque cualquier cosa al alcance de sus manos constituiría una venganza ridícula, sin pies ni cabeza, pero, además, de cierto modo sabía que en las cercanías de la grandota su odio se diluiría, la fuerza gravitacional de la mujer la dejaría inerme; y si, en última instancia, se diera el caso de que ella pudiese hacer algo, para la grandota no significaría nada, porque todo lo absorbería y lo acomodaría en algún sitio para que no molestase en lo más mínimo. Era una persona que sólo se podía odiar a la distancia y a la que, tal vez, era imposible hacerle un mal.

Raquel iba enojada, pero también un poco sorprendida porque ¿en razón de qué estaba tan indignada contra la grandota? La odiaba profundamente y casi no la conocía. Era la primera vez en su vida que la veía y sin embargo estaba furiosa contra ella.

Capítulo III

Azul entró al aula a último momento, delante casi de la profesora de matemática, quien ocupaba las dos primeras horas de la mañana. Apenas traspasó el umbral descubrió a Sofía y Victoria, sentadas una al lado de la otra, cuchicheando. Azul se detuvo, impresionada como si hubiese visto fantasmas. Pese a la llamada de Sofía del día anterior, no esperaba verlas; casi se había acostumbrado a su desaparición y pensaba sus cuerpos como esfumados, tal si a lo sumo quedaran de ellas unas voces que pudieran sonar en el teléfono. Ninguna de las dos advirtió su presencia, o al menos no se interesaron en absoluto en Azul y, absortas, siguieron murmurando entre ellas. Azul se dirigió a su lugar forzando cierta indiferencia. Le pareció escuchar unas risas cuando pasó a su lado y al sentarse, dos bancos más atrás, hervía de bronca. Las miró, amenazante, pero ellas seguían en lo suyo, risueñas, sin atender tampoco el ingreso intempestivo de la profesora. Mas esta presencia despertó en Azul una repentina esperanza: el colegio debía saber lo ocurrido y actuar en consecuencia; ellas podían enfrascarse en su alegre y nueva amistad, pero lo que habían hecho y lo ocurrido allá arriba debía saberse, debía conocerse a cualquier costo, así las chicas tuvieran que ser torturadas por el policía. Por unos segundos, tuvo la seguridad de que no se saldrían con la suya. Lo de Sofía para con ella era insoportable: habían sido amigas y sin que mediara ningún motivo allí estaban esos tres extraños días, con la ausencia, con el llamado, con esta indiferencia. Por fuerza, tuvo que ocurrir allá arriba algo importante, algo que debía saberse. Al fin de cuentas, había que pensar que otros podían tentarse también y subir, y sufrirían enton-

ces las mismas consecuencias. Es más, especuló con que el silencio de las chicas se debía a su deseo de que otros cayeran en la misma trampa. Las miraba mientras ellas continuaban con su conversación —ahora disimulada debido a la presencia de la profesora—, y no le cabía duda de que estaban tramando algo o, más probable aún, ya contaban con un plan y sólo estaban ultimando los detalles, regodeándose con los aspectos más traviesos y malignos. Y de repente cayó en cuenta de que era la única persona que sabía que ellas habían subido y, probablemente, estaba en el centro del entramado que habían armado. De una u otra forma debían tenerla en cuenta y la indiferencia no era más que parte del plan. ¡Por algo la había llamado Sofía y había simulado la equivocación! El llamado no era inocente sino que era parte de lo que traían entre manos. Al considerar esto, Azul se percibió disminuida, menoscabada, y se sintió urgida a hacer algo. La profesora escribía ejercicios combinados en el pizarrón, pero ella no pensaba sino en el policía, en el modo de lograr que se involucrara en el asunto y arrancase la información que guardaban Sofía y Victoria. La consideración de la figura del policía hizo variar en alguna medida su apreciación de las circunstancias; se advirtió menos desamparada ya que ella estaba indudablemente dentro de la ley. Las autoridades del colegio y las que estaban por encima de ellas, los profesores, los policías, todos, serían sus aliados y, de ser necesaria su intervención, no la abandonarían a su suerte.

La profesora se había acercado a los bancos que ocupaban Sofía y Victoria.

—Parece que están muy dicharacheras. ¿Copiaron los ejercicios?

—Sí. Ya los copiamos —aseguró Sofía.

Azul estuvo a punto de intervenir para asegurar que no los habían copiado, que habían estado hablando todo el tiempo.

—Fíjese, profesora —intervino Victoria, elevando su carpeta y torciéndola de modo que la profesora pudiera echarle una ojeada. Tras lo cual ésta se alejó sin agregar nada, para desilusión de Azul, a quien se le ahogó un in-

sulto a causa de la debilidad de la profesora. ¡¿Cómo podían haber copiado los ejercicios si estuvieron charlando todo el tiempo?! Se figuró que la profesora las protegía por alguna razón y este privilegio inaudito la enardeció todavía más. ¡¿Por qué Sofía y Victoria eran las niñas mimadas del colegio?! ¿Habían cobrado poder a raíz de la excursión al piso de arriba? ¿Qué secreto tenían en sus manos para que la profesora reculase de esta manera? Imaginó que Victoria no le había mostrado los ejercicios copiados sino un mensaje, suerte de amenaza que había hecho retroceder a la profesora. La cobardía de esa mujer la indignaba y tenía deseos de ponerla en evidencia delante de todo el curso. ¿Cómo se dejaba chantajear y, apichonada, se iba a su escritorio a rumiar en soledad su humillación? Por el contrario, debían unirse contra Sofía y Victoria, máxime si éstas contaban con el poder como para amenazar a una profesora. Más que antes todavía, juzgó que había que hacer intervenir al policía. Había que desmantelar lo que hubiere allá arriba. La inacción que percibía a su alrededor la sacaba de quicio. Nadie hacía nada y todo parecía depender de que ella tomase la iniciativa. No se podía concentrar en los ejercicios y ya temía que al finalizar el módulo y tener que entregarlos no hubiera avanzado más allá del primero, el cual, por otro lado, a simple vista parecía endemoniado, una especie de inmensa torta de varios pisos que ocupaba una cuarta parte de la hoja. ¿Por dónde empezar? Se preguntó si se animaría a dejar de lado estos ejercicios y escribir en cambio en esa hoja una nota para la profesora, contándole lo que sabía acerca de la aventura de las chicas. Tal vez era el dato que la directora necesitaba para decidirse a actuar. Espió a Sofía y Victoria y pudo comprobar que estaban ahora muy concentradas en sus hojas y que escribían sin pausa, con gran vigor, como si no necesitasen pensar para resolver esos ejercicios. Esta muestra de soberbia acicateó aun más a Azul, quien dejó un espacio en blanco para la solución de los cálculos y a continuación escribió: "Señora profesora:". Y aquí se detuvo, indecisa. ¿Debía ser formal y empezar, por ejemplo, con la fórmula que le habían enseñado en lengua unos días atrás: "me

dirijo a usted con el fin de...", o más bien ir directamente al grano y...? ¿Y si mandaba un papel anónimo? Esta idea la entusiasmó. Dejó de lado cualquier posible fórmula y contó muy brevemente lo ocurrido con las chicas, deformando la letra en lo posible para no ser reconocida. Cerró la nota con un llamado imperativo a que se hiciese algo. Luego, ayudándose con la regla, cortó ese pedazo de papel y lo escondió debajo del resto de la hoja. Cambió de birome, a una de color negro, y se dio a resolver los ejercicios.

Algo había avanzado, empezando por el segundo ejercicio, cuando se dio cuenta de que la nota estaba escrita con la misma birome azul con que había copiado los cálculos. Mas no quiso sacar la nota de debajo del papel para comprobar qué tan revelador sería el asunto. Dudó por unos momentos, pero se dijo que era una birome muy común y que habría otras hojas escritas con ese modelo y con la misma tinta. Sin decidirse a nada, se quedó mirando a Sofía y Victoria, quienes escribían sin descanso. Veía sus cabelleras, el perfil de sus mejillas, y era consciente sobre todo del movimiento tembloroso que adquirían a causa de la escritura. La aterciopelada mejilla de Sofía se movía aun más, siguiendo un ritmo preciso, uniforme. Era una mejilla increíblemente inocente, limpia, entregada por entero al movimiento. Al observarla, no podía menos que apreciarse la belleza de esa carne firme, libidinosa e infantil, que no se negaba a una actividad vital, incansable. Por un rato se estuvo Azul mirándolas, hasta que cobró conciencia de que el tiempo corría y que debería entregar los ejercicios.

Cuando el timbre sonó, no había resuelto más que tres de los cinco ejercicios. En el primero, la torta de varios pisos, ni siquiera había hincado el diente. Pero no le importaba demasiado. Con la nota oculta debajo del otro papel, se dirigió al escritorio de la profesora. Colocó sus ejercicios arriba, y casi al mismo tiempo deslizó la nota en medio de la pila. Sin mirar a la profesora, confusa y algo inquieta, salió al corredor. Sofía y Victoria habían salido antes y se dirigían hacia la escalera. Azul las siguió casi automáticamente, sin saber qué iba a hacer.

Intuía que las chicas estaban huyendo para evitar su interrogatorio y que buscarían algún refugio en el cual esconderse durante todo el recreo. Azul se percibió casi como sarnosa, pero esto no hizo sino aguijonearla, por lo que apuró el paso en pos de alcanzarlas y que, mal que les pesara, tuviesen que soportarla. Se sentía indeseable, asquerosa, y como parte de su desagradable ser, experimentaba ese deseo de imponer su presencia a quienes la rechazaban. Allí estaría, haciendo a Sofía preguntas incómodas; insolente, cínica, puesta a la altura de una persona de la cual valía la pena huir.

Pese a que bajaba las escaleras a buena velocidad, no lograba alcanzar a las chicas, quienes, seguramente advertidas de su seguimiento, se apresuraban a escapar. Cuando llegó a la planta baja, vio que se habían separado; Victoria siguió por el corredor que llevaba a la dirección y Sofía salió al patio. Azul siguió a Sofía, quien dirigió sus pasos directamente hacia el kiosco, que no estaba muy lejos de la garita del policía. Unos doce estudiantes se agolpaban delante de las rejas de la estrecha ventana, ganándose el turno a fuerza de presencia física. Sofía se ubicó en la periferia del grupo, como si esperase una oportunidad para llegar a la ventana sin sufrir apretujamientos. Azul se acercó por detrás de ella y se detuvo a medio metro poco más o menos. Y allí se quedó, segura de que Sofía sentía su torturante presencia y de que finalmente se daría vuelta. El grupito que se apretujaba contra la ventana era lo suficientemente compacto como para pensar que contaba todavía con un rato. Aunque enseguida decidió ir más lejos y se colocó al lado de Sofía, echándole encima una mirada franca, evidente. Sin embargo, Sofía no se inmutó y siguió absorta mirando hacia adelante, hacia el grupo apelmazado contra la ventana. Azul bajó la vista por unos segundos, despechada, confundida por esa quieta, inerte indiferencia. Mas no tardó en mirarla fijamente, al acecho de que los ojos de Sofía se traicionasen y se desviasen hacia su lado. No estaba dispuesta a hablar, pero sí a quedarse allí, observando con alevosía ese perfil inmóvil, formado fundamentalmente por la redondeada mejilla, encima de la cual se asentaba

el ojo tozudo, serenamente disciplinado, muy cómodo en el acto de mirar hacia adelante. Dentro de Azul bullía el desconcierto, la piel de la nuca le cosquilleaba. Fue cayendo en una suerte de vértigo, el que finalmente la forzó a hablar.

—¡Sofía!

Sofía la miró y una sonrisa muy débil, apenas bosquejada, se combinó con unos ojos duros y apagados.

—Qué tal.

—¿Qué te pasó, que...? —Azul se detuvo, intuyendo que no había comenzado de la mejor manera.

—Nada. Tuve unas anginas y por eso falté —y desvió la vista hacia el grupito, que seguía bastante compacto.

Azul bajó los ojos. La respuesta de su amiga la precipitó en una suerte de vacío. Con una sencilla frase, de repente todo adquiría visos de normalidad; y la extraña oscuridad que rodeaba al asunto aparecía como un producto de su mente fantasiosa. Había faltado dos días por unas anginas. Sólo eso.

Aunque no tardaron en surgir en su ánimo reparos cada vez más fuertes a la respuesta de Sofía. ¿Y la desaparición del día en que subieron? ¿Y las ausencias de Victoria? ¿Y...?

—Pero ese día que subieron. No aparecieron más. ¿Qué les pasó? —preguntó, pese a que Sofía no la miraba y se la advertía ausente.

—No pasó nada. Nos fuimos.

—¿Se fueron del colegio?

—Sí.

—¿Y qué había ahí arriba?

—No sé. No subimos. Directamente, nos fuimos del colegio.

—¿Y el policía de la entrada?

—No estaba.

Permanecieron en silencio unos momentos. De nuevo Azul fue ganada por la desilusión. Si no habían subido no había ningún misterio.

El grupo frente a la ventana del kiosco había disminuido en número y Sofía se acercó, emparejándose a uno

de los últimos. Azul apenas si pudo encontrar un hueco al lado de su amiga.

—Victoria también faltó los dos días —insistió Azul, llevada adelante por sus últimas esperanzas.

—¿Sí? ¿También faltó? —un gesto de extrañeza apareció en el rostro de Sofía—. No me dijo nada.

Azul no sabía qué pensar. Todo parecía simple y real, pero a la vez increíble.

—Ese día, después que ustedes subieron, se escucharon unos gritos espantosos...

—Si te dije que no subimos.

—Pero habrán subido por esa escalerita hasta la puerta que...

—No. Ya te dije que nos fuimos del colegio. Ni pisamos por ahí.

Azul se quedó callada. Su pensamiento discurría ahora en una nebulosa. Creía haber tenido una gran cantidad de hechos que desmentían lo que afirmaba su amiga, pero ya no parecía contar con ninguno. Se acordó de la llamada por teléfono de Sofía, no obstante no se ilusionó porque advirtió que ella negaría haberla hecho; y listo, ya no tendría nada entre manos.

No quedaban más que cinco o seis chicos esperando para ser atendidos, de modo que Azul percibió que no contaba con mucho tiempo. La actitud de Sofía le hacía pensar que se escabulliría y, además, ella misma no tenía mucho interés en continuar con la charla. Aunque súbitamente el orgullo herido la aguijoneó, y no pudo evitar una baladronada.

—Si ustedes no subieron, voy a subir yo —afirmó, y el rostro se le iluminó con una sonrisa. Esperaba en realidad que Sofía se alarmase por su idea e intentase disuadirla, con lo que, tal vez, se pondría en evidencia y confesaría lo ocurrido allá arriba.

—Subí. Me parece muy bien.

—Voy a subir —ratificó Azul con firmeza, creyendo que constituiría una forma de vengarse de la crueldad de Sofía, que no se interesaba en lo más mínimo por ella.

Un gordo que estaba delante de ellas giró la cabeza y les echó una ojeada. Azul cayó en la cuenta entonces de

que Sebastián, un compañero de su curso, estaba ahí, a un paso de ellas, y pudo haber escuchado todo. Era un gordito caderón, muy blanco, tanto que se le marcaban las venas, incluso en el rostro. Tenía siempre los ojos llorosos, pero lejos estaba de ser sensible o sentimental; parecía estar elucubrando constantemente cosas extrañas y Azul lo tenía por siniestro. El único consuelo que tuvo al advertir su presencia fue recordar que era un poco sordo de un oído, a raíz, según él, de un tapón de cera que se negaba a extraerse. Sofía se adelantó, ubicándose al lado del gordito, quien la miró, satisfecho. Azul se quedó atrás, resignada a la idea de que Sofía se iría apenas hiciese su compra y que a la vez ella se quedaría a comprar algo, cualquier cosa, aunque en el primer recreo nunca tenía ganas de comer ni de tomar nada.

Sebastián dejó que Sofía se le adelantara, y al hacerlo giró la cabeza hacia Azul y le dirigió un gesto de convivencia, suficiente y ambiguo a la vez. Ella estuvo segura de que el gesto era consecuencia de lo que el gordito había escuchado y se puso nerviosa. Sofía pagó lo suyo, le dirigió un "chau" desvaído y se marchó. Y acto seguido Sebastián le hizo una seña a Azul para que se ubicase a su lado y tomara su turno. Ella dudó, pero él insistió, casi ceremonioso, y entonces se adelantó y pidió lo primero que le vino a la cabeza, un alfajor triple de chocolate, bien que terminó de hablar y ya estaba arrepentida. Cuando hubo pagado intentó ubicar a Sofía y miró para todos lados, pero ya no se la veía. Barruntó que se iría a encontrar con Victoria, quizá en la dirección del colegio. Supuso ahora que las chicas contaban con todos los medios para salirse con la suya y que la nota que había enviado a la profesora de matemática no tenía ningún sentido. Es más, consideró que la profesora perfectamente pudo descubrirla cuando introdujo el papel en la pila de ejercicios y que la nota podía volverse contra ella, como un boomerang. Súbitamente, recordó que había cortado el papel de su hoja de ejercicios y que, uniendo ambos pedazos, la profesora se daría cuenta de que formaban una unidad. Y si a esto se le sumaba la utilización en ambas partes de la birome azul...

—¿Querés un poco?

Azul giró, algo asustada. Sebastián le ofrecía una lata de gaseosa, cuya pajita estaba mordisqueada.

—No. Gracias.

—Yo no puedo comer un alfajor si no tomo algo.

El alfajor triple de chocolate colgaba de la mano de Azul, y ésta lo recordó.

—Lo voy a comer después, en otro recreo.

—Yo no puedo comer más alfajores; estoy a dieta —y Sebastián se masajeó el vientre con la mano libre—. Pero... —y se detuvo teatralmente, elevando el dedo índice—, quiero ser el que soy; porque... —y su cara se entregó a una mueca indescifrable— no tengo por qué transformarme y dejar de lado mis planes. Mis planes me incluyen a mí; es así. No quiero quedar afuera de mis planes. Y eso podría ocurrir si no me reconozco.

Azul, disgustada, amagó irse.

—Vos estás en mis planes —y el gordito elevó aquí la voz—. Y con este oído escucho muy bien.

Azul se detuvo. Juzgó que Sebastián la estaba amenazando. Se indignó, y al mismo tiempo tuvo temor por lo que pudiera hacer el gordito. En su estilo, era tan petulante que lo creía capaz de cualquier cosa. Sebastián solía ser insidioso y burlón, y le gustaba mostrarse inteligente, enigmático, superior. Tenía una sonrisa peculiar, totalmente plana, de labios finitos, que se aunaba al brillo de los ojos y a un sonido socarrón que surgía del fondo de su garganta. Y ahora estaba portando esa sonrisa, fingiendo una gran seguridad en sí mismo.

—¿De qué planes me hablás? —y Azul movió la mano despectivamente, aunque, por aprensión, estaba interesada.

—¿No querés ir arriba?

Azul se quedó cortada. No esperaba que él supiese tanto.

—Sofía y Victoria estuvieron arriba —agregó él.

Azul lo miró, demudada. ¿Cómo podía saber todo eso? En su ánimo se abrió paso la presunción de que sí, el gordito era una especie de genio, o al menos alguien de una astucia singular. Una incipiente esperanza creció en Azul al

considerar la posibilidad de que el gordito fuese su aliado, su amigo. Y algo de esto debió traslucirse porque Sebastián reía con sus ojos claros, feliz con el efecto causado.

—Vos, ¿las viste? ¿Cómo sabés?

—Yo sé que subieron —el gesto de Sebastián dejaba en claro que no respondería la pregunta.

—Pero, ¿cómo lo sabés? —insistió ella.

—Sofía te miente —desvió él el curso de la conversación—. Recién la escuché y no podía creer cómo podía ser tan hija de puta con vos.

Azul se percibió como una víctima, lo que la inclinaba a confiarse en Sebastián; sin embargo una lejana alarma sonó en el fondo de su conciencia, una desconfianza casi corporal hacia las elucubraciones y los planes de alguien a quien suponía maquiavélico, oscuro.

—Pero Sofía y Victoria cometieron unos cuantos errores —afirmó el gordito.

—¿Cuáles?

—Uno es evidente. Yo sé que subieron.

—Pero vos estabas en el aula conmigo cuando subieron. No podés saber más que yo —Azul cobró fuerzas para repeler la superioridad del gordito—. O alguien te lo dijo, nada más. ¿Te dijeron lo que pasó allá arriba?

—Sofía y Victoria subieron; no aparecieron ese día y después faltaron dos más —hizo el racconto Sebastián—. Vos pediste ir al baño y te fuiste para allá. —La miró y Azul, sin más remedio, asintió—. ¿Llegaste a abrir la puerta de la escalerita?

—No. Pero... ¿Vos ya sabías que las chicas estaban arriba cuando yo pedí ir al baño?

—No. No lo sabía. Me acordé después porque la profesora de geografía quiso hacer un chiste por lo que tardabas tanto en volver.

—¿Qué dijo?

—Que si te habían comido los gatos.

Permanecieron un rato en silencio. Azul se inclinaba a creer que él no sabía más que ella y que se hacía el misterioso para darse importancia. Aunque seguía impresionada y en cierta forma mantenía sus ilusiones con respecto a él.

—¿Y tus planes incluyen ir arriba? —le preguntó Azul.

—Me parece que a mí no me conviene ir.

—¿Por qué?

—Porque no... no estoy preparado para ir.

—Y entonces, ¿de qué hablás cuando me decís que tenés tantos planes?

—De... por ejemplo, ayudarte con Sofía.

—¿Ayudarme a qué?

—A que no se salga con la suya.

—¿Y qué podríamos hacer?

Sebastián, socarrón, se rió por unos instantes, regodeándose con lo que tenía en mente. Pero no contestó.

—¿Y por qué le tenés bronca a Sofía? —inquirió ella.

—No le tengo bronca. Pero ellas me dieron una oportunidad al subir y no la quiero desaprovechar.

—Yo no sé si voy a subir —se atajó Azul, mientras sonaba el timbre que ponía fin al recreo.

—¡Huy! No fui al baño a inyectarme —resopló él y salió corriendo, aunque se detuvo a los pocos pasos. Giró hacia ella y estuvo a punto de decir algo que no pudo salir a luz—. Chau —le dijo el gordito, algo desilusionado consigo mismo; y se fue.

Azul trepó las escaleras corriendo, llevando todavía en su mano el alfajor. Quería llegar al aula antes que Sofía y Victoria con la esperanza de tener la oportunidad de revisar sus útiles y sus carpetas. No se resignaba a estar por debajo de Sofía y de Sebastián y quería averiguar más, tener un dato que le sirviese para hacerse valer ante todos. Pero cuando llegó al corredor de su aula vio que Victoria venía por el lado opuesto y que, al descubrirla corriendo, sonrió de un modo que parecía indicar que conocía los motivos de su apuro. Azul frenó la carrera, como si con esto disimulase una falta, y evitó mirarla mientras caminaba. Estaba prácticamente segura ahora de que Victoria venía de la dirección del colegio y daba por hecho que regresaba muy tranquila, triunfante. No quería mirarla para evitarse una humillación. Casi llegaron juntas a la puerta del aula. Azul se detuvo para permitir que Victoria entrase primero. Quería echarle un

vistazo sin riesgos de encontrarse con sus ojos. Y Victoria entró de la misma manera que lo hubiese hecho Sofía, ignorándola sin ningún complejo ni culpa, tan inocentemente serena que la mejilla se movía al ritmo de sus pasos. Y, al observarla, Azul se dio cuenta de que a Sofía y Victoria las unía algo de lo que ella carecía, y que esto era irreversible. Y si bien se desilusionó en parte, por otro lado se afianzó en ella la convicción de tener un enemigo claro, bien delineado, y de tener por ende una misión que llevar adelante. Sus próximas semanas o meses estarían llenos con los pasos que iría dando, uno a uno, porque ahora creía que iba a actuar de acuerdo con un plan, el de Sebastián o el suyo propio, lo que fuera que la pusiera por encima de Sofía y Victoria. Se fue a sentar a su lugar y por primera vez le sonrió a su nueva compañera de fila, una chica humilde, con el pelo escaso, desteñido; y, con cierta satisfacción, sintió que estaba dando un primer paso hacia algún lado.

Raquel se sentó en la cama y buscó en el primer estante el reloj-pulsera.

—¡Otra vez! —se quejó Diego, fastidioso, al tiempo que avanzaba una mano y le sopesaba una teta, mirándola con cierta burla—. ¿No me dijiste que llega recién a la una y media?

—Sí. Pero... Tengo miedo de que el tiempo pase rápido y...

—Conmigo perdés la noción del tiempo —le dijo, y le tomaba casi toda la teta con su mano, con apática dedicación, como si estuviera realizando un ejercicio.

—Yo soy distraída. —Volvió a colocar el reloj en el estante y tomó un paquete de cigarrillos.

—¡No! No fumes acá. En esta pocilguita me asfixio.

Raquel dejó los cigarrillos en el estante. Se recostó sobre un codo, vuelto el cuerpo hacia Diego, quien jugaba con la teta, hundiendo el pezón con un dedo para luego quitarlo y que recuperara su forma.

—No se queda adentro el pezón. ¡Maldito!

—Me vas a deformar la teta.

—Si se hunde por mucho tiempo quizás quede ahí metido.

—Soltame.

—No. Por qué. Estoy entrenando el dedo.

—¿Para qué?

—Quién sabe lo que va a hacer éste con vos —le dijo, sonriéndose y mostrándole el dedo—. Éste es un representante del otro.

Raquel se recostó contra la almohada.

—¿Cantaste en ese bar el otro día?

—No. Diana me aseguró que estaba todo arreglado con el dueño pero... Pagaba muy poco y además quería algo movido; quería que llevara a un tipo con unos bongós y... todo por la misma plata. Yo le dije que canto canciones melódicas. No las puedo transformar en bailanteras por mucho que ponga a un tipo con unos bongós.

—Componé de todo un poco. Así tenés repertorio para... ¡ahia!

—No te metas con lo que yo hago. Cuántas veces te lo voy a decir —y los ojos negros de Diego bajo su pelo enrulado estaban turbios y volcados hacia ella. Eran ojos acuosos y el iris no parecía tener un límite muy preciso, por lo que adquirían un mirar difuso, siempre esquivo. Raquel se decía para sí misma, porque nunca lo comentó con nadie, que eran ojos ebrios, no Diego sino exclusivamente ellos, esos ojos negros que en su nebulosa se desteñían y tendían al gris o al marrón. Ahora era Diego el que, apoyado sobre su brazo, se inclinaba hacia ella.

—Te doy una sugerencia... —empezó a defenderse ella.

—¡Encima, me duele una muela! —le espetó él, e, incorporándose, se metió dos dedos en la boca con el objeto de apaciguar el dolor de algún modo—. Por momentos se me pasa, pero ahora me están dando unas puntadas...

—A ver si tengo algo —y Raquel se paró en la cama, desnuda como estaba, buscando en el revoltijo de los estantes algún calmante.

Diego la miraba desde abajo, los dedos metidos en la boca, las facciones deformadas, en parte por el dolor, en parte porque torcía los labios abiertos. Cuando Raquel

se movía temblaban sus nalgas redondeadas y algo rotundas. Las tetas se movían más acompasadamente, en un vaivén moroso, casi acogedor. Era un cuerpo hermoso, aunque desencajado en alguna medida, como si no estuviera contento consigo mismo y no lograra creer lo que era, como si hubiera dos cuerpos superpuestos, uno hermoso y otro dramático, por lo que todo lo que se pudiera ver y apreciar tenía la pátina de la tragedia. O quizás, con mayor exactitud, el cuerpo trágico portaba al otro como máscara, sin poderse ocultar por completo, evidenciándose con cierta torpeza. Raquel buscaba el calmante caminando sobre la base dubitativa del colchón sin poder evitar actuar para esos ojos turbios que la miraban desde abajo. Levantaba los brazos hacia los estantes de arriba pensando en el efecto que este movimiento tendría sobre sus tetas; o adelantaba adrede una de las piernas, echando un fugaz vistazo sobre Diego para constatar que era el objeto de su mirada. No encontraba nada y dudaba mucho de que tuviera algún calmante, pero se exhibía allí y se sentía protegida. Corría menos riesgos en tanto Diego se ocupara sólo de mirarla.

—¡Me duele! ¡¿No encontrás nada?! —Diego se puso de pie y empezó a buscar él mismo un calmante—. ¡¿Qué lío tenés?! —y dio a tirar cosas al piso para despejar los estantes.

—No tirés todo al piso.

—Si no, vas a estar hasta mañana para encontrar algo en estos estantes.

—¡Me vas a romper cosas!

—No. No te preocupes —le dijo, y siguió despejando los estantes.

Raquel miraba como Diego tiraba cosas al suelo sin muchos miramientos.

—Después hay que poner las cosas en su sitio —aclaró.

—Sí. Y en el orden en que estaba. ¡Acá hay algo! —y sacó una cajita de un remedio.

—Es un antibiótico —y Raquel estiró la mano como para que él le pasase el remedio.

—Esto no es un antibiótico. —Diego frunció el entre-

cejo mientras intentaba descifrar la utilidad de esas pastillas.

—Dámelo. No es un calmante.

—Esto es algo psiquiátrico, ¿o no? ¿Estás tomando esto? —Diego seguía buscando en la cajita precisiones que no encontraba.

—No es psiquiátrico —se sonrió Raquel, nerviosa.

—Bueno. No me sirve —y lo tiró sobre una de las cajas que habían estado hacía unos momentos en los estantes. Raquel observó como la cajita del remedio caía por una hendidura que dejaban las tapas mal cerradas.

—¡¿Puede ser que no tengas un calmante?! ¡Una aspirina, aunque sea! —y la miró con odio, el que brillaba en sus ojos turbios y los hacía más saltones y desenfocados.

—A ver. Esperá. —Y Raquel se bajó de la cama y fue hasta el baño. Se apresuró porque sabía que si él se estaba un rato sin verla desnuda empezaba a cobrarle animadversión y se ponía cada vez más hiriente. En el botiquín no había nada y fue a la habitación de su madre. Revolvió sin suerte los cajones de las mesas de luz. Calculaba que Diego ya tendría en mente alguna frase insidiosa, o, peor, ya había tomado la decisión de irse. Urgida, se echó sobre la cómoda y buscó en cada uno de los cajones, abriéndolos y cerrándolos con violencia creciente. Regresaba a su pieza, aunque más no sea para entretenerlo por unos minutos y buscar luego en otro lado, cuando descubrió un agujero que la cómoda no llegaba a ocultar por completo. Algo en ese agujero llamó mucho su atención porque se detuvo y se acercó. Lo observó por unos segundos, colocándose de tal manera que la cómoda le impidiese lo menos posible la visual, extrañada pero sin atinar a explicarse el porqué. No obstante, recordando a Diego, se marchó al trote hacia su dormitorio. Según sus cálculos, ya no faltaría más que una media hora para que llegase Azul y si no hallaba rápidamente algo para su muela ya no podría esperar nada más de él. Entró al dormitorio manteniendo en parte el trotecito y se detuvo a los pies de la cama, hundiendo el vientre y

elevando en lo posible los pechos. Diego estaba tirado en la cama, inmóvil y con los ojos cerrados.

—¿Diego?

—¿Qué pasa? —preguntó, sin abrir los ojos.

—¿Tenés algo?

—¡¿No sabés que me duele la muela?!

—Sí, pe...

—¿Me trajiste algo?

—No encontré nada. Aunque ahora sigo buscando.

—Dejá. Ya me tomé dos de tus pastillas psiquiátricas.

Por unos momentos Raquel no supo qué decir.

—¿Y por qué tomaste eso? ¿Qué...?

—No me sacará el dolor de muelas, pero aunque sea me voy a quedar dormido.

—¿Y quién te dijo que son para dormir? —y acto seguido Raquel se agachó sobre la caja en la que había ingresado el remedio. Efectivamente, no estaba allí—. ¿Dónde lo pusiste? —preguntó, con la pretensión de tener en sus manos la tira y comprobar que era verdad lo que le decía.

—Me las guardé. Por las dudas las necesite después —y aquí Diego abrió los ojos y, pese a su turbidez, estaban macizamente presentes, como si, lejos de pretender dormir, los hubiera estado escondiendo bajo los párpados—. Me van a hacer bien.

Raquel soltó el aire que guardaba para elevar los senos y, contra su voluntad, emitió una especie de suspiro.

—No te van a hacer dormir. Al contrario...

—¡¿Estoy levitando?!

Raquel no contestó. Empezaba a asustarse. Si Diego era de por sí impredecible, bajo el efecto de las pastillas podía llegar a ser peligroso. Para peor, no faltaba mucho tiempo para que llegase Azul y si él perdía la chaveta y se hacía ingobernable iría a tener un problema de familia y...

—¡Vení! Estoy acostado boca arriba y estoy seguro de que podrías tocarme el culo. ¿No estoy un centímetro por arriba de la cama?

—No te hagas el loco.

—¡Vení! Tocame el culo. Diana me lo acaricia todo.

Raquel se acercó.

—Estás bien hundido en el colchón.

—¡No! Bueno —y respiró con fuerza—, ahora me caí y me hundí. —Diego se incorporó y quedó sentado—. Se me fue el dolor de muelas, o ya no me importa —y emitió una risita—. Diana está bastante viejita. Está toda flojita. Pero es toda así; la cara, el cuerpo; nada desentona. Vos sos tuerta y tu ojo anda por ahí. Y tenés un cuerpo divino. Pero muchas veces tu cuerpo me da bronca. Tendrías que... Te cortaría una teta. Con una sola te sobra. En ese caso, me tiraría a tus pies, como un felpudo —e hizo un ademán casi ampuloso, y sus facciones tenían un gesto tonto y satisfecho.

Raquel se miró y no pronunció palabra.

—O mejor, quedate ciega. Me encantaría cogerte si estuvieras ciega del todo, y no vigilándome con ese ojo...

Raquel volvió a tomar el reloj-pulsera que descansaba en el estante. Las agujas marcaban la una y diez pasadas. El mediodía que había imaginado se diluía sin remedio y no parecía que Diego llegase a hacer nada por ella en esos minutos que quedaban.

—Voy a componer una canción —anunció Diego, y se levantó para buscar la guitarra, que descansaba en un rincón.

Habitualmente Diego se desplazaba llevando el instrumento en un estuche de cuero negro. Lo llevaba a todos lados y lo colocaba siempre entre él y el interlocutor con el que estuviese hablando. La guitarra era la respuesta obvia a todas las preguntas, y mientras hablaba la movía o, discurriendo sobre un tema cualquiera, la señalaba con un gesto, como si su afirmación surgiese pura y exclusivamente del hecho de ser un cantautor. Y al colocarla delante de sí, Diego sentía que todo lo referente a él tenía sentido y que su persona estaba naturalmente llena, completa, en tanto que los otros tenían que dar explicaciones y estaban vacíos de sentido hasta tanto demostrasen lo contrario. Y los otros tenían la edad que tenían, mientras que él tenía la edad de un portador de guitarra, que por definición es joven, un muchacho, aunque, como

era su caso, tuviera algunas arrugas en derredor de los ojos. Por lo demás, pocas veces la sacaba de su estuche para tocar o componer alguna cosa, aunque él afirmaba que la llevaba casi siempre consigo para aprovechar toda inspiración.

Desnudo como estaba, subió un pie en la cama y colocó la guitarra sobre la pierna. Rasgueó tres o cuatro acordes y por unos segundos se quedó algo pensativo. Raquel se había sentado en la cama y lo miraba, en parte desconfiada por esta suerte de borrachera que creía advertir en Diego, en parte lejanamente divertida, quizás porque nunca lo había visto tocar desnudo. La pija le colgaba debajo de la guitarra y se movía ligeramente con los acordes. Raquel pensó que se iría elevando como una "donna" para participar del número de alguna manera. Ella recordó que el día que Diego cantó por primera vez sus propios temas en un pub estaba eufórico, y más tarde, en el hotel, hablaba de su pija como si fuese un títere inteligente, el verdadero autor de los temas que había cantado.

Y vi la mano que rasgueaba las cuerdas de la guitarra y que luego se quedaba inmóvil, dudosa, disconforme con esa inactividad que la hacía estarse, impotente, a unos centímetros de las cuerdas. Las venas asomaban en el dorso y los nudillos se veían fuertes, agrandados por esa posición entreabierta de la mano que la hacía semejarse a una garra, a un miembro de un animal salvaje. Y vi que la mano, de repente, volvió convulsivamente a las cuerdas de la guitarra y las golpeó con fuerza. Luego el hombre se acercaba a mí con la boca abierta y las facciones torcidas. Y vi una pelambrera muy tupida, muy negra, y una pija que colgaba y se movía y luego de nuevo la cara que gesticulaba al hablar y que se acercaba hasta estar a un palmo de mí. Y luego la boca del hombre se acercó más todavía y desapareció por debajo mío y ya no vi por un rato más que una sien y unos pelos negros y largos. Hasta que la cara volvió a aparecer, embargada por una risa que le arrugaba la piel alrededor de los ojos; y vi la lengua que temblaba dentro de la boca que reía. Y la risa cesó abrup-

tamente. Y luego vi los estantes, y la colcha que se amontonaba a los pies de la cama y que en parte caía al piso. Y me fui acercando a la puerta del dormitorio, hasta que se detuvo todo movimiento. Y quedé mirando una pared blancuzca y sucia en la que colgaba un plato. La escena de caza allí representada estaba atravesada por una rajadura gris que nacía en un borde y conforme se acercaba al otro lado se iba haciendo cada vez más delgada, como una cola de ratón, hasta desaparecer. Y de repente empecé a moverme; y veía aquí y allá y aquí y allá; y el mundo giraba, por segundos con cierta coherencia, en un movimiento circular, por segundos en un vertiginoso ir y venir impredecible, que no respetaba ninguna regla. Sólo por un instante todo cesaba, y luego recomenzaba. Y lo que veía estaba conformado tanto por formas como por distintos grados de luminosidad, claroscuros que iban y venían. Y así como el movimiento empezó, terminó de un momento a otro. Y vi por un rato el piso, un rincón en donde se amontonaba el polvo.

Y después, un ratito después, me fui acercando a una mesa y a unas alacenas. Y un brazo, que casi imperceptiblemente temblaba, se adelantó y abrió una de las puertas. Y vi una cantidad de frascos con y sin tapa, algunos viejos y despintados; otros más nuevos, de un plástico blanco y brillante, enfilados uno al lado del otro, con las tapas negras formando una sola línea. Y el brazo se extendió de nuevo y tomó uno de estos frascos blancos y lo sacó de la fila, por lo que quedó un agujero en el que apareció, atrás, una cabeza de telgopor que portaba una peluca de cabellos castaños. La mano se extendió de nuevo y tomó la cabeza y la bajó, para depositarla en la mesa. Y la mano se posó sobre la peluca. Y luego vi por un instante un reloj, un grasiento reloj de pared que colgaba sobre la mesada, no muy lejos de la cocina. Y vi que los dedos de la mano peinaban la peluca. Y los dedos se fueron crispando, hasta que tomaron la cabeza con la peluca y la volvieron a colocar en su lugar dentro de la alacena. Y después, delante, ubicaron el frasco blanco. Y la puerta de la alacena se cerró. Luego giré y vi al hombre que, con pantalones y el torso desnudo, se acercaba y pasaba por delante mío para internarse en un pasillo. Y fui detrás de él, viendo su espalda. Y el hombre entró en una habitación y yo entré tras él. Y el hombre giró hacia mí

y algo habló. Y me detuve. Vi una cama, y sobre ella, en la pared, una gran cartelera llena de fotos de todo tamaño. Y el hombre fue hasta un escritorio pequeño y abrió los cajones. Y vi que varios papelitos cayeron al suelo. Y el hombre se volvió hacia mí y habló. Sus ojos brillaban. Y acto seguido hundió las manos en los cajones; las sacó llenas de cosas y las tiró al piso. Y luego repitió la operación, arrojando los objetos algo más lejos. Y el hombre continuaba hablando en tanto se sentaba en la cama y cruzaba las piernas.

Empezó el hombre a bambolear el cuerpo hacia adelante y hacia atrás, tomándose una de las rodillas con sus dos manos. Y siguió hablando, esbozando cada tanto una sonrisa que apenas si se adueñaba de sus labios para desaparecer luego sin dejar rastro, porque a todo destello de sonrisa le seguía un ceño fruncido y un bamboleo más intenso. Y de repente todo giró por un instante y atravesé un pasillo y llegué a la habitación en donde el televisor encendido daba vueltas y vueltas. Y no había nadie allí, hasta que vi a una chica entrar por una puerta y avanzar hacia mí. Y la chica quiso pasar a mi lado, pero no pudo; y entonces habló, con el mentón levantado y los ojos muy agrandados. Y otra vez quiso pasar, sin lograrlo. Y la chica manoteó como si se estuviera ahogando. Y hubo unos instantes de confusión. Y luego de un momento vi que la chica se escurría. Y avancé muy rápido por el pasillo detrás de ella. Y vi el perfil del rostro de la chica y una puerta cerrada. Y un puño avanzó una y otra vez sobre la puerta. Y la chica hablaba y hablaba. Y luego fue otro el puño que golpeó la puerta varias veces. Y después me incliné sobre el picaporte de la puerta. Y allí estuve apoyado por unos segundos. Cuando me alejaba del picaporte, vi que una pierna calzada con una zapatilla daba una patada a la puerta, arrancándole un pedacito de pintura. Y luego vi —aunque tal vez me haya engañado y fueran sólo dos— varios puños que avanzaban hacia la puerta cerrada una y otra vez, hasta ponerse colorados.

—Azul, me marcás ese número de teléfono, por favor; a ver si vos tenés suerte —y, al tiempo que hablaba, la abuela le extendía el aparato.

Pero Azul continuó mirando la televisión y no se

dignó a contestar. La abuela sostuvo el aparato dirigido hacia su nieta por unos momentos, y por fin se resignó. Se puso a marcar ella misma, haciéndolo concienzudamente.

—Son increíbles los premios que están dando. No sé cómo puede ser que yo no gane nada. —La señora se acomodó los anteojos y mojó los labios con la lengua—. Siempre ocupado. ¿Por qué no intentás vos? —y volvió a extenderle el aparato.

—Estoy viendo.

—Pero, además, hay que intentar ganar algo.

—Llamá vos.

—Estoy hace horas con el teléfono. Además, por ver los números impresos en la pantalla que da vueltas ya me duele la cabeza.

—Yo te dije que lo hicieras arreglar.

—¡¿Y con qué plata?! ¡¿O no sabés que no cobré la pensión?! Tengo unos pesos que me dio tu tía, y cuando se me acaben... No sé.

Azul miraba la televisión con el mentón casi apoyado en el pecho, los ojos trepados hacia el párpado superior. Constantemente se metía el dedo en la nariz y hurgaba con saña, de modo que las aletas se abultaban aquí y allá conforme el dedo hacía su tarea. Y se ensimismaba tanto viendo la televisión que apenas si era consciente de esta costumbre y hasta la hubiera negado sin sentir ninguna culpa, sólo intuyendo vagamente que mentía. Aunque en esta oportunidad algunos asuntos giraban en la periferia de su atención y al mencionar su abuela el problema con la pensión, lejanamente despertaron en ella ciertas preocupaciones. La existencia de esa primera esposa del abuelo abría la posibilidad de otra familia, desconocida para ella. Ni siquiera le había preguntado a su abuela si había tenido hijos con esa mujer, pero suponía que sí, y en alguna medida se había estado preguntando acerca del derecho que les cabía, no sólo sobre la pensión, sino también sobre el departamento en el que vivían. No había cavilado verdaderamente acerca de esta cuestión, pero había rondado como un fantasma sus pensamientos. En el fondo, subyacía la creencia de que si esa

familia estaba actuando de manera tan decisiva para obtener la pensión, lo estaría haciendo con mayor ahínco todavía para obtener el departamento. No conocía la situación legal del departamento, pero sí sabía que originalmente había pertenecido a su abuelo, y esto ya daba pie a ciertos temores. Y si no se quitaba las dudas que tenía era porque, sin decirlo taxativamente, no tenía ninguna predisposición a sacar a relucir este tema en una conversación con su abuela.

—Tengo el dedo mocho de marcar números en el teléfono. A la mañana conseguí con "El Ping-Pong para Todos", pero no sabía la respuesta. Me preguntaron sobre una actriz porno, pero en ese momento no me acordé el nombre. Y después, cuando lo dijeron, me agarraba la cabeza, porque era facilísimo. Tamara... Buen, ya no acuerdo... Igual, los premios en ese programa no valen nada, por eso conseguí. En cambio acá... —y continuó marcando.

—¿No ibas a ir a esa oficina, por lo de la pensión? —Azul salió, en parte, de la nebulosa en la que estaba y desde la cual apenas si escuchaba a su abuela.

—No me sentía muy bien. Estaba algo mareada y... —la señora se acarició el vientre, sin embargo no hizo ninguna mención de su herida—. En esas oficinas voy de un lado a otro, aunque no entiendo para qué. Hago lo que me dicen. Hasta ahora no saben explicarme nada. La pensión se canceló, repiten todos, porque es lo que aparece en las pantallas de las computadoras. No saben más que eso.

Se estuvieron un tiempo calladas.

—¡Está llamando! —gritó de pronto la abuela, separando el teléfono de su oreja y señalándolo.

Azul la miró, pero no dijo nada.

—Hola —escuchó la abuela la voz de un hombre joven que atendía el teléfono.

—Qué tal. ¿Con el programa de Cosens? —preguntó la señora, ansiosa.

Por unos segundos el joven no contestó. Se escuchó una voz lejana, como si alguien allí presente le hablara al joven que atendía el teléfono.

—Sí. Es el programa de Cosens.

—¡¿Sí?! ¿Y qué tengo que hacer?

—Baje el televisor.

La señora se apresuró a hacer lo que le pedían.

—Cuando yo le diga, grite con todas sus fuerzas —continuó el joven.

—Pero... —la señora había creído que la comunicarían con Cosens, no obstante el programa seguía adelante con un juego de bolos.

—¡Ahora! ¡Ya! ¡Grite! —le ordenó el joven.

Por un instante la señora dudó, pero se dijo que debía ser una prueba preliminar y, urgida, se puso a gritar. Azul, asustada, se levantó de su silla.

—¡Más fuerte! —la conminó el joven—. No se escucha nada.

La señora tomó todo el aire que pudo y emitió un alarido feroz.

—¡¡Mamá!! —Azul la miraba, espantada, casi con lágrimas en los ojos.

La señora sostuvo el alarido todo lo que pudo, hasta que tuvo que tomar aire nuevamente. Entonces escuchó unos pitidos y se dio cuenta de que se había cortado la comunicación. Furiosa, apretó al azar varias teclas del teléfono con la esperanza de restablecer la comunicación.

—¡No puede ser! —vociferó, exaltada—. Se cortó. El teléfono de mierda me cortó.

—¡Mamá! ¡¿Qué te pasa?!

—Se cortó. Y no sé si gané. Quizá gané y no me puedo enterar —desesperada, la mujer marcaba uno de los números del canal—. Seguro que gané; con el grito que pegué tuve que haber ganado. ¿Me guardarán el premio?, porque... ¡Ocupado!, ¡siempre ocupado!

—¿Te hicieron gritar?

—Sí. Había que gritar lo más fuerte posible.

—Me asustaste.

—Qué asustadiza que sos. Te parecés a tu papá —y la mujer, todavía conmocionada, hizo un gesto despectivo.

—¿A quién? ¿Al abuelo?

—Sí. A tu abuelo, que se asustaba de cualquier cosa. Era tan... —y movió la cabeza negativamente. Su mirada

perdía fuerza y ahora todo su cuerpo parecía dudar. Vino a su discurrir una imagen de quien había sido su marido, pero no era un recuerdo preciso sino más bien una fantasía suya. Lo veía encerrado en el baño junto con Raquel, de traje, escuchando tras la puerta, mientras ella, que era una nena, salía del agua en donde se estaba bañando y le preguntaba algo, sin que él, preocupado por saber lo que sucedía afuera, le prestara atención. La mujer marcaba el número en el teclado del teléfono, pero ya con menos convencimiento, y durante un instante se detuvo, asaltada por cierta extrañeza a causa de esa imagen de la que nunca pudo ser testigo, aunque ella la vio con una gran nitidez, como si fuera uno de esos recuerdos que son casi fotografías. No obstante, una idea la asaltó y la sacó de quicio.

—¡No me preguntaron ni mi nombre ni mi apellido! —y miró a Azul con exasperación—. Aunque ahora consiga, ¿cómo me van a creer que yo fui la que gritó más fuerte y ganó? —Dejó el aparato sobre la mesa—. ¡Teléfono de mierda!

—Te pueden reconocer la voz —acotó Azul.

—No creo que con eso sólo me den el premio.

—¿Qué premio ganabas?

—No sé. No me dijeron. Creo que era una prueba eliminatoria, para después pasar a jugar con Cosens.

Y se quedaron un buen rato en silencio, mirando absortas el programa de TV, que seguía a gran ritmo.

—Raquel me dijo que el abuelo hablaba mal de las mujeres, ¿es verdad? —Azul, incómoda por algo, salió del ensimismamiento.

—¿Que hablaba mal de las mujeres? ¡Ja! No creo que pudiera hablar mal de nadie. ¿De qué iba a hablar? Atrás mío tal vez dijera algo —y se levantó de hombros—. Pero no, ni siquiera eso.

—Pero Raquel...

—¡¿Y qué sabe Raquel?! —la interrumpió.

—Pero... —lo que la abuela decía no se acomodaba a lo que ella tenía en mente acerca del abuelo y quería sacar a luz esta contradicción, sin hallar las palabras.

—Raquel no está en condiciones de decirte nada.

¡Mirá! —gritó—. ¡Ganó! La mujer esta que... Miralo a Cosens. Yo tendría que estar ganando algo. Si no fuera por este teléfono de mierda.

—Seguí llamando —y al hablar Azul juntó las manos entre las piernas.

—Ya me cansé de llamar. Y... Si te atiende la máquina, que te deriva y te deriva, y finalmente te deja colgada, se gasta mucho en teléfono. Y si no cobro la pensión, cuando venga la cuenta... —y por primera vez la señora contempló realmente la posibilidad de que le fuera retirada de manera definitiva la pensión. Hasta ese momento, por mucho que lo había imaginado, no había creído que esto fuera en verdad posible. Una sensación de vértigo le bajó al estómago y se expandió luego a todo el abdomen. Miró a Azul con los ojos macizos, acerados, buscando en vano alguna palabra que atemperase su inquietud.

—Por lo que escuché ayer, cuando hablaba con Diego, me parece que Raquel quiere quedar embarazada —mintió Azul, en parte porque quería predisponer a su favor a la abuela brindando esta supuesta información, pero en mayor medida porque deseaba llevar lo más lejos posible la venganza que maduraba contra su tía por lo que le había hecho Diego.

—¡¡En serio!! ¡Está loca! —la abuela la miraba, demudada. Se removió en la silla, aunque no llegó a ponerse de pie—. ¡Pero se va a ir de acá! ¡Se va! ¡Eso te lo aseguro! —y entonces recordó lo de la pensión y se vio atrapada en un dilema desesperado. Llegó a pensar en la muerte de Raquel, en la conveniencia o no de que ésta acaeciera. Confusa como estaba, no llegó a ninguna conclusión, pero de cualquier manera deseaba esa muerte. No le importaba en absoluto que estuviera o no en pareja, o lo que hiciera Diego, la sola idea de un hijo de Raquel en esa casa le parecía un atropello, la ruptura de una suerte de pacto que había existido entre ellas. Ni por un instante consideraba la posibilidad de que Raquel se fuera con su hijo a vivir a otro lado por su propia voluntad, ya que estaba segura de que el deseo de embarazo era un ataque a ella, una de las formas de la guerra. Ella

ya no podía embarazarse, de modo que la utilización de hijos en la lucha le parecía una enorme injusticia—. Yo no voy a tolerar más acá hijos raros. Demasiado tuve que aguantar —y la señora se acomodó en la silla, ensanchándose por un momento contra el respaldo tal si se estuviera afirmando en un sitial.

Azul hubiera querido llegar más lejos y obtener de su abuela la promesa de que, en adelante, no permitiría el ingreso de Diego en la casa, pero, aunque vagos, advirtió ciertos peligros y se estuvo callada. Y ambas permanecieron en silencio por largo rato, mirando el televisor que giraba, enfrascadas en los juegos y en los premios que se sucedían unos a otros, una cascada hábilmente conducida por Cosens para que nada pareciera un artificio y todo siguiera su curso natural. La música y los gritos y la luz fantasmal del televisor inundaban la habitación. Las dos mujeres estaban ahora hundidas en las sillas, casi inmóviles, y sólo una persona atenta hubiera advertido la respiración algo fatigosa de la abuela.

Capítulo IV

Hacía ya una media hora que estaban a la expectativa de que sonara el timbre, cuando por fin se escuchó, violento, por largos segundos. Azul, y detrás de ella Raquel, se precipitaron hacia el hall del edificio para llamar el ascensor. Mientras aguardaban, Azul no cabía en sí de contenta; pegaba pequeños saltitos y movía la cabeza de un lado al otro como un monigote, mostrando una sonrisa estereotipada en donde faltaba algún diente. Llamaron los dos ascensores, pero aun así la espera se prolongaba en demasía, al menos en relación con el apuro que tenía Azul por llegar a la planta baja. La nena dio en mirar tras las puertas enrejadas hacia arriba y hacia abajo, buscando en los huecos la sombra del aparato que se acercase. La conminó a su tía a que gritara, llamándolo, y Raquel, dudosa, se acercó a una de las puertas, pero no hizo falta que lo hiciese porque el aparato se acercaba y unos instantes después se detenía bruscamente ante ellas. Raquel se apresuró a abrir la puerta en prevención de que se lo robasen desde otro piso, y entraron como si estuviesen huyendo de algo. Lentamente, con una marcha ligeramente irregular, el ascensor las llevó hasta la planta baja. Antes de que se detuviese descubrieron a la abuela parada junto a la puerta de entrada, sonriente y expectante. A sus pies, sobre la alfombra del hall, descansaba la voluminosa caja de cartón que guardaba el nuevo televisor. Apenas abrió la puerta Raquel, la nena corrió hacia la caja e intentó treparse a ella.

—Bajate de ahí. —La abuela, asustada, rodeaba la caja.

—Si es mío —aseguró Azul, mirándola acusadoramente—. Vos me dijiste que este televisor es mío.

—Es tuyo. Pero no lo vas a romper.

Raquel se acercó a ellas.

—Es pura caja, llena de telgopor; no pesa mucho —le anunció la señora al tiempo que bajaba a Azul de la caja y echaban a andar rumbo al ascensor—. Vas a poder vos sola. No lo molestes a Rodolfo que es la hora de la siesta.

Raquel se quedó mirando la caja. Podía no ser pesada pero era voluminosa y no sabía cómo tomarla. Por un instante echó una mirada sobre las espaldas de su madre, atravesadas por la larga trenza de cabello castaño. Cuando vivía el padre de Raquel, ella, su madre, hacía todos los trabajos pesados y se jactaba de su fuerza, de sus capacidades masculinas. Ahora, desde que había muerto el padre, se mostraba cada vez más débil, pero no a causa de la edad sino porque había adquirido un convencional rol femenino y en su condición de mujer se consideraba naturalmente a salvo de los trabajos más duros. La muerte del padre supuso la desaparición del hombre de la casa, que era su madre. Y mientras miraba la caja del nuevo televisor la invadía el deseo de dejarla allí y subir. Al fin de cuentas, no era ella la que miraba televisión y si había estado contenta por la nueva adquisición fue por Azul, quien con sus ocho años estaba fascinada por los adelantos técnicos que prometía la publicidad de esa marca de televisores.

Y por la nena se resignó y se dio a levantar la caja, que no era tan liviana como había afirmado su madre pero cuyo peso y volumen estaban todavía dentro del límite de sus fuerzas. Azul y la abuela habían subido a un ascensor y Raquel se introdujo en el otro con el televisor. La caja ocupaba gran parte del habitáculo y le quedaba apenas un espacio para sus pies, y esto si los torcía convenientemente. Acorralada por el televisor, subiendo ya hacia el departamento, vino al discurrir de Raquel la forma en que su padre fumaba, con medio cuerpo por fuera de la ventana de su dormitorio, como si no quisiera estar allí y se volcase al exterior, hacia el aire o hacia el vacío, o quizás —alguna vez imaginó riéndose de sí misma—, lo hacía simplemente por temor de llenar la habitación de

humo. Y se estaba un buen rato allí, ausente, inmune a los gritos o a lo que sucediese adentro, aprovechando su altura para que la cabeza flotase medio metro por fuera de la ventana. Ella era chica y ataba cabos; los trabajos pesados que realizaba su madre, la flaca figura que se escapaba por la ventana, y pensaba que su padre estaba enfermo y que un día llegaría del colegio y le informarían que había muerto. Por años pensó esto, hasta que poco a poco fue dejando de lado estos temores y los olvidó por completo. Y entonces, cuando ya no abrigaba ningún temor sino que empezaba a desearlo, su padre falleció. Aunque se enteró a través de un llamado telefónico y nunca lo vio muerto sobre la cama, tal como había imaginado en muchas ocasiones. Y ella había empezado a desear la muerte del padre no porque lo odiara, ni mucho menos, sino porque ya no soportaba la relación entre sus padres y él, como siempre lo había supuesto, parecía ser el único capaz de morirse. Aborrecía a la madre, pero su anclaje en el mundo era evidentemente tan fuerte que no le quedaba otro remedio que aspirar a la muerte del más débil. Por otro lado, él no estaba aferrado a nada en particular y desear su muerte no parecía constituir en verdad una ofensa. Él estaba, pero su actitud hacía pensar que perfectamente podría no estar. Raquel nunca había estado convencida de que su padre fuera ese que se veía, que caminaba silenciosamente hacia la ventana con el cigarrillo en la mano. No aceptaba que fuera nada más que eso, la figura sin aspiraciones que se recortaba contra el cielo, el pelo crespo no muy bien peinado movido por una brisa irregular. Él hablaba poco (casi exclusivamente para hacer comentarios cáusticos con respecto a las mujeres) y lo que sabía de él lo iba obteniendo a través de su madre. Y ella decía que él era eso que se veía, lo que ya daba pábulo para la desconfianza de Raquel, pero además, a veces se le escapaban a su madre ciertas frases o medias frases que daban a entender que el padre era muy otra cosa y que ella no hacía sino ocultarlo piadosamente. Y en ambos casos para su madre él era igualmente condenable, sea que fuera lo que mostraba ser o alguien muy distinto. Raquel sospechaba que su padre hacía cosas te-

rribles o poco menos y esto mismo era lo que daba pie a ese hombre parsimonioso, desinteresado del mundo, tal si toda su energía y perversidad se consumiese en esos actos ocultos, que eran, de seguro, lo único que realmente despertaba su interés. De modo que Raquel no estaba convencida de querer llamar su atención, ya que suponía que, cuando lo hiciese, se convertiría en su víctima. Casi era preferible ese hombre cansino e indiferente, que apenas si registraba su existencia, a otro que posase sobre ella sus ojos de loco.

Habían llegado al piso del departamento, y esta vez bajaron el televisor del ascensor entre Raquel y la madre, mientras Azul, la dueña, se sentaba delante del sitio que había ocupado el viejo televisor a la espera de que ubicasen el nuevo. El desembalaje del aparato no les resultó nada sencillo, máxime que la abuela colaboraba a regañadientes y esperaba que Raquel resolviese las cosas por su cuenta. Hubo que romper la caja y también algunos bloques de telgopor para que apareciese el preciado aparato, que parecía bastante diminuto en relación con la caja. Ubicaron el televisor sobre una desvencijada mesa oval que se movía con la flexibilidad de un edificio antisísmico, aunque habían juzgado previamente que si había soportado al anterior, bastante más voluminoso, soportaría perfectamente el peso de la nueva adquisición. Y por fin lo pudieron encender. Hicieron una ronda por muchos canales sin ver más que una lluvia de puntos, por lo que Azul, desilusionada, se puso a llorar. Raquel le aseguró que no había más que sintonizar los canales y que en el manual hallarían la forma de hacerlo, sin embargo Azul lloró más todavía, como si estas palabras constituyesen una nueva desilusión. Raquel, quien no podía ver llorar a Azul sin sentirse conmovida y culpable, se acercó y le acarició la cabeza.

—¡Buscá los manuales! —la conminó la abuela—. Yo no los puedo leer.

Y Raquel se puso a buscar mientras Azul lloraba, hipando, y los mocos le bajaban de la nariz. Cada tanto la nena hacía un pequeño esfuerzo para dejar de llorar, y por unos segundos lograba contenerse en alguna medi-

da, pero no era más que acumular llanto para dar después un pequeño estallido y continuar con renovado impulso. Raquel advirtió que el manual requería de una lectura atenta y tranquila, y que el asunto de los canales suponía quizás el empleo de unos diez minutos, mas ella no estaba dispuesta a otorgárselos mientras Azul llorara, de modo que, siguiendo vagamente lo que decía el manual pero en mayor medida dejándose llevar por su propia intuición, se dio a tocar botones, unos botoncitos diminutos identificados con letras que no decían nada, aunque Raquel suponía que eran parte de toda esa inmensa capacidad de programación y de funciones que prometía la publicidad. Los primeros fracasos fueron ya algo intolerable para Azul, quien lloró más fuerte, sospechando que su tía, que no había querido comprar la nueva TV, se equivocaba adrede.

—Pobrecita —dijo la abuela, y le acarició la cabeza al tiempo que miraba a Raquel con severidad.

—Yo no sé de estas cosas. Tendría que leer bien el manual y...

—Leélo. ¿O no sabés leer?

—Tendría que leerlo tranquila —dijo y tomó el manual, aunque no tenía ganas de una lectura metódica de todos esos items que se enumeraban en el librito. Azul la miró, con sus ojos verde-grisáceos agrandados por la angustia. Y un llanto derrapó en su garganta y salió despedido hacia Raquel.

—Calmate, mi amor, es un ratito. Nada más que un ratito.

Pero estas palabras tampoco hicieron un buen efecto en la nena, para quien cualquier cosa que se dijese era una excusa que se daba con el objeto de que la pantalla siguiera llena de puntitos grises. No le quedó más remedio que tomar el manual y proponerse una lectura concienzuda. No quería que Azul sufriera. Sin embargo no pudo concentrarse en el texto y no llegaba a comprender bien las indicaciones. Cada tanto elevaba la vista y se encontraba con los ojos de Azul, que al mismo tiempo suplicaban y ordenaban o, mejor dicho, daban una orden a través de una súplica artificiosa, que no era más que la forma bajo la

cual se ocultaba la orden, porque Azul sabía del derecho que le cabía de tener ante sí, sin demoras, las imágenes de su nuevo televisor, y sabía también que era responsabilidad de Raquel que esto se diese. Azul daba una gran cantidad de órdenes, aunque ninguna bajo esa forma, siempre estaban ocultas tras un modo infantil que hacía ostensible su supuesto desvalimiento, su orfandad, su ignorancia acerca de las cosas más simples. Su fuerza inaudita residía en todas las incapacidades que podía mostrar y que hacía valer. La torpeza era su gran capital. Nada quería hacer ni aprender y toda su imposibilidad era el inmenso campo de su derecho. Todo lo que afuera constituía una debilidad, era poder en el seno de la familia, en particular frente a Raquel, quien se hacía cargo de ese también inmenso campo a contracara que era el del deber. Y ella hacía con respecto a Azul lo único que podía imaginar que debía hacerse; y no lo hacía a disgusto, sobre todo porque, en el fondo, lo juzgaba como un campo conquistado a su madre y casi se placía con esa victoria. Podía creer que era la madre de Azul, que había conquistado ese papel. Y creyéndolo era feliz. Se agachaba a buscar las gomas o los lápices caídos a los pies de Azul y creía que afirmaba el triunfo sobre su madre, y que éste era en gran medida ya irreversible. No obstante, a veces se encontraba en situaciones que la agobiaban, en las que caía en la confusión y no estaba segura de poder dar satisfacción al requerimiento de Azul. Entonces quedaba paralizada por unos momentos y sólo reaccionaba ante la idea de que su madre avanzaba aprovechando su parálisis. Salía del paso como podía, sacando fuerzas o inventando soluciones de la nada, y no ponía límites a su sacrificio porque la dominaba el miedo y ya no había fronteras, no había nada ante cuya existencia se detuviese ni nada que le sirviese de parámetro para identificar lo razonable.

—Vamos a tener que llamar a Rodolfo —intervino la abuela con voz chillona.

—No. Dejalo tranquilo. Además, no va a venir. ¿Te pensás que es tu sirviente?

—En el edificio no hace nada. Aunque sea que nos dé una mano con esto.

Raquel no contestó. Había descifrado dos o tres de los pasos que explicaba el manual y empezaba a sentirse confiada.

—Yo lo llamo a Rodolfo —dijo muy expedita la abuela y giró para dirigirse a la puerta.

—Esperá. Ya está. Ya sé qué hay que hacer.

—La vas a hacer sufrir —dijo, señalando a la nena, y abrió luego la puerta que daba al hall del edificio.

—Buscá a Rodolfo —dijo Azul, con la voz entrecortada por un llanto quedo, que empezaba a agonizar.

Raquel se indignó. Tiró el manual sobre la mesa y se levantó de la silla, aunque se detuvo, indecisa. No quería dejar el campo libre, fundamentalmente porque la ilusión de Azul con respecto al nuevo televisor había sido inmensa, y además, sabía que ese aparato las uniría a las dos, a la abuela y a Azul, por largas horas, cumpliendo una liturgia que las mimetizaba de un modo sorprendente, porque, sobre todo después de una larga sesión conjunta de TV, Azul adquiría ciertos rasgos que recordaban a una persona de edad y, malcriada como estaba, era al mismo tiempo una bebé y una viejita. Justamente por esto Raquel malquería al televisor; llevaba a nieta y abuela a una alianza inquebrantable, muda, que no necesitaba de nada explícito más que el gusto por estarse allí, horas y horas delante de la pantalla. Y esta carencia de vida externa era la que hacía más fuerte la unión, ya que no había ninguna palabra que pusiera distancia ni que pudiera traicionarse. Se amalgamaban como si estuvieran hechas con la misma materia y estuvieran entonces en capacidad de ser indivisibles. Raquel podía sentirse la madre de Azul en razón de que había asumido como propio el campo del deber, pero ni siquiera imaginaba que pudiera meter una cuña entre ellas cuando estaban frente al televisor. Sólo podía evitar que se prendiera el aparato cuando Azul tenía que hacer los deberes del colegio, y esto ocurría recién este año, que había ingresado al tercer grado y le daban alguna tarea para el hogar. En estos casos, la abuela se sentaba de cualquier manera delante del televisor apagado y aguardaba a que Azul terminara los deberes. La mujer se quedaba mirando la pantalla verdo-

sa, dando a pensar que se imaginaba lo que allí se pudiera estar proyectando. A veces dormitaba en medio de su espera y después se despertaba algo enojada, tal si lamentara lo que se había perdido. Y cuando Azul se demoraba con los deberes, ella se impacientaba y le recriminaba su exasperante lentitud; e incluso en alguna ocasión pretendió que la nena interrumpiera de inmediato lo que estaba haciendo porque empezaba un programa que le interesaba mucho. Para Azul era imposible hacer los deberes con el televisor prendido porque la pantalla la absorbía por entero y no lograba más que escribir tres o cuatro palabras en una hora de programa, ya que ni siquiera se desinteresaba de los avisos publicitarios. Y tampoco podía cruzar por la cabeza de nadie que Azul hiciera los deberes en otro lado que no fuera allí, en la mesa del comedor y delante del aparato de TV, en el centro mismo de la casa.

Raquel se decidió y se sentó delante del televisor, manual en mano. Aspiraba a sintonizar los canales antes de que llegara su madre con Rodolfo. Y tardó unos minutos —en los que tuvo que soportar los llantos roncos de Azul, que se encrespaban cada vez que tocaba sin resultado uno de los botones—, pero finalmente lo logró. Como por arte de magia empezaron a aparecer en pantalla, uno a uno, todos los canales. Feliz, Azul se paró delante del televisor y pasaba de uno a otro canal, sin buscar nada en particular, regodeándose solamente con esas imágenes inconexas que se sucedían en el nuevo aparato. Raquel la miraba emocionada, en parte porque ella había podido darle esa alegría, sobreponiéndose a las instrucciones del manual, en parte porque vivía las alegrías de Azul como un triunfo personal sobre ciertas fuerzas, que incluían a su madre pero que de alguna manera la excedían, fuerzas del destino que retrocedían ante las pocas risas de Azul y que, tenía la esperanza, desaparecerían cuando se fuese a vivir con la nena a otro lado, lejos de su madre y de ese departamento, casi maldito, en el que había vivido toda su vida.

Se escuchó el picaporte de la puerta de entrada y la abuela entró sola, echando llave tras de sí con un ademán violento, destemplado.

—Ese maldito no quiere venir ahora. Dice que va a venir más tarde, que está ocupado y...

—¡Mamá! ¡Ya funciona! Se arregló y se ven todos lo canales.

—No es tu mamá. Es tu abuela, ¿cuántas veces te lo voy a decir? —la increpó Raquel, quien hacía el reproche por enésima vez a sabiendas de que sus palabras no tendrían ningún efecto y que ni siquiera tendrían respuesta.

—¿Se ve bien? —preguntó la abuela, acercándose.

—Perfecto —dijo la nena, contenta.

—¿No tienen unas sombras las imágenes? Porque ya que va a venir Rodolfo, que lo vea.

—Si se ve lo más bien —intervino Raquel.

—¿Sabés lo que me costó convencerlo para que venga? Parece que es un porterito estrella. No hace nada. Y le dije que no hace nada en el edificio, y se ofendió. No quería venir.

—Avisale que no venga.

—Mirá, si lo hiciste vos, que no sabés, en cualquier momento se puede arruinar, así que mejor dejá que venga y que mire un poco.

—¡Y si Rodolfo no es ningún especialista! No sabe ni cómo funciona el ascensor.

—No sabés cómo me puse. Me tuve que poner bien firme para que al fin me dijera que va a venir.

—¡Mirá esto! —gritó Azul al tiempo que señalaba la pantalla, la que estaba dividida en cuatro partes iguales y en cada una de ellas se veía un canal distinto—. Es hermoso.

—¿Qué le dijiste a Rodolfo? —preguntó Raquel.

—Y va a venir en un rato, cuando le dé la gana —aclaró otra vez la mujer—. Le tuve que decir que Azul estaba enferma, y que la televisión la distraía, que por favor viniera sin falta. Pero la administradora lo tiene como a un nene mimado, así que...

—Entonces, cuando venga, Azul se va a tener que ir a su cuarto.

—¡Mirá! —gritó la abuela al ver la pantalla dividida en ocho cuadros—. Es increíble.

—Iupi —gritó Azul, levantando los brazos en triunfo, riéndose—. Me encanta mi televisor.

Raquel se acercó por atrás, la abrazó y la besó. Y se quedó mirando el perfil de la nena, la mejilla magra, el ojo verde-grisáceo bajo la gruesa ceja que torcía y caía en forma pronunciada, paralela a la sien. Le encantaba verla feliz. Hubiera querido que Azul le diera un beso, apenas un simple y apurado roce de los labios, pero sabía que no lo haría ni aunque se lo pidiera, porque nunca en sus ocho años de vida le había dado un beso a nadie y estaba segura de que no haría con ella una excepción.

Cuando Raquel salió del aula descubrió a Florencia, quien la esperaba a unos metros de la puerta. No habían podido sentarse juntas y Raquel quería hacerle algunos comentarios acerca del profesor, aunque no tenía intenciones de sacar a relucir inmediatamente el tema y confiaba en hacerlo a lo largo de la conversación.

—Llegué tarde por culpa de mi jefe —se excusó Florencia—. Y como está dudando acerca de si echarme o no... Todos los días me mira en algún momento y hace un gesto con la cabeza, como si estuviera estudiando el asunto, ponderando los pro y los contra. Mueve la cabeza lentamente; parece que le pesara y que el peso de la cabeza fuera mi perdición y si cayera hasta cierto punto me despediría, pero por benevolencia la levanta y me mira con los ojos entrecerrados y... Me mira con fastidio. Yo... No sé. Estoy esperando que me dé órdenes y no me dice nada. Se queda callado y me mira. Yo no sé si pensar que me tengo que considerar despedida cuando me mira así porque... Me tiene que dar trabajo y se queda mudo. Tengo la impresión de que tendría que irme y que soy una abusadora por quedarme.

Sin decidirlo explícitamente, habían caminado hasta el bar de la facultad. Había una cola bastante larga delante de la caja y se sentaron en una mesa, sin consumir nada por el momento.

—A veces viene hasta mi escritorio —continuó Florencia en relación a su jefe—. Me deja unos papeles

diciéndome que hay que hacer tal y tal cosa. Y los papeles no tienen nada que ver con lo que él me dice. Las dos primeras veces fui a su despacho y le dije que faltaría algún papel o que... No sé, que algo estaba mal, pero... Las dos veces se puso a reír. Se reía con una risa entrecortada, moviendo la cabeza como si asintiera. Parece que estuviera loco, pero la loca debo ser yo porque en la oficina lo tienen al viejo por un genio. Dicen que es el que más sabe de publicidad en el país. Yo hace un año que estoy ahí y no lo vi hacer nada genial, ni mucho menos. Deambula por las oficinas a veces y parece que estuviera en su casa. En el invierno se metía la mano por atrás, dentro del pantalón, y se tocaba la cola. Se la acariciaba, o se la masajeaba, un buen rato. Y habla siempre con puteadas...

—Pero, por el horario, te conviene mucho ese trabajo —intervino Raquel—. Porque con la facultad... no debe haber otro lugar en el mundo con un horario tan corto. —Raquel pensaba en sí misma, en cómo cursaba la carrera de medicina a causa del trabajo, de a una materia por vez y con una perspectiva de recibirse en veinte años, si es que antes no le daban la baja. Aunque ella seguía confiando en que en el futuro algo ocurriría a su favor y podría terminar la carrera en pocos años, y por esto seguía adelante.

—Sí. Pero en realidad ya no estoy en ese trabajo.

—Peleá el puesto —dijo Raquel sin pensarlo siquiera, sólo porque esas palabras se repetían tanto en todos lados que cruzaron por su cabeza.

Una risa estalló detrás de Raquel y estuvo a punto de girar sin disimulo para detectar de dónde provenía, pero se contuvo y sólo atisbó hacia sus espaldas por un instante, apenas un vistazo que no le sirvió para mucho.

—Yo peleo el puesto, pero... ¿Qué significa pelear el puesto? No sé. Yo hice bien todo lo que me dijeron que hiciese. No me negué a nada. —Y siguió un silencio luego del cual mudó su visión del asunto—. Tal vez no puse suficiente entusiasmo. Tal vez había que mostrarse más activa e inventar cosas. No sé —por su cara atravesó la repentina convicción de que era la culpable del despido

inminente—. Tendría que haber hecho más. Tomar en mis manos algunos trabajos que... No hice lo que tendría que haber hecho —y una mueca torció su rostro. Estaba tan dolida que parecía a punto de llorar—. Pero cómo iba a saber que mi jefe quería... —e hizo un gesto de desconcierto—. No sé lo que quería pero tendría que haberme dado cuenta.

—Ahí está el asunto —dijo Raquel, esperanzada.

—Y cómo lo voy a saber ahora si no me habla, no me dice nada y... Aunque podría adivinar qué es lo que quiere. Tendría que ponerme a pensar. Seguro que de alguna forma me está diciendo lo que pretende y yo no me doy cuenta —esta idea la torturó y la animó al mismo tiempo—. Soy yo que...

—Fijate en los demás —le recomendó Raquel—, en aquellos que están bien con tu jefe.

No obstante este consejo produjo cierta perplejidad en Florencia, porque de inmediato cayó en la cuenta de que los demás no hacían méritos perceptibles, o por lo menos ella no advertía qué era lo que producía la satisfacción de su jefe, más allá de un trabajo bien hecho, cosa que ella, según juzgaba, también hacía. Y la perplejidad se aunaba a la confusión que la había ganado al considerar que podía aún pelear por su puesto de trabajo cuando ella ya se había considerado perdida, y, es más, había deseado el despido como única forma de escapar de ese otro despido que su jefe le hacía vivir.

—Tenés que mirarte en los demás —le dijo Raquel.

Florencia asintió. No era la primera vez que escuchaba esa frase, y esto le daba cierto aire de verdad manifiesta, aunque no supiera precisar a qué se refería exactamente.

—No pierdas ese trabajo —insistió Raquel.

—Voy a hacer todo lo posible para no perderlo —afirmó Florencia, ahora convencida—. Voy a pedirle a mi jefe que me perdone y que me dé la oportunidad de recomenzar, de empezar todo de nuevo. Tengo que hacer eso. Pedir disculpas y volver entonces todo a fojas cero. Si al fin de cuentas no hice nada malo ¿no?

Raquel vio que la cola frente a la caja había dismi-

nuido ostensiblemente y fueron a hacer su pedido. Mientras aguardaban el turno permanecieron un rato en silencio. Raquel pensó por un momento en el jefe de su amiga, en esa reconciliación de la que ella hablaba, y se imaginó a un hombre mayor, canoso, de ojos claros y labios carnosos, que estaba sentado delante de una taza de café con leche comiendo medialunas. Éstas eran obsequio de su amiga, a través del cual buscaba la reconciliación. Y en su fantasía las cosas no salían mal ya que el viejo parecía contento. Luego su discurrir se deslizó hacia Azul, y por un instante vio sus ojos verde-grisáceos, enmarcados por las cejas que caían. No le iba nada bien en el colegio y la maestra la había derivado a la psicopedagoga. La mujer había hecho un diagnóstico y el día anterior se habían reunido. Raquel fue munida de una serie de explicaciones que había urdido concienzudamente, en la que se mezclaban algunas mentiras, verdades, medias verdades, y también ciertas interpretaciones muy someras que se había ido dando con el tiempo. Según estas explicaciones, no había tanto culpables como sí hechos que ocurrieron porque debían ocurrir; las cosas se sucedieron de tal modo que no hubo otra posibilidad que lo acaecido. Si había culpas era por negligencia, por no saber cómo torcer el rumbo de los acontecimientos, pero en verdad Raquel no creía que se pudiera haber hecho algo, y esto porque ella jamás había considerado la posibilidad de que se pudiera pensar un problema familiar, llegar a una conclusión y actuar en consecuencia con el fin de construir una realidad distinta. Ella se dejaba llevar y no podía más que repetirse de uno a otro día, y cualquier explicación que se le diera en relación con el grupo familiar, por mucho que la aceptase y le diera mucho crédito, no cambiaba su conducta en lo absoluto. Y ni su madre ni Azul veían las cosas de manera distinta, por lo que la realidad las llevaba, y, en esto no había engaño, las seguiría llevando en dirección a un destino que, si no estaba fatalmente determinado, era porque nunca pensaban en él, ya que no consideraban que merecieran destino alguno.

La psicopedagoga se había mostrado muy expeditiva y muy segura de sí misma. Sonreía con cierto placer, como

si estuviese demostrando que Azul no había podido engañarla. "Es una beba", había dicho; "en el fondo de su cabeza se piensa a sí misma como una nena de tres años, o menos. Sabe que tiene ocho años y no sabe. No tiene la más mínima idea de que debe ir asumiendo responsabilidades porque, como es obvio, los bebés no tienen ninguna". Y luego la psicopedagoga había relacionado esto con el rendimiento escolar, demostrando que no mejoraría hasta que esa beba que habitaba dentro de Azul muriese, desapareciera. Raquel había escuchado todo este razonamiento en total silencio y, cada tanto, se había visto obligada a hacer un gesto de aquiescencia. Estaba de acuerdo con lo que la mujer decía, como hubiera estado de acuerdo con cualquier cosa que hubiese dicho. No sabía qué pensar y las razones que la mujer exponía tenían tanta verosimilitud como otras que pudieran esgrimirse y que fuesen diametralmente opuestas. La mujer le dio unos consejos a Raquel acerca de cómo matar esa beba que ocupaba el centro mismo de Azul. Se inclinaba la mujer por ciertos métodos drásticos que impidieran prolongar el problema en el tiempo, ya que se corría el peligro de que la beba lograra enraizarse por entero en la personalidad de Azul. Raquel se había mostrado de acuerdo, pero en el fondo de sí no estaba dispuesta a hacer nada ni a cambiar un ápice su conducta, no por testarudez ni vanidad sino porque seguiría persiguiendo el rol de madre frente a Azul de la única forma que sabía hacerlo, tal vez debido a que, al fin de cuentas, algún resultado le había dado y al menos era "madre" de una beba.

Habían llegado hasta la caja. Florencia no logró inclinarse por nada y terminó por desistir de hacer un pedido. Raquel la conminó por unos segundos a que pidiese algo, pero no obtuvo ningún resultado; su amiga no quería nada o, mejor dicho, quería algo que no existía y de aquí sus dudas. Finalmente el cajero se impacientó y no hubo más pedido que el de Raquel, apenas un café cortado. Y al rato regresaron con él a la mesa, un vasito chiquito que enseguida pareció perderse entre las pilas de carpetas, libros y bolsos de mano.

—El profesor de histología va rapidísimo —venía comentando Florencia en son de queja.

—Hay que leer por adelantado.

—Y, vos leés por adelantado porque sabés que él te va a preguntar.

—Si le puede preguntar a cualquiera.

—Sí. Pero a vos siempre te pregunta. Y hoy te preguntó como tres veces, ¿no?

Raquel sabía adónde quería llegar Florencia, y la ganó una suerte de reticencia.

—Sí, pero... a otros también les preguntó. Además... —e iba a agregar algo para desviar la conversación.

—Con vos tiene una fijación —intervino antes Florencia, riéndose—. Siempre te pregunta. Se acerca... ¿Y no es que a vos te gusta?

Esta vez Raquel prefirió no contestar. No por vergüenza de admitir que el profesor le gustaba, sino porque notaba que él realmente la estaba acechando y ella estuvo dispuesta a admitir que le gustaba mientras era una posibilidad muy remota, casi imposible. Ahora que lo veía avanzar ya no estaba muy segura de nada, porque el que le había gustado era aquel profesor en buena medida inaccesible. Este que empezaba a acecharla ya no parecía el mismo; cuanto más interesado en ella se mostraba más la desilusionaba, quizás porque lo hacía delante de toda la clase y esto la inhibía, quizás porque al hacerlo se bosquejaba en su rostro una sonrisa que no le agradaba, que casi le provocaba repugnancia. Era una sonrisa galante, segura de sí misma, y aunque no carecía de un dejo de nerviosismo, a los ojos de Raquel éste estaba muy alejado de expresar el miedo al fracaso o timidez, sino que parecía más bien producto de una falta o de las futuras faltas que pensaba cometer, porque toda esa sonrisa era para Raquel una inmensa prueba de deslealtad. Y ella no sabía si estaba casado o no, y tampoco le interesaba demasiado; la deslealtad era desde el inicio para con ella, una suerte de antelación de lo que le esperaba en el futuro.

Estaban ubicadas en la misma mesa e igualmente dispuestas que antes, y la risa que había llamado su atención volvió a estallar a espaldas de Raquel. Y en esta oportunidad la incomodó todavía más porque, aunque fuera imposible, parecía estar riéndose a causa del diálo-

go que sostenía con Florencia y en particular del asunto del profesor. Esta vez Raquel giró hasta divisar una pareja a sus espaldas, sin embargo se negó a creer que el muchacho enjuto y con aspecto delicado fuera el dueño de esa risa estentórea. Se volvió hacia Florencia sin haber llegado a ninguna conclusión.

—La próxima vez que dé un cuestionario, sentate sola, aparte. Sentate en esos asientos del costado, donde nunca hay nadie —le recomendó Florencia.

—Va a ser muy evidente.

—Con los profesores siempre la gente se da cuenta, de una u otra forma, así que...

Raquel se imaginó sentada en ese costado del aula junto a la puerta, el profesor avanzando hacia ella con una pronunciada sonrisa ante la expectativa de todas las miradas, ninguna de las cuales se llamaría a engaño acerca de lo que estaba ocurriendo. La fila de asientos, allá delante, a un costado del escritorio del profesor, se convertiría en una suerte de escenario y ella pasaría por una suerte de actriz usurpadora, alguien que aparecía allí haciendo caso omiso del libreto, imponiendo una presencia descarada cuyo objeto no sería otro que hacer emerger una larga serie de sonrisas en el actor-profesor. Enmascarado, sutilmente pintarrajeado para la escena, el profesor sería su espejo, el personaje patético que merecía la usurpadora, el que dentro de la improvisada obra haría justicia con sus sonrisas, haciendo que la pequeña miseria encaje con la pequeña miseria y todo concuerde, dando entonces a los espectadores la necesaria paz como para que finalmente regresen con tranquilidad a sus cuestionarios. Ahora, ¿por qué el profesor, que le parecía lindo e inteligente, transmutaba en otra persona?, ¿por qué cuando le sonreía, avanzando hacia ella, hacia su voluntad, veía en su rostro emerger ese rictus desagradable, vil?

—El otro día casi me pisa con el auto —comentó Florencia.

—¿Quién?

—El profesor. Acá a la vuelta, en la esquina de la facultad. Yo estaba cruzando y...

Raquel debe haber sonreído con cierta incredulidad porque Florencia se calló. Y enseguida estalló la risa a sus espaldas, la que se prolongó por unos segundos.

—¿Quién se ríe así?

—¿Así, cómo?

—Esa risa detrás mío.

—No escuché nada. No estaba prestando atención.

Raquel se extrañó y giró sobre sí misma. Esta vez para encontrarse con los ojos del joven enclenque, quien la observó por un instante y luego desvió la vista hacia la chica que estaba con él. No parecía que acabara de reírse.

—Yo estaba cruzando mal —reconoció Florencia—, pero no frenó demasiado; tuve que pegar un salto. ¡Ahí está! —casi gritó.

Y Raquel siguió la dirección de los ojos de su amiga, para divisar al profesor del cual hablaban. Estaba haciendo la cola frente a la caja. Y lo vio tan lindo, tan joven para todo lo que sabía, que el estómago en alguna medida se le retorció.

—Está muy bien —dijo Florencia.

Raquel no contestó, sino que siguió mirándolo, todavía más extrañada aun de aquello que creía ver cada vez que le sonreía. Y concluyó que se equivocaba, que no era más que un engaño de ella. Pensó que quizás se resistiera a salir con un profesor, o mejor —y esto surgió pese a que siempre había pensado lo contrario— él era tan tímido o se sentía tan violento de abordar a una alumna, que una mueca se apoderaba de sus facciones cuando le sonreía. Y en este momento esa explicación la conformó, ya que hacía desaparecer las contradicciones y transformaba la supuesta deslealtad en virtud. Casi sintió lástima y ternura por el profesor al juzgar que ese gesto desagradable era ajeno a él por completo y que tomaba por asalto la superficie de su cara a traición; un ente extraño que caía sobre él a pesar suyo, incluso sin que él fuese consciente de que algo tan alejado de su naturaleza brillaba en torno de su boca.

El profesor, al que disimuladamente espiaban, pidió una gaseosa y marchó con ella a una de las pocas mesas libres, muy apartada de la de las chicas.

—No te vio —aseguró Florencia.

—Aunque me viera, no iba a venir para acá —argumentó Raquel.

Ya no veían al profesor, oculto tras la gran cantidad de estudiantes que ocupaban el comedor. Ni siquiera estirándose podían divisarlo. Y al rato decidieron marcharse. Habían caminado unos metros cuando Raquel volvió a escuchar la risa que tanto la molestaba. Se volvió con rapidez y creyó descubrir que esa risa cascada y masculina provenía de la chica que estaba con el joven enclenque.

—¿Escuchaste? —le preguntó a su amiga, asombrada.

—¿Qué?

—Esa risa.

—¿Cuál?

Y Raquel desistió, temiendo que, de seguir adelante, llegara a la conclusión de que la risa no existía más que en su imaginación. Y ya no hablaron hasta salir del inmenso salón repleto de gente.

Cuando ingresaron, una gran cantidad de rayos láser atravesaba la sala partiendo desde los cuatro costados. Cada tanto los rayos se unían en el centro y formaban algún tipo de figura, para separarse enseguida y seguir por un rato cada uno un rumbo errático y azaroso. Germán la había tomado de la mano y avanzaban abriéndose paso entre la gente. Los láser y las luces audiorrítmicas creaban una realidad fantasmagórica, donde, para la vista, los cuerpos eran figuras sin volumen, que sólo adquirían materialidad en el roce, en el contacto físico que inevitablemente se producía entre la muchedumbre que caminaba por los pasillos o que bailaba en las pistas. En el pasillo por donde transitaban Raquel y Germán las figuras se transformaban en cuerpos para impedir la marcha, amalgamándose en un largo gusano del que parecía imposible escapar. Raquel se sentía atada a esa mano que la arrastraba en medio de gente que se renovaba permanentemente pero que formaba siempre el mis-

mo río oscuro y viscoso. La mano de Germán, relativamente pequeña y transpirada, no parecía muy segura de sí misma, pero ella tomó esto como un dato alentador y se sintió cómoda al percibir la hesitación y el ahogo de esa mano que se esforzaba por guiarla entre las corrientes del río.

En una ocasión Germán se volvió hacia ella y algo dijo, o por lo menos Raquel creyó que esto había ocurrido ya que no llegó a percibir ninguna voz y la cara de Germán desapareció al instante en un parpadeo de luces. Era la primera vez que salía con su profesor de histología y habían decidido ir a bailar de mutuo y casi entusiasta acuerdo; sin embargo, Raquel juzgaba ahora que ambos habían fingido figurándose que ir a bailar era lo que el otro esperaba. Los dos habían remedado cierta felicidad al proponerse la idea creyendo que debían ilusionarse por ir a ese lugar que era una suerte de Meca para mucha gente. El aura que rodeaba su nombre los obligó a ciertas esperanzas que en el fondo no abrigaban. Y esto se fue haciendo ostensible conforme se acercaban al lugar, ya que la ilusión decaía en tanto que el mero nombre dejaba su sitio a lo que allí habría concretamente. Ya al sacar las entradas había notado que Germán estaba quizá no tanto a disgusto pero sí desorientado por no estar feliz. Y Raquel lo había advertido porque algo no muy distinto le ocurría a ella; quería forzarse una alegría que se negaba a manifestarse, que se había escurrido hacia zonas que quedaban por fuera de su voluntad. Habían entrado de cualquier manera, en parte por inercia, en parte porque habían supuesto que adentro recuperarían la felicidad. Pero la asfixiada mano de Germán no dejaba dudas al respecto, y ella misma ya dudaba de que la alegría hubiera existido en algún momento; no había dejado ningún rastro que le sirviera para recuperarla. Sólo tenía el consuelo de esa mano infeliz, que la hacía sentir cómoda mientras la arrastraba en medio de las corrientes humanas. Ella tenía la sensación de que si las manos se soltaban él sería devorado por el río y ya no se reencontrarían en el transcurso de esa noche. Ella lo buscaría un rato, pero no soportaría mucho tiempo allí sola y se marcharía. Y la mano de Germán no parecía muy

firme; en su ahogo daba la sensación de que en cualquier momento se escabulliría entre sus dedos en busca de aire, de modo que Raquel apretaba la mano con una fuerza quizás excesiva. Y ella se figuraba que contribuía a la asfixia de la mano, sin embargo no podía hacer otra cosa más que aferrarla. A esta altura, todavía temprana de los acontecimientos, no estaba muy segura de quién era Germán; tenía confianza en la mano que apretaba y esto por ahora le parecía suficiente.

Cerca del fondo del inmenso salón estallaba de cuando en cuando una intensa luz rojiza que debía hacer el símil de un incendio. Todos los que estaban en el salón adquirían entonces una piel cobriza y se hacían marcadamente visibles. En uno de esos centelleos Raquel, que a la sazón estaba al borde de una de las pistas, vio a un grupo grande de gente que, apoyadas las espaldas contra el piso, hacía la bicicleta como si estuvieran en una clase de gimnasia. La mano de Germán la arrastró, y además la luz rojiza se apagó, y ya no pudo ver más, pero la impresionó esa cantidad de piernas que se elevaban —tal vez eran más de veinticinco las personas que lo hacían—, moviéndose al unísono, guiadas quién sabe por qué objetivo. A poco que se apagó la luz, Germán se frenó de golpe y se volvió hacia ella.

—¿Viste toda esa gente desnuda haciendo la bicicleta? —le gritó al oído.

—¿Estaban desnudos? —gritó ella a su vez en el oído de él. Raquel hubiera jurado que los había visto con ropas.

—Claro que estaban desnudos.

Raquel, curiosa, volvió a asomarse entre la gente hacia la pista, aunque no vio más que sombras. Y enseguida Germán reinició la marcha y ella fue tras él. Unos minutos después llegaban a una zona en la que caía un líquido viscoso desde las alturas, por lo que tuvieron que apresurarse para ponerse a salvo.

—¿Qué hacemos? —le preguntó él.

Raquel hizo un gesto de perplejidad. No esperaba esta pregunta de su profesor, por mucho que había advertido sus dudas y resquemores. Todavía no era para

ella Germán, sino el profesor de histología y en alguna medida lo había escindido a él de esa mano asfixiada, la que había tenido para ella una suerte de autonomía, de vida propia.

—¿Te parece ir a tomar algo? —le propuso, siempre gritando.

Raquel asintió con la cabeza, empero su aquiescencia no hizo sino despertar cierto desconcierto en Germán, quien miró en derredor como si buscase algún indicio acerca del rumbo que debían tomar.

—¿Sabés dónde queda la barra?

Raquel negó con la cabeza. Era extraño que le preguntase a ella cuando sabía que era la primera vez que entraba a este lugar. Germán miraba hacia un lado y hacia otro, sin decidirse. Lo iluminaban unos flashes que bombardeaban la zona con cierta intensidad. Mirándolo ahora era difícil para Raquel creer que era el mismo que se paseaba con seguridad sobre la tarima del aula. Él no se decidía a nada y miraba hacia uno y otro lado de manera que parecía figurarse que podía descubrir en algún lado la barra. Raquel lo observaba y nacía en ella cierta simpatía por la inocencia de esa búsqueda desorientada y boquiabierta. Ella se sentía cómoda allí, donde había luz y podía verlo. Estaban en medio de un montón de gente, sin embargo Raquel se sentía como si estuviesen en un rincón que preservara su intimidad. La gente no tenía ahí ninguna importancia. Y ellos mismos no serían para los otros más que objetos que no merecían atención. Para ella, no obstante, que esperaba, Germán era más sujeto que nunca, titubeantemente humano y hermoso, extraño por completo a aquel que le sonreía en el aula poniendo al descubierto su futura deslealtad.

—No sé para dónde ir.

—Quedémonos acá —propuso ella.

—¿Y qué hay acá?

Raquel echó una ojeada en derredor.

—Nada.

Germán no pareció convencerse, a pesar de la sonrisa de Raquel. Un rictus de sufrimiento se bosquejó en torno de su boca.

—Es igual a cualquier otro lugar —le dijo ella.

—Sí. Pero...

—Acá hay más luz.

El profesor no contestó. Miró hacia la pista por unos segundos, desanimado y todavía dudoso. Sus ojos brillaban por la luz y se los veía acuosos y débiles. Él había liberado su mano y se la llevó a la cara para darse un golpecito en la nariz con el dorso. Y de inmediato estornudó violentamente. El estruendo de la música tapó el ruido, pero la gesticulación no dejó lugar a dudas acerca de la virulencia del acceso, que casi lo dobló en dos. Se tapó la boca con las manos aunque no por completo ya que Raquel vio volar saliva en distintas direcciones. Y algo le llegó a ella en el cuello y en la parte inferior de una mejilla. Germán miró en torno suyo, avergonzado. Tenía los ojos inundados de lágrimas. Nadie se volvió hacia él, pero Raquel no pudo evitar limpiarse instintivamente con una de las mangas.

—Perdoname —le gritó, consternado, y enseguida tuvo que apretarse la nariz con los dedos porque le sobrevenía otro estornudo. Los colores le subieron a la cara. Se estuvo así por unos instantes y luego el acceso pareció ceder; se soltó la nariz y respiró agitadamente. Raquel estuvo a punto de reírse.

—Vamos a bailar —le propuso, como para olvidar rápidamente el incidente.

Esta vez fue ella la que se abrió paso entre la gente hasta llegar a la pista. Germán había abierto un pañuelo y se secaba las manos; la seguía con la resignación dibujada en el rostro, cabizbajo. La pista estaba llena a reventar; apenas si pudieron ingresar a ella y esto forzando el paso entre gente que no estaba nada dispuesta a cedérselo. Se internaron más o menos dos metros y medio en la masa de gente y se detuvieron. Era imposible bailar allí individualmente, no cabía otra cosa que acoplarse a una suerte de ondulación colectiva que todos seguían casi obligadamente. Otras pistas estaban menos abigarradas que ésta, tal vez porque la mayor luminosidad atraía a la gente como si fuesen insectos. Raquel y Germán se unieron de inmediato al movimiento común; no había más

que dejarse llevar de la cintura para arriba y sostener un ritmo de marcha con los pies.

No tardó Germán en darse cuenta de que estaban rodeados por gente más alta que ellos. Espió todo lo que pudo en distintas direcciones y no vio más que gente alta. Este hecho lo incomodó porque dedujo que no podía ser una casualidad. Allí se debía juntar un grupo de gente que respondía a una convocatoria específica.

—Acá son todos altos —le gritó a Raquel al oído, poniendo las manos como paredes para evitar que los otros escuchasen. Ella miró a su alrededor y se levantó de hombros, restándole toda importancia.

—¿Por qué será?

Raquel hizo un gesto con el que indicó su desconocimiento. Germán no insistió por el momento aunque, en tanto se contorsionaba, dio en vigilar las miradas de quienes los rodeaban, preocupado por las actitudes que podían tener para con ellos si es que estaban infiltrados en medio de algún tipo de convocatoria o de grupo. Esperaba sentir en cualquier momento una mano en el hombro y luego una amenaza o advertencia. Quería girar para ver a aquellos que estaban a sus espaldas, sin embargo no podía, no tanto porque estuviera apretado, que sí lo estaba, sino porque además rompería la ondulación a la que todos se acomodaban y lo chocarían. Raquel estaba muy cerca de él, casi apretada contra su pecho, y esto, que en otras circunstancias lo hubiera tomado como un hecho promisorio, le producía inquietud y casi hubiera querido alejarla un poco. En parte porque todavía temía otro estornudo, pero en mayor medida porque no deseaba que estuviera tan cerca cuando fuera increpado. Raquel se convertiría en una testigo de la que podía percibir la respiración y viviría el momento poco menos que con los ojos de él, sintiendo el mismo grado de humillación.

—¿Por qué no vamos a donde estaba esa gente haciendo la bicicleta? Ahí había más lugar.

Raquel lo miró con ojos indecisos. Parecía estar al borde de la risa y del enojo.

—¿No estaban desnudos?

Germán se desconcertó.

—Sí. Pero... Había más lugar.

—¿Y vamos a bailar en medio de todos ellos?

—Digo, en esa zona. Cerca de ahí.

Raquel pensaba velozmente. El fantasma de aquellas sonrisas volvió a pasearse en su ánimo. Creía advertir algo oscuro en ese repentino interés por ir cerca de esa gente. Vagamente sospechó que algo así podía esperarse de un profesor de histología, aunque no sabía explicarse el porqué de esta desconfianza. No obstante, a la vez, algo pícaro latía por detrás de sus temores, y fue creciendo hasta transformarse en un deseo de burla que la vengara de aquellas sonrisas y de esta proposición.

—¿Querés ponerte a hacer bicicleta?

Germán sonrió forzadamente, al tiempo que un gesto nervioso se bosquejaba en sus facciones. Y no pudo contestar nada.

—Vamos —le dijo Raquel, aviniéndose a ir casi por curiosidad con respecto a los planes de Germán. Aceptaba porque era una oportunidad para conocerlo y saber en el futuro a qué atenerse.

Y otra vez tenían que abrirse paso entre esa gente altísima, que no estaba dispuesta a correrse un ápice. Germán quiso desviarse del curso por el cual habían ingresado con la idea de no molestar de nuevo a la misma gente. No logró avanzar mucho; se encontró rodeado por un grupo que no presentaba ningún resquicio y tuvo que retroceder. Pedir permiso era imposible porque nadie lo escucharía y además se sentiría ridículo haciéndolo. Había que buscar las grietas y ser decidido. Germán miraba para arriba, vigilando los ojos de quienes los rodeaban. Pese a que no les prestaban mayor atención, creía saber que estaban a la expectativa y que en cualquier momento alguno de ellos consideraría que había llegado la hora de actuar.

—¿No querías ir a donde estaba esa gente desnuda? —le preguntó Raquel, algo impaciente.

Él no supo contestarle. No podía decir ni que sí ni que no. Se puso violento. Juzgaba que esa pregunta malévola no encajaba con la chica que había imaginado, y me-

nos aún si se pensaba que era todavía su alumna en la facultad. Raquel lo miraba y percibía su turbación, la que hacía nacer en ella cierta ternura y al mismo tiempo el deseo de ponerlo en ridículo, de avanzar sobre él. Estaban rodeados de gente tan alta que ella se sentía adentro de un pozo, casi en completa intimidad como para que ellos hicieran lo que les venía en gana. Estaban muy juntos y ella le apoyaba las tetas en la base del pecho. Con sus pezones sentía la agitada respiración de su profesor y casi podía adivinar los latidos de su corazón. No tenía realmente deseos de irse de allí, incluso, el bamboleo general, que los obligaba a ellos a acoplarse, era de su agrado. Se sentía mecida por una multitud que a su vez era nadie, o que existía sólo para retener a Germán y apretarlo contra ella, para intimidarlo y que se estuviese con las facciones crispadas mirando hacia arriba, y luego en derredor, buscando un resquicio para pasar. Germán se figuraba que en cualquier momento se decidiría; ante la menor oportunidad que le diesen, tomaría a Raquel de la mano y se abalanzaría hasta salir de allí. En varias ocasiones se dijo: ¡ahora!, y el corazón le saltaba en el pecho, pero se quedaba inmóvil; el cuerpo se negaba a moverse. Se aseguraba entonces que la oportunidad había sido demasiado exigua, que había que esperar una mejor, aun cuando era visible que las cosas empeoraban. No estaban a más de tres metros del cordón donde empezaba el pasillo, sin embargo era evidente que cada vez era mayor la cantidad de gente que bailaba en esa zona de la pista. Algo los atraía y Germán pensó en la convocatoria, en la reunión de gigantes. O tal vez era la luz, tal vez muchos estaban por la misma razón que estaban ellos. Habría, aquí y allá, gente baja diseminada y dispersa. Tal vez la concentración de los altos era pura casualidad.

Poco a poco se fue resignando a la imposibilidad de abrirse paso. La masa de gente se fue haciendo cada vez más compacta y los apretujaba uno contra el otro. Raquel estaba contenta de quedarse allí.

—No vamos a poder pasar —le dijo por fin Germán, cuando ya no hacía falta decirlo.

—Acá la música no se escucha tan fuerte. Estamos

como en un pozo. Fijate que la luz les brilla en las cabezas, como si fueran montañas y el sol se estuviera poniendo por detrás.

Germán no quiso mirar lo que Raquel le indicaba. Ella elevaba la cabeza, echándola hacia atrás, y miraba por sobre el hombro de él. Germán fue inclinando la cabeza sobre ella y le depositó un beso en la base del cuello. Raquel le gustaba, y además supuso que ese beso le evitaría ser increpado, tal si pudiera argumentar que él estaba allí justamente para eso, y los gigantes acabasen por aceptar, casi risueños, que Raquel y él estaban escondidos entre medio de todos ellos.

Capítulo V

Raquel dobló en cuatro la hoja del diario y luego se afanó para acomodarla contra un libro que se sostenía gracias a la pared, en la cabecera de su cama turca. El libro formaba con respecto al colchón un cierto ángulo que ella ya había estudiado con anterioridad. Cuando la hoja estuvo ubicada según su gusto, marchó a los pies de la cama y desde allí intentó leer un copete cuyo tamaño de letra tenía también identificado. Dos días antes había iniciado esta práctica como una forma de controlar la visión de su único ojo. Se había propuesto realizarla una vez por semana, pero en el día de hoy creyó advertir que su visión estaba disminuida y la ansiedad la llevaba a esta comprobación que se adelantaba en mucho a sus planes.

Casi constantemente intentaba demostrarse que su ojo no empeoraba, y se esforzaba por leer carteles lejanos o letras pequeñas. Aunque nunca se convencía por completo ni en un sentido ni en otro, porque le eran muy difíciles las comparaciones y siempre existían factores que la hacían dudar: la intensidad de la luz, los reflejos, el viento si es que estaba a la intemperie, los ángulos de visión, los tipos de letra, etc. Nunca estaba conforme ni se daba una opinión definitiva, oscilaba entre convicciones opuestas, ora que quedaría ciega en poco tiempo, ora que conservaría su ojo hasta el fin de sus días; y permanentemente tenía pruebas de lo uno y de lo otro, por lo que había pergeñado esa prueba a la que ella pensaba objetiva y de resultados prácticamente irrefutables. Había dado con un tipo de letra muy común en los subtitulados del diario que leía y había calculado la distancia desde la cual leerlos. Cerraba la persiana y así la intensidad de luz era estable gracias a la bombita del techo. No encontraba

razones para desconfiar de su método, excepto que no quería creer absolutamente en él por las dudas los resultados no fueran satisfactorios. Pese a que había buscado la más exacta medición posible, quería darse un margen de duda, de tal manera de conocer su situación pero que esto no desembocase en la pérdida de toda esperanza.

Se paró a los pies de la cama, la punta de los zapatos coincidiendo con la juntura de dos baldosas. Aunque fuera innecesario se tapó el ojo ciego, y esforzó la vista todo lo posible. Se sentía sola absolutamente. Creía advertir que todos a su alrededor daban por hecho que se quedaría ciega en poco tiempo, imbuidos de ese realismo pragmático de que se hace gala cuando los afectados son los otros. Azul no parecía interesarse en el asunto pero la inferioridad en la que caería casi la alegraba; su madre lo esperaba con la tranquilidad con la que esperaba las catástrofes, siendo una persona que se exasperaba sólo por la imposibilidad de ver un programa de televisión o por cuestiones análogas. Y si su ceguera pasaba a ser una catástrofe era porque todavía no había podido solucionar el problema de la pensión y seguía sin cobrarla. Ya hacía dos meses que vivían únicamente con el sueldo de ella. Sus amigas, Florencia y Ximena, intentaban convencerla de que la ceguera no era en la actualidad un problema grave y que las posibilidades de una vida normal y hasta cómoda eran cada vez mayores. Y ella misma se había estado preguntando si existían todavía las pensiones por invalidez y si a ella le correspondería. No había averiguado nada al respecto, pero ya empezaba a reprocharse su desidia.

No conocía el contenido de ese subtitulado y por esto lo había elegido. Aunque ahora se arrepentía de no haberle echado una miradita siquiera, ya que por mucho que forzaba la vista no lograba leerlo y apenas si adivinaba dos o tres palabras que no le servían para armar el texto a partir de ellas. Conforme sus esfuerzos caían en saco roto se iba inclinando hacia adelante, acercándose poco a poco al diario. Sabía que se estaba haciendo trampa, sin embargo se decía que este subtítulo era más largo que el de anteayer y que las letras, aunque del mismo tamaño,

podían estar más juntas. De repente, se asustó, ¿era posible que en dos días disminuyese tanto su visión? Quería creer que no, pero realmente no podía leerlo y ya no se permitía acercarse más. ¿Estaba el diario mal colocado y la luz incidía sobre él de tal modo que le dificultaba la lectura? No lo parecía; debía tener la vista cansada, un mal pasajero que... Tuvo la impresión de que a cada momento veía menos, como si fuera a quedarse ciega en minutos, a lo sumo en horas. Cerró los ojos y se los tapó con las manos. Tenía miedo. No quería abrirlos. Se tiró sobre la cama y escondió la cabeza entre los brazos. ¿Por qué insistía con esas pruebas que la torturaban? Casi estaba dispuesta a creer que si quedaba ciega era por culpa de ella, a causa de todas esas mediciones que hacía permanentemente, en el trabajo, en la casa, viajando. Forzaba tanto la vista para convencerse de que no veía menos que se perjudicaba la visión. Y esta idea la exasperó, sobre todo porque no imaginó otra cosa para salir de su angustia que realizar otra medición que le sirviese para lograr tranquilidad, una medición decisiva, como para aventar por meses toda duda. No lograría la paz sino a través de mediciones, pero las mediciones que intentaba la llenaban de inquietud. No tenía ganas de nada. Si por ella fuera se estaría por horas tirada en la cama, con la cabeza entre los brazos, refugiada en la oscuridad. Fuera de allí no estaba más que la ceguera, o el miedo a la ceguera, que a esta altura ya le parecía aun peor, algo indomeñable que devoraba su vida minuto a minuto, arrastrándola casi al deseo de quedar ciega para terminar con todo aquello.

Escuchó que su madre entraba a la cocina y usaba la pileta. El chorro de agua daba contra algo metálico, seguramente una olla, y producía un ruido vibrante, como si se tratase de un tambor. Luego el trasto golpeaba contra la mesada. Su madre siempre hacía las cosas brusca, velozmente para ir a ver la televisión. Desde su pieza ella escuchaba claramente todos los golpes que daba. Y la herida del vientre exacerbaba en los últimos tiempos su mal humor, por lo que golpeaba las cosas más fuerte, considerándose con derecho a hacerlo dado su sufri-

miento. Raquel pensaba que muchas veces daba golpes adrede, con toda intención, como para informarle a ella que allí estaba y que le dolía el vientre. Cuando estaba en la pieza, no pasaban cinco segundos desde que su madre entraba a la cocina que ya se oía algún golpe. Y ahora se escuchó el cierre violento de una de las puertas de la alacena, otra de sus especialidades, ya que a la fuerza del brazo de su madre se aunaba la fuerza del resorte. Aunque en este momento estos ruidos no la molestaban, por el contrario, poco menos que le servían de consuelo. Si quedaba ciega los ruidos pasarían a ser otra cosa; por empezar, según sospechaba, ya ninguno la molestaría, de la misma manera que ahora ninguna imagen por sí sola le producía irritación. Los sonidos devendrían en buena parte del mundo, en su infraestructura, y los golpes de su madre en la cocina serían bienvenidos. Aunque Raquel imaginó que, de quedar ciega, tal vez su madre dejaría de golpear y se movería en la cocina en total silencio. Y enseguida estuvo segura de que así sería, en parte porque su madre intuiría el beneplácito que le producían los golpes en esas nuevas circunstancias, en parte porque la tomaría como a una enferma y esto le serviría de excusa para evitar cuidadosamente los ruidos. Y esto porque los enfermos dan la oportunidad a los otros de torturarlos por su bien, y la satisfacción de privarlos de algo es doble, como mal, como venganza por cosas que nos han hecho, y como acto noble, en beneficio de ellos mismos.

Ciega, a ella no le quedaría más remedio que abandonar su trabajo y estarse el día allí, en ese cuartucho, tirada en la cama, escuchando los ruidos de un mundo ajeno. Se encerraría a esperar, y a esperar, y a esperar nada, que era la mejor forma de esperar. O quizás no... quizás se podría dedicar a la prostitución, allí mismo, en esa cama. Su madre haría de madama y atendería a los clientes. Uno tras otro, los distintos hombres la cogerían, todos iguales para ella, un cuerpo y una pija dura. Y esta idea de la prostitución casi la ilusionó; era la profesión ideal para una ciega. No sentiría asco de ningún cliente y el viejo más horrible sería para ella lo mismo que el más hermoso de los hombres. Sólo tendría el recuerdo de al-

guna pija, de alguna peculiaridad en su forma o tamaño. Quedaría ciega, pero se ganaría pija tras pija y esta idea no le desagradaba para nada. Azul y su madre tendrían dinero con el que mantenerse y ella tendría orgasmo tras orgasmo, porque, en su imaginación, todos los clientes la harían llegar al paroxismo. Y si Diego, que había desaparecido por completo, llegaba como cliente, ella iría a reconocer ese órgano y gozaría como una perra, tanto por la pija en sí misma como por la situación, por el pago que él efectuaría. Hacía más de tres semanas que Diego se hacía negar y Raquel perdía las esperanzas. Se estaría dedicando por completo a Diana, o quizás también a esa colegiala que ella había imaginado cuando Azul le contó que lo había visto enfrente de la escuela. Ella atribuía esta desaparición a aquel incidente con Azul, a aquella rabieta casi incontenible de su sobrina por la cual Diego se fue furioso de la casa. Aquel día Raquel había sospechado que él iba a darse por ofendido. Y aunque se vieron dos veces el final ya estaba decidido. Diego había aprovechado esas ocasiones para mostrarse totalmente desinteresado y que ella fuera testigo de su frialdad. Y, según su costumbre, Raquel no le echaba la culpa a nadie de lo ocurrido, al menos de manera consciente. Sencillamente había sucedido y así estaban las cosas.

Su madre estaba cocinando algo. Se escuchaba una sucesión rápida de golpes que daban indicio de esta urgida actividad. De seguro estaba rezongando por lo que se estaba perdiendo en la televisión y estaba preparando algo muy simple y que sufriría las consecuencias del apuro y de sus idas al comedor para ver el programa que Azul había elegido. Y si toleraba cocinar mientras ella estaba encerrada en la pieza era porque no cobraba la pensión y vivían ahora de su sueldo. Se oyó una puerta de la alacena al abrirse y luego el golpe de algo que caía en el piso. Sordamente su madre puteó, y Raquel creyó escuchar que entre medio de los insultos hacía referencia a su persona. No le importó demasiado. En realidad, nada de lo que pudiera oír la podía fastidiar en este momento, por la simple razón de que lo audible no podía verse y escapaba a su obsesión y a sus mediciones. Se-

guía ocultando la cabeza entre los brazos, protegida por la oscuridad y a salvo de sus intentos de establecer cuánto veía. Había andado mucho y estaba cansada. Todavía podía sentir en su mano la manija del portafolios donde llevaba los papeles y las muestras. Los médicos la hartaban; no entendía por qué había estudiado dos años de medicina ni por qué trabajaba ahora de visitadora. Los consultorios y las instituciones de salud la agobiaban. Bastaba que entrara a uno de estos lugares para que la respiración se le hiciera más dificultosa y empezara a faltarle el aire. En un principio lo había atribuido al encierro o a otras cuestiones circunstanciales, luego se había dado cuenta de que era simplemente nervioso, que todo su cuerpo su endurecía cuando ingresaba a un edificio con su portafolios y sus trajes sastre en pos de un médico. Se lamentaba de no haberse inclinado por la abogacía. Estaba segura de que a esta altura estaría terminando la carrera y tendría en perspectiva un futuro profesional. Además, creía saber que la ceguera no era un impedimento realmente importante para una abogada.

—Vení, vamos allá —le dijo Azul a Lumidla, indicándole un rincón del patio. Habían comprado un paquete de galletitas y lo iban a compartir.

—Bajan por aquella escalera y salen por esa puerta —le aclaró Azul, señalándoselas.

—Todavía no bajan —comentó Lumidla, tomando una galletita.

—No. Siempre tardan. Se quedan un rato en la escalera.

Lumidla sonrió y se hicieron visibles sus pequeños dientes, malformados y separados unos de otros. Era la compañera de banco de Azul desde que Sofía se sentaba con Victoria y estaban trabando una amistad bastante estrecha.

—Siempre andan juntos, ¿no? —preguntó Lumidla, aunque ya sabía la respuesta y habló sólo porque se creyó obligada a decir algo.

—Acá en el colegio casi siempre están los tres jun-

tos. Pero los más amigos entre ellos son Federico y Javier. Ellos paran en la Plaza Independencia y allá tienen un grupo grande de chicos. No sé si Joaquín para también en la plaza. Creo que no. Pero acá en el colegio siempre está con ellos. Me parece que se fue metiendo él, y Federico y Javier lo aceptan pero hasta ahí —e indicó con su mano una suerte de límite.

Se habían instalado en el rincón y desde allí vigilaban las escaleras y el hall que daba al patio. Una tras otra comían las galletitas del paquete. Lumidla se acomodaba con frecuencia el cabello ralo y pajizo que se le venía sobre la cara y sonreía de continuo. Parecía estar feliz por estar allí con Azul, compartiendo el paquete de galletitas y aguardando la llegada de los chicos. Hundía sus dientes en la masa crocante mientras sus ojos desbordaban un placer casi pícaro, que contrastaba con la ingenuidad tosca del resto de las facciones, en particular de la sonrisa, que a esta altura ya mostraba restos de la comida entre los dientes. Su cara, delgada en la frente y redondeada hacia la barbilla, estaba por completo despreocupada y los carrillos se le expandían cómodamente hacia los costados.

—¿Desde hace mucho te gusta Javier? —le preguntó a Azul.

—Sí. O no. No sé.

—¿Bajarán? Porque...

—¡Uy! Ahí viene Sebastián.

Lumidla vio que Sebastián se acercaba. Sobresalía del bolsillo delantero de su chaqueta una libreta de apuntes bastante voluminosa. En la mano llevaba un alfajor.

—Qué tal. —Sebastián guardó el alfajor junto con la libreta y extendió la mano hacia Azul en un gesto sin afectaciones ni ceremonias, aparentemente franco. Aunque de cualquier manera Azul no se dignó extender la suya, porque lo inusitado del ademán le hacía estar segura de que se trataba de una burla.

—No es tan grave saludarme —Sebastián bajó la mano—. Conozco gente que me dio la mano y sigue viva. Aunque... hubo un viejo al que le solté la mano... —y no

siguió—. Tengo unos informes —agregó, ahora sí afectando cierta pose cómplice y echando una mirada desconfiada sobre Lumidla.

Azul se demoró en contestarle. Él daba por hecho que eran algo así como socios y cada tanto le comentaba los progresos que hacía. Ella no le creía demasiado, en parte porque él desde siempre había estado hurgando aquí y allá en actividades misteriosas, en parte porque advertía que él gustaba de complicar mucho las cosas y ella ya no aspiraba más que a una respuesta simple y contundente. Incluso estaba dispuesta a creer que Sofía y Victoria no habían subido y que realmente habían estado enfermas. Sebastián le había asegurado que la puerta que llevaba al piso de arriba estaba permanentemente cerrada con llave y que ésta casi con certeza se había perdido hacía años. Bien que esto lo llevaba a elaborar unas hipótesis muy raras y enrevesadas que no producían en Azul más que una descreída perplejidad.

—¿Informes? —dijo por fin Azul, como si no entendiera de qué le estaba hablando.

—Hablé con la de matemática.

—¡¿Sí?! —y ahora Azul se interesó verdaderamente, ya que se refería a la profesora a la que ella le había hecho llegar la nota anónima —aunque quizás identificable—, de la que no había tenido ninguna noticia.

—Esta mañana estuve con ella —ratificó Sebastián con ese aire casual con que se daba importancia, dando a entender que poco menos había tenido un desayuno de trabajo con la profesora.

—¿Le preguntaste acerca de la nota?

—Sí.

Sebastián se demoraba, tal si estuviera sopesando lo que iba a decir.

—¿Y?

—Te dije que iba a pensar que la escribí yo. Le di mil vueltas para preguntarle, pero igual se dio cuenta de que yo sabía lo que decía la nota.

—¿No le habrás dicho que la escribí yo, no?

—No. Nada más le dije que la escribió una chica y...

Azul lo miró con desagrado.

—Pero no me creyó. Le di tantas vueltas que desconfió de mí y... Piensa que hay algo más detrás de esto, quiero decir, detrás mío, porque a la nota no le había dado ninguna importancia. Ahora debe pensar que lo del piso de arriba fue un invento mío para vengarme de Sofía y Victoria.

—¡¿No creyó nada de lo que le puse en la nota?!

—Hasta que yo le hablé al menos había pensado que la nota era una broma y... No le interesó para nada. Es más, me dijo que ella hubiera podido saber quién escribió la nota comparando la letra con las de las pruebas, pero que no se había tomado el trabajo.

—¿Eso dijo? —Azul cayó en la cuenta de que aquello era una suerte de amenaza, porque todavía tenía la nota en sus manos.

—Sí. Pero ahora ya cree que la nota la escribí yo, así que no te preocupes que no va a buscar nada.

—Y si vos le dijiste que la escribió una chica, tal vez se quiera asegurar y... Tiene los ejercicios que se llevó el otro día. Puede comparar la nota con tu letra y darse cuenta de que no la escribiste vos y después ponerse a buscar.

—Lo hubieras pensado antes de escribir la nota. Si tan secreto era, hubieras cortado palabras de una revista.

Azul se levantó de hombros.

—Sí, y armaba también el secuestro —dijo, mirando a Lumidla burlonamente.

—Y quién sabe qué hay allá arriba, ¿no?

—¿De qué hablás?

Sebastián hizo uno de sus gestos característicos, el que empleaba para dar a entender que su mente iba mucho más allá pero que de ninguna manera lo pondría de manifiesto.

—Es misterioso —dijo despectivamente Azul, dirigiéndose a su amiga.

—Victoria dice que faltó esos dos días porque se fue de viaje con el papá, a visitar a una tía en el interior —afirmó Sebastián, quizá intentando revertir lo anterior.

—¿Ella te lo dijo?

—No —y Sebastián hizo un gesto dando a entender que la respuesta era obvia—. Se lo dijo a Paula.

—Debe ser mentira, porque si se fue, Sofía lo tenía que saber, y uno de esos días la llamó por teléfono y se equivocó y llamó a mi casa. Yo atendí y Sofía preguntaba por Victoria.

—Aunque es raro... —y Sebastián pareció ensimismarse—, porque... me dijeron que Victoria hace años que no ve al padre y... si tenía que inventar una mentira era más fácil decir que se fue de viaje con la madre.

—No sé. Pero seguro que es mentira —afirmó Azul, destemplada, mostrando su desagrado por esas sutilezas.

—¡Ahí están! —gritó Lumidla, refiriéndose a los chicos que esperaban, que en ese momento salían al patio. Sebastián giró para mirarlos, sorprendido por ese grito agudo. Azul se sintió incómoda por el exabrupto de su amiga, que pudo llegar incluso a oídos de los chicos, y pretendió encontrar algo, un bocadillo que desviase la atención de Sebastián. No quería que él supiese que le gustaba Javier; tenía miedo de sus maquinaciones, de esa vanidad puesta en ese cuerpo gordinflón y desagradable. Según intuía ella, su vanidad no tenía límites y podía llevarlo a hacer cualquier cosa sin que él sintiera casi ninguna culpa. La yuxtaposición entre el cuerpo y esa inteligencia se daba en Sebastián de tal forma que lo obligaba a él a una constante fuga hacia adelante, buscando al mismo tiempo huir y despertar admiración, y en definitiva ser perdonado. Deseaba provocar desastres sólo para probarse cuánta indulgencia había de los demás hacia él. Indulgencia que se ganaría a fuerza del talento inmenso que creía poseer. Su cuerpo, parte e iniciación de todo lo condenable, era entonces para él un estímulo para la inteligencia, algo que necesitaba para ir más allá. Adelgazar era caer en la mediocridad; y se resistía, a pesar de la presión que evidentemente ejercía sobre él la familia. E incluso su presencia en ese colegio público era para Sebastián una suerte de exilio, ya que su familia tenía dinero y había concurrido a uno privado hasta el año anterior. Pero su cuerpo y toda su persona habían roto con el molde del colegio y su familia decidió entonces castigarlo, con la esperanza de hacerlo adelgazar y de ponerlo en lí-

nea en todo sentido, sin sospechar que, en el colegio público, Sebastián se sentiría a sus anchas y se iba convirtiendo para él, al menos comparado con la experiencia anterior, en un exilio dorado.

—¿Los estaban esperando por algo? —preguntó Sebastián bobamente, casi desmintiendo sus aires de inteligencia.

Los chicos se dirigían hacia el kiosco, bajo la mirada que los otros tres les dirigían desde el rincón. Ni Azul ni Lumidla se consideraban en la obligación de responder la pregunta de Sebastián.

—Joaquín les va atrás —aseguró Lumidla, aunque los tres marchaban casi como un solo hombre—. ¿Y viste las colitas que se hizo?

—Sí. Se cree lindo —acotó Azul.

Sebastián se pasó una mano sobre su corto pelo, que no llegaba a tener un corte definido.

—Yo los conozco —afirmó Sebastián.

Azul se sintió a disgusto. No quería que Sebastián interfiriera, pero el gordito ya parecía contar con los elementos necesarios como para intervenir de alguna forma. Y, peor aún, intuía que cualquier cosa que dijese acrecentaría el interés de Sebastián y sus ansias por meter las narices.

—¿De dónde los conocés? —preguntó Lumidla, y de inmediato recibió un codazo de Azul.

—Federico iba al otro colegio —dijo Sebastián, en referencia al colegio privado al que había concurrido.

—¿Iba a un colegio privado? —había en la entonación de Lumidla una mezcla de extrañeza y admiración.

—Sí, pero el padre... —y Sebastián cerró un puño y bajó el pulgar.

—¿Se murió?

—No. Se fundió y se dio a la fuga.

—Por qué mejor no terminás de contar lo de Victoria —intervino Azul—; porque el recreo se acaba y...

—Dejá que cuente lo de Federico —se interpuso su amiga.

Azul se puso violenta. Quería recordarle a Lumidla que las relaciones con Sebastián no eran de amistad sino

de conveniencia, casi "comerciales". No había por qué inmiscuirlo en otros asuntos. Aunque no sabía cómo expresar esto de manera adecuada.

—De Victoria no tengo mucho más que decir. Excepto que... —y pareció dudar, aunque enseguida sonrió con cierto placer—. Yo creo que no va a tardar en pelearse con Sofía. Y entonces...

—¿Se pelearon?

—No. Están en camino. Están destinadas a enfrentarse.

Y aunque lo que afirmaba Sebastián no sonaba desagradable a sus oídos, esa soberbia irritaba a Azul lo suficiente como para ponerse de cualquier manera en la vereda de enfrente.

—Aunque se peleen, van a mantener el secreto. Lo que tienen para ocultar lo van a seguir escondiendo —aseguró.

—No sé. Una de las dos puede estar casi limpia...

—Lo que hicieron, lo hicieron juntas.

—Eso pensás vos.

—Yo fui amiga de Sofía.

—¿Y?

—Javier se va —le anunció Lumidla a Azul.

—Andate, queremos estar solas —aprovechó Azul la discusión para intentar sacarse de encima a Sebastián.

Pero éste no se movió ni articuló palabra. Miraba para abajo, repentinamente interesado por uno de sus zapatos.

—Vení, vamos al hall —le dijo Azul a su amiga.

Y entraron en el edificio por la misma puerta que lo había hecho Javier unos segundos antes, dejando solo a Sebastián en el rincón del patio. Javier estaba al pie de las escaleras charlando con dos chicas de su curso. Azul y Lumidla decidieron subir hasta el hall del primer piso y aguardar allí. Por el momento no aspiraban más que a hacerse ver, aunque Azul consideraba que, si contaba con la oportunidad, se animaría a iniciar una conversación.

—¡Qué raro! Federico se quedó en el patio —comentó Lumidla—. ¡Pobre! No va a ver más al padre.

—¿Y qué sabés?

—Y, por lo que dijo Sebastián.

—Uff, ¿y vos le creés? Es capaz de inventar cualquier mentira.

—Pero averigua un montón de cosas.

—Te hace creer que sabe mucho.

—No, pero lo del padre de Federico debe ser verdad. No va a mentir sobre eso.

—¿Y por qué no va a mentir sobre eso? ¿Qué tiene un padre que no se puede mentir sobre él? Sebastián no se hace problema por nada. Es capaz de haberle dicho a alguien que tu papá es tu tío, de inventar una historia terrible.

—¿Tiene padre Sebastián?

—No sé.

—¿Será como vos?

—No creo. ¿Qué pasa que no suben? —estalló Azul.

—Todavía no tocó el timbre.

—Vamos al segundo piso —dijo Azul e inició la marcha.

—¿Por qué? —Lumidla la seguía.

Azul no le contestó. Trepaba los escalones con cierto apuro.

—Javier pudo haber vuelto al patio y después haber subido los tres por la otra escalera —se explicó por fin cuando estuvieron arriba.

—Tendríamos que habernos quedado abajo —opinó Lumidla.

—Vamos cerca de la puerta del aula.

Muchos iban y venían por el inmenso corredor. Las chicas se detuvieron junto a una columna. Casi inmediatamente Azul divisó a Sofía y a la profesora de matemática, que venían caminando juntas. Salían del pasillo que daba al laboratorio y a la escalerita que llevaba al piso superior.

—¡Mirá! —casi gritó, al tiempo que comprobaba que venían charlando—. Yo te dije que Sofía y Victoria están manejando algo... ¿Te acordás de que te dije que esa vez no habían copiado los ejercicios y que habían escrito algo que a la profesora le dio miedo?

justicia del reclamo, ya que estaba absolutamente segura de su derecho a la foto.

—Vas a pasar si me das la foto —exigió, aunque sabía que estaba pidiendo un imposible.

Sofía echó una mirada hacia atrás, buscando una tabla de salvación.

—Tu amiga, la profesora de matemática, ya se metió en el aula —le recordó Azul con satisfacción.

—No es mi amiga. Me la encontré y veníamos conversando.

—Yo también me la cruzo en los pasillos y no nos ponemos a conversar —aunque enseguida Azul se dio cuenta de que iba a perder la oportunidad de averiguar dónde se habían encontrado Sofía y la profesora y sacó a luz la cuestión—. Además, ustedes venían de algún lado, porque venían de allá, del hall que da a la escalerita que sube al otro piso.

—La profesora venía del laboratorio y yo me la encontré.

—El laboratorio es de física. Y además está abandonado. No hay nada ahí. Yo lo vi abierto.

—Yo la vi salir de ahí. Irán a poner algo en ese lugar, qué sé yo —y mientras decía esto sonó el timbre que ponía fin al recreo, por lo que los ojos de Sofía se llenaron de decisión.

—¿Y vos de dónde venís? —se apuró a preguntar Azul antes de que tuviera que soltar su presa.

—Tengo que ir al aula —afirmó Sofía con firmeza y saltó entre el cuerpo de Azul y la pared, y se alejó a buen paso.

—No puede venir de arriba porque está muy limpia. Allá arriba debe haber una mugre increíble —quiso Lumidla ser inteligente.

—No sé... Pero la profesora de matemática debe estar en la trenza. Y yo, como una boluda, le escribí una nota —dijo Azul, mordiéndose el labio inferior.

—Recién pasaron los chicos.

—¿Cuándo?

—Cuando estabas hablando con Sofía. ¿No te diste cuenta?

—No. ¿Estaba Javier?
—Sí. ¿No lo viste?
—No —casi gritó Azul—. No lo vi.
—Pasó al lado tuyo. Casi te tocó.
—¿Sí? ¿Y qué hacían?
—Nada. Caminaban. Pero Javier ni te miró.
Iban caminando las dos hacia el aula.
—Nunca mira a nadie —aseguró Azul y entraron al aula.

—Estuve ayer en el médico —le dijo mientras le extendía una tacita de café a su amiga Bety—. Parece ser que mientras cierra la herida por afuera se abre hacia adentro, se expande hacia el interior. En la piel ya no tengo más que una cicatriz que sobresale un poco, pero me duele adentro. A veces me da un retortijón, como si fuesen los intestinos, o un dolor en el bazo.
—¿Qué raro, no? Nunca escuché nada así. Tendrías que consultar a otro médico.
—Parece que ya no es tan raro. Cada vez hay más casos. Incluso salió en una revista.
—Yo no conocí a nadie que lo tuviera —dijo Bety, en tono escéptico.
—Me conocés a mí.
—Tendrías que hacerte ver por otro médico.
—¿Y qué gano? Me va a mandar a hacer un montón de análisis y de ecografías, y ya no tengo ganas de volver a pasar por todo eso. Este médico ya me encontró eso y ya está; no hay que escarbar más en el asunto.
—Pero te duele, ¿o no?
La madre de Raquel dudó. No había pensado realmente en la posibilidad de que el dolor pudiera cesar y tampoco había considerado que el médico pudiera hacer algo al respecto.
—Y no tengo más remedio que aguantarme —dijo por fin, retornando a ella la seguridad en el destino que le tocaba.
—¿Y qué tratamiento te dio?
—Por ahora ninguno. Hay que esperar. O por lo me-

justicia del reclamo, ya que estaba absolutamente segura de su derecho a la foto.

—Vas a pasar si me das la foto —exigió, aunque sabía que estaba pidiendo un imposible.

Sofía echó una mirada hacia atrás, buscando una tabla de salvación.

—Tu amiga, la profesora de matemática, ya se metió en el aula —le recordó Azul con satisfacción.

—No es mi amiga. Me la encontré y veníamos conversando.

—Yo también me la cruzo en los pasillos y no nos ponemos a conversar —aunque enseguida Azul se dio cuenta de que iba a perder la oportunidad de averiguar dónde se habían encontrado Sofía y la profesora y sacó a luz la cuestión—. Además, ustedes venían de algún lado, porque venían de allá, del hall que da a la escalerita que sube al otro piso.

—La profesora venía del laboratorio y yo me la encontré.

—El laboratorio es de física. Y además está abandonado. No hay nada ahí. Yo lo vi abierto.

—Yo la vi salir de ahí. Irán a poner algo en ese lugar, qué sé yo —y mientras decía esto sonó el timbre que ponía fin al recreo, por lo que los ojos de Sofía se llenaron de decisión.

—¿Y vos de dónde venís? —se apuró a preguntar Azul antes de que tuviera que soltar su presa.

—Tengo que ir al aula —afirmó Sofía con firmeza y saltó entre el cuerpo de Azul y la pared, y se alejó a buen paso.

—No puede venir de arriba porque está muy limpia. Allá arriba debe haber una mugre increíble —quiso Lumidla ser inteligente.

—No sé... Pero la profesora de matemática debe estar en la trenza. Y yo, como una boluda, le escribí una nota —dijo Azul, mordiéndose el labio inferior.

—Recién pasaron los chicos.

—¿Cuándo?

—Cuando estabas hablando con Sofía. ¿No te diste cuenta?

—No. ¿Estaba Javier?
—Sí. ¿No lo viste?
—No —casi gritó Azul—. No lo vi.
—Pasó al lado tuyo. Casi te tocó.
—¿Sí? ¿Y qué hacían?
—Nada. Caminaban. Pero Javier ni te miró.
Iban caminando las dos hacia el aula.
—Nunca mira a nadie —aseguró Azul y entraron al aula.

—Estuve ayer en el médico —le dijo mientras le extendía una tacita de café a su amiga Bety—. Parece ser que mientras cierra la herida por afuera se abre hacia adentro, se expande hacia el interior. En la piel ya no tengo más que una cicatriz que sobresale un poco, pero me duele adentro. A veces me da un retortijón, como si fuesen los intestinos, o un dolor en el bazo.
—¿Qué raro, no? Nunca escuché nada así. Tendrías que consultar a otro médico.
—Parece que ya no es tan raro. Cada vez hay más casos. Incluso salió en una revista.
—Yo no conocí a nadie que lo tuviera —dijo Bety, en tono escéptico.
—Me conocés a mí.
—Tendrías que hacerte ver por otro médico.
—¿Y qué gano? Me va a mandar a hacer un montón de análisis y de ecografías, y ya no tengo ganas de volver a pasar por todo eso. Este médico ya me encontró eso y ya está; no hay que escarbar más en el asunto.
—Pero te duele, ¿o no?
La madre de Raquel dudó. No había pensado realmente en la posibilidad de que el dolor pudiera cesar y tampoco había considerado que el médico pudiera hacer algo al respecto.
—Y no tengo más remedio que aguantarme —dijo por fin, retornando a ella la seguridad en el destino que le tocaba.
—¿Y qué tratamiento te dio?
—Por ahora ninguno. Hay que esperar. O por lo me-

nos yo le dije que no quiero que hagan pruebas conmigo. Porque no saben qué hacer. Y en la revista lo dice.

—¿Y no te vas a poner peor si no te hacen nada?

—No sé. Pero el médico no parecía muy preocupado.

—Y claro. Si te duele a vos.

—Y lo aguantaré. ¿Qué querés que haga?

Y por unos momentos sorbieron el café en silencio. La madre de Raquel miró la hora de manera casi involuntaria. Calculó que el programa de Cosens estaría en su apogeo y que el premio mayor estaría a punto de salir. No tenía tanta confianza con Bety como con Isabel como para decirle de prender la TV, por lo que se lo perdería sin remedio. Y no le importaba ya tanto el programa en sí, sino serle fiel a Cosens. No quería fallarle, no quería que el programa transcurriese y ella no estuviese allí, frente a la pantalla. Y no estaba enamorada de él en ningún sentido ni tenía al respecto ninguna fantasía, y ni siquiera tenía una gran opinión de él (o si la había tenido ya la había olvidado), simplemente no quería no estar cuando él conducía el programa. Ya no podía apreciar si era bueno o malo, no podía precisar virtudes ni defectos, y en este sentido Cosens era como un viejo esposo, cuya presencia no genera interrogantes. Verlo, por lo tanto, despertaba apenas su entusiasmo, pero no verlo le resultaba casi intolerable. Sin embargo, ahora no le quedaba más que resignarse y conversar con su amiga, aunque por el momento se estuvieran calladas. Volvió a mirar la hora, y pensó de nuevo en Cosens, en su figura enfundada en trajes grises por debajo de su pelo canoso. Y luego vino a su discurrir la imagen de quien había sido su marido; caminaba por el pasillo rumbo al dormitorio con su aire de ausencia feroz, el perfil recortado por un instante contra la puerta del baño. Bien pensado, era éste el mayor recuerdo de su marido, un perfil que se recorta contra un fondo, tal si se tratase de un dictador en una estampilla. Un perfil aguileño y abrupto pero que, en su recuerdo, parecía carecer de facciones humanas y ser puramente piedra esculpida al azar hasta constituirse en su marido. Una piedra sin voluntad que el tiempo fue cons-

truyendo, aunque fuera a su vez impenetrable, dura, sólo moldeable por una acción inconmensurable que excedía la capacidad humana. Tanto, que ella había empezado a pensar a su marido como a un viejo y casi parecía suponer que había muerto muy entrado en años, cuando en realidad recién frisaba los cincuenta. Si hablaba de él —cosa rara pero que ocurría cada tanto—, hacía creer a la persona que escuchaba que había llegado a viejo y que, con seguridad, le llevaba a ella muchos años; es más, quien escuchaba se quedaba con la impresión de que era la diferencia de años la causa de esa lejanía entre ambos cónyuges que ella ponía en evidencia de una u otra manera. Porque la madre de Raquel no podía hablar de su marido sin hacer una referencia, siquiera lateral, a su extrañeza por lo que era ese hombre, que casi no dejaba ver más que su perfil. Ella entendía que no quisiera ver la televisión sin dar al respecto ninguna razón, porque perfectamente podía ser un rasgo masculino; sin embargo, las cosas iban mucho más allá, tanto que muy pronto ella renunció a la curiosidad y se encerró también en la sola observación del perfil. Él, en su pureza de piedra, era inatacable y a ella no le quedó otra salida que intentar sostener una terquedad similar, aunque la suya fuera un mero acto reflejo, sin un motivo que pudiera argüirse y defenderse. Y ésta era su carencia, porque en el fondo intuía que su marido tenía razones muy profundas aunque no pudieran explicarse, mientras que lo suyo no era más que puro vacío.

—Pero no te sangra más —intervino Bety.

—Para afuera no. Pero pudo haber estallado para adentro.

—¿Sí? ¿Existe eso?

—¿Y por qué no va a existir?

—Nunca escuché nada así.

—Yo sí lo escuché varias veces últimamente.

—Lo tuyo es muy moderno —y Bety apoyó la tacita de café mientras sonreía.

—Yo no inventé la enfermedad. Y el dolor... Te aseguro que lo siento —se defendió la madre de Raquel, llevando una mano a su vientre.

—¿Y Azul?

—Se fue a ver la TV con una vecina.

—Hace más de un año que no la veo. Cada vez que vengo se fue a ver la TV a otro lado. ¿Está siempre tan parecida a vos? Yo la encontraba cada vez más parecida. Viendo una foto tuya de joven, casi parecen la misma persona.

La madre de Raquel se sintió incómoda por esta última aseveración y malició que su amiga intentaba herirla, aunque no llegaba a explicarse el porqué. Prefirió no contestar o, mejor dicho, no llegó a encontrar una respuesta que la satisficiera antes de que se escuchasen las llaves que abrían la puerta del departamento.

Entró Raquel llevando en brazos un perrito. Era blanco y marrón y debía tener poco menos de un mes. Levantaba la cabecita con curiosidad, aunque parecía algo amedrentado. Raquel sonreía ante el azoramiento de su madre. En buena medida esperaba esto y podría afirmarse que fue una de las razones por las que se decidió a comprar el cachorro. Azul lo había pedido y su madre no podía oponerse abiertamente por mucho que odiara tener un perro en la casa. En realidad su madre contaba con que ella fuera la que se opusiese tajantemente al pedido de Azul y la sorpresa, según calculaba Raquel, sería enorme. Mientras caminaba hacia la casa venía regodeándose con la situación. Por una vez tendría a Azul de su lado contra su madre, quien seguramente soportaría el mal trago en silencio. Y sólo por esta razón había comprado el cachorro, porque en verdad no tenía ningún deseo de tener un perro en la casa ya que tendría que hacerse cargo de muchos de los cuidados que requeriría. Pero había obviado todo lo que le aguardaba durante años por el gusto que se daría en esos primeros días en los que el perrito sería un príncipe que, gracias a Azul, exigiría adulación y sometimiento.

Bety se puso de pie y se acercó a Raquel, mientras su madre permanecía sentada dando muestras de su disgusto.

—Es hermoso... ¡Pero! Estoy mojada. Que... —y giró para mirarse atrás, aunque no pudo verse—. La silla estaba mojada.

Raquel la rodeó y agachó en alguna medida la cabeza. Debajo de la cola la pollera tenía una mancha; no obstante, a causa del color de la tela, un marrón oscuro, era muy difícil establecer cuál era su origen.

—Debe ser agua —acotó la madre de Raquel.

—Tiene una mancha bastante grande, sí. Pero no se ve de qué es —se expidió Raquel

—Y es una pollera nueva —dijo Bety.

—Debe ser en el colectivo.

—¿Por qué? ¿Ahora hacen pis en los asientos? Además... No puede ser en el colectivo porque fui parada todo el viaje.

—No es nada. Es un poco de agua, nada más —insistió la madre de Raquel.

—Con tal de que no sea algo que manche. O sangre —y la idea la llenó de fastidio—. Con las enfermedades que hay.

El cachorro emitió un gritito y de nuevo se convirtió en el centro de atención. Las tres mujeres lo miraron por largos segundos y, como si el cachorro se viera afectado por ello, se quedó inmóvil, alerta, presintiendo un peligro. Las miradas pesaban sobre él de tal modo que ya no parecía el mismo de unos segundos antes. Era ahora un prisionero sin salida que no tenía más posibilidad que hundirse en sí mismo, escapar hacia adentro, desaparecer por el único repliegue que nadie le podía impedir. Sin embargo, algo en esa huida hacia el interior salió mal, algo más horrible aún le cortó el camino porque, reponiéndose de su ensimismamiento, quiso saltar de los brazos de Raquel, como si hubiera decidido suicidarse. Raquel impidió que saltara y finalmente lo depositó en el suelo. El cachorro corrió hacia la cocina.

—No pensarás que se va a quedar acá —le espetó la madre.

—Es un regalo para Azul. Ella me lo pidió.

—Es divino. Pero te aseguro que va a crecer bastante —intervino Bety.

Raquel se dirigió a la cocina. El perrito iba hacia su dormitorio, aunque antes, en el umbral, se detuvo. Se sentó en el piso y la miró. No estaba ya desesperado y

parecía haber encontrado una salida a su situación: el sometimiento. Podía escapar hacia la pieza de Raquel pero ya no lo intentaba, podía arremeter hacia adelante pero ni siquiera instintivamente cruzaba por su cabeza esta posibilidad. Su cuerpo estaba tenso por la expectativa, mas no era una tensión resolutiva sino completamente pasiva, la tensión de quien espera inerme. El perrito quería no estar, quería no existir; hubiera querido replegarse hasta el infinito, hasta no ser ya nada, porque él vivía una derrota absoluta, a partir de la cual todo destino parece soportable y, en muchos casos, hasta querible. Aunque Raquel ignoraba esto y avanzaba con ciertas precauciones, temiendo que, de precipitarse, el perrito se asustase demasiado y quisiera morderla, o corriese desesperado y rompiera algo, con lo que daría un argumento a su madre. Vagamente intuía que debía ser enérgica y que no debía permitir que el perrito se saliese con la suya, pero interpretaba equivocadamente la tensión del cuerpo del animal y creía que latía en él la rebeldía. Tenía la vista de su único ojo fija en él y por instantes creía ver algo nublado. Se detuvo, indecisa. ¿Estaba realmente viendo nublado? Puso el dorso de una mano delante del ojo. Veía bien, aunque por un instante brevísimo que se repetía cada cinco o seis segundos la imagen perdía precisión. Era todo tan rápido que no sabía qué pensar. Miró al perrito con ánimo de poner a prueba su visión. No se sentía lo suficientemente confiada como para avanzar sobre él.

—¿Qué pasa con ese cachorro? ¿Ya está haciendo lo que él quiere?

La madre de Raquel pasó a su lado, avanzando rápidamente hacia el animal. Lo tomó con fuerza con ambas manos y lo levantó del piso.

—Vamos a ver cómo se porta —dijo, al tiempo que lo elevaba hasta la altura de sus ojos y lo escrutaba—. Es realmente lindo. Azul se va a poner chocha. Le vamos a enseñar a portarse bien —agregó, apretándolo ahora contra su cuerpo—. ¿A vos qué te parece, Bety?

—Azul va a estar contenta, pero...

—Yo tuve un perro cuando era chica —afirmó la madre de Raquel, pasando nuevamente al lado de su hi-

ja rumbo al comedor con el cachorro entre los brazos.

Raquel y Bety fueron detrás de la señora, quien se sentó en la misma silla de antes y se dio a acariciar al perrito.

—Si hubiera estado antes en esta casa hubiera pensado que fue el perrito el que hizo pis en la silla —comentó Bety.

Ni Raquel ni su madre le contestaron. Raquel pensó en Azul, en sus semejanzas con el perrito que había traído.

—¿Te dieron los certificados de las vacunas?

—No. Tiene una sola vacuna. Pero el certificado lo tengo que buscar mañana.

—Vamos a dejar que Azul le ponga el nombre, ¿no? —dijo su madre, apropiada por completo del cachorro.

Raquel empezaba a indignarse, aunque, desconcertada, no sabía por dónde empezar. No hubiera imaginado jamás que su madre tomaría esta actitud, sino que esperaba más bien el rechazo solapado, una suerte de guerra subterránea que se pusiese en evidencia por ciertos hechos inexplicables que se fueran sucediendo, tal como si un jugador de ajedrez nunca se sentara en la silla y moviera la pieza sólo cuando nadie lo ve. Comenzaba a sospechar ahora que su madre se apropiaría del cachorro hasta la llegada de Azul y que el obsequio entonces partiría en buena medida de sus manos. Se daba cuenta de que su madre rápidamente había calculado que no podría oponerse y entonces decidió ponerse a la cabeza de la novedad. Era tan evidente que se enojó consigo misma por no haberse figurado que su madre haría precisamente esto, que a la postre era lo más conveniente para ella.

Tenía que sacarle el cachorro de las manos, pero la empresa no se presentaba nada sencilla, y menos aún si se tenía en cuenta la presencia de Bety. Su madre apretaba al cachorro contra su pecho como si estuviese enamorada de él. Parecía que nunca hubiera querido otra cosa más que tener un perro en la casa. La indignación de Raquel fue tan grande que avanzó hacia ella dispuesta a arrebatárselo y sólo se detuvo cuando su madre la miró, agrandados los ojos tras las lentes, y cayó en la cuenta de

que iba a cometer un exabrupto. Tenía que encontrar un ardid, pero como por el momento no se le ocurría nada, se sentó, y lo hizo en la silla que Azul consideraba como propia y que nunca utilizaba nadie más que ella. Y si se sentó allí fue porque desesperaba por recuperar el cachorro y quería estar lo más cerca posible de él. Su madre advertía sus intenciones y tanto más aferraba al animal.

—Sentate allá. Ése es el lugar de Azul.

Raquel dudó. Y finalmente se mudó al otro lado de la mesa.

—Hay que darle de tomar leche —y Raquel, que acababa de sentarse, se puso de pie ante esta ocurrencia salvadora y extendió los brazos para que su madre le pasase el cachorro.

—Después. Cuando venga Azul que le dé ella la leche. Así se empiezan a hacer amigos.

Raquel se quedó parada y replegó los brazos con lentitud. Ahora sí veía con cierta turbidez, pero no le importaba. La odiaba hasta el paroxismo, al punto de sentir un vértigo que parecía por momentos apoderarse de su cerebro y que le hacía temer por su cordura. No sabía qué hacer. Se quedó rígida, casi en estado de pánico.

—Me tengo que ir —dijo Bety, quien advirtió que, por alguna causa, Raquel estaba muy mal. Se puso de pie y fue a buscar su abrigo.

—Acompañala abajo y abrile la puerta —le dijo la madre.

A punto estuvo Raquel de gritarle, no obstante se contuvo porque acompañarla hasta la puerta era una forma de sacarse de encima a Bety y después sí, subir con toda la furia para arreglar cuentas con su madre. E incluso en el ascensor hizo el esfuerzo como para sacar a luz un par de comentarios amables, disimulando su exaltación. Ésta refluía en la medida que iba surgiendo en ella una inédita seguridad en sí misma. Estaba convencida del derecho que le cabía sobre ese cachorro, de modo que se lo sacaría a su madre de una u otra forma.

Cuando regresó, su madre se había instalado delante del televisor, aferrando al perrito contra su pecho. Raquel no había decidido qué haría en concreto para re-

cuperarlo mas empezó por cerrar la puerta de tal modo que se golpeara. Echó llave y avanzó hasta interponerse entre su madre y el televisor. Sentía que estaba ejerciendo la violencia y que podía llegar todavía a mucho más. Su madre la miró con fastidio, simulando cierta sorpresa por lo que ella hacía.

—Dame el perrito —dijo en tono imperativo. Hubiera querido empezar de otra manera, exponiendo un motivo por el cual debía pasarle el animal, y hacerlo de forma sosegada, sin embargo no encontró ninguna razón, y esto también alimentó su bronca.

—Lo voy a tener un rato yo —y su madre pasó con fuerza la mano por el lomo del animal en lo que intentó ser un mimo, aunque pareció más bien un gesto inamistoso y amenazante.

—Dámelo —repitió Raquel, si bien, otra vez, hubiera querido encontrar algo más para decir. Su voluntad flaqueó por un instante y esto se transparentó en su voz.

—¡Dejame ver el televisor! —exigió su madre con voz ronca.

Esto enfureció a Raquel, quien avanzó enérgicamente un par de pasos. Su madre se puso de pie. Los ojos se le veían inmensos y rezumaban un sentimiento tan odioso que Raquel perdió la cabeza.

—¡¡Dámelo!! —gritó, y se abalanzó sobre su madre con el fin de arrebatarle el cachorrito. Su madre pegó un chillido y giró sobre sí misma con gran velocidad, intentando darle la espalda. El perrito salió volando y se estrelló contra el borde inferior del ventanal que daba al balcón francés. Se escuchó un ruido alarmante, a hueso roto, y el perrito se quedó quieto en el piso. Las dos mujeres se inclinaron sobre él. El perrito gemía. Raquel, indignada, empujó a su madre. No había podido ver con claridad, sin embargo sospechaba que lo había tirado con toda intención. Bien que, cuando miró al animal, se sintió inmensamente culpable por haber intentado arrancárselo por la fuerza. No se atrevía a tocarlo. Estaba segura de que era algo grave, ya que el ruido fue espeluznante y lo había visto golpear con la cabeza contra el borde de hierro. El perrito no intentaba siquiera levantarse. Estaba inmóvil.

—Me parece que se abrió la cabecita —dijo la madre, retomando el lugar sobre el animal.

—¡Hay que llevarlo al veterinario!

—¡No! ¿¡Sos loca!? Vamos a tener que dar demasiadas explicaciones. Además, no creo que tenga cura. Se rompió la cabeza —y la mujer le hundió los dedos en el costado buscando una reacción, pero el cachorrito no se movió y ya tampoco gemía, apenas si se escuchaba su respiración, algo silbante. La mujer lo levantó con ambas manos. El cachorro estaba inerte.

—Hay que matarlo —dijo, mientras lo volvía a depositar en el piso.

—¡¿Qué?! —Raquel se fue apartando. No quería estar demasiado cerca, lo que la convertiría casi en cómplice; no quería intervenir de ninguna manera en lo que se decidiese; hubiera querido no estar, no haber comprado el cachorro. Se alejó unos seis o siete pasos, pero no podía dejar de mirar.

—Si no, va a sufrir más. —Y la mujer le puso un pie encima del lomo y pasó las manos por debajo de la cabecita y el cuello. Y dio un tirón con todas sus fuerzas. De nuevo se escuchó el ruido a hueso roto; un ruido que para Raquel fue feroz, insoportable. Le sobrevino una arcada y tuvo que correr a la pileta de la cocina a escupir el vómito que le había subido a la boca. No podía creer que fuera posible lo que había ocurrido ni su pensamiento se podía precisar sobre nada en particular. Tenía la mente en un blanco de incredulidad y de asco. Abrió la canilla y se quedó mirando como el agua se llevaba el vómito, lenta y dificultosamente, formando remolinos. Escuchaba los pasos de su madre en el comedor y le daban temor. Aunque a la vez se sentía partícipe de lo que ella había hecho y en el fondo suponía que habría entre las dos una suerte de pacto de silencio y nunca contarían a nadie lo del cachorrito. El vómito ya había desaparecido por completo cuando los pasos de su madre se fueron acercando. Raquel se enjuagó la boca, tomando agua con la mano. No deseaba darse vuelta, sin embargo no pudo evitar hacerlo cuando escuchó que su madre tiraba un peso en el tacho de la basura.

—¡¿Qué hacés?!

—¿Y qué querés?, ¿ir a enterrarlo?

—Pero... Es espantoso —y de nuevo quería alejarse.

—Ahora lo tapo con papeles y con unas cosas que hay para tirar en la heladera. Y vos bajás la bolsa.

—No. Yo no bajo nada.

—¡Yo hice todo, ¿no?! —la mujer se abalanzó sobre Raquel, furiosa por la deslealtad de su hija—. Y vos ni siquiera querés bajar. Además, no se va a ver nada. —Y la mujer fue a buscar unos diarios y unas sobras de la heladera.

Un par de minutos más tarde tenía la bolsa lista. Raquel la levantó, llena de aprensión, y la mantuvo separada de su cuerpo. Pesaba bastante más que una bolsa común de basura y se figuró que despertaría sospechas en el recolector. Tal vez incluso la curiosidad lo llevase a abrir la bolsa, deseoso de encontrar un resto humano que le diese un pequeño momento de gloria. Antes de salir del departamento miró por la mirilla con el objeto de evitar en lo posible el cruce con algún vecino. Salió y llamó al ascensor. No sólo mantenía la bolsa bien alejada de su cuerpo, sentía también que su mano se estaba infectando y que necesitaría, a su regreso, un buen lavado. Mientras bajaba no pudo dejar de pensar que hacía un rato había subido en ese mismo ascensor con el cachorrito entre los brazos, contenta en parte y previendo que tendrían un perro en la casa por varios años. Se resistía a mirar la bolsa, pese a que cada vez le pesaba más y este hecho ya no solamente la disgustaba sino que le hacía pensar —no obstante ser imposible— que algo raro estaba pasando. Nunca había escuchado que un cadáver, por mucho que se pusiese rígido, cobrase peso, y ese animal no podía ser la excepción, pero su brazo ya se sentía agobiado por la bolsa. No veía el momento de tirarla en el canasto y de subir lo más pronto posible, desentendiéndose por completo de ese cadáver, del que —según se figuraba— ya jamás hablaría.

Capítulo VI

La conversación entre Sofía y la profesora de matemática, de la que Azul fue testigo ocular, ocurrió un día miércoles. Exactamente una semana más tarde Sebastián le informó que la profesora de matemática había pedido licencia. La dirección había llamado ya a un suplente, de modo que la licencia no sería breve. Sebastián ignoraba las razones del pedido y se había mostrado extrañado ya que, según él, siempre trascendían las causas de una licencia. Habían tenido matemáticas el lunes y la profesora no había dicho nada en absoluto. Para las clases del jueves y el viernes se suponía que ya se haría cargo el nuevo profesor.

Esta novedad los excitó; Azul consideraba que no podía ser casualidad este pedido de licencia sino que debía estar vinculado a su encuentro con Sofía. Ella insistió con su teoría: Sofía y Victoria la tenían amenazada y, sin poderlo resistir por más tiempo, la profesora había pedido licencia para escapar de esa situación. Sebastián no creía que esto fuera probable y se inclinaba por una apreciación opuesta: era la profesora la que ejercía el dominio sobre las chicas, dado que, quizás, era ella la que "administraba institucionalmente" el piso de arriba; según su opinión, aquella vez la profesora no había leído ninguna amenaza de Sofía y Victoria, por el contrario, había jugado con ellas, pidiéndoles los cuadernos cuando sabía que no habían copiado nada para después pasarlo por alto, recordándoles en alguna medida la situación en la que se encontraban. Para Sebastián, si Sofía y Victoria habían subido, eran ahora rehenes de algún secreto o cosa parecida; la licencia de la profesora no guardaba relación con el encuentro con Sofía, aunque era muy probable que sí

tuviera relación con algo que el colegio quería ocultar, sea lo del piso de arriba o lo que fuere. Esta postura indignaba a Azul enormemente; no podía creer que una persona que se pensaba tan inteligente juzgase que las chicas eran las víctimas en esa historia. Si fueran las víctimas —le planteó casi fuera de control— ellas estarían pidiendo ayuda y se mostrarían mucho más humildes. La soberbia que mostraban era la mejor refutación a su teoría, le aseguraba, enardecida. Pero no convencía a Sebastián, quien afirmaba, poco más o menos, que no siempre las víctimas se muestran humildes, y aun más, casi siempre las víctimas rehuían de su lastimera situación mostrándose orgullosas, favoreciendo incluso a los victimarios y odiando intensamente a aquellos que quisiesen ayudarlas. Sostenía entonces que había que alejarse de las víctimas, a las que por último llamó "los boludos". "Puede que yo sea un boludo" acabó por decir. Y estas vacilaciones, en las que parecía casi tonto, eran aprovechadas por Azul para fustigarlo; llegó a decirle que él debía estar enamorado de Sofía y que se había inmiscuido en el asunto para "rescatarla" y pasar por héroe ante sus ojos. Y cuando se lo decía realmente creía que el gordo podría valerse de caminos tortuosos para llegar a Sofía, utilizándola a ella como peldaño para alcanzar las alturas. De otra manera no se explicaba que las supusiese como víctimas cuando era tan evidente que no estaban en absoluto en una situación de debilidad. ¿Podía ser que Sofía, aun sin saberlo, tuviera también a Sebastián trabajando para ella? Lo pensaba y quería mandar todo al diablo, ya que se percibía en completa soledad, ignorante de todo, enterándose a cuentagotas de cosas harto dudosas que sólo parecían tener por objeto ponerla nerviosa, indignarla, pero nunca lo suficiente como para que hiciese algo. Intuía, de manera difusa, que de alguna forma administraban la información que le llegaba, o lo poco que se les escapaba no alcanzaba a adquirir sentido y tampoco lo habría de adquirir jamás. ¿Para qué buscar entonces si los pedacitos que con suerte podría encontrar no le iban a servir más que para sacarla de quicio? Los pedacitos ínfimos sirven como prueba si *a priori* se cono-

ce el todo y Azul no tenía al respecto siquiera una hipótesis. Tampoco quería reflexionar sobre eso, porque se figuraba que no deduciría gran cosa. Confusamente, deseaba tanto la culpabilidad de Sofía como que volviera a ser su amiga, quería que pagara y, al mismo tiempo, quería perdonarla.

Al día siguiente, el jueves, el suplente de matemática afirmó que la titular había pedido licencia debido a la enfermedad de su marido, que estaba bastante grave. No terminaba de decirlo cuando Sebastián se volvió hacia Azul y levantó las cejas, en un gesto que ella no supo interpretar acabadamente pero al que creyó de descreimiento o de burla. Esta reacción tan rápida la admiró, porque significaba que él inmediatamente colocaba esas palabras dentro de una explicación que desmontaba la patraña que exponía allí el suplente, cuando ella en principio casi hubiera estado dispuesta a creer que el marido de la profesora realmente estaba enfermo. Mientras el profesor daba unos ejercicios, ella arrancó una hoja de cuaderno, dispuesta a armar su propia explicación, acicateada por ese gesto de Sebastián. Y llegó a escribir dos o tres frases al garete, intentando vagamente ordenar los hechos. Sin embargo no tardó en desilusionarse de sí misma al repasar una y otra vez las oraciones, que no decían más que obviedades. Seguramente Sebastián iba a pretender lucirse ante ella en el recreo, entusiasmándose con su propia inteligencia, salivoso y precipitado. Dijera lo que fuere ella no estaba dispuesta a creerle y le iba a decir bien claro que la solución no estaba dentro de su cabeza como él pensaba, sino que había que entrar al entramado que existía dentro del colegio y, como Sofía y Victoria, debían subir al piso de arriba. No había otro camino. No se podía penetrar en esa coraza de secretos con palabras; había que forzarlos a que los tuviesen en cuenta. Azul quería estar junto a Sofía y Victoria, estar por sobre los demás dentro de esa esfera de la cual emanaban todas esas mentiras torpes y descaradas y potentes.

El nuevo profesor de matemática se había internado por el pasillo que llegaba hasta el banco de Azul. Caminaba con cierto bamboleo de patizambo, inclinándose

hacia uno y otro costado. Tenía un cuerpo atlético, ancho, tanto como un lanzador de disco, y daba toda la impresión de ser, como profesor de matemática, un impostor. Había escrito unos ejercicios en el pizarrón, copiándolos de un papel, y les había ordenado que los resolvieran. Hasta el momento no habían tenido la más mínima prueba de que supiese matemáticas. Se detuvo al lado del banco de Sofía. Ahí cayó en la cuenta Azul de que su ex amiga no sólo debía saber las causas de la licencia de la profesora, también sabía de seguro quién era este grandote que se hacía pasar por profesor de matemática. La observó muy atentamente, intentando descubrir alguna mirada cómplice entre ella y el atleta. Él parecía vigilar, con una mirada general, que estuviesen trabajando en los ejercicios, aunque en un momento dado se inclinó sobre Sofía, de manera que podía pensarse que observaba su cuaderno. Azul se puso en tensión y se estiró cuanto pudo para ver mejor. No lo juraría, pero creyó advertir que Sofía decía algo, e inmediatamente el suplente se incorporó. De nuevo caminó por el pasillo; avanzó un par de metros y se detuvo al lado de Azul. ¡Sofía se lo había enviado! Inmediatamente se volcó hacia adelante, para cubrir el cuaderno e impedir que viese que no había siquiera empezado con un ejercicio. La sangre le subió a la cara, y más aún cuando se dio cuenta de que había llamado la atención del suplente, quien parecía querer ver su cuaderno. A su lado, Lumidla miraba alternativamente al atleta y a ella y, sin demasiados remilgos, le dio un pequeño codazo. Azul apretaba con fuerza la birome y, mirando de soslayo el primer ejercicio, quiso concentrarse en él. Pero no pudo. Hervía de bronca contra Sofía. Barruntaba que este atleta era su monigote, y aun más, que había sido ella la que había decidido el cambio. Desordenadamente se amontonaban en su cabeza las consecuencias que podría sufrir, desde el aplazo en matemática hasta ser asesinada por el hombrón si pretendía subir al piso de arriba. Él se había instalado al lado de ella y no parecía querer moverse de allí. No miraba ya su cuaderno pero era evidente para Azul que la estaba amenazando. Por alguna razón consideraba ahora que la profesora

de matemática era una víctima más del entramado que existía en el colegio; si había participado de él y fue uno de los cómplices, había de seguro caído en desgracia. Se acordó de la nota que le había escrito, ¿qué había sido de ella? Quería hablar con Sebastián. Tenían que contactar a la profesora antes de subir al otro piso.

El suplente se alejó un par de pasos y Azul empezaba a respirar aliviada cuando Lumidla lo llamó.

—Profesor —dijo con voz ligeramente aduladora.

Azul se echó sobre su cuaderno, indignada contra su amiga. El suplente se inclinó sobre Lumidla, pasando por encima de Azul, quien, pasmada, escuchó las dos o tres tonterías que preguntó su amiga. Él respondió sólo la primera, con un sí dudoso y desvaído, y frente a las otras se levantó de hombros, como si se tratase de una prueba y él estuviera impedido de contestar. Azul lo observaba de reojo y pudo ver la mirada despreciativa y burlona que le echó encima antes de incorporarse.

—Gracias —le dijo Lumidla con voz engolada, a pesar de lo poco que había obtenido.

Azul estaba convencida de que la mirada del suplente revelaba a las claras que ya la conocía y que había oído hablar de ella.

—¡Idiota! —le susurró a su amiga cuando se hubo alejado—. No lo traigas más para acá, ¿me oís?

—Está divino.

—No seas tonta. Es un matón, que lo pusieron acá por algo. ¿No te das cuenta?

Por unos segundos, Lumidla no contestó.

—¿Para vos, no es profesor de matemática?

—No. ¿No ves que no te contestó? Y no explica nada. Da los ejercicios y se pone a pasear.

—Pero no lo pueden poner si no fuera profesor.

—En este colegio pueden hacer cualquier cosa.

—Y mejor si no es profesor. Nos va a aprobar a todos.

—No seas idiota. A vos, a mí y a Sebastián nos va a reventar.

—El tipo está bárbaro.

—¡Sin hablar! —tronó el suplente a sus espaldas.

Azul hundió la cabeza entre los hombros y se llevó la birome a la boca. Avizoraba para sí un futuro de persecuciones, de injusticias. No eran las únicas que estaban hablando, ya que algún murmullo se escuchaba aquí y allá, pero les había gritado a ellas. Levantó algo la vista y descubrió que Sofía y Victoria hablaban entre sí. Victoria se sonreía. Azul se incorporó y miró hacia el profesor en una actitud casi de reclamo, a la que sólo le faltó que señalase hacia las chicas. Sabía que cualquier cosa que dijera la perjudicaría, pero tanto se pensaba en su derecho que igual quería poner en evidencia la injusticia de que era objeto. Y logró que el profesor, advirtiendo que era requerido, se acercase hasta ella. Azul se puso nerviosa y, después de unos segundos, atinó a preguntar una pavada acerca del primer ejercicio. El suplente le sonrió amplia, casi bondadosamente y, sin responder, se alejó. Azul lo miró, algo perpleja, mientras él caminaba hacia el escritorio, bamboleando las anchas espaldas con cierta parsimonia. Y la recia nuca del atleta, desnuda en parte ya que tenía el pelo cortado al rape, llamó su atención; estaba casi segura de haberla visto en otro lado.

Dos días más tarde, Azul se encontraba con Sebastián en el hall, frente al laboratorio de física. Era el mediodía y el turno mañana se estaba ya retirando del colegio, aunque todavía quedaban muchos alumnos en los corredores. Azul y Sebastián se habían refugiado en un ángulo, ocultos en parte por un viejo armario abandonado contra una pared, de modo que no podían ser vistos por quienes estaban en el corredor. Sólo quien se dirigiese al laboratorio o al piso de arriba podría descubrirlos. Ellos se habían ubicado en ese lugar con la intención de simular una conversación hasta que ya no se escuchasen más ruidos en el colegio, aunque en verdad habían empezado a discutir. Sebastián, a instancias de Azul, había conseguido unas ganzúas con el objeto de subir por fin al piso de arriba. Pero, allí en el hall, otra idea había cruzado por la cabeza de Azul: forzar la cerradura del viejo armario, que Sebastián se metiese ahí y espiara por una

rajadura durante toda la tarde —y hasta había insinuado que se quedase en el armario hasta el día siguiente— para descubrir si alguien iba al piso de arriba o volvía de él. Sebastián se negaba. Argüía que probablemente no entrara en ese armario, que de seguro tenía estantes que no permitían meterse, y que, aun cuando cupiera no estaba dispuesto a estarse horas encerrado en la oscuridad estrecha de ese armario cuando él era casi un claustrofóbico y un viaje de más de quince pisos en ascensor lo ponía nervioso. A pesar de que siempre se había negado, ahora quería forzar la cerradura de la puerta por la que se llegaba al piso superior y dirigirse directamente al nudo del misterio. Azul, en cambio, tenía miedo. Lo del armario se le había ocurrido en ese momento y despertaba su entusiasmo. Era, según decía, un paso intermedio que tenían que dar; incluso, si pescaban a alguien bajando o subiendo, tendrían algo entre manos como para chantajearlo y que les contase la verdad. Pensar que se abriría aquella pesada puerta de la escalera y que no le quedaría más remedio que entrar al piso abandonado le provocaba un creciente temor. Escuchaba los gritos que todavía atravesaban el colegio con cierta frecuencia y sentía un cosquilleo en la nuca.

El armario, que tenía aspecto de abandonado, estaba cerrado con un candado pequeño y muy oxidado.

—Y tal vez haya algo ahí adentro —y señaló el candado—. Por algo está cerrado.

—No van a dejar algo importante acá, al alcance de cualquiera. Está cerrado porque quedó así y debe haberse perdido la llave.

—Ya que tenés las ganzúas, abrilo. No se pierde nada.

—Apenas si practiqué. ¿Te pensás que salgo todos los días a robar por ahí? Capaz que estoy media hora, y todo para nada —aunque, contradiciendo sus palabras, Sebastián se acercó al armario y dio un tirón del candado, como si sospechase que estaba podrido. Sólo logró sacudir el armario.

—Vamos a esperar a que se vayan todos —sugirió—. Pero este armario debe ser de ahí —y señaló el laborato-

rio de física—. Alguna vez lo sacaron por algo y acá quedó. Como el laboratorio está abandonado, ni se molestaron en volver a entrarlo.

Azul quiso espiar hacia el interior por la fina rajadura de una de las puertas, pero no llegó a divisar nada.

—¿Qué querés encontrar ahí adentro?

—¿Y si acá dentro tienen un escondrijo en donde guardan la otra llave? —y Azul señaló hacia la escalera que subía.

—¿Y qué sentido tendría guardarla acá? ¿Qué ganan? Tienen que venir con la llave de este candado, abrir, sacar la otra llave, ¿para qué?

Azul no contestó.

—Y además, ¿qué... —continuaba Sebastián, cuando se escucharon unos golpes en el corredor y Azul le hizo un ademán desesperado para que se callara. Parecía que pateaban una caja de cartón cerca de donde ellos estaban. Azul se acercó a la pared, al ángulo en el que quedaba más a cubierto. Los golpes continuaron hasta que se escuchó caer la caja por las escaleras.

—¿Lumidla no trajo hoy una caja? —le preguntó Sebastián.

—Sí, pero una caja chica, en donde trajo la maqueta. No creo que...

—¿Sabe que estamos acá?

Azul se demoró en contestar.

—Sí, sabe, aunque... —y Azul se dirigió hacia el corredor. No se veía a nadie. Aparentemente, el que pateaba la caja había sido el último en irse. Azul volvió sobre sus pasos.

—Ya no hay nadie. Abrilo.

Sebastián sacó las ganzúas, aunque antes de actuar observó con mucho detenimiento el candado. Por fin eligió una y empezó.

Y luego intentó con otra, y otra, y... Poco más de diez minutos más tarde desistía.

—¿No podés abrir ese candadito? —le reprochó Azul.

—No. Y el tamaño no tiene nada que ver. Es tan viejo que el mecanismo se debe haber soldado con herrumbre. Tal vez no se pueda abrir ni con la llave.

—Hay que darle un golpe.

—Sí. Pero acá no tengo nada con que pegarle. Y... ¡¿para qué queremos abrir este armario de mierda?! Vamos arriba.

Azul dudó.

De nuevo se escucharon los golpes a la caja, esta vez más débiles, posiblemente provenientes del corredor del piso de abajo.

—¿Otra vez? —y Sebastián salió al corredor y allí se detuvo. No se animaba a bajar. Se asomaba a las escaleras cuando los golpes cesaron. Y se quedó escuchando un ratito, desconfiando, intentando oír los pasos de quien había golpeado la caja. Le llamaba la atención que quien hacía tanto ruido con la caja después se molestase en silenciar sus pasos. No sabía qué pensar, aunque se inclinaba a creer que esas patadas en la caja eran un mensaje para ellos. Volvió al hall en donde lo esperaba Azul, quien se había quedado con las ganzúas y estaba intentando forzar el candadito del armario.

—Es increíble que no se pueda abrir —porfiaba Azul.

—Te aviso una cosa.

—¿Qué?

—El policía revisa el colegio piso por piso cuando termina el turno mañana. Así que... O subimos o nos vamos.

Azul continuó con lo suyo y no pareció registrar las palabras de Sebastián.

—Nena —Sebastián le tiró del cuello de la polera y la forzó a que girase hacia él—. ¿No escuchaste?

—Sí. Y... Vamos —le dijo.

Se dirigieron con premura hacia la escalera, aunque conforme ascendían los peldaños aminoraban el paso y se esforzaban por ser cada vez más sigilosos. Doblaron el codo y, ya casi en la total oscuridad, tantearon la puerta. Él se ubicó del lado de la cerradura y tomó las ganzúas. Azul estaba un escalón más abajo y a un costado de Sebastián. Casi acariciaba la rugosidad de la puerta, muerta de miedo pero a la vez próxima a la esperanza. Era la puerta que conducía a ese piso de arriba del cual Sofía

volvió hecha otra persona. Cabía esperar lo peor y lo mejor.

—¡Ay! ¡Qué boludo! Me corté —musitó Sebastián.

—Ssh —Azul le pegó apenas con el codo—. Escuchá.

Sebastián se quedó quieto y ambos pudieron oír ruidos quedos y lejanos, que bien podían corresponder, de nuevo, a las patadas en la caja, aunque no podían estar seguros. Se quedaron escuchando. Los ruidos se fueron acercando, hasta que ya no tuvieron dudas de que se trataba del que pateaba la caja, si bien no se escuchaba como en las anteriores oportunidades. Parecía ahora que la caja rodaba más, como si ya no le pegaran tan secamente.

—Es un loco —murmuró Azul.

—O nos está amenazando. Escuchá —y Sebastián bajó un escalón—. Viene para acá.

Azul cayó en la cuenta de que allí no tendrían escapatoria.

—Bajemos —propuso, y había bajado dos escalones cuando Sebastián la tomó del brazo.

—¡No! Es peor. Tal vez sea el policía que hace la ronda pateando una caja.

—Debe estar mal de la cabeza, porque ir pateando una caja; y mientras sube y baja las escaleras.

—Lo debe hacer para distraerse, para no aburrirse; encontró una caja por ahí y se puso a patearla y...

Se escucharon, cada vez más cerca, unas terribles patadas a la caja. Azul estaba con los nervios de punta.

—Se puso a patear penales —dijo Sebastián, violento pero casi tentado.

—Yo me voy —Azul bajó otros dos escalones y cuando Sebastián la agarró de atrás, giró hacia él con furia—. ¡Nos va a atrapar acá!

—Si salís nos va a ver.

El que pateaba la caja ahora trotaba, y se escuchó, cerca, un tremendo patadón. Los pasos se dirigieron hacia la ancha escalera que bajaba al final del corredor. Y luego la caja bajaba a los tumbos los escalones.

Después de un lapso en el que se estuvieron inmóviles, Sebastián y Azul subieron para volver junto a la puerta.

—Vayámonos —dijo Azul de repente, con una voz plena y casi autoritaria, dejando de lado el murmullo con que habían hablado los dos hasta el momento. Y, como si fuera una respuesta a sus palabras, se escuchó un golpecito detrás de la puerta y un par de pasos o cosa parecida, porque ni Sebastián ni Azul se quedaron para averiguarlo. Espantados, salieron disparados, ansiosos de alcanzar la vereda del colegio. Pese a sus kilos, Sebastián tomó la delantera. Corrían como locos y apenas si repararon en la caja de cartón que estaba tirada en el corredor del primer piso, no muy lejos de las escaleras. Cuando llegaron a la planta baja se detuvieron, temerosos de ser descubiertos por el policía o por alguna autoridad del colegio que todavía anduviese por ahí. Sebastián volteó la cabeza. No se veía a nadie, pero esto no lo tranquilizó en absoluto ya que los ruidos tras la puerta habían sonado para él como algo sobrenatural y el hecho de que nadie los persiguiera no disminuía su zozobra. El policía no estaba en la garita del patio, por lo que retomaron la carrera, aunque ahora algo más sosegada. Cuando llegaron al hall de entrada del colegio volvieron a detenerse. Sebastián estaba a punto de desfallecer; se tomó del brazo de Azul y quiso hablar, mas no pudo. Respiraba produciendo un sordo ronquido. El colegio parecía desierto, no obstante ellos sabían que, en la vereda, a un costado de la puerta, debía estar el otro policía. En atención a esto aguardaban a recuperarse para salir, con la idea de abandonar el colegio bien compuestos y como si nada hubiera ocurrido.

Luego de un par de minutos, salieron. Si bien iban juntos caminaban a cierta distancia, de tal forma que el conjunto que formaban era más bien ambiguo y bien podían llegar a negarse el uno al otro. Bajaron los cuatro o cinco escalones que terminaban en la vereda y, detectando al policía a la izquierda, torcieron hacia la derecha.

—¡Ey! ¡¿De dónde vienen ustedes?!

Azul y Sebastián giraron y vieron que el policía venía hacia ellos. Echaron a correr. Azul escuchó los pasos del policía, que iniciaba la carrera, aunque enseguida se acallaron. Siguió corriendo y, cuando llegaron a la esquina, se volvió a mirar. El hombre se había detenido. De

cualquier manera no sintió un gran alivio. Estaba segura de que el policía podía reconocerlos y que, de forma subalterna, formaba parte del entramado oscuro que se había tejido en el colegio y que probablemente lo gobernaba. Casi estaba convencida de que no volvería nunca más a ese colegio.

Raquel se sentó en la cama y el toallón se abrió, dejando al descubierto sus piernas. Iba a ponerse crema pero algo la incomodaba y se quedó inmóvil y pensativa. El volumen de la televisión estaba más alto que de costumbre y llegaban claramente a su pieza los gritos y las risas. Aunque no era esto lo que le molestaba, o al menos no era esto únicamente. Cuando había abierto la puerta del baño le había parecido descubrir que su madre y Azul cuchicheaban entre ellas. Raquel vio que Azul se echaba a reír con esa risa contenida y aviesa del que oculta un secreto que supone el ridículo de una persona. No había reparado mayormente en estos hechos en aquel instante, pero ahora que se sentaba en la cama cobraban otra entidad. Creyó que, por fuerza, ella debía ser la causa de esos secretos y de esas risas. El volumen de la televisión tapaba lo que decían y planeaban, porque, casi de inmediato, cruzó por su cabeza la idea de que hacían planes para cuando ella quedase ciega. Y si le pareció tan evidente que estaban haciendo planes al respecto fue porque debía tenerse por algo natural, lógico, que se preparasen para esa contingencia. Sin embargo, la risa de Azul la intrigaba mucho. ¿Qué le estarían preparando? ¿Querrían internarla en algún lado? Suponía que no, pero... Raquel se sentía entregada en gran medida a lo que ellas decidiesen, sencillamente porque no tendría más remedio. Su esperanza, si es que así puede llamarse, recaía en Azul. Debía aprovechar el tiempo que le quedase de visión para congraciarse con ella todo lo posible, satisfaciendo sus caprichos, dejando que persistieran sus soretes en el inodoro el tiempo que sea necesario, o lo que fuere que le ganase su favor. Nunca se negaba a lo que Azul deseaba, pero lo hacía con cierta displicencia o

poniendo algún límite; en adelante, en cambio, debía poner especial atención en el asunto, aun a costa de tener que sentarse dos o tres horas por día a ver televisión. Y Raquel se quedó cavilando acerca de la conveniencia de incorporarse a ellas frente a la pantalla. ¿Cómo sería recibida? Más bien se inclinaba a creer que la verían como a una intrusa y que su presencia las incomodaría en sumo grado. De seguro que en un comienzo su madre y Azul se sentirían desconcertadas, pero no tardarían en adivinar sus intenciones, y en este caso probablemente habrían de combatir su presencia porque allí sólo se admitía la lealtad a la TV, y nada más. La mirarían como a un quiste extraño, de la misma manera que, en medio de una fervorosa hinchada de fútbol, a un hombre cuya presencia allí tuviese por objeto remontar un barrilete cualquiera. Aunque no dio por desechada la idea ya que pensó en la posibilidad de un paso previo: averiguar algunas menudencias de los programas que ellas veían y empezar a comentarlas en la mesa. Estos comentarios, si los iniciaba como cosa aislada y luego los hacía crecientes, le darían pie para luego sentarse delante del televisor y que realmente la considerasen interesada.

Raquel tomó el frasco de crema y se dio a untarse las piernas. Notó que en una de ellas empezaba a insinuarse, apenas, una várice. Siguió esa vena con la uña de su índice, raspando un poco la piel tal si se tratase de una mancha. Si iba a dedicarse a la prostitución la decadencia física iría a convertirse en un problema. Hacía tiempo, desde que dejó de verse con Diego, que no hacía el amor. Y tampoco tenía demasiadas perspectivas inmediatas de hacerlo. Se masajeaba las piernas vigorosamente con el vago objetivo de favorecer la circulación sanguínea. Se masajeó, más suavemente, cerca de la vagina y sintió una suerte de nostalgia. Por fin una mano quedó allí, jugueteando la punta de los dedos con los pelitos que rodean la vulva. Sentía un cosquilleo placentero pero que no llegaba a ocupar toda su atención; se figuraba que no le sería fácil encontrar un hombre con el cual acostarse y que quizá no lo hallara hasta que tuviese su primer cliente. Separó los labios de la vulva con el dedo índice y lo de-

moró un rato ahí, apenas hundido entre los labios, explorando dubitativamente. Casi no se reconocía, o mejor dicho, ni el dedo ni la vulva se reconocían mutuamente. Levantó el dedo y lo miró; le pareció desvaído y sin fuerza. Volvió a tomar la crema y se siguió untando.

De repente, el sonido de la televisión cesó totalmente y le siguió un silencio llamativo, inexplicable. Raquel miró hacia la bombita de su pieza. No se trataba de un corte de luz y a esa hora jamás se apagaba la televisión en la casa. Sintió un vago temor y se puso de pie. Aunque, contradiciendo su primer impulso de salir a averiguar qué pasaba, cerró la puerta de la habitación. No quería hacerse cargo de ningún problema que hubiera en la casa, y menos todavía si se relacionaba con el televisor. Hacía meses que la imagen daba vueltas y vueltas, y ahora, de seguro, se había descompuesto por completo y no habría más remedio que llevarlo a arreglar. Le llamaba la atención no haber oído las maldiciones de su madre; era difícil creer que tomara con tranquilidad algo así. Era el peor momento para enfrentar un gasto extra, cuando todavía su madre no había vuelto a cobrar la pensión. Debía estar furiosa, y era muy probable que no tardase en venir junto con Azul a golpearle la puerta para que hiciese algo. Y ella no quería salir, no quería hacerse cargo del problema, ni aun cuando —y pensó en esto por unos segundos— tuviera una mínima posibilidad de hacer algo y luego tener la excusa para quedarse a ver televisión con ellas. Terminó de encremarse y, parada arriba de la cama, se puso a buscar una bombacha en los estantes. Pero antes de encontrar una limpia dio con el estetoscopio que había comprado cuando estudiaba medicina y tuvo una idea. Lo tomó y se acercó a la puerta. Se colocó los auriculares y apoyó el estetoscopio en la puerta con la intención de ponerse al tanto de lo que ocurría afuera sin tener que abrirla. No escuchó primero más que silencio, lo que la hizo desconfiar de la bondad de su método, aunque no tardó en oírse el arrastrar de una silla. Luego se escuchó la voz de Azul, una voz quejosa y contenida —o tal vez esto imaginó Raquel—, si bien no pudo distinguir qué decía. Y a continuación una voz masculina que

no pudo reconocer, y que despertó en ella una intensa curiosidad. Una voz masculina era algo inusitado en esa casa, excepto que... ¡Diego! Debía ser él, no había muchas más posibilidades. Sin embargo, de inmediato surgieron en ella varios reparos a esta idea. Por empezar, no apagarían la televisión a causa de la presencia de Diego y, además, difícilmente se pondrían a hablar con él sin avisarle, ni Azul usaría ese tono de queja. Casi por las mismas razones, tampoco podía ser el portero. Escuchó la voz de su madre y alcanzó a oír que usaba la palabra "exagerar", y concluyó Raquel que ella había dicho: "no voy a exagerar". El hombre volvió a hablar, esta vez con voz más potente, haciéndose ostensible para Raquel que no era Diego, aunque no llegó a descifrar sus palabras. Era una voz muy cavernosa y no le recordaba a nadie en particular; quizá alguno de los médicos que veía tenía una voz similar, pero no venía al caso. Imaginó un hombre muy alto, canoso, algo desgarbado, y se figuró que estaría parado a cierta distancia de la mesa y que desde allí dominaba la escena. No podía precisar cuál era el motivo de su presencia, sin embargo Raquel quiso creer que se vinculaba a una suerte de castigo que iba a recibir Azul. Y esta vez, su madre, según parecía, no podía hacer mucho por ella y Azul se quejaba. E incluso su madre no estaría exenta de las recriminaciones de la voz cavernosa.

Por momentos el estetoscopio hacia un ruido sordo y ya casi no se escuchaba nada del exterior; Raquel tenía que mover los dedos y el ruido desaparecía. Su madre habló en tono perentorio, por lo que Raquel dedujo que se había envalentonado y que enfrentaba a la voz cavernosa. "Si lo que usted dice es cierto", dijo su madre en un momento y el resto se le perdió. La voz cavernosa pareció insistir, monocorde e impertérrita, dejando traslucir que el hombre estaba acostumbrado a estas situaciones. De repente, Raquel cayó en la cuenta de que ese hombre debía estar vinculado de alguna forma al pasado de Azul. Alguno de los cabos sueltos irrumpía ahora, después de más de diez años, cuando ya ni su madre ni ella esperaban nada. ¿Quién sería el de la voz cavernosa? ¿Y qué pretendía obtener de Azul? No veía que pudiera sacar de la chica nin-

gún beneficio. Si era un hombre perceptivo lo iba a advertir, pero de cualquier manera decidió que iba a salir de la habitación. Se sacó el estetoscopio y lo tiró en la cama. Rápidamente se puso un vestidito corto de algodón y abrió la puerta muy despacio, como para no ser escuchada. Su madre estaba haciendo referencia a su herida, ahora interna, y se hacía ostensible que lo contaba en relación con otra cosa, con algo anterior. "Claro, claro" repitió el hombre, haciéndose cargo del problema.

—Y cómo me duele —siguió su madre—. No me dan ganas de hacer salidas largas y no voy al supermercado. Está a cinco o seis cuadras. Y...

—Dígame —la interrumpió el hombre con su voz cavernosa—. ¿Tiene lavarropas?

—Sí. Pero no por eso tengo más tiempo para ir al supermercado. Mi hija. No ella. Una más grande, Raquel, quiere ir al supermercado...

—Para el lavarropas, ¿compra jabón líquido o en polvo?

Raquel iba a salir de la cocina y se detuvo. Estaba sorprendida. Esta última pregunta, dicha por esa voz cavernosa, solemne, y a la que ella había atribuido una suerte de dignidad, la descolocó. Por un brevísimo instante cruzó por su cabeza la idea de un fraude, de una actuación que su madre y el hombre llevaban a cabo en razón de que la habían escuchado salir de la pieza. Pero no tardó en abrirse paso la explicación más simple, aunque para Raquel fuera también rara, sospechosa: era un simple encuestador. Toda su cara estaba fruncida, preocupada. Su inquietud mudaba de causa sin disminuir. Intuía que había algo anómalo, como si la realidad se hubiera desplazado. Se figuraba que, o bien había allí un disfraz, o ella no estaba bien de la cabeza. Salió al pasillo con la intención de ver al encuestador.

El hombre iba nombrando una por una distintas marcas de jabón y aguardaba a que su madre le diera una respuesta. Si su madre decía sí, inmediatamente le preguntaba si tenía una imagen muy buena, buena, regular o mala del producto. Era mucho más joven de lo que había supuesto. No llegaría a los treinta años; era rechoncho,

más bien bajo, morocho aunque con una piel muy blanca y ojos celestes, y una barba incipiente, a manchones. Completamente distinto a como lo había imaginado. Le pareció extraño a Raquel que su madre lo hubiera recibido y que incluso contestara sus preguntas con cierto entusiasmo, y más aún si pensaba que había apagado la televisión para atenderlo. La voz cavernosa era, para Raquel, casi un milagro en ese hombre. Porque esa voz no podía estar impostada, a pesar de que contradecía absolutamente la figura rellena, ramplona, del encuestador. Era una voz que parecía vivir en ese cuerpo de manera independiente, como si habitase allí provisionalmente y luego, más adelante, fuera a buscar un destino mejor y más acorde con su dignidad. En un momento dado el encuestador levantó la cabeza y descubrió a Raquel. Ésta no supo qué hacer; se había puesto el vestidito pero se sentía casi desnuda y en falta. El hombre no se decidió tampoco a saludarla y volvió a su encuesta. Raquel no quería irse, esa voz casi la hechizaba. Hubiera querido que su padre tuviera en vida esa voz.

—¿Sigue la encuesta? —preguntó Azul, quejosa, cuando vio que el hombre daba vuelta la página y continuaba con las preguntas.

—Demora un rato —dijo el encuestador.

—Nena, ¿no ves que vamos a llenar unos cupones para ganarnos un televisor?

—No vas a ganar nada.

El encuestador siguió con lo suyo. Raquel retrocedió unos pasos hasta el vano de la puerta de la cocina. Ahí no podía ver ni ser vista, pero escuchaba la voz.

Y con el transcurrir de los minutos fue advirtiendo que la voz no era puro tono sino que su magia estaba también en la dicción y en un cierto ritmo del decir que la hacía cautivante. Era casi intolerable que ese gordito se hubiera apropiado de esa voz o que esa voz lo hubiera elegido a él. En ese cuerpo la voz estaba en cautiverio, denigrada. Y entonces Raquel volvió a concebir esa situación que, suponía, la aguardaba en el futuro: era ciega y prostituta. Y el gordito venía como cliente. Para ella sería sólo la voz y una pija, quizá tan dura como cabía imagi-

nar cuando se lo escuchaba. El gordito hacía su delicia porque ella no permitía que se le echase encima sino que se ponía en cuatro y él venía por atrás, hablando de jabones, o de cualquier cosa, con su voz cavernosa.

—¡No! ¿Va también ese cuadernillo? —Azul, ofuscada, elevaba el tono.

—No son más que diez minutos —afirmó a la defensiva el encuestador.

—¡Mamá! Nos vamos a perder todo el programa. Había dicho que eran unas cuantas preguntas y...

—Eso es verdad. La encuesta es larguísima —concedió ahora la madre de Raquel—. Y además, para qué quiere saber mis ingresos, o si tengo o no tengo auto. ¿Cómo sé que usted no es un ladrón que viene a averiguar cosas? La credencial esa puede ser fraguada. Mire, no tengo ingresos; tenía una pensión y me la quitaron... —y la señora se dio a contar algunos pormenores de los trámites que había iniciado. Raquel se enteró así de dos o tres cosas que ignoraba.

—¡Mamá! —la interrumpió Azul—. ¡Así no va a terminar nunca la encuesta!

—Y bueno. La terminamos acá. No contesto más preguntas —y se escuchó el arrastrar de una silla, por lo que Raquel dedujo que se había puesto de pie.

—Pero no puede dejarme la encuesta por la mitad —en la voz cavernosa latía ahora un dejo de ofuscación, aunque todavía contenida.

—Yo estaba viendo la televisión. Justo cuando vienen los avisos usted toca el timbre, y yo pensé que eran cinco minutos y que no me iba a perder gran cosa. ¡Pero usted sigue y sigue!

Raquel se indignó contra su madre y avanzó tres o cuatro pasos hacia el comedor. El encuestador seguía sentado ante la mesa y, pese a las palabras de su madre, no parecía que tuviera la más mínima intención de moverse de allí. Apoyó uno de los extremos de la lapicera en la mesa y deslizó los dedos longitudinalmente por su cuerpo con la actitud de quien espera que pase el chubasco, como si supiera que la efervescencia de la mujer iría a refluir y todo seguiría su curso.

—Prendo la televisión —dijo Azul. E inmediatamente se escucharon las voces y las risas que emitía el aparato.

El encuestador echó una mirada sobre Raquel mas no pareció registrar su existencia o por lo menos no le dio mayor importancia. Raquel tuvo la impresión de que el gordito captó al instante que ella no podría ayudarlo, y volvió sobre sus papeles. Pero esto justamente la aguijoneó y la impulsó a intervenir. Y avanzó hacia la mesa.

Y vi que el hombre giraba la cabeza hacia mí y sonreía apenas. Dijo algo y arrojó la lapicera sobre los papeles que tenía en la mesa. Y vi que la señora mayor, de larga trenza canosa, hablaba con los ojos agrandados y luego señalaba hacia el hombre, quien levantó los hombros y, con cierta parsimonia, apoyó las manos sobre los papeles. Y por un instante vi el televisor, cuya imagen giraba y giraba, y enseguida una chica que se chupaba el pulgar de una mano. Y la chica dijo algo, sin dejar de mirar hacia adelante y sin sacarse el dedo de la boca.

Y la señora mayor hizo con el brazo un ademán dirigido al gordito, quien de inmediato negó con la cabeza y, suavemente, se echó sobre el respaldar de la silla. La señora hizo un rodeo y se detuvo al lado de la silla del gordito. Hablaba con el mentón echado hacia adelante y en un momento dado señaló los papeles que descansaban sobre la mesa; y se inclinó sobre ellos, como si quisiera tomarlos, pero el hombre se anticipó y con un rápido manotazo se apoderó de los papeles. Los puso sobre su regazo sin soltarlos y los cubrió con el cuerpo.

—¡Hay que llamar a la policía! —casi gritó la madre de Raquel—. No se quiere ir de mi casa.

—Usted no puede secuestrar material de trabajo que pertenece a la empresa. Intenta cometer un delito y, al mismo tiempo, quiere llamar a la policía —la voz del encuestador era potente, implacable. Raquel lo miró y le sonrió. Hubiera querido intervenir a su favor pero había ingresado cuando las cosas estaban en pleno desarrollo y éste prescindía de ella por completo.

—¿Se va a ir de mi casa? ¿Sí o no? Quiero ver la televisión tranquila, ¿entiende?

Y vi que el hombre se puso de pie. Era bajo, sus ojos quedaban por debajo mío. Todavía tenía los papeles en la mano. Los alzó, mostrándoselos a la señora, y acto seguido los rompió en varios pedazos y se los extendió con un gesto helado, de desprecio. La mujer, primero dudosa, los tomó y los dejó arriba del aparador. Y vi que el gordito volvía a sentarse mientras decía algo; se inclinó sobre el portafolios que tenía abierto a su lado y se puso a hurgar en su interior. Finalmente sacó un papel y lo dispuso sobre la mesa, delante de él. Tomó la lapicera y se dio a escribir, llenando los casilleros de un formulario. No levantaba la vista y parecía muy concentrado.

—¿Y cómo es ese televisor que sortean?

—Mejor que ése. Se lo aseguro —dijo, sin levantar la vista del formulario que llenaba.

Y vi que el gordito levantaba la vista y señalaba con autoridad el televisor al tiempo que decía algo. La mujer de la trenza se sentó delante de la TV con aire resignado, el cuerpo blando, tranquilo. Vi que se acariciaba el vientre con las dos manos y que en sus facciones aparecía un atisbo de satisfacción.

Y yo también vi por un rato el televisor, cuya imagen giraba y giraba, aunque por breves instantes volvía hacia el gordito, que seguía escribiendo.

Raquel se había sentado en silencio en una silla algo apartada y había cruzado las piernas. El vestidito que tenía era muy corto y dejaba a la vista gran parte de sus muslos. Se había sentado porque no quería irse en tanto el encuestador estuviese allí, y al mismo tiempo quiso mimetizarse en parte con las otras mujeres. Y entonces se

sentó a ver la televisión mientras el hombre llenaba ese largo formulario. No le prestaba casi atención a lo que, mal que bien, se veía en la pantalla, pero en seguida se sintió una más de la casa, abrigada por la pertenencia a ese grupito femenino que veía la televisión y que se conformaba como tal frente a (y para) los ojos del encuestador, que era el ente ajeno que requería la conformación de esa unidad. Raquel se sintió a gusto allí, cohesionada por primera vez a su madre y a Azul delante del televisor, a la expectativa de que el encuestador hablara y la abrigase con su voz cavernosa. Y en relación con esto, Raquel hacía sus planes ya que, aunque la otra encuesta estaba rota, ella se ofrecería para responder una nueva por entero. Lo haría pasar a la cocina y cerraría la puerta para no molestar a Azul y a su madre. E incluso, según especulaba, cuando terminase la encuesta y el gordito se fuese, volvería a sentarse allí junto a ellas como para darle continuidad a su presencia y que se acostumbrasen a que ella era una más. Aprovecharía así de manera acabada esta oportunidad que se le presentaba gracias al encuestador. Ahora su atención se ocupaba en buena medida del gordito, pero cuando se fuera quizá realmente disfrutase del programa televisivo. Veía que la gente que estaba en el estudio del canal parecía pasar el rato maravillosamente bien, de modo que tal vez sólo fuera cuestión de prestar atención y dejarse llevar por la alegría que se veía en la pantalla, porque ¿podía haber un divorcio tan grande entre ella y esas personas que se reían mientras las cámaras las enfocaban?

También había que contar con que los giros de la pantalla eran harto molestos, y se sintió culpable por no haber hecho nada para que Azul viese la televisión como se debe. Se impuso la obligación de hacer arreglar el aparato apenas cobrase el próximo mes, aunque le llevara una porción importante de lo que ganaba.

Y vi que el gordito se puso de pie y cerró la lapicera, indicando el fin de algo. Acomodó el formulario sobre la mesa y guardó la lapicera en el interior del saco. Se agachó y tomó

el portafolios y lo apoyó sobre la mesa. Vi que sonreía en tanto decía algo que no provocaba casi reacción ni en la chica ni en la señora de la trenza canosa. Y vi que tomaba el formulario que había llenado y lo blandía delante de sí mientras hablaba y en sus facciones se dibujaba una ingenua felicidad. Y por unos instantes sus palabras no tuvieron ninguna consecuencia visible. Pero después vi que la chica se echaba a reír, y que enseguida la señora de la trenza hacía otro tanto.

Y por un momento vi que las risas iban en aumento, sobre todo en la chica, que llegó a desternillarse y a golpear la mesa. Y vi que la cara del gordito iba adquiriendo cada vez mayor adustez, hasta ponerse macilenta y casi desencajada. Dijo algo, seguramente con rabia. Y vi que la chica estallaba en una risa todavía más fuerte y que sus ojos ya casi lloraban. Y vi que la señora, riéndose, se doblaba sobre sí y se tomaba el vientre. Y después vi que el gordito, furioso, metía el formulario en el portafolios, estrujándolo. Y vi que tomaba el portafolios y se dirigía hacia una puerta. Y yo fui tras él. Y vi que se volvía hacia mí y negaba con la cabeza y luego vi que señalaba hacia el comedor y hacía una violenta afirmación. Y vi que una mano se extendía hacia él como si quisiese retenerlo pero el gordito ya había girado, y de inmediato abrió la puerta y desapareció tras ella.

Raquel dudó. Finalmente se decidió y abrió la puerta. El encuestador bajaba las escaleras. Se escuchaban sus pasos apurados al menos un piso abajo. Parecía escapar. Raquel pensó en el gordito como si fuese una suerte de primer cliente. Cerró la puerta y pasó la llave. Todavía se escuchaban las risas, sobre todo la de Azul, que era aguda e irregular. Había quedado si se quiere entre medio de dos fuegos. Y ahora no sabía qué actitud tomar. La risa de Azul hacía nacer en ella sentimientos encontrados, en gran medida porque extrañaba esa voz cavernosa o, siquiera, la posibilidad de escucharla. Regresó al comedor y se encontró con que la silla en la que ella estuvo sentada había sido arrimada a la mesa. Le sorprendió que en medio de sus risas se hubieran tomado la molestia de darle ese mensaje, del cual Raquel tomó debida nota y

pasó de largo rumbo a su habitación. Cuando pasaba vio que Azul la señalaba en medio de sus risas, como si ella participase del ridículo en que había caído el encuestador. Se figuró que había hecho ostensible la fascinación a la que había sido arrastrada por esa voz. Tal vez, consideró, había actuado con demasiado descaro. Y aquí se detuvo, inquieta, imaginando la posibilidad de que su futuro de prostituta existiera ya de alguna forma y de que ella estuviera por lo tanto completamente impregnada de ese futuro. Con lo cual todo sería al revés de como se vive y la realidad se construiría desde el futuro hacia el pasado. La prostitución estaba ya allí y nadie se engañaba, sólo que el cliente había huido y se había malogrado la transacción. Esto explicaba el porqué de todo el ridículo y la fuerza de esas risas que existían ahora pero que pertenecían al futuro; quizás pudiera considerarse que ciertos hechos, ciertas circunstancias esencialmente anacrónicas, sirvieran al porvenir de avanzada, y de esta manera ocurrieran el tiempo y el devenir, no porque el pasado empuja sino porque el futuro echa estos ganchos y jala de ellos.

Raquel se había quedado parada junto a su cama, pensativa. Se miraba el vestidito que no usaba ahora sino que usaba en el porvenir; así, como estaba en ese momento, sin bombacha ni corpiño y con los mismos pensamientos en la cabeza, con ese mismo presente aunque fuera el futuro, esperando, como siempre, lo que ya existía. Raquel echó una mirada en derredor suyo. Se sentía oprimida, casi asfixiada por la presunción de que nada cambiaba esencialmente; esas paredes, el departamento todo, ella misma, permanecían inalterados, sostenidos por la ilusión de que fluían hacia el porvenir cuando no había más que pasado, para atrás y para adelante; el porvenir, un pasado constructor que había puesto en ella, desde siempre, la idea de la prostitución, y desde el cual surgían esas risas que existían independientemente de sus portadores, porque, tal como ella lo advertía, Azul no era responsable de esa risa sino que ésta existía por sí misma, quizás a causa de que había en el mundo seres como ella. Una risa así podía ser la música de fondo de

una existencia, aunque sólo se escuchara una vez en la vida. Y el escucharla se podía convertir en una revelación absoluta, que no necesitase de ninguna palabra y que por lo tanto tampoco pudiese ser rebatida de ninguna forma.

Raquel se había sentado en el borde de la cama. Y de repente se dio cuenta de que se escuchaban otras voces, además de las del televisor. Era su madre y... ¡la voz del encuestador! ¡¿Era posible?! No lo parecía, pero... Salió de su pieza a la cocina y escuchó claramente la voz cavernosa, inconfundible. No lo podía creer, todavía dudaba, sospechándose víctima de una fantasía. Pero se acercó a la puerta de la cocina, y ya no tuvo dudas acerca de lo que oía. ¡Había regresado! Seguramente por ella. Era la irrupción del azar, la caída del futuro. No prestaba atención a lo que decían esas voces. Se dejó llevar por una violenta felicidad al advertir que un golpe de suerte podía acabar con esa risa y que, al fin de cuentas, se le podía hacer un corte de mangas a esa vida que se labraba desde el porvenir. Estaba alterada, emocionada. Lo inexorable caía con pasmosa facilidad y todo el sentido de la vida que fluye desde el pasado hacia el futuro se reconstruía. La voz cavernosa decía algo que no llegó a registrar. Tenía deseos de ser ahora ella la que riera desvergonzadamente, de tomarse una gran revancha. Y con este ánimo salió al comedor.

Capítulo VII

Sebastián vio que el hombrecito del semáforo titilaba y echó a correr con el objetivo de alcanzar la vereda opuesta de la avenida antes de que los autos arrancasen. Su carrera, al principio algo desganada, tuvo que trocarse en enérgica, para dar finalmente un salto casi desesperado con el fin de evitar que el último de los autos lo atropellara al iniciar con violencia la marcha. Por un instante ínfimo aunque absolutamente vívido, estuvo seguro de que el auto lo golpearía en las nalgas. Y sintió un roce y una suerte de vientito, pero, casi para su sorpresa, aterrizó en la vereda. Y fue él el que atropelló con su humanidad a una mujer que esperaba para cruzar y la tiró al piso. La mujer cayó de espaldas al tiempo que gritaba, y de sus manos escapó una carpeta que desparramó unas hojas por la vereda. Sebastián se incorporó y su primer impulso fue ayudar a la mujer, una treintañera de pelo encrespado, sin embargo algo notó en su rostro que lo hizo dudar, y cuando vio las hojas tiradas en la vereda se decidió y escapó al trotecito por la calle que cruzaba la avenida. No había hecho treinta metros cuando, asustado por la posibilidad de haberlo perdido, metió la mano en el bolsillo del pantalón en busca del billete que allí había guardado. Sintió un gran alivio al palpar su tenue corporeidad. Era un billete viejo y parecía pronto a deshacerse, no obstante creía que en él estaba su salvación.

Había pasado la mitad de la cuadra cuando volvió a andar al paso, respirando todavía agitadamente. En los últimos días, por una razón o por otra, había tenido que correr más que durante un año entero. No quería volverse para mirar, seguro de que si miraba alguien lo llamaría para que se hiciese cargo del entuerto de la mujer. La

culpa, al fin de cuentas, era del automovilista que había arrancado con la intención de pegarle un topetazo, quizá tentado por sus gordas nalgas, que venían a toda marcha. Estaba harto de urgencias, de carreras; no sólo su naturaleza era contraria a ellas, sino que las sentía como una ofensa, un recurso indigno que mostraba a las claras los yerros que había cometido en los últimos tiempos. ¿Por qué fallaba? La realidad parecía indómita y surgían hechos imprevistos que lo descolocaban. Como en una compleja posición del ajedrez, surgía una pieza un tanto oscura y en apariencia inofensiva que, impertérrita y maciza, se adueñaba de una casilla, y con su presencia arruinaba una larguísima serie de cálculos de los cuales cualquiera hubiera podido sentirse orgulloso. Claro que, ahí estaba la pieza en la casilla, imposible y real al mismo tiempo, demostrando que no se había sido lo suficientemente pesimista en el cálculo de lo peor. Acariciaba el billete y no se sentía del todo bien. Otra vez tenía que caer en el triste recurso de sobornar. Aunque esta vez, se decía, era por estricta necesidad, mientras que en otras oportunidades lo había hecho por impaciencia, compulsivamente, dejándose llevar por ese placer enfermizo de sacar el dinero a relucir. Después de haberlo hecho, no había nada más horrible para él que el imaginarse mientras ofrecía el soborno; la miseria debía aparecer en la sonrisita alegre que de manera inevitable se apoderaba de su boca, en un rictus que, de verse, le daría asco. Porque intuía que en la sonrisita se hacía presente su superioridad humillada, la pantomima de una inteligencia que se sostenía en buena medida con los billetes del padre. No obstante, a medida que se acercaba al colegio se iba apoderando de su ánimo, poco a poco, cierto beneplácito por el poder que encerraba ese billetito que acariciaba. Confiaba absolutamente en que el policía de la puerta lo iba a aceptar y que se callaría la boca. Incluso creía que se excedía en el valor del billete y que por menos el policía cerraba trato. Calculaba que su plantón en la puerta del colegio era un castigo y que el hombre debía salirse de quicio viendo como otros accedían a lugares mucho más lucrativos. Había dudado con respecto a la

cifra que debía considerarse conveniente. Si era poca podía no aceptar el billete y hacerse el ofendido, pero si se excedía también corría el peligro de que el policía olisqueara lo importante que era para él y le exigiese una cifra todavía mayor. De cualquier manera, se había decidido por correr el riesgo del exceso, en atención a que el policía difícilmente imaginase que era posible sacar un provecho aún mayor a un alumno de ese colegio estatal.

Ya no faltaba más que una cuadra para el colegio y la rugosidad del billete lo ponía verdaderamente feliz. Le pasaba lo de siempre: el acto de soborno le daba una inmensa alegría a pesar de que era algo que condenaba. Se veía ya frente a Azul, asegurándole que no debía temer en lo más mínimo a lo que el policía de la puerta pudiera hacer o decir. Haría alarde de otro misterio que para Azul sería casi inexplicable, asombroso, porque ella, como todo el mundo, difícilmente se lo imaginase sobornando. Y en esto residía en buena medida su eficacia como sobornador: nadie se figuraba que ese gordito pondría en escena tan hábilmente un billetito que, rodeado de palabras tiernas, se convertía en protagonista de una travesura apenas maliciosa, un acto esencialmente ingenuo.

Tanta era su confianza que a último momento cruzó por su cabeza la posibilidad de sacar un provecho mayor de su viejo billete, y tal vez comprometer al policía en alguna tarea que los ayudase a llegar al piso de arriba. Apremiado, se detuvo por un instante en esta idea, pero ya tenía sobre sí los ojos inquisidores del policía y se apresuró a descontar los pocos metros que lo separaban de él.

—*Bon giorno* —le dijo, dejándose llevar por la inspiración del momento, la que le atribuyó al policía una probable ascendencia italiana.

El hombre lo miró interrogativamente y no contestó, como si no lo reconociera. Sebastián dudó, sospechando que el policía había olvidado por completo el incidente del día anterior y que lo suyo era un enorme error. Sin embargo, no tuvo más remedio que seguir adelante.

—Yo no tuve nunca mucha suerte. Quiero decir

que... Usted me ve. Yo... Ayer, por primera vez, tuve un poco de suerte y salí con esa chica un poco más tarde. No sé si... —Sebastián tragó saliva y no continuó. Desde las primeras palabras advirtió que algo no iba bien. El hombre lo miraba sin ninguna curiosidad, impasible, seco. Sus facciones cetrinas no sufrían la más leve modificación. Sebastián pensó en una suerte de perro, sin mayor memoria e incapaz de nada que no fuera una acción inmediata. Y se alejó un paso, dispuesto a subir las escaleras.

—Tengo mis órdenes —dijo el policía con voz neutra y cascada, y Sebastián supo enseguida que esas palabras, además de dar cuenta de que recordaba perfectamente lo de ayer, era una evidente puerta hacia el soborno, la que se abría siempre por el lado completamente opuesto, es decir, invocando el deber y la imposibilidad de salirse de él. Era el código que Sebastián ya conocía, y se entusiasmó.

—Es la primera vez que una chica no me saca corriendo —Sebastián emitió una risita—. Estoy tan contento que no me importa ni que me echen del colegio.

El policía se levantó algo la gorra, aunque su rostro seguía impasible.

—Tengo mis órdenes —repitió.

Sebastián hizo un gesto de desagrado. Era ostensible ahora para él que el precio sería alto, ya que el hombre pretendía tener una moral para cotizar su silencio. Su sonrisita, que salía a luz como una forma de convenir con el otro que no había ética ni principios, no surtía efecto.

—Éste es un colegio muy sencillo —dijo Sebastián, repitiendo una frase que había escuchado de su madre en pos de atemperar la ambición del policía—. Pero las chicas... —y volvió a surgir una risita—. ¿Usted la vio? ¿Vio que cuando corría...? —y Sebastián meneó el cuerpo dando a entender como se movían ciertas partes del cuerpo de Azul.

—Mire, muchacho, yo tengo mis órdenes.

Sebastián se inquietó. Por un segundo temió que en realidad fuera insobornable. Bien que enseguida cayó en la cuenta de que estaba dando demasiadas razones por

las cuales ser perdonado y que, con un hombre simple, podía ser malinterpretado. Sacó el billete y disimuladamente lo mostró.

—¿Informó ya a las autoridades del colegio lo de ayer?

El hombre se mantuvo en silencio. Sebastián se rió, nervioso. Finalmente se decidió y, con delicadeza, puso el billete en la mano del policía. El hombre metió las dos manos en los bolsillos del pantalón, se estiró y se echó hacia atrás como si se estuviese desperezando.

—Es por la chica también —le aclaró Sebastián al tiempo que ponía las manos delante de su pecho, en un ademán con el que daba a entender que Azul tenía unas tetas tentadoras.

El policía torció la boca, pero en un gesto que no parecía guardar relación con lo que estaba ocurriendo, porque tampoco lo miraba.

—Entre, joven —dijo el policía, cortante.

Sebastián dudó.

—Acuérdese de que... —empezó el gordito.

—Yo tengo mis órdenes —afirmó el policía, terminante.

Sebastián, consternado, entró al colegio. No sabía cómo interpretar esa última frase. ¿Sería tan cretino de guardarse el billete y de cualquier manera hacer la denuncia? Se daba cuenta de que si esto ocurría él no tendría ninguna forma de defensa y que no le quedaba más remedio que confiar en el honor de quien había hecho con él una suerte de pacto personal. Pero, ¿hubo verdaderamente un pacto con el policía? El hombre se había guardado el billete sin decir palabra ni hacer ningún gesto de complicidad, de modo que no existía nada que en realidad lo comprometiera. Se había guardado un billete que otro puso en su mano, nada más que eso. Sebastián transpiraba y estaba inquieto. Empezó a respirar con dificultad. No le importaba tanto el dinero como el fracaso y la frustración. Le dolía el pensar que un hombre que tal vez no pudiera articular más que unas frases lo tuviese en ascuas y lo haya dominado con el solo recurso de repetir tozudamente unas palabras. Recordaba la escena

con el policía y no lo podía creer. Había sido tan estúpido que ni siquiera se había asegurado de que el policía no hubiera pasado ya el informe de lo ocurrido el día anterior con él y con Azul. Nadie ponía un billete de ese monto a tontas y a locas en la mano de una persona, pero él había caído en la desesperación por la parquedad del policía y ahora éste debía estar riéndose de él, porque estaba seguro de que el hombre, veloz en su imbecilidad, había pergeñado esa estrategia de la frase que se repetía, a la que se había aferrado hasta obtener un triunfo completo. Cada vez respiraba peor y fue hasta el baño. Sin que llegara a precisarse por completo en su discurrir, pesaba sobre él la creencia de que no podía cosechar más que fracasos, uno tras otro, lo que demostraba que no valía ni con mucho lo que él abrigaba en sus sueños. Quizá fuera sólo un gordo ridículo. Y esta presunción lo desasosegó todavía más. El ataque de asma se hacía cada vez más fuerte, y aspiró dos prolongadas aplicaciones de su aerosol.

Respiraba ya con un ronquido creciente, pese a las inhalaciones. Tenía con él la cortisona inyectable, pero estaba demasiado nervioso como para aplicársela. No quería que nadie lo viera en ese estado y se encerró en uno de los cuartitos. Estaba muy asustado, nunca había tenido un ataque tan virulento. Inspiraba con desesperación, pero parecía que no había aire; por unos momentos creyó que algo terrible había sucedido en ese baño y él era la víctima. El encierro ahí lo ponía peor. Vino a su mente el cadáver de su hermanito en el velatorio, metido en el cajón, y entró en pánico. Como si se hubiera activado en su cabeza un circuito eléctrico, sintió lo mismo que si tuviera en el medio del cerebro una pelota de tenis en cuya superficie miles de cablecitos sirvieran de conductores de una corriente que los pusiese en riesgo de quemarlos. Sebastián se tiró en el piso, entre el inodoro y la puerta. Se agarró la cabeza entre los brazos y se apoyó en la pared. Sentía que había llegado a un apogeo insoportable, inhumano. No podía casi respirar. La bola de nervios en su cabeza era algo terrorífico, que nunca había siquiera imaginado que pudiera existir. Estaba seguro de que

no lo separaba de la muerte más que un pequeñísimo paso; su miedo fue atroz, tanto que deseó hasta la exasperación perder el conocimiento. Se acurrucó contra el inodoro. Y de repente ya no le importó la muerte; la deseaba de una manera maciza, sin fisuras. Cerró los ojos, agitado todavía el cuerpo por la falta de aire, esperando morirse. La electricidad nerviosa seguía girando en la superficie de la pelota que anidaba en su cerebro. Ya no sentía espanto sino una pasmosa resignación.

Y así se estuvo un rato, inmóvil su corpulento cuerpo contra el inodoro, respirando afanosamente. Su discurrir estaba casi paralizado, moribundo. Tenía los faldones de la camisa fuera del pantalón, subidos hasta la altura del tórax. Se veían sus carnes gordas, muy blancas, que se expandían por encima del ajustado pantalón. Aún apretaba con tenacidad su cabeza entre los brazos. Sus cabellos negros se mojaban en un pequeño charco.

Hasta que Sebastián advirtió que su respiración había mejorado levemente, lo suficiente al menos para que su pensamiento recobrara cierta vida y se diese a comprobar el fenómeno. Esta mejoría lo alentó a darse cierta esperanza de salir vivo del trance. Dio en pensar que si la mejoría se confirmaba, cobraría el ánimo necesario como para buscar los implementos en su mochila e inyectarse la cortisona. Escuchó que una persona ingresaba al baño y se encerraba en un cuartito. Sebastián alcanzó a calcular que dos más allá de donde él estaba. Se oyó un cierre de mochila o de cartera, y ya no pudo distinguir más nada.

A medida que su respiración mejoraba iba en aumento tanto la convicción de que no moriría como su preocupación por esa madeja de nervios que no dejaba de vibrar en su cabeza. Su pánico había cesado, pero el fenómeno había cobrado autonomía y no disminuía un ápice. Era algo sumamente extraño, porque él podía pensar correctamente y no afectaba para nada sus capacidades mentales. ¿Qué estaba ocurriendo en su cabeza? Era increíble. Sea lo que fuere no parecía que él pudiese hacer nada para ponerle fin, e incluso no estaba seguro de querer acabar de inmediato con el fenómeno ya que ba-

rruntaba que guardaba alguna relación con la mejoría de su respiración. Podía pensarse que los nervios lo habían llevado a ese feroz ataque de asma, hasta que, como una forma de defensa del mismo cuerpo, los nervios habían estallado en su cabeza, disminuyendo en consecuencia el fenómeno bronquial. Nunca había tenido una mejoría tan rápida sin recurrir a algo inyectable.

Se tomó del inodoro y se incorporó, sentándose en el suelo. Todavía respiraba con dificultad, pero ya dejaba de tomarlo como problema. Su inquietud ahora iba centrándose en esa vibración que mantenía una intensidad completamente estabilizada. No sufría la más leve alteración, y esto lo hacía ser pesimista respecto de un pronto debilitamiento del fenómeno. Cada vez respiraba mejor, de modo que ya dejaba de apreciar los supuestos aspectos positivos de lo que sucedía en su cerebro. Además, otro temor iba cobrando forma: esos nervios desatados podían llevarlo finalmente a un psiquiátrico, sea para ponerles fin de alguna manera, sea porque terminasen por afectar los circuitos cerebrales que hacían a su pensamiento o a su memoria. Sencillamente, podía terminar loco. ¿Cómo acabar con ellos? ¿Cómo desactivarlos cuando parecían conectados a una misteriosa línea que mantuviera un voltaje constante a fuerza de retroalimentarse? Se puso de pie con alguna dificultad. Estaba crispado. ¿Qué debía hacer? Desechaba ya la idea de inyectarse, puesto que respiraba decentemente y, según se figuró, podía empeorar la situación de su cabeza. Miró el reloj. La primera hora de clase estaba ya muy avanzada. Debía escabullirse del colegio, cosa que tenía facilitada hasta cierto punto si pensaba en el billete que le había dado al policía de la puerta. Sería el colmo absoluto que le negase el paso o que le pusiese alguna traba. Después vería si regresaba a su casa o si se dirigía a un hospital en busca de una guardia psiquiátrica.

—¡Aaah! —se escuchó, proveniente del otro cuartito ocupado.

Aunque todavía confuso, Sebastián llegó a advertir algo raro en esa placentera interjección. Difícilmente pudiera ser emitida por alguien que cagase. Enseguida se

oyó el ruido de una botella que se depositaba en el piso. Se hizo evidente para Sebastián que, si sabía esperar su oportunidad, podría averiguar un secreto, esta vez sin pagar nada. Incluso quiso creer que el secreto constituía un punto débil del entramado que gobernaba el colegio, quizá el único lugar en donde quedaba una hebra de la cual poder asirse. La inquietud terrible que sufría por lo del cerebro, sin embargo, amenguaba toda esperanza hasta reducirla a una mínima expresión. Estaba seguro de que no podría ocuparse de otra cosa hasta que no pusiese fin a esa madeja de nervios que continuaba, imperturbable, vibrando en su cabeza. Muy, muy despacio, abrió la puerta del cuartito, aunque de cualquier manera hizo un ruido bastante audible. La otra persona abrió su puerta también y Sebastián se quedó helado. Escuchó unos pasos femeninos que se acercaban hacia donde él estaba y, urgido, cerró la puerta de un golpe y corrió el pasador. La mujer se detuvo delante de su puerta, la que había cerrado justo a tiempo para no ser visto. Unos segundos atrás había cruzado por su cabeza la idea de acechar a esa persona hasta hincar el diente en su secreto, ahora estaba atrincherado en ese débil cuartito, sin escapatoria, seguro de que iba a ser identificado. Quería entregarse, rendirse totalmente y contar lo que sucedía en su cabeza, encontrar algo de piedad y que lo llevasen a un hospital. Debía ser una profesora quien estaba del otro lado. Pensó en la profesora de historia, hermosa en sus vestidos ajustados, y estuvo a punto de abrir. Si no lo hizo fue porque de modo repentino tuvo mucho miedo del hospital y, específicamente, de algo que ya había pensado hacía unos minutos: que intentasen dormirlo con un psicofármaco muy poderoso y que del choque entre los nervios y la química resultase un desbarajuste en su cerebro. Sebastián permanecía perfectamente inmóvil, pese a que sabía que le convenía moverse con toda naturalidad, simulando que hacía sus necesidades. Pero ya era imposible engañar a quien estaba del otro lado, una mujer que se había metido en el baño de hombres, de seguro una profesora, quien acechaba también en completa inmovilidad. Sebastián pensó que, por fuerza, la mujer empeza-

ría a sentirse incómoda y no tardaría en marcharse. Él estaba dispuesto a resistir allí hasta que se fuera, máxime que ahora había decidido que esperaría a que el fenómeno de su cabeza se diluyese solo, aun cuando no contaba con ningún indicio que apuntalase su esperanza. La mujer comenzaba a exasperarlo, porque ¿quién era ella, por profesora que fuese, para tenerlo cercado en un baño de hombres? Escuchó que la mujer se agachaba para mirar por debajo de la puerta e inmediatamente él se bajó los pantalones. Suponía que el próximo paso de ella sería treparse al inodoro de uno de los cuartitos de al lado y asomarse por encima de la corta pared que los separaba. Y Sebastián se apuró a sentarse en el artefacto, aunque no se animó a bajarse los calzoncillos. Se dio cuenta de que hacía una tontería pero no pudo evitarla. Si era necesario, buscaría una explicación con la cual salir del paso. Ella se incorporó.

—Si no salís de ahí, voy a buscar al policía —lo amenazó la mujer con una voz firme, bien que de cualquier manera parecía estar fuera de tono, como si se deslizase hacia un agudo que no perteneciera a su caudal natural.

Sebastián no pudo reconocerla, pero estaba seguro de que era una profesora, o en su defecto —excluyendo a la directora, a la que le conocía la voz— alguna autoridad del colegio. Imaginó una mujer alta, rubia, con el pelo corto y enrulado, algo entrada en carnes, apetecible. Y de nuevo tuvo deseos de entregarse, así como estaba, en calzoncillos; abrir la puerta y bajar la cabeza, y desde allí abajo espiar a su vencedora. La mujer golpeó la puerta con autoridad.

—Abrí la puerta —le ordenó.

Sebastián llevó la mano al pasador, mas no pudo correrlo. Algo en su interior se rebelaba.

—Señora —dijo, impostando la voz hacia un grave gutural—, éste es un baño de hombres.

—Abra inmediatamente —gritó la mujer, ahora implacable y tratándolo de usted—. Ya —ratificó a modo de ultimátum.

Quizá porque pensó que así justificaría su estadía en el cuartito, Sebastián permaneció sentado en el inodoro

con los pantalones bajos mientras corría el pasador y abría la puerta. Vio a una mujer de mediana estatura, castaña, que rondaría los cuarenta años, quien fijó sobre él unos intensos ojos verdes.

—¡¿Qué hace acá encerrado?!

—Estoy en el baño.

—¿Dónde cursa usted?

—En primero cuarta.

La mujer hizo un gesto significativo.

—¿Sos compañero de Victoria?

Sebastián dudó porque debía haber muchas Victorias en el colegio, aunque supuso por fin que se refería a la amiga de Sofía. La mujer, sin embargo, se adelantó.

—Tendrías que estar en el baño del segundo piso.

—Es que tuve un apuro y vine a éste porque me quedaba más cerca cuando iba para arriba.

Las facciones de la mujer se habían dulcificado y cruzó por el discurrir de Sebastián la posibilidad de contarle lo que ocurría en el interior de su cabeza. Ella era bonita y no parecía afectarla en lo más mínimo que él estuviera en calzoncillos. Tuvo deseos de confiarse en ella, de empezar con lo de los nervios para después extenderse a otros temas que lo angustiaban y que, según sospechaba, lo habían llevado a esa crisis horrible. Incluso, aún dubitativa, surgió en él la esperanza de iniciarse sexualmente con esa mujer.

—¿No me estabas espiando?

—No. Le juro que no. No vi nada.

—Vas a tener que acompañarme a la dirección —le dijo con tranquilidad, sin mostrar enojo.

Sebastián tomó esto casi como si fuera una invitación a tomar el té. Se puso de pie y se subió los pantalones. Los nervios seguían vibrando en su cabeza, pero empezaba a abrazarse a una ilusión: tener sexo con la mujer y entonces, arrastrado por la fuerza del orgasmo, derrotar ese fenómeno, que parecía invencible.

—¿Estás un poco agitado, o me parece a mí?

—Soy asmático. Pero estaba mucho peor. Por eso vine al baño. Ve —le dijo y sacó de la mochila el aerosol—. Y llevo también para inyectarme.

—¿Sos Sebastián?

—Sí —contestó, feliz por ser reconocido, lo que demostraba que era una suerte de personaje.

—Yo soy la mamá de Victoria. Soy la secretaria del colegio. ¿No me conocías?

Sebastián se quedó poco menos que pasmado. En gran medida porque esto debía explicar mucho acerca de la relación de Victoria y Sofía con el piso de arriba, pero también por la facilidad con que sacaba a luz el parentesco, algo sorprendente si es que existía en el colegio la trama oscura que él suponía. Confuso por la revelación, no pudo contestar la pregunta que le habían hecho. Y otra esperanza, complementaria de la anterior, dio en abrirse paso: ingresar al entramado del colegio de la mano de esa mujer. Si es que podía cogérsela, quizá solucionase casi toda su vida. Además, era una hermosa mujer, que lo inquietaba y empezaba a enamorarlo. Se acercó a ella y la tomó muy ligeramente del brazo al tiempo que sus facciones se deshacían en una mueca dolorosa.

—Estoy mal.

En el rostro de la mujer se dibujó el disgusto y la incredulidad. Parecía creer que Sebastián estaba actuando.

—Me dijiste que estabas mejor.

—Sí, pero... —Sebastián empezaba a arrepentirse de confiarse en la mujer. Temía ahora que, lejos de curarlo con sexo, lo llevase a una clínica psiquiátrica en donde le aplicasen una terapia de shock—. No es el asma lo que me tiene mal. Hay... —Sebastián volvió a hacer una mueca, mas esta vez poniendo en evidencia su desconcierto—. Mi cabeza —e hizo un ademán, levantando una mano hacia ella, aunque no llegó a tocársela. ¿Cómo lograr que le creyera que sufría ese fenómeno de nervios desatados que parecían estar rodeando una suerte de pelota en medio de su cerebro? Además, ¿cómo describirlo? No era dolor lo que sentía sino una vibración, pero ¿podía entenderlo otra persona? De seguro que la mujer jamás había oído hablar de algo así ya que debía ser un fenómeno rarísimo que quizá provocara sorpresa en los mismos médicos.

—Un dolor de cabeza no es nada grave —la mujer

salió de su estado expectante—. Tengo que decirle a la directora lo ocurrido y que ella decida si se asienta en los registros. ¿Te vio el policía?

Sebastián no supo qué contestarle. Pero creyó percibir cierta dulzura en la mujer y esto le hizo desear aun más encontrar amparo en ella.

—Lléveme donde quiera —Sebastián le tomó la mano y, por un segundo, miró sus ojos verdes, que ahora estaban agrandados y más intensos gracias a cierto estupor que se apoderaba de sus facciones—. Si usted... —y Sebastián elevó la mano de la mujer y pudo ver que era blanca y hermosa, que se alargaba en uñas pintadas con un color rosa suave, muy cálido. Tenía un aspecto protector, tranquilizador—. Si usted me lleva, yo la sigo. Y hago lo que usted me diga.

—Pero, ¿qué te pasa? —la mujer liberó su mano—. ¿Qué tenés en la cabeza?

—Tengo unos nervios que... —Sebastián representó con su mano una pelota, apremiado por explicar algo que desviase la atención de la mujer de la idea de que estaba loco, sin embargo se detuvo porque se dio cuenta de que empeoraría su situación.

La mujer pareció asustarse ante esa declaración que podía interpretarse como el preludio de algo peor, y retrocedió un paso.

—Lléveme a la dirección —le pidió—. Ayúdeme con esto que me pasa —Sebastián buscó de nuevo su mano pero la mujer la rehuyó—. Pasé por algo horrible; creí que... Casi me muero abrazado al inodoro —y al tiempo que hablaba Sebastián recordó el ruido de la botella y quiso creer que podría tal vez explotar esa debilidad—. Yo también estoy dispuesto a defenderla y no voy a decir nada. Juntos podemos los dos... —Sebastián buscó de donde agarrarla, necesitado del contacto físico, pero no se animó a avanzar la mano hacia ningún lado, quizá porque ella estaba rígida y a la defensiva.

—¿¡Qué!? ¿De qué me vas a defender?

—De un daño que le quieren hacer —se le ocurrió decir a Sebastián ante la emergencia. Y notó que, pese a lo trillado de la frase, hacía su efecto: abandonaba a la

mujer su aire de completa desconfianza y se abría paso cierta curiosidad.

—¿Quién me quiere hacer un daño? ¿Cómo sabés vos?

Sebastián elevó las cejas.

—Me contó Victoria.

Sebastián se daba cuenta de que se iba metiendo cada vez más en un galimatías, pero no le quedaba más remedio que ir hacia adelante, aferrándose de lo primero que le venía a la cabeza. Con desesperación, él buscaba la forma de enlazar las mentiras de las que se veía necesitado con algún terreno firme.

—¿Y qué te contó mi hija?

—Me contó lo de la profesora de matemática.

—No. ¿Está loca? Me estás mintiendo —una sombra de alarma cruzó por su frente. Sebastián aprovechó para tomarle el brazo.

—¿Tiene sedantes?

La mujer lo miró con extrañeza.

—No te puedo dar sedantes. Tendría que...

—Por favor —Sebastián le acarició levemente el brazo.

—¡No soy doctora! Soy la secretaria del colegio.

—Pero usted... —y otra idea cruzó por la cabeza de Sebastián: que la mujer le pasase su botella para que él le diese fin. El alcohol podía quizá vencer a los nervios, o al menos debilitarlos lo suficiente como para que él hiciese el resto de alguna forma—. Tiene que tener un remedio para mí. Si busca, algo va a encontrar para calmar esos nervios locos que tengo en la cabeza.

—¿Nervios locos? —la mujer quiso alejarse otro paso, ladeándose, pero Sebastián avanzó a su vez y quedaron a la misma distancia, el pecho de él a unos centímetros de la blusa que se abultaba a causa de las tetas.

—Páseme la botella, por favor —la cara de Sebastián imploraba.

La mujer se crispó. El color de su piel no se alteró en lo más mínimo, pero todo el cuerpo entró en tensión. Su mirada se ocultó. Sin perder un ápice la compostura, se hundió en sí misma. Y Sebastián, que unos segundos an-

tes estaba dispuesto a recurrir a cuanta audacia juzgase necesaria, se quedó cortado, cohibido por la ausencia de esa hermosa mujer, a la que había perdido de un momento a otro. Sin que mediase su voluntad, él le soltó el brazo.

—Tengo trabajo en la secretaría —dijo débilmente y empezó a caminar.

Sebastián atinó a seguirla unos pasos. Quería encontrar palabras con las cuales retenerla. Levantó la mano e hizo un ademán, dejándola caer, como si la estuviese llamando, pero ya la mujer tomaba el pasillo y se iba. Él no deseaba salir del baño; por alguna razón lo consideraba su refugio, el hábitat adecuado mientras le durase el ataque.

Estaba angustiado. Quería inyectarse, incorporar algo a sus venas que le diese una esperanza. Anhelaba una esperanza y se consideraba con derecho a ella. Se imaginó en medio de las góndolas de una gran farmacia, con una enorme cantidad de productos a su disposición. Era lo que necesitaba. No tenía ningún deseo de ver a un médico y tener que contarle de su pelota de nervios. Algún producto debía haber que corriese por sus venas y le trajese un poco de paz, sin que nadie se enterase de nada. Dio unas vueltas por el baño. Llegaban a él gritos aislados. Entró al cuartito que había ocupado la mujer. Miró por detrás y a los costados del inodoro. No había nada, excepto un halo que creyó percibir, que no era un perfume ni nada que llegase claramente a sus sentidos, que parecía ser más bien el recuerdo que ese cuartito guardaba de la mujer. Sebastián notó que el agua del inodoro estaba en un estado de absoluta paz, imperturbable dentro de la taza. Y tiró la cadena, elevando el alambre que sostenía, abajo, la bocha de goma, ya que le faltaba al depósito la cubierta superior y el mecanismo que lo accionaba. Se escuchó, junto al ruido del agua que corría, algo que parecía de vidrio. Sebastián sonrió, gratamente sorprendido. Urgido, metió la mano en el agujero, intentando llegar hasta el fondo del depósito. Lo que fuere que había allí, arrastrado por la fuerza del agua, impedía ahora que la bocha tapase la entrada del conducto. Calculaba que la mujer, asustada por el ruido que había he-

cho él con la puerta, había tirado la botella por ese agujero antes de salir. Incluso imaginó que la mujer no tenía mucha idea de qué tan grande sería ese depósito ni cómo funcionaba, por lo que para ella debió ser un agujero que devoraría su botella y no mucho más que eso. Se había parado arriba del inodoro en su afán por meter el brazo más adentro. Aun así no llegaba al fondo, apenas si tocaba la bocha, que estaba subida, con la punta de los dedos. Su brazo gordo quedaba encajado en la entrada del agujero y ya lo tenía bastante raspado. Se paró en puntas de pie arriba del inodoro e hizo un esfuerzo todavía mayor, volcando sobre el brazo el mayor peso posible. Y tocó algo de vidrio, pero al precio de un fuerte dolor. Y cuando quiso sacar un poco el brazo del agujero había quedado tan encajado que no pudo moverlo. Para colmo estaba en puntas de pie y supuso que si se bajaba se rompería el brazo o el hombro. Sebastián se empapaba en transpiración. Por unos instantes su situación le pareció tan insoportable, tan pletórica de hechos horribles, uno tras otro, sin ninguna piedad, que se exasperó; juntó todas sus fuerzas para gritar, pero en vez de esto hundió el brazo como si en ello le fuese la vida. Le dolió espantosamente mas alcanzó a agarrar el objeto de vidrio. Cuando lo tuvo entre sus dedos, dio un tirón para sacar el brazo y al mismo tiempo que lo hacía gritaba, tanto por el dolor como por el susto. Saltó del inodoro y se revolcó en el piso, agarrándose el hombro. Estaba seguro de que lo tenía dislocado y se puso a llorar. Se sentía un desgraciado, un perdedor absoluto, miserable. Percibía sobre sí todo el peso de una vida inmunda, la que adquiría completa realidad y daba su prueba definitiva a través del dolor en el brazo y el hombro. Todo sumaba en el mismo ítem. Lloraba y recordaba a la mamá de Victoria, deseando que estuviese allí con él. Y de repente se dio cuenta de que los nervios en el interior de su cabeza se habían debilitado, no mucho pero sí lo suficiente como para alentar en él una esperanza. Todavía hipando y moqueando, levantó la botella delante de sus ojos, ilusionado con encontrar ahí el aliado que le diese punto final al fenómeno. No quedaba en la botella más que un dedo de líquido.

—¡¡Qué borracha hija de puta!! —rugió ahogadamente.

De cualquier manera abrió la botella sin perder un instante, apremiado por la idea de que los nervios, pasada su crisis de llanto, volviesen a vibrar con la misma fuerza de antes. Puso el pico de la botellita en la boca y la empinó. Se tomó lo que había de un trago, aspirando como si se tratase de un biberón. El líquido le quemó la garganta, tanto que creyó que se iría a ahogar por un espasmo. Sintió un gusto raro en la boca, perfumado y a la vez amargo, funesto para él ya que de inmediato juzgó que había tomado algo no comestible. Miró la botella con desesperación pero no tenía ninguna etiqueta ni resto ya de la bebida. Sebastián recordaba un líquido incoloro, quizás con un tinte amarillento, aunque de esto no estaba seguro.

—¿¡Qué tomará esta mujer!? ¿Alcohol de quemar o...? —murmuró para sí y tiró la botellita dentro del cuartito que tenía a su izquierda.

Estaba sentado en el piso, apoyada la espalda en la parecita que dividía dos de los cuartitos. Se agarraba el hombro lastimado con la mano opuesta, encogiéndose lo más posible, de modo que si alguien entrara sintiera lástima de él. Incluso planeaba quedarse así hasta que alguien entrase y, por fuerza, se ocupase de él. Ya no execraba del hospital psiquiátrico, casi lo deseaba. Era la única solución que avizoraba en el horizonte. Peor era que le diesen convulsiones por el líquido que había tomado y entonces lo llevaran a un hospital común. De todos modos tenía que esperar a que alguien entrara y se hiciese cargo de él. Los nervios en su cabeza habían quedado vibrando a ese nivel más débil que resultara de su crisis de llanto. Pero aun así, menguado, le resultaban casi increíbles y eran para él la prueba de que estaba al borde mismo de la locura. Le asombraba que pudiera razonar y actuar como si nada sucediese. Aunque estaba seguro de que, por ejemplo, jamás podría dormirse con esas vibraciones dentro de su cabeza. Pensó que le ocurría esto por culpa de su soberbia y se prometió que renunciaría por siempre a sus aires de suficiencia. Ahora

mismo estaba allí, esperando que alguien llegase y lo sacara del atolladero. Su inmensa inteligencia, que probablemente tampoco fuese tal, no le servía para nada; si es que existía era mucho más inocua de lo que él había estado dispuesto a creer. ¿Qué podía hacer su inteligencia por él ahora que el pánico había hecho estallar los nervios de su cabeza? Incluso, ¿era inteligente romperse el brazo para alcanzar una botellita que a la postre no tenía más que un dedo de bebida? ¿Y tomarse el líquido, inútil de cualquier manera para emborracharlo pero suficiente tal vez para envenenarlo? Todo él, toda su persona le parecía deplorable y se pensaba como una suerte de desecho que la sociedad había formado en uno de sus muchos intersticios. Toda su inmensa voluntad para sobresalir era patética y lo había llevado hasta ese punto de derrota. Todos los de su curso se enterarían del estado en que fue encontrado y de que fue llevado al psiquiátrico. Se reirían. Pasarían los meses (porque él imaginaba un largo período de internación) y ellos se preguntarían con beneplácito qué fue de él y si iría a quedar definitivamente encerrado en un psiquiátrico.

Estaría por un buen tiempo a merced de la química de unos médicos que, de entrada, considerarían su caso de gran gravedad y procederían a inyectarlo con una droga que lo dejaría casi como tonto. Seguros de sus decisiones, y en vista de que lo verían estupidizado, por lo que concluirían que no mejoraba su estado mental, le seguirían aplicando esa droga, u otras, hasta que se dignasen (meses después) a reducir las dosis y él pudiese volver a ser quien era. Porque, a pesar de todo, quería seguir siendo eternamente Sebastián y no un inválido mental, puesto a salvo de la vida. Por soberbia, por miedo, por empecinamiento, o por la razón que fuese, prefería sufrir siendo Sebastián que caer por tiempo en el sopor y en la confusión mental. Se figuraba que, en el fondo, seguiría siendo un amante de su propia inteligencia y se desesperaría por ordenar su cabeza, y esta lucha, inútil, lo llenaría de angustia. Imaginaba que estaría en una cama, tirado, intentando hilvanar su pensamiento, intentando llenar un vacío de palabras que jamás en su vida había

sufrido. No podría siquiera pensar su angustia, y ésta, sin nombres, sin causas, sin ideas, sin límites, deambularía por su cerebro como por tierra de nadie. Volvió a temer tanto al psiquiátrico que se metió en un cuartito y cerró la puerta. Ya no quería ser descubierto ni ayudado. Se tiró en el piso sobre su costado sano y, hecho un ovillo, hundió la cabeza en el brazo. Se concentró profundamente en lo que ocurría en su cabeza. Deseaba creer que a fuerza de voluntad podría aplacar esos nervios. Se hundió en sí mismo y empezó a repetirse: ¡Por Azul! ¡Por Azul!, una y otra vez, concentrándose más y más, evocando a Azul constantemente.

Hasta que los nervios desaparecieron. Así como habían estallado de un instante a otro, de repente se aplacaron por completo y ya no había ni rastros de ellos en su cabeza. Y no sólo no estaban, tampoco parecía que tuvieran probabilidades de renacer. ¡Lo había logrado! Sebastián se incorporó. Estaba destruido por el cansancio. No podía gozar en lo absoluto de su victoria sobre los nervios; sentía alivio, sí, pero completamente contaminado con la pesadumbre y con una enorme aprensión por lo que le había ocurrido, desde el ataque de asma hasta esto último que casi lo lleva a un psiquiátrico. Empezaba ya a buscar desesperadamente una explicación para sus nervios, y pensaba tanto en la muerte de su hermanito como en cuanta cosa podía constituir un problema para él: la vergüenza horrible que sentía por su gordura, los sucesivos fracasos en el asunto del piso de arriba, el asma, su padre, su madre, su sospecha de que dejaría de ser virgen a una edad ridículamente avanzada, e incluso otros. Un borbotón de ideas muy diversas corría por su cabeza y ninguno de los precarios argumentos que se daba lo convencía como para detenerse a considerarlo. Odiaba a su hermanito y le echaba la culpa de lo que le había pasado, pero al mismo tiempo no quería darle tanta importancia y buscaba otras razones. En esto estaba cuando sonó el timbre del colegio y no le quedó más remedio que pasar a la acción.

Tomó la mochila y la cargó como si se tratase de un bebé, cubriéndose con ella y lista para ser arrojada contra

alguien. Se apresuró a dejar el baño, no ansiaba más que estar en la calle. No le importaba que el policía del patio lo viese con ese andar sospechoso; después de lo sufrido se consideraba en el derecho de no tener que disimular ante nadie. Salvado del psiquiátrico cualquier autoridad le parecía nimia. Iba destrozado, sin embargo por esto mismo se sentía fuerte, ¿qué mal podían causarle? Entró al hall que comunicaba con las oficinas de las autoridades y pasó por delante de la secretaría. La puerta estaba cerrada. Bajó los escalones a paso más veloz que el día anterior, llevando a upa la mochila, de modo que no veía donde pisaba. Resbaló en el borde de un escalón y se cayó de costado, golpeando en el piso con la cadera. El policía se acercó y lo ayudó a levantarse. Sebastián odiaba que le pusiera las manos encima, mas al mismo tiempo, recordando el billete que deslizó en su mano, se ilusionó con la idea de que se estaba mostrando servicial. Dos cuadernos habían caído en la vereda, ya que la mochila estaba abierta. El policía también se los levantó y, sin decir nada, los guardó y corrió el cierre de la mochila. Mientras tanto Sebastián se sacudía y se acomodaba la ropa con unos ademanes en los que se hacía ostensible su afán por mostrar cierta dignidad, aunque en su fuero interno temía que el policía lo entrara al colegio y lo denunciase. Estaba seguro de que ese hombre tenía dos caras y que, intuitivamente, usaba una u otra; una suerte de animal que había aprendido dos papelitos mínimos. Y hubiera querido tener otro billete importante en sus bolsillos para asegurarse la huida del colegio. De tener que entrar de nuevo quizá sus nervios volviesen a estallar.

—Me expulsaron del colegio —le dijo—. La directora quiere que me vaya.

—No se preocupe —dijo el policía al tiempo que levantaba la mochila de tal modo que Sebastián se la pusiera en la espalda.

—Tal vez mañana se arregle todo —agregó Sebastián—. Mañana tengo que venir.

—No se preocupe.

Y Sebastián se apresuró a alejarse ante las dudas que abrigaba acerca del policía. O era lelo o casi un genio en

lo suyo, o ambas cosas combinadas como para poder sobrevivir y, en su justa medida, hacerse de unos pesitos. En la primera esquina, y sin cruzar la calle, dobló hacia la izquierda, internándose por la calle lateral. Se alejaba así de su casa pero quería salir lo antes posible del campo visual del policía. Caminó una cuadra y, girando hacia la derecha, cruzó la calzada, avanzando luego unos metros por esa calle, paralela a la del colegio. Se detuvo y dejó caer la mochila, cuyo peso le hacía doler el hombro lastimado. Cansado, estuvo a punto de sentarse arriba de ella. Y si no lo hizo fue porque se sintió observado desde el interior del bar delante del cual se había detenido. A través del gran ventanal Sebastián descubrió a Azul, quien, casi sola en la sala, lo miraba desde una mesa algo retirada, en una tercera o cuarta fila a contar desde el ventanal y contra la pared. Lo miraba con interés aunque completamente alejada de él, como si se hallase tras un vidrio polarizado y estuviese segura de que no podía ser descubierta. Parecía estar a cubierto por alguna razón. Sebastián levantó la mochila y entró en el bar. Si ella no estaba en el colegio seguramente se debía a lo ocurrido el día anterior, y él tenía algunas cosas para decirle; además, la lejanía la ponía más linda, sus ojos grises brillaban, inamistosos. Lo observaba mientras él avanzaba y no parecía creer que fuera a sentarse con ella. Sebastián arrojó la mochila al piso, al lado de la silla que estaba frente a Azul.

—¿Qué tal? ¿No fuiste al colegio? —le preguntó él en tono modoso, luego de una pausa. Mientras hablaba se deslizaba en la silla, dando a entender que su presencia allí era accidental y no se demoraría mucho.

Azul no contestó, sin embargo tampoco se la veía enojada.

—Si tenés miedo por el policía de la entrada, ya es hombre nuestro.

Las cejas de Azul se arquearon, mostrando curiosidad.

—Yo acabo de salir del colegio sin ninguna dificultad.

—No sé si voy a volver al colegio. Hoy me quedé acá.

—Pero es demasiado cerca del colegio. Te puede ver un profesor.

—Van al bar de la esquina. Acá nunca llegan.

—¿Y por qué vas a dejar el colegio?

Sebastián, aunque molido, se sentía renacer. Ya había arrojado sobre el tapete lo del policía, asunto al que todavía podía extraerle mayor alimento para su vanidad, y faltaba aún lo de la mamá de Victoria. Empezaba a creer que el día no era tan deplorable.

Azul tampoco contestaba en esta oportunidad.

—Tengo otro dato que puede ayudarnos con lo del piso de arriba. Yo creo que en esto está la clave de lo que pasa con Sofía y Victoria —a medida que hablaba Sebastián se entusiasmaba—. Ellas están metidas en este lío, pero no por méritos propios.

Sebastián se quedó callado por unos segundos.

—¿Y? —Azul, ahora sí, disgustada, no tuvo más remedio que mostrarse interesada.

—La mamá de Victoria es la secretaria del colegio.

—¡¿Sí?! Y la muy guacha nunca dijo nada.

Sebastián se reservó para más adelante lo del alcoholismo de la mujer, aspecto que, según se cruzaba por su cabeza en este momento, podrían explotar. Mientras, observaba el rostro pensativo de Azul, su frente, que ahora estaba surcada por arrugas apenas dibujadas.

—¿Y Sofía?

—¿Qué pasa con Sofía?

—Se fue con Victoria y... Le convenía irse con Victoria. Yo te dije que la profesora de matemática les tenía miedo.

—Tampoco una secretaria es... —y Sebastián hizo un ademán con las manos, subiéndolas como en adoración, en tanto inflaba la boca.

—¿Y quién sabe? Tal vez tenga mucho poder.

—No creo.

—¿Por qué?

—Porque es alcohólica —dejó caer Sebastián.

—¿Có...? —una luz de admiración cruzó por los ojos de Azul—. Aunque sea alcohólica, puede tener mucho poder.

—Pero yo la conocí y... —Sebastián torció la boca al tiempo que atestiguaba el efecto de sus palabras en Azul—. Me parece que la tienen agarrada.

Azul frunció la boca.

—¿Te llevaron a la dirección por lo de ayer? ¿Nos buchoneó el policía?

—No. Para nada. El policía... —y Sebastián dudó.

—Vos dijiste que es nuestro —le reclamó ahora Azul.

—Sí. Pero no hay que confiarse tampoco. Menos en un poli.

—Yo... No creo que vuelva al colegio, así que... Sea lo que sea la madre de Victoria, o el policía...

Sebastián cayó en la cuenta de que perdería toda oportunidad de encontrarse con Azul si es que dejaba el colegio.

—En ningún otro colegio vas a encontrar un piso de arriba como en éste.

Azul se encogió de hombros.

—¿Y para qué lo quiero? ¿Qué gano con ese piso de arriba? Debe haber un loco ahí encerrado. Además, me parece que no voy a ir a ningún colegio. No me interesa estudiar.

—¿Y qué vas a hacer?

—Ver televisión con mi abuela.

Sebastián no encontraba nada que decir. Él mismo no le veía sentido a mucho de lo que hacía. Si se lo proponía, seguramente podría encontrar muchos argumentos contra el colegio, pero ahora se veía compelido por una necesidad opuesta: debía convencer a Azul de que no dejara el colegio, y por mucho que se apuraba a hallar buenas razones para esto su mente planeaba como por encima de un vacío. Nunca se había imaginado en la necesidad de hablar bien del colegio. Por un instante cruzó por su cabeza la posibilidad de incorporarse él al grupo televidente, junto a Azul y su abuela, aunque lo consideró tan improbable que volvió a pensar en la forma de lograr que no abandonase el colegio, al menos por un tiempo.

—Yo sé que en lo del piso de arriba hay guita de por medio —mintió Sebastián—. Y debe ser mucha.

—¿Sí? —las facciones de Azul mostraron un súbito interés. No tenía la menor idea de cómo podían conectarse con ese dinero, sin embargo nacía en Azul una esperanza, no tanto por lo que ella podía hacer sino porque tal vez el gordito en verdad fuera lo suficientemente inteligente como para que los dos pudiesen sacar provecho de la situación. Ella soñaba casi constantemente con hacerse de una fortuna, más aún desde que su abuela había dejado de cobrar la pensión.

—Y vos sabés que el silencio también se paga —sugiriendo Sebastián que, de saber lo que ocurría en el piso de arriba, podrían recurrir al chantaje. Bien que en seguida le pareció que Azul podía asustarse de ese propósito e intentó diluir el efecto de sus palabras—. O podemos entrar en la historia de otra manera y participar del asunto... —Sebastián hizo un ademán con la mano—, entrando en el arreglo.

—Por ahí alquilaron el piso de arriba. Y ése es el negocio —se le ocurrió a Azul.

Por un segundo Sebastián se quedó estupefacto. Le pareció simple y perfectamente posible que fuera ése el secreto que se guardaba. Un negocio privado de las autoridades del colegio, haciendo usufructo de un bien público. No obstante, sea porque lo irritó que la idea se le ocurriera a Azul, sea porque no estaba dispuesto a admitir una solución tan simple, no tardó en despreciar esa posibilidad.

—No se puede alquilar así nomás... —y no siguió porque quería encontrar razones más lapidarias.

—Yo si fuera directora y tuviera ese piso libre lo alquilaría.

—Sí. Y pondrías un cartel bien grande en el frente.

—¿Vos no aprovecharías?

—Sí. O no. No sé. Yo creo que lo están aprovechando de otra manera. Puede ser también un depósito de cosas robadas.

—¡Qué lindo si pudiéramos participar de algo que dé plata!

Sebastián recordó lo que llevaba puesto en sobornos.

—La plata no sería lo más importante si...
—¡Yo quisiera participar por la plata!
Se hizo una luz en la mente de Sebastián.
—Si necesitás plata, no es tan difícil conseguirla.
—¿No?
—Yo podría conseguir algo, si querés.
—¿Querés prestarme plata?
—Yo consigo —y se encogió de hombros.
Azul dudó. No entendía si le estaba ofreciendo un préstamo que tendría que devolver o si sencillamente, dado lo fácil que era para él conseguirla, se la regalaría. Y si era esto último, ¿en nombre de qué?
Se quedaron callados por un rato. Sobre Sebastián cayó un cansancio abrumador. Volvió a surgir, maciza, la aprensión por lo que le había ocurrido. Otra vez se preguntaba, hundido sobre sí mismo, por qué había llegado a ese paroxismo de nervios. ¿Tendría Azul alguna relación con eso? Pensó que estaba tan enamorado de ella que quizá le hiciese mal. Por otro lado, sin embargo, ella aparecía como la única tabla de salvación para que el hecho no se repitiera y evitar el psiquiátrico. Acaso, ¿no se había salvado por ella?
—¿Fuiste a clase?
Sebastián tuvo que volver a la realidad externa. Meneó la cabeza lúgubremente, negando.
—¿Y qué hiciste en el colegio?
—Estuve con la mamá de Victoria.
Azul lo miró, entre descreída y asombrada.
—¿Y qué hacías con la mamá de Victoria?
—Estuvimos en el baño.
—Me estás cargando.
—No.
Azul se quedó algo turbada.
—¿Estaba borracha?
—¿Quién?
—La mamá de Victoria, ¿¡no me dijiste que era alcohólica!?
—Sí, pero... No, no estaba borracha.
—¿Y vas a seguir en el colegio por... lo del piso de arriba?

—No lo voy a dejar por lo del policía, eso seguro, así que seguiré. Y si en lo del piso de arriba hay plata —agregó Sebastián, insistiendo con aquello que parecía despertar el interés de Azul—. Yo consigo plata, pero si ahí hay más todavía... Yo que vos, no dejaría el colegio.

Azul bajó los ojos y se quedó pensativa. Sebastián se aflojó y de nuevo el cansancio lo aplastó. Se apoyó con los dos brazos en la mesa y a punto estuvo de hundir en ellos la cabeza. El hombro le dolía y ya no se podía concentrar. No quería trasuntar nada, aunque se dio cuenta de que se le haría muy difícil ocultar el estado en el que se encontraba. Tenía las ropas sucias, desaliñadas; giró la cabeza y se vio en el espejo que cubría buena parte de la pared. Estaba despeinado, horrible. Mas una luz se hizo en su discurrir: tal vez este aspecto lo ayudase a que Azul realmente creyera que había estado haciendo el amor con la mamá de Victoria. Y esta pequeña felicidad —un posible logro esta mañana que había empezado tan mal para él—, aunada al temor de no hacer un papel muy decoroso con Azul a causa de su agotamiento, lo llevaron a tomar la decisión de irse, a pesar de que desperdiciaba una buena oportunidad, al estar los dos solos en un bar. El silencio en que habían caído también lo ayudó a decidirse.

—Me voy —le dijo.

—Yo me voy a quedar casi hasta el mediodía.

Sebastián tomó la mochila y se puso de pie. Se inclinó y, por primera vez según recordaba, le dio un beso en la mejilla. Colgó la mochila de su hombro sano y se dirigió a la puerta, simulando cierta energía. Cuando estuvo en la vereda, ya fuera del campo visual de Azul, las piernas se le aflojaron y dio dos o tres pasos dudosos. Tuvo que detenerse y emprender la marcha unos segundos después, con unos pasos lentos y ligeramente vacilantes.

Capítulo VIII

El auto se detuvo suavemente delante de la tranquera. Germán puso el freno de mano y sonrió, aunque sin mirar hacia Raquel, sonriendo para sí mismo, aquiescente hacia algo que discurría en su interioridad y que a duras penas salía al exterior. Se bajó del auto y se dirigió hacia uno de los extremos de la tranquera, el que se cerraba con una cadena y un candado. Raquel lo vio hacer. Un rayo de sol se filtraba por entre el follaje de unos arbolitos que hacían hilera en la vereda y le daba en la frente. Se lo veía hermoso, despejado, sincero; no había nada en él que se le pudiera reprochar. Abría los candados con una serenidad que no tenía nada de artificial, sus ademanes denotaban descuido y a la vez eran casi aterciopelados. No había ahora sonrisa en sus labios pero de cualquier manera se podía adivinar su existencia en el umbral mismo de los labios, pronta a aparecer. Raquel deslizó un dedo por el botón y apagó el autoestéreo. El silencio que siguió fue todavía más apropiado para observar y aquilatar los movimientos de Germán. Se escuchó el ruido de la cadena al deslizarse y el cantar todavía algo embravecido de los pájaros en la mañana. Germán abrió la tranquera, asegurándose de que quedara inmóvil en su punto máximo de apertura. Y entonces sí se dirigió hacia Raquel y le sonrió abiertamente, iluminándosele la cara. Fue al auto y volvió a subir. Se inclinó sobre Raquel y se dieron un rápido beso en los labios, un beso de paso, que tanto tiene de cariño como de vicio y que a veces deviene en hábito, en un gesto automático. El auto arrancó y entró al predio, rodando hasta estacionar bajo unos árboles.

Raquel se bajó del auto y caminó unos pasos sobre el

pasto. El parque, con sus árboles y plantas, estaba iluminado por un sol sesgado, apenas tibio. Raquel aspiró profundamente y retuvo el aire, como si no quisiera devolverlo y con esto evitar que el tiempo siguiese transcurriendo. Unos segundos más tarde lo expelió, casi con una risa. Y se inclinó sobre el pasto, que estaba mojado por el rocío, y ligeramente lo acarició.

—Parece que ayer cortaron el pasto —habló Germán a sus espaldas—. Debe haber sido a última hora porque todavía hay un aroma que... Tiene olor a sandía, ¿no?

Raquel observó las gotas de agua en su mano y no contestó. Germán pasó a su lado cargando el bolso, dirigiéndose hacia la casa. Ésta se levantaba en un ángulo del terreno, una sola planta pintada de blanco y con postigos verdes, extendiéndose el techo de tejas sobre una galería que a esa hora se veía umbrosa, tal vez fría. Raquel se puso de pie y siguió a Germán. Quería hacerle una suerte de travesura, una broma. No se le ocurría nada, pero de cualquier manera no perdía su aire festivo. Germán entró a la galería y detrás de él Raquel, portadora de una pícara sonrisa a pesar de que ya se había resignado a no hacer ninguna broma en esta oportunidad. Germán buscó entre sus llaves hasta encontrar las que buscaba.

—Con este parque, ni siquiera hace falta la casa —dijo ella.

Germán se dio vuelta.

—Depende, porque... —y en sus ojos brilló un sobrentendido.

—No sé qué pretendés —le contestó de inmediato Raquel, simulando seriedad.

Germán abrió la puerta y llegó hasta ellos un vaho de humedad. Entraron.

—Voy a conectar la luz —dijo él.

Raquel se había quedado parada en el vano de la puerta, dudosa. Frente a la claridad del parque el sombrío interior de la casa le era sospechoso, más que nada porque, según intuyó, podía amenguar su estado de felicidad, ponerlo en peligro.

—Mejor, abrí las persianas. Yo... —iba a decir que

iría a ver la pileta, pero Germán había girado hacia ella y le extendía los brazos. Su rostro entero le pedía que fuera, como si no soportase la idea de estar solo en medio de la penumbra. Y Raquel avanzó hacia él, sonriendo; y se abrazaron. Germán le besó la base del cuello. Ella le acarició la nuca.

—Abramos las persianas y vamos a ver la pileta.

—Primero te voy a mostrar el horno de barro, en donde vamos a hacer el pan y... ¿tal vez empanadas?

—Vas a volver más gordo.

—No importa. Si la felicidad me hincha un poco, no me importa. Mientras después no me pinchen.

—Yo te voy a fajar con almohadones, así no te pinchan. Vas a estar más gordo y bien mullidito.

Germán abría las persianas del living-comedor. A causa de la galería, la luz que entró fue más bien modesta, pero a Raquel le bastó con mirar el parque desde una de las ventanas. Podía ver un pino muy alto al que trepaba una santa rita casi hasta la punta. La planta estaba completamente en flor y el estallido del lila en contraste con el verde oscuro del árbol hacía un conjunto hermoso. Era un matrimonio perfecto entre la sutileza de la planta y la reciedumbre del árbol, o al menos ésta fue la primera impresión que tuvo Raquel cuando vio ese maridaje. Ver ese árbol era ser feliz. Hacía tiempo que no veía algo que no sólo la hiciera feliz sino que además le hiciese creer en la firmeza de la felicidad. Sus percepciones de la felicidad habían sido casi por regla evanescentes, como aromas que pasan cuando se camina y sus orígenes fueran harto dudosos y sus efectos efímeros. Y cuando se vive de esa forma se llega a la conclusión de que la felicidad no es más que una creencia, un engaño breve de los sentidos. La existencia del árbol, por el contrario, no podía discutirse y no se evaporaría cuando parpadeasen sus ojos.

—¿Vamos? —Germán la miraba interrogativo. Raquel estuvo a punto de decir algo acerca del árbol, o más precisamente de inquirir sobre el origen de ese conjunto, pero no lo hizo, intuyendo quizá que la respuesta, necesariamente ramplona, la habría de desilusionar.

Salieron de la casa y la rodearon en parte. Llegaron hasta un quincho.

—Aquí está. Su majestad el horno de barro.

Era realmente bastante más grande que los que Raquel había conocido, lo que produjo en ella cierto estupor.

—Lo construyeron para cremar a mi abuela.

En las facciones de Raquel se montó un rictus de asco. Lo miró completamente demudada. Germán estaba muy serio y miraba hacia el horno con devoción. Se hincó sobre una rodilla e hizo la señal de la cruz. Volvió a ponerse de pie.

—Ahora vos —le dijo, mas apenas terminó de decir estas palabras se rió y su rostro se dividió en partes risueñas que hacían un todo burlón y compasivo a la vez. Tomó de los brazos a una Raquel que recién empezaba a salir de su estupor. Se abría paso en ella el alivio y, todavía dubitativa, la aquiescencia por la broma.

—¿Cómo te vas a creer que cremamos a mi abuela en un horno de barro? Sos demasiado ingenua, mi amor. —Germán apenas si se reía de a trechitos cortos—. No. Lo hizo grande mi viejo porque lo calculó para unas ocho pizzas.

—¿Ocho pizzas?

—Sí. Contó los amigos, parientes; imaginó un festejo y llegó a esa cifra. En realidad calculó que le harían falta dieciséis pizzas. Dos tandas de ocho.

—¿Y?

—No hubo festejos —Germán se encogió de hombros—. Lo hizo hacer en un año en que todo fue puro optimismo, que le fue muy bien. Y él pensaba que el futuro iba a seguir esa línea ascendente y que... No sé por qué se le dio por hacer ese horno tan grande. Pensaba ganar algo grande y festejar y...

—Festejemos nosotros.

—Sí —Germán se acercó y se dieron un beso en la boca.

—Es demasiado grande. Vas a tener que hacer un fuego enorme.

—No. Está dividido en dos. En realidad ahora son dos hornos. Prendemos uno solo y listo.

—Y tú papá... ¿qué hacía?

—Fue militar un tiempo. Después se recibió de abogado y estuvo metido en unos negocios. Tuvo un garaje. No ejercía como un típico abogado pero... buen, era abogado. Era...

—Se ve que era optimista.

—No. Fue un tiempo nomás. Muy poco. Yo era chico y ya ni me acuerdo.

—¿Y le gustaba invitar a los amigos y... ?

—No —Germán se rió—. Tampoco. Fue un rapto que tuvo con esta quinta y con el horno. Un lapsus. Yo creo que... Quiso ser otra persona por un corto tiempo. Se imaginó a sí mismo —y Germán movió una mano delante de su cara— festejado por los demás, centro de atención... No sé. Le fue muy bien ese año.

Raquel había dado la vuelta alrededor del horno de barro.

—Yo era chico. Cuando mi papá hizo construir el horno yo quería de grande ser pizzero. Eso me acuerdo. La felicidad estaba vinculada a la pizza.

—Entonces no vamos a hacer empanadas. Vamos a hacer pizza.

—Sí —Germán meneó la cabeza, no muy convencido—. No sé. No te sé decir si me gusta o no la pizza.

Iban caminando rumbo a la pileta. Un hombre rechoncho y de cara rojiza pasó en bicicleta por la calle. Raquel lo vio por sobre la ligustrina, tras los arbolitos de la vereda. Para ir a la pileta habían construido un sendero de lajas que ligeramente serpenteaba. Raquel le tomó a este sendero una inmediata simpatía. Las lajas eran en su mayoría de un beige clarito y estaban limpias y todavía algo redondeadas. El sendero estaba bordeado por un pasto muy verde, aparentemente joven. Raquel se sintió liviana, ágil, predispuesta a creer que en ese sendero no se podía ser infeliz. De repente se detuvo y señaló un grupo que formaban unos árboles y unos troncos caídos.

—Desde acá pintaste ese cuadro que me mostraste el otro día, ¿no?

—Sí. Instalé el caballete exactamente acá —y señaló un lugar a metro y medio de donde estaba Raquel.

Luego fue a pararse él en ese sitio y miró el grupo de árboles con detenimiento. Su boca se torció en un gesto de disgusto.

—¿Te equivocaste en algo?

—Tendría que haber tomado esta luz. Yo tomé la del atardecer y me parece que me equivoqué.

—¿Por qué?

Germán se abstrajo completamente mirando el conjunto.

Él le había mostrado las pinturas a regañadientes, aduciendo que su falta de tiempo le impedía ser un pintor muy concienzudo. Mientras sacaba a luz una y otra excusa para demorarse había intentado disminuir la importancia que tenía para él la pintura, a pesar de que un rato antes, en un bar, le había asegurado que apenas si toleraba la medicina y que su verdadero amor era el arte. Cuando por fin le mostró tres telas le recordó que era un médico, y docente en la facultad, y que otros disponían de más tiempo. Raquel no había tenido hasta el momento un interés particular por la pintura y su gusto era muy tímido, no sólo porque se consideraba incapaz para juzgar sino porque verdaderamente no sentía inclinación por una o por otra tela cuando las observaba; apreciaba por supuesto los temas pero, salvo contadas excepciones, no lograban quebrar una suerte de indiferencia que hacía caer cualquier obra en un rápido olvido. Un niño, un paisaje, una naturaleza muerta, no llegaba a advertir Raquel las razones de la elección, y en cuanto al resto, casi no había resto para ella. Cuando Germán le mostró sus trabajos Raquel, más que intentar juzgarlos por sus méritos artísticos, quiso conocer a través de ellos a Germán, descubrir sus inclinaciones, sus gustos. La obra en sí no le importaba, sólo Germán. Y por esto observó las telas atenta a las características generales: si eran o no alegres, quiénes eran las personas que aparecían y cuál era la actitud que mostraban; como mucho, intentó imaginar en un momento qué había sentido Germán mientras pintaba, cuáles habían sido sus pensamientos. Germán le hizo unos cuantos comentarios mientras le mostraba sus obras; cosa rara en él estaba casi verborrágico; por el con-

trario Raquel observaba en silencio, sin saber qué decir. Ahí estaban los árboles, por ejemplo, bien pintados sin duda, con sus troncos y sus ramas y sus hojas, ¿qué decir de ese conjunto? Ella lo miraba con toda voluntad pero esto no la ayudaba demasiado; sabía por supuesto que no había que juzgar una pintura por su grado de realismo, en este sentido los árboles no parecían estar a punto de salir del cuadro, estaban algo desfasados, mas ¿en qué sentido?, ¿cómo explicárselo? Y además, ¿era bello? Los troncos tenían un fuerte matiz oscuro, casi negro, bien mirados tenían bastante de fúnebre, e incluso, se le ocurrió a Raquel, los troncos eran ya madera lustrada y muerta, mientras que las hojas, llenas de vida, parecían pegadas al árbol, como un artificio. Esta conclusión la ilusionó, pero no más que un segundo, de inmediato se dio cuenta de que Germán podía ofenderse porque lo más probable era que no fuese ésa su intención, y entonces él interpretaría sus palabras como un reproche. Por fin Germán se calló y el silencio empezó a urgirla. Era menester que dijera algo. Nada más fácil que decir que los cuadros eran lindísimos, sin embargo ella quería ser absolutamente sincera con Germán y los elogios falsos no pasaban por su garganta.

—Yo no entiendo de pintura —se había defendido—. Es difícil decir si están bien o no.

—No te pido una opinión crítica. Nada más si te gustan o no.

—Ése me gusta más —había dicho, señalando justamente el conjunto de árboles, eligiéndolo por la sencillez de su temática, que la pondría a salvo de preguntas difíciles. No obstante, sus palabras parecieron indicar que había llegado a ése por descarte y que en realidad era el que menos le desagradaba.

Germán se acercó a donde estaba ella y miró los cuadros.

—¿Y por qué ése te gusta más?

—No sé —Raquel advertía ahora que el que había elegido era, aunque triste, el que menos sospechas despertaba de que su autor fuera una persona depresiva. Tal vez porque no había personas. En uno de ellos, incluso,

que representaba el interior de un lavadero rápido, uno de los personajes tenía las ropas manchadas con sangre. Tenía ese cuadro bastante de siniestro, y la realidad estaba levemente deformada, como si el punto de vista del pintor se ubicase dentro de unos tambores para lavar la ropa y desde allí mirase a través del vidrio—. Los árboles tienen algo lindo. Las hojas creo yo. No sé. Prefiero los árboles —Raquel miró a Germán y se dio cuenta de que sus palabras no eran nada convincentes. Tal vez lo estaba hiriendo, aunque él, al mismo tiempo que adquiría un aire de pesadumbre, parecía asentir, de modo que se podía pensar que estaba en parte de acuerdo con un juicio negativo acerca de su obra. Posiblemente Germán pintase cosas tristes y desagradables para no gustar a la gente y aun así esperase ser alabado, y cuando no recibía halagos sino más bien silencio se desilusionaba de sí mismo, aceptando con resignación el fallo adverso, porque, inevitablemente, la opinión de cada una de las personas que observaba sus pinturas era una sentencia, un veredicto que establecía: culpable o inocente; no había medias tintas y un juicio negativo ratificaba lo que él presumía: la culpabilidad por perder el tiempo con la pintura, lo inútil de un esfuerzo que se hacía contra natura porque no sólo pintaba contra el gusto de la gente sino que tampoco había tenido una facilidad extraordinaria para el dibujo; de chico, apenas si superaba la media y su amor por la pintura había sido posterior, en una tardía adolescencia.

Germán había bajado la cabeza y se mostraba aquiescente.

—Los troncos caídos los pinté de tal manera que, remotamente, hiciesen pensar en ataúdes —afirmó, levantando la cabeza y adquiriendo un aire de confesión. Se hubiera dicho que buscaba desbarrancar el único juicio positivo que había obtenido, suponiendo que lo triste o siniestro era necesariamente desagradable.

—Sí, es verdad. Algo me había dado cuenta.

Y a este comentario había seguido un largo silencio. Germán asimilaba su fracaso, absorta la mirada en la lejanía y con un ligero rictus de sonrisa en la boca. Estaba completamente inmóvil, preso de sí mismo y a la vez

protegido por la inmovilidad hasta tal punto que cualquier roce del aire lo hubiera molestado. Muy en el fondo de su mente vagaba la presunción de que debía guardar las telas lo antes posible. Raquel le gustaba demasiado, estaba en cierta medida fascinado con ella, y se había ilusionado con la idea de formar, incorporando su obra, una suerte de triángulo amoroso. Pero esta posibilidad, que había madurado en sus pensamientos durante semanas, se malograba de un momento a otro. Frente a su obra, Raquel había sentido estupor, producto seguramente de la distancia entre la persona que ella creía que era y la que había pintado esas telas desdichadas, siendo esta última —tal vez ella estuviera pensando así— la más genuina, la verdad tras los afeites. Endurecido por la resignación, Germán no podía moverse y apenas si se daba cuenta de que ella lo miraba. Raquel no advertía que él estaba sufriendo, preocupada más bien por su carencia de palabras y más aún por su falta de ideas con respecto a la pintura. Se reprochaba su ignorancia, la incapacidad para entender aquello que era importante para Germán. Había olvidado ya la pretensión de conocerlo a través de su obra, ahora quería decir algo que no fuese una burrada, e incluso algo alentador que les cambiase el humor.

Sin embargo, antes de que se le ocurriese una frase concreta, Germán se puso de pie y acomodó las telas para guardarlas.

—¿Qué bar es ese que pintaste? —le había preguntado, forzándose al punto de decir algo que le sabía completamente estúpido.

—Un bar —dijo Germán, sin ningún rencor e intentando con su tono llevar el asunto a un rápido olvido.

Y ahora, ya en la quinta, cuando Raquel vio el conjunto, creyó que tendría la oportunidad de revertir aquella situación y reivindicarse frente a la pintura de Germán. Él salió de su ensimismamiento.

—Porque los entierros son más bien matinales y...

—Es hermoso este parque y la mañana tiene algo especial. Mirá —le dijo, señalando Raquel a su alrededor.

—Sí. Sólo yo veo ataúdes —se sonrió Germán y meneó la cabeza.

—Pero tu cuadro es más lindo que esos árboles, porque... lo pintaste vos y... para mí...—Raquel se quedó sin palabras, desconcertada por no encontrar un mísero argumento convincente.

Germán esperaba alguna razón pictórica y cuando escuchó lo de Raquel estuvo a punto de desilusionarse, incluso por lo burdo de la frase, pero una ola cálida nació en su cuerpo a pesar suyo hasta abrigarlo por completo. Se rió. Le pareció preferible que no hubiera ningún triángulo amoroso y que simplemente Raquel lo quisiese a él. Su persona tenía que ser más importante que su obra. Su felicidad debía tener prioridad. Extendió los brazos hacia ella, y la rodeó y, al tiempo que la apretaba contra sí, le buscaba la boca con su boca, agradecido, seguro de que el amor era así, arbitrario, y que esa arbitrariedad era necesaria y que quizás era lo único fascinante del amor.

Después de besarse fueron hasta la pileta. Estaba a medio llenar, con el agua verde inmóvil, aletargada en esa densidad que fue cobrando con el paso de los meses desde el último verano. Al tiempo que fue incorporando suciedad, el agua fue adquiriendo soberanía y ya no era agua indeterminada, tal como sucedería de estar impoluta, sino que había adquirido una historia, y de esa historia hablaba su cuerpo metido en esa piscina.

—Hay ranitas —dijo Germán. Y después de unos segundos—: A mí la pileta me gusta más así, fuera de temporada, bien sucia el agua, casi llegando a podrida. Me gusta meter un palo y revolver y... Pienso que va a surgir algo extraordinario, algo que se metió y que fue creciendo ahí.

—El lago Ness.

—Sí. O no exactamente. Algo chiquito que fuera como el universo. Yo, de chico, quería tener un laboratorio e incubar en frascos distintas cosas. Tenía esa idea de la progresión, del crecimiento. Por eso me gustaban los bichos, todo lo que tuviera vida y pudiera crecer, o reproducirse. Dos, cuatro, ocho, dieciséis, treinta y dos, cuando la supe, esa cadencia de números me encantó, pero para mí se aplicaba perfectamente al mundo real. Para mí, era al revés, la escala se había basado en obser-

vaciones de la realidad. Yo veía las películas de catástrofes, con los miles de millones de insectos que invadían un pueblo, y para mí ésa debía ser la regla. Cuando metía un palo en la pileta y no salían más que dos o tres bichos pensaba que había cientos que se ocultaban. Y yo creía que había cosas inmensas que se escondían en distintos lugares. Cuando supe de las bacterias, de los virus, me encantaron; su único problema es el tamaño. Tendría que haber sido biólogo, ¿no? Porque la verdad es que como médico tengo que ser enemigo de esas masas de microbios que... No es que las quiera, siempre tuve miedo de toda esa realidad que yo creía oculta, pero en el fondo uno quiere que el mundo coincida con la visión que uno tiene de él.

—Supongo que recetarás antibióticos —se rió Raquel.

—Sí, claro. Aunque por mi especialidad pocas veces. Cuando seas médica... —y Germán se quedó pensativo y no terminó la frase.

—Cuando yo sea médica, si llego a serlo, los virus van a ser invencibles.

—Masas que progresan, el sueño de la humanidad. Trabajo en progreso, ¡y hecho en sus propios cuerpos!

Germán se había colocado atrás de Raquel y la estrechó contra él, abrazándola. Le acarició los brazos y, después, se detuvo en sus tetas.

—¡¿Tan temprano?!

—Sí. Es lindo a la mañana.

—Siento algo que crece. ¿No será eso lo que vos querías que creciera?

—Y tal vez. Tal vez quería tener un pito gigante como una marabunta.

Unos minutos después, Raquel estaba recostada contra el respaldar de la cama matrimonial sólo vestida con una diminuta bombachita negra. Germán revolvía con urgencia en un bolso.

—¿Y?

—¡No los encuentro!

—No vengas encima mío hasta que no consigas un preservativo —le dijo, tajante, a pesar de que cruzó una

pierna, doblada, por encima de la otra, en una actitud provocadora.

Germán se apremió todavía más. Tiraba cosas del bolso arriba de una silla. Consternado, echó otra ojeada sobre Raquel. Ya se desesperaba.

—¡¿Vos los escondiste?!

Raquel se rió por la idea.

—No. ¿Cómo los voy a esconder yo?

—Desgraciada. Los escondiste. Decime la verdad.

—Ni siquiera toqué tu bolso.

—¿Y ahora? —Germán estaba algo desencajado—. ¿No trajiste nada? Te la...

—¿No hay un lugar para comprar acá cerca? —lo interrumpió Raquel.

—A quince minutos de auto. Y quince de vuelta.

Raquel se encogió de hombros.

—Tenías que ser más previsor.

—Si los traje. Te juro que los traje —casi gritó Germán al tiempo que arrojaba una remera a los pies de la cama—. Y vos no te pongas caprichosa.

Raquel recogió las piernas y levantó las cejas.

—Estás jugando conmigo —se quejó Germán, aunque nacía en él cierto placer por la situación. Casi a su pesar, una risita escapó de su garganta.

—No te acerques.

—¿Qué tengo que hacer para...?

—Me voy a vestir.

—¡No! ¡Pero Raquel! ¿Qué te pasa? —había en Germán una ambivalencia entre la alarma y la diversión. No sabía a ciencia cierta cuánto era realidad y cuánto juego, pero lo confuso de las circunstancias le producía una excitación más bien agradable. Raquel se puso de pie y sus tetas cobraron un ligero balanceo cadencioso. Germán le cortó el camino hacia la ropa, agazapándose con una risita nerviosa. Quería cogérsela, y quería cogérsela por atrás, por el culo; muy en el fondo de su cabeza existía la sospecha de que no había buscado bien los preservativos justamente para hallar una excusa y metérsela por atrás.

Mientras la observaba, en esos segundos en los que

los dos dudaron, nació en él el temor de que realmente Raquel estuviese disgustada y de que todo se frustrase, tal vez el fin de semana entero, porque Germán era de aquellos para quienes un inconveniente cualquiera encierra una posible catástrofe. O, más exactamente, el inconveniente aparece como la prueba irrefutable de que no se es un elegido, y, si es éste el caso, se está a merced de las fuerzas del azar y del caos; y el ánimo vive preso de esta dicotomía: o se es un elegido o se vive al borde de la catástrofe. Y Germán, aun cuando estaba todavía algo divertido, presentía que la situación podía derivar en una pelea. Intuyó que le convenía volver a buscar los preservativos que, a la fuerza, tenían que estar en el bolso, excepto que ella los hubiese sacado.

—Los voy a buscar de nuevo —aseguró—. Pero antes... —Germán estaba a medio camino entre el ataque y la súplica, pero no tenía aún con Raquel la suficiente confianza ni para lo uno ni para lo otro. Ella había retrocedido un paso hacia la cama y había apoyado una rodilla en el colchón, subiendo la pantorrilla. Tanto podía interpretarse que estaba dispuesta a hacer un requiebro hacia la cama como que era un paso atrás defensivo y previo a una suerte de huida. Por una fracción de segundo la mirada de Germán se dirigió hacia la remera que había quedado sobre la cama.

—¡Ahí están! —y señaló la cajita de preservativos, que estaba sobre el cuello de la remera. Se abalanzó sobre ella—. Vos la habías escondido y la pusiste ahí.

Raquel volvió a reírse.

—¡No! ¿Dónde te parece que los tenía escondidos? —y esta vez sí su generoso regreso a la cama disipó en Germán todas las dudas.

Y tanto Germán como Raquel le tomaron el gusto a la demora y a la incertidumbre, porque durante ese fin de semana, cada vez que iban a hacer el amor, jugaron a la escondida del preservativo. Uno de los dos salía de la habitación mientras el otro escondía un preservativo, y nada podía suceder hasta que fuese hallado. El que buscaba, inevitablemente, reconocía la superioridad del otro, el que asumía un tono de burla y casi de desprecio

por las ansias del buscador, y por lo tanto se esmeraba en hallar un buen escondite; el tiempo que tardaba el otro en encontrar el preservativo era el tiempo que duraba su poder, porque apenas el buscador lo enarbolaba la situación se invertía por completo; el poseedor del preservativo tomaba el poder y el escondedor caía en la pasividad más absoluta, casi inerme frente al poder que había cobrado el otro, aguardando inmóvil a que éste hiciese según su gusto o moviéndose de acuerdo a las órdenes que recibía.

En una de las búsquedas, que tuvieron como escenario los tres dormitorios de la casa, revisando unos estantes de un placard Raquel encontró una peluca. Estaba tirada en un rincón y ella, antes de verla, la palpó, llevándose una feísima impresión. Se asustó, creyendo que había dado con un bicho y, veloz, retiró su mano. Parándose en puntas de pie pudo ver el fondo del estante y advirtió entonces que se trataba de una peluca. La sacó y la dejó descansar sobre la punta de los dedos. Era castaña, con un flequillo que caería hasta las cejas, para luego adquirir un largo uniforme —especie de casquete— que haría descansar las puntas del cabello sobre los hombros. Raquel imaginó que para lucir esa peluca había que tener facciones muy chicas y bonitas, una boquita bien roja bajo una nariz pequeña y afilada. Y el hallazgo la alarmó, más aún cuando percibió que Germán la miraba sin decir palabra, apesadumbrado. No tenía ninguna razón para que esa peluca alterase su ánimo, pero no podía evitar la desagradable sensación que la invadía. Sospechó un triste secreto y sin saber por qué relacionó la peluca con el disgusto actual de Germán para con la pizza. Por una fracción de segundo pensó en las empanadas como en la tabla de salvación de la felicidad de ese fin de semana. La peluca abrigaba su mano y parecía haberse apoderado de ella. El silencio en la habitación era absoluto. Raquel estuvo a punto de preguntar algo, sin embargo se arrepintió y volvió la peluca a su lugar, en el rincón. Y siguió buscando, aunque ya no buscaba tanto el preservativo sino la cabeza de telgopor que habría servido para portar la peluca. Y lo hacía convencida de que el hallazgo sería

una confirmación para ella, una dolorosa confirmación.

—¿De quién es la peluca? —preguntó en un momento, casi a su pesar, escapándose la pregunta de sus labios.

—No sé.

—Es muy femenina y...

—Busque el preservativo, señorita, que sus tetas no la van a salvar de lo que le espera si no lo encuentra —Germán parodió una voz militar.

—Yo... Pensé que estaría debajo de la peluca.

—¡Terminala con la peluca!

—Es que estaba pensando en ponérmela —mintió Raquel, inventando algo de apuro y sin pensar en lo que decía, atraída inexplicablemente por el asunto de la peluca.

En el rostro de Germán cruzó por un instante un gesto feroz, pero enseguida sus facciones se ablandaron; hubo un segundo en el cual pareció hundirse en sí mismo, aunque no tardó en surgir en sus labios una sonrisa, entre divertida y pérfida.

—Está bien. Ponétela.

A Raquel la idea no la entusiasmó en lo absoluto.

—¿Querés que sea otra?

—¿No me dijiste que te la querías poner?

—Sí, pero... ¿No la usará tu mamá?

—No, ¡¿cómo la va a usar mi mamá?! —Germán fue hasta el placard y buscó la peluca—. Ponétela. O dejá —dijo enseguida mientras la admiraba al cobrar forma en sus manos—. Yo te la pongo. Si te recogés el pelo...

Raquel se recogió el pelo en redondo y, muy delicadamente, Germán le puso la peluca, ajustándola hasta que adquirió fijeza. Y juntos fueron hasta el espejo de la cómoda.

—Te queda hermosa —le dijo con la voz algo enronquecida—. Pintate más los labios —y abrió un cajón de la cómoda en donde había, entre otras cosas, algunos cosméticos. Raquel tomó el rouge.

—¿Y ahora? —le preguntó Raquel. Y pudo ver que las facciones de Germán estaban veladas por el deseo—. Tengo que seguir buscando el forrito —arguyó, no muy convencida de la bondad de la situación.

—Dejá. Por esta vez no importa —y Germán hizo salir una teta del corpiño que la contenía—. Me estoy volviendo loco. Te la meto por atrás —afirmó, decidido, inapelable, en tanto se daba a lamiscarle el pezón completamente transportado.

Raquel le acarició con vigor el pelo y esto pareció excitarlo todavía más porque su boca se llenó de saliva y casi le muerde el pezón.

—¡Ay! —Raquel, usando buena parte de sus fuerzas, le separó la cabeza de su pecho. Germán pugnaba por volver a él, devorándolo con los ojos.

—¡Qué fin de semana divino! —afirmó, con la voz urgida, casi desesperada, aunque conservaba la dulzura, el aterciopelado del timbre.

Raquel no pudo sino ceder y Germán volvió a la teta al tiempo que con una mano buscaba su sexo, corriéndole la bombacha. Y por un instante brevísimo Raquel cobró conciencia de la totalidad de ese fin de semana y de lo hermoso que sería su recuerdo en el tiempo, y alcanzó a pensar que al día siguiente, domingo, prepararían juntos las empanadas y que...

Raquel se sentó en el tronco y subió las piernas.

—¿Así está bien?

Germán la observó por unos instantes.

—No. Mejor bajá las piernas.

Raquel obedeció.

—¿Me vas a dibujar arriba de un ataúd?

—¿Por qué no? Yo creo que tu cuerpo arriba de un ataúd sería muy contundente y...

—¿Qué? ¿Estás pensando en hacer pornografía conmigo? —Raquel sonrió pícaramente.

—Sí. Pero mejor hacemos un video. Se abre la tapa de un ataúd y vos estás desnuda, completamente inmóvil. La cámara está fija en un trípode, funcionando. Y avanzo hacia vos, extendiendo los brazos hacia tus tetas...

—Qué raro.

Germán se reía.

—La tapa se vuelve a cerrar antes de que te toque. Pero mejor pongamos un ataúd transparente, de vidrio.

—Ni siquiera de cristal.

—La producción es pobre. Es cine casero, íntimo. Ni siquiera a vos te voy a dejar ver la película. Me va a servir para masturbarme después de que me dejes.

—Siempre precavido. Y pensás en vos.

—Como todo artista.

Hubo unos instantes de silencio. Germán hacía trazos en una gran hoja blanca.

—Nunca me imaginé que no fueras ciento por ciento un médico. Te aseguro que en las clases da la impresión de que no te interesa otra cosa. Realmente te lucís y... Hablás tanto.

—Es que tengo el *speech* bien aprendido. Y lo repito todos los cuatrimestres.

—¿Me estás dibujando?

—Sí.

—No merezco todavía una pintura.

—Es al revés. El dibujo es superior. El dibujo es primigenio, es natural. La pintura es un artificio. A la sociedad le gusta la pintura. El arte es otra cosa, y está más en el dibujo. Esencialmente, no debería haber más que dibujo. Claro que yo pinto.

—¿Y por qué pintás, entonces?

—Debe ser porque soy... débil. Y... y precavido, como dijiste vos.

—Podés ser famoso mediante la pintura. Y después dibujar.

—Y después dibujo pavadas, total. Quizás el dibujo sea así: esencial y pavo al mismo tiempo. O mirá, se me acaba de ocurrir: lo esencial siempre es una pavada. Por eso existe la pintura —Germán se pasó el dorso de la mano por la nariz—. Parece que hay que ser pintor —le dijo agrandando los ojos, perplejo o simulando perplejidad—. Ante la duda, pinto y dibujo. Te prometo que te voy a pintar. Vas a integrar mi serie de los troncos-ataúdes. Los troncos van a ser más ataúdes que nunca, pero con vos igualmente va a ser el triunfo completo de la naturaleza.

El mismo hombre rechoncho y rojizo del día anterior volvió a pasar en bicicleta.

—Qué tal —saludó esta vez, con una voz muy grave, de bajo profundo—. Que tengan un buen día —y su voz, llamativa, quedó flotando en el aire. Germán detuvo por unos momentos la actividad de su lápiz. Raquel se figuró que había tenido la misma incómoda impresión que ella: esa voz denotaba una masculinidad tan absoluta que cualquiera que no la poseyera quedaba menoscabado. Los celos habían detenido su lápiz al pensar que ella se había abrigado con esa voz, y que él nunca tendría una voz así, con la cual cubrirla.

Germán observaba el dibujo con la mente en otra cosa, inmóvil la mano sobre el papel, sosteniendo apenas el lápiz entre los dedos. Y los ojos de Raquel quedaron prendados de esas facciones pequeñas, casi bondadosas aun cuando estaban reconcentradas en sí mismas, absortas en el más egoísta de los gestos. Había una belleza infantil y una inteligencia madura en esa cara, que estaba envuelta ahora en el estupor de esa carencia que tal vez nunca había imaginado tener. Raquel se enamoraba de esas facciones que dudaban de sí mismas y que huían de la realidad externa para encontrar algún apoyo desde el cual emerger. Raquel sintió el deseo de traerlo consigo, de forzarlo a que se volcara hacia ella, en parte porque, por amor, quería rescatarlo de la decepción, en parte porque temía de esa inteligencia que se arremolinaba y se internaba en oscuridades de las que podían surgir, por ejemplo, las razones más imprevistas para dejarla.

La belleza infantil de las facciones de Germán despertaba en ella confianza, creía ver en ella muestras de sinceridad y hasta de candidez. Todo lo que estaba en superficie en él era absolutamente querible, incluida esa inteligencia relacional que volcaba en la conversación y que estaba fuertemente impregnada de sentido común, de piedad. Mas existía en él esa otra inteligencia, mucho más personal y auténtica si se quiere, que, según sospechaba Raquel de manera casi inconsciente, no estaba atada a ninguna regla y se satisfacía en sí misma, suerte de fondo en donde todo lo que existía en superficie caía fi-

nalmente y perdía sus formas. Esta inteligencia interior construía otra realidad acerca de los sucesos, una realidad quizá marcadamente racional y portentosa pero alejada del sentido común y de la piedad. Y lo que nunca llegaba a establecer, en alguna medida porque jamás se lo había planteado en estos términos, eran las razones de esa interioridad, si era por la naturaleza misma de esa inteligencia, que sólo podía existir oculta y alejada del brillo de la conversación, o si Germán, aunque orgulloso de ella, sentía vergüenza de exponerla, y quizá no tan sólo vergüenza sino también temor de que, si la sacaba a luz, fuera rechazado por los demás, quienes no podrían entender cómo un hombre con esa cara pudiera albergar tales pensamientos. Y en la vaguedad neblinosa en la que se desarrollaba este asunto, Raquel se inclinaba por esta última posibilidad, ya que esa vergüenza y ese temor representaban la victoria del Germán más superficial —el que ella quería— sobre el otro.

—Mirá que todavía tenemos que hacer las empanadas —le recordó Raquel cuando se prolongaban el ensimismamiento de Germán y la inmovilidad del lápiz. Pero ella lo dijo más que nada para animarse, porque el pensar en la preparación de las empanadas —el fuego crepitando dentro del horno de barro, las tapas dispuestas sobre la mesa enharinada con el relleno encima— la hacía feliz.

—Nuestras queridas empanadas —dijo él—. Ya no sé si voy a poder comerlas. Quizás haya que guardarlas como recuerdo.

—No. Hay que comerlas para que realmente sean empanadas. Si no más vale hacerlas de cerámica.

El lápiz de Germán volvía a correr, veloz, sobre la hoja.

—Sí. Tenés razón. Mejor comerse los recuerdos. Y las reliquias también. Uno las deglute, las incorpora al cuerpo y pasan a ser parte de uno mismo.

Germán dejó a un lado la hoja y el lápiz y se puso de pie.

—¡Esas empanadas estarán en mí! —dijo, risueño, mientras extendía los antebrazos en un ademán de forta-

leza—. Como la kriptonita... O como las hostias. Las empanadas consagradas —y se acercó a Raquel y le dio un beso en la boca, algo tímido y breve, el que fue seguido de una separación en la que se cruzaron las miradas y entonces sí se aproximaron con urgencia y se dieron un largo beso. Y, tras el beso, hubo unos instantes de vacilación, en los cuales ninguno de los dos sabía qué es lo que seguiría, cosa que ocurre con frecuencia cuando un beso muy apasionado, por distintas circunstancias, no puede desembocar en el acto sexual.

—Dejemos mejor el dibujo para la tarde y vamos a hacer las empanadas, ¿te parece? —dijo Germán.

—Pero prometeme que me vas a hacer el dibujo.

—Claro que lo voy a hacer. Soy el mayor interesado.

Caminaron rumbo a la casa.

—Te quería pedir algo —le dijo él, un poco embarazado, cuando llegaban a la galería, donde se detuvieron.

Germán se quedó pensativo, como si no supiera de qué manera empezar. El gesto adusto, reconcentrado.

—¿Sí? —ella lo apuró en alguna medida, intrigada, temerosa de lo que le aguardaba.

—Yo te pedí que no le dijeras a ningún otro alumno de lo nuestro.

—Yo te avisé que Florencia ya lo sabía.

—Bueno, excepto Florencia, que tampoco se lo iba a decir a nadie. Pero... El hecho es que lo sabe todo el mundo y...

El desánimo invadió las facciones de Raquel.

—¿Cómo sabés que lo sabe todo el mundo?

—Me doy cuenta. Es evidente. El otro día no sé qué dijo uno, riéndose, que me daba a entender que sabía que yo andaba con una alumna. Pero, buen... Eso ya es un hecho. Mala suerte. Yo... te quiero pedir, ya que todo el mundo lo sabe, que no des el final conmigo. Yo le voy a pasar tu libreta a Horacio, para que te tome él. Te quería avisar para...

—Igual iba a estudiar a fondo —se defendió ella.

—Te quería avisar para que no te sorprendas.

—Pero si vos le vas a tomar a todo el curso menos a mí, la cosa se va a hacer mucho más evidente.

—Si ya lo saben todos. Aunque sea que no me vean tomándote.

Por alguna razón, a Raquel el asunto la ofuscaba. Jamás había buscado sacar una ventaja al salir con Germán, pero ahora se sentía rechazada.

—O le puedo pasar a Horacio tres libretas, así no le doy sólo la tuya.

—Histología es de las materias más fáciles —afirmó Raquel, con la vista baja, perdida en algún lugar del piso de la galería.

—Tampoco pienses que el final es una pavada.

—Quiero decir que no es anatomía.

—Te hubieras levantado a la momia y tenías aprobada anatomía —y Germán la miró zumbón, casi a punto de reírse.

—Tonto.

—Hace dos mil años que la momia no ve a una mujer viva, así que... —y ambos empezaron a caminar rumbo al quincho. Germán estaba ligeramente risueño. En Raquel empezaba a gestarse, todavía nebulosa, una idea: la de no presentarse al final de histología.

Germán fue preparando el fuego dentro del horno con extrema parsimonia. Hizo un bollo de papel de diario bien aireado, al que le dio forma de cono truncado, tarea que le llevó sus buenos minutos. Luego, en derredor del diario, fue ubicando, primero, palillos muy finitos, casi paja, para ir incrementando el grosor de los tronquitos poco a poco en un orden bastante riguroso que se fue dando, acomodándolos verticalmente con paciencia unos contra otros, hasta llegar a aquellos maderos que propiamente se los puede denominar como leña. Sin que hubieran dicho ni una palabra al respecto, ambos abrigaban la idea de la perfección y se esmeraban en pos de ella. Era una suerte de pacto implícito que había surgido entre ellos. Y si ninguno de los dos lo había hecho explícito era porque no podían exponer ningún motivo para avalar esa idea de la perfección. Los entibiaba la creencia de que la preparación de esa comida en particular, de esas empanadas, era un

acto fundacional, un origen al cual siempre podrían remitirse para ser felices mientras estuviesen juntos. Un hecho al que jamás mencionarían —en parte por lo baladí de las empanadas, en parte porque al exponerlo gastarían su magia—, pero que estaría allí, uniéndolos, otorgándole a cada uno el recuerdo de ese esfuerzo por la perfección, y el figurarse que la alcanzaron y que juntos vivieron un momento como ningún otro, casi de gloria. Y si bien ambos creían esto no podían decirlo con palabras, hablaban los hechos, el esmero que ponían en cada uno de los detalles, los consejos que se daban, los ademanes y los tonos de voces, en los que se hacía ostensible la seriedad con que tomaban esa fiesta. Se reían, sí, pero no por ello descuidaba Raquel la medida de un centímetro con la que cortaba la cebolla de verdeo. O se hacían bromas acerca de las diferencias entre las recetas de empanadas que defendían uno y otro, pero se preocupaban para que el derrotero de los hechos siguiera un estricto punto medio, figurándose que en la conciliación estaba la medida perfecta. Se veían como la representación de fuerzas muy superiores a ellos mismos y a la transacción como el equilibrio necesario. No aspiraban más que a la perfección más mediocre posible; en esto no sólo depositaban sus sueños de felicidad sino también sus esperanzas acerca del origen que su pareja estaba buscando. Pero además, veían en la conciliación un simulacro de matrimonio, o mejor dicho de la idea que ellos tenían del matrimonio. En alguna medida, creían que jugaban a ser marido y mujer, y para ello ponían a disposición del juego toda la puerilidad de la que eran capaces, imaginando que la inocencia era el punto de unión más fuerte, casi lo único que los podía unir verdaderamente.

Raquel dispuso una docena de tapas sobre una mesa enharinada. Había desparramado la harina con sus manos, dejándose llevar por el beneplácito que le causaba el polvo en las yemas de los dedos. La suavidad de la harina la demoró un buen rato, y a punto estuvo casi de aletargarla, de hacerle descreer de la misión que tenían entre manos. La actividad de Germán la arrancó de esa parsimonia, y recordó que las tapas, al aire, podían secarse. Fue colocando el relleno en su centro y cuando hubo

terminado esto, por unos momentos observó las doce tapas con el relleno encima como si fueran un paisaje digno de ser apreciado. Germán también se detuvo para mirarlas. Esos montículos daban la impresión de constituir una obra terminada, el final de lo que ellos estaban buscando; parecía que no tenían nada más que hacer que mirar la mesa y, atrás, el fuego que se ondulaba entre los leños dentro del horno de barro. Lo que siguió fue para ellos una concesión que, por fuerza, tenían que hacer a la realidad. Germán cerró las empanadas con agua tibia, usando el dedo como pincel, y a medida que lo hacía se las pasaba a Raquel para que ella les hiciera el repulgue. Se sonreían mutuamente por el sincronismo que enseguida adquirieron.

Pronto, demasiado pronto, habían terminado y las empanadas descansaban sobre la pala que las introduciría en el horno. Cerradas, habían adquirido un aspecto ramplón; blanquitas y panzonas sobre el hierro negro, no parecían dignas de una gran expectativa. Germán tomó una y la acarició levemente.

—Me hacen acordar a tus tetas.

Instintivamente Raquel se miró el escote, en parte ofendida, en parte alegre.

—Por lo blanquitas que son —aclaró él—. Me gustan así, blanquitas.

—Cométela crudas.

—Para crudas, prefiero tus tetas —y Germán devolvió la empanada a la pala. Y antes de que Raquel pudiera hacer nada, sorpresivamente, ya que parecía que iba a girar hacia el mango de la pala, con un dedo tiró del escote de su remera y echó una mirada hacia las tetas. Soltó la remera e hizo el gesto de haber visto un manjar.

—Realmente me las comería.

—¿Sí?

—Con un poco de sal.

Germán había tomado la pala y, agachado, fue colocando las empanadas dentro del horno muy meticulosamente, cuidando que ninguna se rompiera, rodeándolas con brasas.

Unos diez minutos más tarde y ya con la mesa del

quincho puesta, se sentaron en una mecedora, al amparo de la galería. Raquel se sentó arriba de Germán y ligeramente se hamacaron. Las maderas, viejas y algo resecas, crujían. Raquel sentía que aplastaba a Germán con su peso y que él, allí abajo, su cuerpo delgado incapaz de moverse, estaba en alguna medida indefenso. Y miró su cara infantil y se acordó de la peluca.

—¿De quién es la peluca?

—Ahora es tuya.

—Te voy a aplastar hasta que confieses.

—Es tuya. Y tuya, para siempre.

Se estuvieron un rato en silencio.

—¡Germán! —Raquel se incorporó y su peso se concentró repentinamente en una superficie menor, por lo que Germán casi grita también—. ¡Me olvidé la sal! ¡No le puse sal al relleno! —y miraba a Germán como si en el asunto le fuese la vida.

—¿Estás segura?

Raquel se puso de pie.

—¡Te juro! Me olvidé de la sal. Hay que abrirlas y ponerles —y salió corriendo rumbo al quincho.

—¡Raquel! —la llamó, pasmado por la idea de abrir las empanadas, aliviado de que el error no corriese por su cuenta. Y fue detrás de ella.

Llegó cuando Raquel abría el horno y miraba en su interior.

—Ya es tarde, no se pueden abrir. Les ponemos después —dijo él.

—¿Y cómo se le puede poner sal a una empanada? —preguntó Raquel, completamente desilusionada, cerrando la puertita.

—Arriba. Sobre la masa. No es tan importante.

—¿Tenés presión alta?

—No, que yo sepa. Nunca me la tomo.

Raquel volvió a abrir la puertita del horno. No se resignaba. Se las veía lindas a las empanadas, incluso prometedoras, lo que aumentó su disgusto para con ellas. Las percibía como traidoras, falsarias que la habían ilusionado y que ahora abrían la puerta de la tragedia, porque ese error que ella había cometido parecía poner en

duda todo el futuro. Impotente, las miró por unos momentos, prefigurándose que no tendría más que esperar la desgracia.

—No te preocupes —Germán encontraba cierto placer en ser generoso con el error de Raquel. Se acercó hasta ella—. Mejor cerrá —y la ayudó a empujar la puertita—. Ya está —dijo él, como si adentro del horno hubieran quedado los problemas.

Un rato más tarde comían las empanadas. El ánimo con respecto al error de Raquel había ido cambiando. Poco a poco, sin que explícitamente se dijeran nada, habían empezado a tenerlo por un buen augurio. Lo imperfecto era preferible a lo perfecto. Frente a tantos detalles que cuidaron obsesivamente, el olvido de algo tan básico aparecía como la irrupción del azar, lo imponderable, algo tan casual como el encuentro de ellos en un aula de la facultad de medicina. Con sal, iban a ser, mal que les pesara, unas empanadas comunes y corrientes; minusválidas, necesitadas del salero, se convertían en las empanadas de ese domingo en particular, únicas, citables. Eran más que nunca sus empanadas. Se sentaron a comer entre risas, uno al lado del otro en uno de los largos bancos de la mesa del quincho. Usaban alternativamente el salero y lo dejaban sobre la mesa, entre los dos platos. Lo depositaban con fuerza, casi chocando el vidrio contra las tablas de madera; y el ruido del salero, cada vez, se escuchaba nítido, fuerte, seguro, como si fuese un sello que se dejara caer y rubricase un pacto que se llevara adelante con toda decisión, bajo el quincho que los protegía del sol, un domingo de primavera.

Capítulo IX

—¡Hey!

Apenas entró al aula, Azul vio el brazo levantado de Lumidla y su sonrisa harto despareja y ahuecada pero alegre, casi triunfal.

—¡Te arrepentiste! —le dijo su amiga cuando Azul se sentó a su lado—. ¡Menos mal! Se quería sentar la Sole acá, pero no la dejé; le dije que vos estabas enferma y que volvías.

—¡Falté nada más que tres días!

—Sí, pero ya se decía que vos habías dejado el colegio.

Inmediatamente Azul pensó con rabia en Sebastián. Miró hacia su banco, mas el gordito no había llegado todavía. Había pasado al lado de Sofía y Victoria y, disimuladamente, les había pegado un vistazo. Ambas estaban tiesas en sus bancos, mudas, absortas, alejadas del bullicio que reinaba en el aula. Y, lo comprobó Azul, aún permanecían así, apartadas del resto y centrada cada una en sí misma. Azul tuvo la impresión de que esa actitud no era afectada ni era producto del miedo o de una pelea entre ambas, sino consecuencia de la madurez. Parecían dos señoras mayores sentadas en medio de un grupo de párvulos que hacían escándalo, dos señoras mayores a quienes las circunstancias habían empujado a compartir el aula con adolescentes; una situación que las incomodaba pero a la que se tenían que resignar. Y el disgusto las aislaba, e incluso cortaba los puentes entre ellas, alejándolas de una complicidad manifiesta. Azul se daba cuenta de que no obtendría ninguna ventaja de lo que veía; todo lo contrario, aun cuando cupiera la posibilidad de que ya no fuesen amigas entre sí, estaban muy por en-

cima de ella, como si hubiesen atravesado una experiencia que las hubiera transformado en otras personas. Azul les veía las espaldas, y esas colas que formaban con el cabello parecían ser parte de un disfraz que habían adoptado para camuflarse con el resto del aula. Toda la alegría que pudo haber sentido por el recibimiento de Lumidla se diluía al percibir esa distancia que habían tomado Sofía y Victoria, un abismo tan grande que no necesitaba ya de ninguna actitud en particular para con ella. La camaradería de Lumidla no hacía más que ratificar esa distancia con las otras y llegó a fastidiarla.

—¡Ahora viene el profesor nuevo de matemática! —le estaba diciendo Lumidla—. ¡Viniste justo! —y luego de unos instantes de silencio—: ¿Ibas a dejar?

—No. O sí. No sé.

—¿Y Javier? No lo ibas a ver más si dejabas el colegio.

—Sí. Yo también lo pensé.

—Ayer lo vi.

Sebastián había entrado al aula portando con una mano una nueva valija-sobre, tras la que parecía escudarse. Cuando descubrió a Azul la cara se le iluminó y la saludó levantando la valija. La mantuvo en alto unos segundos al tiempo que elevaba las cejas, por lo que Azul dedujo que en la valija había algo para ella.

—Qué plata debe tener el gordito —comentó Lumidla—. ¿Viste el portafolios?

Y estas palabras despertaron en Azul una esperanza. Todavía rumiaba el ofrecimiento de dinero que le había hecho Sebastián. Desconfiaba, pero a la vez tenía sus ilusiones. Incluso, en sueños de vigilia, se había imaginado saliendo con Javier y gastando en ello la plata del gordito.

Antes de que Sebastián se sentara, Victoria, saliendo de su ensimismamiento, lo saludó con la mano y algo le dijo, lo que no llegó a oídos de Azul. El gordito contestó, inclinándose apenas, casi descompuesto de felicidad.

—Los de plata siempre terminan unidos —dijo Lumidla, acrecentando la alarma de Azul por lo que había visto—. Y te digo que Javier...

—¿Qué?

—Por plata...

Y en ese momento entró el suplente de matemáticas, bamboleando su cuerpo de atleta. Sin dirigirles una mirada, se sentó delante del escritorio y abrió una agenda.

—¿Explicó algo? —preguntó Azul.

—No. Nada. Da ejercicios.

—Para mí, no es profesor.

—El jueves tienen prueba escrita —anunció el suplente, poniéndose de pie y echando el cuerpo hacia atrás.

—No es profesor. No —dijo Lumidla, molesta.

—Debe ser de seguridad y... actúa.

—Casi todos los profesores actúan.

—Sí. Pero éste... No sabe nada y es directamente un policía.

—¿Y qué si es policía? No te dejes llevar por Sebastián y listo. Mirá que él tiene plata y después paga y sale, y vos...

Azul advirtió que Sebastián, quien se sentaba en una hilera del costado tres filas más adelante, se volvía para echarle un vistazo; él no llegó a hacerle ninguna seña ni guiño y retornó a mirar al frente, aunque en su camino se topó con la mirada de Victoria y, otra vez, su cara se deshizo en una sonrisa placentera y escrupulosa. Se hizo evidente para Azul que en esos dos últimos días que había faltado algo había ocurrido entre Victoria y Sebastián, producto del encuentro entre el gordito y la mamá de ella en el baño. Se reprochó con acritud no haber aprovechado la oportunidad para sacarle plata aquel día en el bar, y se urgió casi desesperadamente a hacerlo de inmediato, en la primera ocasión que se le presentara. Miró la hora para calcular cuánto faltaba para el primer recreo.

El suplente de matemáticas escribía unos ejercicios en el pizarrón. Lo hacía con lentitud y alguna dificultad, como si temiera equivocarse en el trazado de los números y de los signos. A cada instante miraba y remiraba el papel del cual copiaba los ejercicios.

—Debe ser ciego, además —le dijo Azul por lo bajo a su amiga.

—Vos porque no lo viste el otro día. Se vino con un pantalón superapretado. Se le marcaba todo.

Sebastián levantaba la mano.

—¿Qué quiere ese gordinflón tarado? —murmuró Lumidla.

Habilitado por el suplente, le indicó un error en un ejercicio. El atleta, desconcertado, miró su papel y luego el pizarrón. Disgustado, aseguró que no había ningún error. Pero Sebastián insistió, dando las razones por las cuales consideraba que el ejercicio, tal como estaba planteado, no podía resolverse.

—Hay otra forma de resolverlo. Usen el método que sea. Lo único que me interesa es que el ejercicio esté resuelto todo lo posible —y el atleta se volvió hacia el pizarrón para seguir copiando, dando el asunto por terminado.

Contra todo pronóstico, Sebastián volvió a levantar la mano. Y la tuvo levantada un buen rato, mientras el suplente copiaba ejercicios sin prestarle atención.

—Profesor —dijo Sebastián, sin conseguir que se volviera.

Hasta que una goma voló desde atrás e impactó en la cabeza de Sebastián.

—¡No me dejás ver, boludo!

Y Sebastián bajó la mano.

—¡Son unos idiotas! —farfulló Azul con bronca.

—Está bien. ¡¿Para qué jode levantando la mano?!

—Para desenmascarar a este patovica que se hace pasar por profesor.

—¿Y qué ganamos?

—¿No te das cuenta de que lo metieron por algo? Están tapando lo que pasa en el piso de arriba y este tipo es parte de todo eso.

—Y si vos no sabés nada de lo que pasa en el piso de arriba. ¡Y qué importa lo que pasa ahí! Que hagan lo que quieran. Con tal que éste no nos cague en la prueba yo me conformo.

—¿Y si te caga el patovica?

—La otra también me cagaba.

—¿Y si le pasó algo a la profesora de matemática? Desapareció de un día para el otro.

—Que se joda. Además, éste dijo que el marido estaba enfermo. Seguirá enfermo. O se habrá muerto.

Azul estaba sorprendida porque Lumidla nunca le había hablado de esa forma, tan segura de sí misma.

—Yo quiero saber qué pasa.

—Yo creo que no vas a saber nada.

—Sebastián... —se encontró Azul con que iba a reivindicar la inteligencia de su amigo, pero una risita de Lumidla la interrumpió.

—Sebastián va a hablar de esto y de aquello. Y va a acusar a menganito, o a este otro —y señaló hacia el frente—. Hasta que se enganche en una, o se vaya. Si tiene plata, el año que viene va ir seguro a un colegio privado.

Se estuvieron un rato calladas, terminando de copiar los ejercicios.

—¿Sabés una cosa? —empezó Lumidla—. Cuando te recogés el pelo así, sos igual, igual a Javier. Viste que él casi siempre se lo recoge con una gomita.

Azul sonrió. Ella sabía del parecido y le encantaba que su amiga se hubiera percatado. Es más, en una de sus fantasías más frecuentes ella era la novia de Javier y en distintos lugares los tomaban como hermanos, y aun como mellizos. O se imaginaba en un bar, sentados uno frente al otro como si estuviesen ante un espejo, turbados ambos por el parecido pero felices. Y no podía imaginarlo desnudo, porque el Javier del cual estaba enamorada era el que andaba con una remera holgada y un jean, y apenas si podía darse cuenta de que era muy flaco; como ella, que también vestía jeans y casacas holgadas. Desde la primera vez que lo vio le había gustado y casi inmediatamente había advertido el parecido, a la sazón se había dedicado a cultivarlo, adoptando como costumbre el peinado que usaba él y hasta se había comprado remeras con el mismo dibujo. Se había figurado que, por fuerza, él advertiría el parecido y se fijaría en ella, pero hasta el momento no había dado muestras de registrar su existencia, y como nadie le había dicho nada al respecto había empezado a dudar del parecido y a tenerlo por una ilusión que ella se hacía. De modo que las palabras de su amiga le devolvieron la alegría.

—¿En serio que somos tan parecidos? —le preguntó Azul, como si dudase, intentando en realidad que

Lumidla llevase aun más allá la afirmación que había hecho.

—Sí. Para mí son parecidos —ratificó Lumidla, aunque para desilusión de Azul, quien no se había dado cuenta de que su amiga había empezado siendo tan tajante y enfática que casi no había más posibilidad que el atemperamiento.

—Me lleva un año, así que gemelos no somos —comentó Azul, tal si especulara alguna vez con esa posibilidad, pero haciéndolo más que nada para retrotraer las cosas al punto en que las había instalado Lumidla en un comienzo: el del parecido asombroso.

El suplente había terminado de copiar los ejercicios y se paró delante del curso abriendo las piernas y cruzando los brazos delante del pecho. Pese a lo que pudiera pensarse, no parecía querer ser amenazante sino que, quizá algo desconcertado por su rol delante del aula, recurría a una posición que le era habitual y con la cual se sentía seguro.

—A mí no me gustaría un chico que se pareciese mucho a mí —murmuró Lumidla con voz apenas audible, como si no se diese el derecho de decir algo así.

—No. Claro.

—¿Por qué claro?

—Por... A mí me gusta Javier porque... No sé...

El atleta les echó una mirada y se callaron la boca. Azul escribió un uno debajo de los ejercicios y lo rodeó con un círculo. No estaba segura de que siquiera fuera a intentar resolver ese primer ejercicio pero puso un guión delante del círculo como para que quedara más prolijo y abrió una llave que, sabía, no debía quitarse sino hacia el final. Allí se detuvo. Le pareció suficiente como para mostrar en caso de ser necesario, al menos por un rato. No le gustaba lo que le había dicho Lumidla. Sentía que de alguna manera la estaba culpando por el parecido, cuando ella no podía ser en absoluto responsable de que Javier se le pareciera. Ella se juzgaba completamente inocente y, además, siempre se había figurado que sus facciones, lejos de ser accidentales, eran un mérito personal, por lo que mal podía ahora avergonzarse o renegar de

ellas. Que le gustase Javier, según lo consideraba Azul, era algo lógico, natural. Y si se diera el caso de que finalmente saliesen, estarían ambos, desde los inicios, en completa familiaridad, pisando en terreno seguro. Si Javier había tenido la fortuna de tener sus facciones, debía ser en parte también un elegido, y a esta creencia —vaga y difusa pero eficaz justamente por esto— se aferró Azul para prevenirse contra cualquier cosa que le pudiera decir Lumidla o quien fuere.

El atleta se acercaba caminando por el pasillo y Azul tuvo la impresión de que venía directamente hacia ella. Se apresuró a resolver un paréntesis muy fácil, puso un ocho dentro de la llave y trazó por debajo de éste una línea. El suplente pasó de largo y se instaló en el fondo del pasillo, adoptando la misma posición de antes, de acuerdo a lo que pudo entrever Azul con el rabillo del ojo. Luego ella echó una ojeada sobre Lumidla, quien tampoco había avanzado gran cosa con los ejercicios. Nunca su amiga le había parecido tan fea. Era incluso desagradable. Pensó que no debía permitirle a una persona como ella que se metiera en sus asuntos. Imaginó cómo juzgarían Sofía y Victoria a una persona así y sintió que la odiaba, que esa amistad la menoscababa. La fidelidad que parecía profesarle la puso furiosa ya que advirtió que sus efectos no serían muy distintos de los que produce una persona que se está ahogando y que en su desesperación se aferra de otra y la hunde con ella. Es verdad que no tenía nada que reprocharle a Lumidla, pero esto justamente alimentaba su encono porque no podía más que ser resultado de un acto de voluntad, premeditado, completamente consciente y humano, y esto contradecía la fidelidad perruna que ella simulaba. La miraba y no podía menos que pensar que Lumidla tenía fines en la vida, y esta idea la fastidiaba porque si su amiga era tan humilde como parecía no tenía que tener ningún objetivo propio y toda pretensión que tuviera en la vida era ilegítima.

Cuando tocó el timbre del recreo el primero en levantarse fue Sebastián. Ágil, pese a sus kilos, salió del banco

con el evidente deseo de abordar al suplente. No lo logró sin embargo porque el atleta tenía los libros listos bajo el brazo y se apresuró a marcharse sin echar el más mínimo vistazo hacia los alumnos. El gordito, no obstante, volvió bastante satisfecho sobre sus pasos, de modo que podía pensarse que, según su criterio, había hecho huir al profesor. Se detuvo al lado de su banco y, como si manejasen un código de inteligencia, le hizo una seña a Azul, tomó algo que estaba arriba del pupitre y caminó hacia la puerta del aula. Azul no había entendido la seña pero, recordando su propósito de sacarle plata, se apresuró a seguirlo, feliz también por irse del aula sin darle la más mínima explicación a Lumidla. Cuando salió al pasillo vio que Sebastián se volvía hacia ella por un instante como para asegurarse de que lo seguía y retomó sus pasos rumbo a las escaleras. Aunque no le gustaba tener que seguirlo y los aires misteriosos de Sebastián la ponían nerviosa, Azul se consolaba pensando que sus intenciones compensaban con creces ese menoscabo. Iba a sacarle todo el dinero posible; ése iba a ser su objetivo principal, independientemente de lo que ocurriese con lo del piso de arriba. Se dejaba guiar por el gordito, pero él iba a ser su presa. Lo iba a traicionar en el mismo momento en que advirtiese que ya no podía sacarle más provecho. Sebastián había llegado a la planta baja y se introdujo, apenas, en el grupito que pugnaba delante del kiosco. Azul encontró un hueco al lado de él.

—¡Viniste justo! —le dijo él.

—Para qué.

—Hay una reunión con Sofía y Victoria.

—¿Cuándo?

—Hoy. A la salida del colegio. Yo ya quedé con Victoria.

—¿Y va a ir Sofía?

—Sí. Yo creo que sí.

—Pero la iban a hacer sin mí.

—Vos no aparecías. Ibas a dejar el colegio.

—No estaba segura. Y volví... ¿En qué quedaste con ellas?

—En hablar. Nada más. Victoria debe pensar que es por lo de la madre. Y ayer justo me la crucé.

—¿A la mamá de Victoria?

—Sí. Estaba rara —y Sebastián se adelantó hacia la ventanilla.

—Sofía y Victoria parecen estar en otro mundo.

—Y deben estar en otro mundo —le contestó Sebastián tirando el cuerpo hacia atrás, y volviendo luego a enderezarse.

Azul contaba unas monedas. No le alcanzaba para nada.

—Yo te compro algo —le dijo Sebastián, girando hacia ella. ¿Qué querés?

Azul había bajado con el propósito de sacarle plata, pero ante esta circunstancia se sintió tan menesterosa que su primer impulso fue rechazar el ofrecimiento. Quería un buen billete, algo importante. Dudó.

—No. No quiero nada. Quería ver si puedo volver en colectivo.

—Yo te presto.

Azul se puso violenta. Creía advertir que estos ofrecimientos que ponían en juego minucias arruinaban por completo sus planes.

—Ahora cambio y te doy —le dijo él, muy seguro.

Azul volvió a mirar sus pocas monedas, que descansaban en la palma de su mano. Se sintió débil, más débil aún que si no poseyera nada en absoluto. Por unos momentos descreyó de todo, de su rol en lo que hacía al piso de arriba, de la posibilidad de sacarle a Sebastián algo más que unos pesos miserables. Cerró la mano sobre las monedas y bajó el puño. Quería deshacerse de esas monedas que la humillaban con su barata, casi nula, existencia. Las iba a tirar a la basura en cuanto tuviese la oportunidad. Pensó que tampoco podría pagarse nada en el bar en donde se hiciese la reunión con Sofía y Victoria.

—Yo no voy a ir a esa reunión —le informó a Sebastián.

—Tenés que venir —le aseguró Sebastián, quien pensaba lucirse y quería tener sobre él los ojos de Azul.

—No puedo ir.

—Me vas a dejar solo cuando más te necesito.

Y estas palabras hicieron renacer en Azul la espe-

ranza de sacarle una cifra considerable, aunque todavía no tuviese en mente nada en concreto.

—Tengo que hacer una llamada por teléfono —mintió—. Después veré.

Sebastián se compró dos alfajores y una gaseosa.

—¿Y por qué si ellas están allá, en las alturas, aceptaron juntarse con vos a la salida del colegio?

Azul y Sebastián caminaban hacia un costado del patio.

—Deben creer que sé algo. La madre de Victoria debe tener miedo. Yo me imagino que deben pensar que soy pariente del ministro...

Azul lo miró interrogativamente.

—Del ministro de Economía. No te diste cuenta de que tenemos el mismo apellido.

—No sé nada de política.

—Pero, ¿no es que ves tanta televisión?

—Sí, pero no vemos nada que tenga que ver con la política.

—Bueno, para mí, piensan que soy un sobrino, o el hijo, no sé.

—¿Y tenés algo que ver?

—No.

Mas este no, dicho con la vista en el alfajor mientras corría el papel con cierta estudiada concentración, no le resultó a Azul nada creíble. Casi con emoción se figuró que Sebastián era realmente hijo del ministro, y sus esperanzas se multiplicaron en un segundo, no ya tan sólo con respecto al dinero que pudiera sacarle sino que inmediatamente pensó en su abuela, en la pensión de su abuela. Se habían parado junto a una pared y Sebastián se había recostado contra ella.

—Mi mamá. Es decir, mi abuela, tenía una pensión y la perdió. Y está haciendo unos trámites...

—¿Y por qué perdió la pensión? —se interesó Sebastián, de modo que Azul ratificó su impresión de que sí tenía algún parentesco con el ministro. Excitada su fantasía, intuyó que podía aguardarle un futuro maravilloso.

—No sé. Parece que mi abuelo había tenido otra mujer y hubo un fallo de la justicia. Pero la verdad, no sé. Mi

abuela no entiende mucho tampoco. Yo la acompañé un día. Le cuentan todo rapidísimo y para ellos está todo bien. Parece que hay que estar tranquilos. Pero la pensión no la cobra. Fue a un abogado... —de repente se dio cuenta Azul de que contarle los detalles no serviría de mucho. Si era hijo del ministro podría arreglar las cosas con facilidad y si no lo era no tenía por qué revelarle intimidades. Aunque ella realmente creía que sí lo era y que lo ocultaba para darse el placer de dar un gran golpe, algo sorpresivo y que los dejase a todos admirados.

Sebastián abría el segundo alfajor.

—Tuve una crisis —afirmó a modo de justificativo de la ingesta.

Esto le recordó a Azul las pastillas que ella llevaba en el bolsillo del pantalón y que quería tomar durante el recreo. Sin embargo deseaba ser amable con Sebastián.

—¿Te sentís mal?

—No. Ahora no. Tuve un estallido de nervios en la cabeza el otro día.

Azul quedó por completo desorientada.

—Pero los pude dominar. Pensé en vos y pensé en vos y me concentré terriblemente y... desaparecieron.

Azul no sabía cómo interpretar esas palabras, si eran una suerte de declaración o...

—Pensé que iba a tener esos nervios en la cabeza toda la vida. O al menos hasta que me dieran una inyección de esas que te dan vuelta. Pero te vi y me agarré de vos y no te solté hasta que me salvaste.

—¿Sí?

—Te digo la verdad.

—Yo me tengo que ir. —Confundida, Azul dejaba de lado sus pretensiones de dinero. Se daba cuenta de que estaba frente a una oportunidad, no obstante la aprensión que la dominaba era más fuerte. Empezó a alejarse.

—Arreglemos ya —le dijo Sebastián—. A la salida, te espero en aquella esquina —y se la indicó, señalando la dirección—. En la del kiosco —le aclaró, por las dudas.

—Está bien —susurró Azul al tiempo que giraba, de modo que no pudo advertir Sebastián más que signos difusos de asentimiento.

Mientras caminaba, Azul palpó uno de los bolsillos delanteros de su pantalón. Guardaba allí un vaso plástico plegable, que le había quedado de sus años de jardín de infantes. Y luego palpó el otro bolsillo, donde guardaba las pastillas que le había robado a Raquel de su muestrario de visitadora médica. Llevaba tres pastillas de carbón para secar el vientre y otras dos que, según pudo entender, detendrían la ovulación. No quería menstruar más y estaba decidida a ingerir esas pastillas de por vida. Metió la mano en el bolsillo y acarició las protuberancias plásticas que protegían las pastillas. Éstas eran muy chiquitas, casi insignificantes y sin embargo, pensó, la librarían de esa tortura de la sangre, esa pérdida que la angustiaba mes a mes y que ya no tendría que sufrir nunca más.

Al mediodía, cuando salía del colegio, Azul dudaba de la conveniencia de ir a la reunión que había organizado Sebastián. No se sentía nada bien; tanto el estómago como los intestinos parecían estar inflamados y retorcidos; una náusea, todavía débil, casi larvada, iba trepándole hacia la garganta. En estas condiciones se percibía disminuida y se imaginaba pasto de la despierta inteligencia de los otros. A pesar de esa casi declaración de Sebastián, temía que finalmente terminaran los tres coaligados contra ella, tal como lo había predicho Lumidla. O presumía que sus males serían descubiertos y que se ensañarían contra ella por estar allí sentada, incomodándolos con sus gestos de dolor; sobre todo pensaba en Sofía, quien habría de ser la más aguda y quien buscaría herirla por todos los medios. Ya lo había intentado en buena medida cada vez que le había reclamado la foto, mostrándose despreciativa, sarcástica y, lo peor de todo, risueña, como si su reclamo fuese un chiste, algo incomprensible. Bien que, aun así, Azul estaba dispuesta a insistir con lo de la foto ya que se consideraba en su absolutísimo derecho de tener lo que era suyo y, en cuanto tuviese una ocasión, sacaría a relucir el asunto en el transcurso de la reunión.

Sebastián ya había salido del colegio y debía estar

esperando en la esquina. Azul estaba en la puerta, hesitando. Quería decidirse antes de que salieran Sofía y Victoria, sin embargo, antes de tomar una resolución, cruzó la calle y se ocultó con cierto disimulo tras el tronco de un árbol. Desde ahí, vio a Sebastián, que estaba esperando en la esquina mientras fumaba un cigarrillo. El gordito parecía muy tranquilo y hasta aparentaba a la distancia mayor edad, una madurez cansina y aplomada que había construido quizá en parte con su inteligencia, como él quería hacer creer, aunque más que nada, según la impresión de Azul, con la plata de sus padres; o tal vez era sólo una postura del cuerpo que adquiría en tanto fumaba, una habilidad de su cuerpo gordinflón que afloraba en la medida que desafiaba al asma con el humo del cigarrillo. Azul pensó en una obra de teatro estudiantil en donde Sebastián hiciera el papel de un hombre de negocios, un aquilatado empresario que mantiene su poder más allá de los vaivenes, de los éxitos y de los reveses.

Observando a Sebastián, Azul no llegó a tomar ninguna decisión. Quería ir y quería no ir, y estas fuerzas de igual intensidad chocaban sin resultado alguno. Aguardaba una señal desde su interior: una mejoría o un empeoramiento súbito que decidieran por ella, pero en sus tripas el malestar estaba estabilizado y los cambios eran harto sutiles, contradictorios y hasta podían ser atribuidos a la imaginación. Por fin Sofía y Victoria salieron del colegio y, sin hesitar, se dirigieron hacia la esquina. Todavía dudosa, indecisa, Azul volvió a cruzar la calle y observó a las chicas desde atrás. No hablaban entre ellas y caminaban a medio metro una de otra; semejaban un viejo matrimonio distanciado por las rencillas pero a la vez indisoluble, unido por razones incomprensibles para los demás, pero que, si se diera el caso de que alguien escarbara, las encontraría precisamente en esa distancia que construyeron con el tiempo, luego de una ardua sucesión de pujas y miserias, y que es el punto justo de unión entre esos dos seres, la exacta separación; proceso que no estarían dispuestos a recorrer nuevamente con otra persona. En Azul, no obstante, al observar ese dis-

tanciamiento, nació la ilusión. Quiso creer que obedecía a la acción de Sebastián sobre ellas, a una genial maniobra del gordito. Y se sintió alegre, por unos segundos se figuró casi en la gloria: las chicas humilladas, débiles, pidiéndoles ayuda; Sebastián, hijo del ministro, restituyéndole la pensión a su abuela y aumentándosela; y aun más, cosas inimaginables que pudiera lograr el hijo de un ministro. Siguió a las chicas ya completamente dispuesta a ir a la reunión, lamentándose de no poder rebasarlas y esperarlas junto a Sebastián con una sonrisa burlona. Sin embargo, cuando llegó a la esquina se desconcertó; las chicas habían pasado de largo y habían cruzado la calle. Sebastián, pasmado, se había acercado al cordón de la vereda.

—¡Hey! —les gritó.

Sofía y Victoria giraron sobre sí mismas y miraron a Sebastián como si lo vieran por primera vez. El gordito cruzó la calle y Azul fue detrás de él.

—¡Pero si habíamos quedado...! —Sebastián no pudo terminar la frase.

—¿Ella va a venir? —preguntó Sofía, extrañada y de mal talante, señalando a Azul.

—Sí. Yo le dije a Victoria —se defendió Sebastián.

Pero Victoria tenía la mirada perdida y no ratificó ni desmintió.

—Así, sale más caro —afirmó Sofía.

—Vamos al bar. Yo invito —y Sebastián intentó en cierta forma arrear a las tres chicas. Victoria, sin embargo, se quedó en su sitio, mirando el piso con extraña fijeza.

—No prometemos nada. Y mi mamá menos que menos —aclaró con voz recia, definitiva.

—Es para conocer lo que piensa cada uno —dijo Sebastián, conciliador.

—Yo no te conté absolutamente nada de la profesora de matemática —Victoria lo encaró a Sebastián—. Vos le mentiste a mi mamá.

Sebastián pareció feliz por estas palabras, trasuntando que cuadraban perfectamente con su plan.

—Yo le dije a tu mamá que sabía lo que había pasa-

do con la profesora de matemática, no que vos me lo contaste —mintió.

Victoria sonrió, descreída, y no dijo nada. Los cuatro echaron a caminar rumbo a un bar que estaba casi en la otra esquina.

Sebastián se dio a caminar con apuro, firmemente, de esta forma encabezaba el grupo y parecía liderarlo. Un par de veces echó una mirada hacia atrás para cerciorarse de que era seguido. Portaba una semisonrisa que hacía tomar a sus labios unas curvas voluptuosas, ambiguas, que desaparecían cuando daba una pitada a su cigarrillo y volvían a aparecer luego de expeler el humo. Detrás de él iban Sofía y Victoria, quienes habían acortado la distancia entre ellas e incluso en un par de ocasiones se dijeron algo muy breve y en secreto que fue seguido de risas. Última iba Azul, que no quería perder el paso de los otros pero no podía evitar retrasarse en razón de las dudas que de nuevo abrigaba acerca de la conveniencia de ir a esa reunión, exponiéndose a esos ataques de Sofía que no llegaba a comprender. Si iba era porque necesitaba dar pábulo a su alianza con Sebastián, el hijo del ministro según quería creer ella; y aun cuando esa reunión no sirviese para nada y las chicas no se desmoronasen en lo más mínimo (quizás avaladas a su vez por alguien más influyente que la mamá de Victoria), ella deseaba sentirse codo a codo con Sebastián y hasta sentía cierta simpatía y se le entibiaba el corazón al pensar en el ministro, padre del gordito. Se retrasaba, dado que había perdido esperanzas con respecto a esa reunión, pero iba porque no las había perdido en relación con Sebastián y en particular con su padre.

Entraron al bar, y Sebastián, muy decidido, como si la hubiese elegido con antelación, se dirigió a una mesa. Azul, que acababa de entrar, pudo advertir que antes de sentarse el gordito le dirigía una seña al mozo bastante embozada, por lo que ella se aventuró a pensar que había hecho un arreglo con la gente del bar, cosa bien posible de creer para Azul si es que se trataba del hijo de un ministro.

—¿Y qué le pasó a la profesora de matemática?

—preguntó Sofía apenas se sentaron, aparentemente ansiosa por conocer el chisme.

—¿Y vos no lo sabés? —Sebastián pareció algo desconcertado.

—No.

—Bueno, Victoria te lo puede contar —pareció recuperarse el gordito.

—Tomó licencia por lo del marido. ¿No lo dijo Javier? —Victoria levantó los hombros.

—¿El suplente?

—Sí. Él dijo que se llama Javier.

—Jamás dijo que se llamaba Javier —aseguró Sebastián.

—¿Y cómo dijo que se llamaba?

—No dijo nada. No se presentó.

—Es raro, ¿no? —y Victoria parecía extrañada.

—Para mí, es un hombre de seguridad.

Victoria emitió una risita divertida.

—Es puro músculo ese tipo, ¿cómo va a enseñar matemática? —insistió Sebastián.

Victoria se rió más abiertamente todavía.

—Debe pensar que el corchete es un aparato de gimnasia.

Victoria se desternillaba de risa y la codeaba a Sofía.

—¿No será pariente tuyo? —le arrojó Sebastián.

Victoria abrió mucho los ojos y se rió aun más. Quería decir algo pero la risa no le dejaba más que emitir un tartamudeo ininteligible.

—No lo conocemos al tal Javier —se apresuró a aclarar Sofía—. Hacemos lo que podemos.

—¿Y qué hacen?

—Nada... Nada malo.

—Son como funcionarias.

Sofía no contestó. Victoria estaba ocupada todavía con los últimos estertores de su risa, que por momentos amagaba con lanzarse nuevamente.

—Ustedes saben como es todo —volvió a cargar Sebastián.

—¿De qué hablás? En concreto, porque acusás... en el aire.

—Si Victoria es hija de la secretaria tiene que saber qué hay en el piso de arriba.

—Nosotras no subimos. La mamá de Victoria dice que no hay más que unas piezas derruidas en donde alguna vez se guardó bastante material de construcción para una reforma del colegio que al final nunca se hizo. Y el material quedó ahí, abandonado. El único que sube es el portero. La mamá de Victoria dice que si se escuchan ruidos debe ser porque el portero se ranfiña algo del material que ahí quedó y que todavía puede usarse.

—¿El portero? ¿Juan? —preguntó Sebastián, algo azorado por lo razonable que parecía la explicación de Sofía.

—Sí, Juan, el de bigotes.

Azul lo había visto más de una vez, con su overol azul y unos inmensos bigotes de morsa que se extendían hasta bordear el mentón. El cabello, algo enrulado, le raleaba, pero lo usaba largo, por lo que el conjunto de su cabeza impresionaba como muy piloso —tanto o más que si usara barba completa— y quien lo mirase vestido no abrigaba dudas de que era un hombre peludo de cuerpo entero y de que su personalidad se correspondía perfectamente a la del hombre peludo. De hecho, jamás había sido víctima de ninguna broma o travesura estudiantil y su persona estaba por fuera de cualquier chisme que lo menoscabara.

—El portero es el que tiene las llaves —ratificó Victoria, quien se había repuesto de su ataque de risa.

—Tal vez haya muchas cosas ahí arriba —intervino Azul con el propósito de llevar la conversación hacia el padre de Sebastián del modo que fuere—. Cosas caras. Le tendrías que contar a tu papá.

—¿Y qué tiene que ver mi viejo? —le preguntó Sebastián, disgustado con este giro de la conversación.

—Y... Si está en el gobierno.

—No. No está en el gobierno —Sebastián fue enfático, casi violento.

Azul quedó desconcertada; nunca una negación tan tajante le había parecido en realidad una afirmación.

—¿Por qué? ¿Es hijo del ministro? —preguntó Victoria.

—Si el apellido del ministro se escribe con un sola "c" —intervino Sofía.

—El mío también.

—¿Y?

—Y nada —dijo Sebastián.

Aunque para Azul en esa nada estaba todo: el miedo de Sofía y Victoria, la pensión de su abuela, el desmoronamiento entero del colegio con el portero o con quien quiera fuese adentro, e incluso, extrañamente, la posibilidad de salir con Javier. Todavía sentía retortijones y las náuseas le trepaban a la garganta, pero casi no les prestaba atención a estos síntomas; había olvidado las pastillas que había tomado, absorta su mente en lo que sucedía a su alrededor y dispuesto el ánimo para lanzarse sobre cualquier hilacha en la que atisbara una salvación, porque ella no oía sino para aferrarse a algo, y no tuvo ya, en lo poco que quedó de charla, ninguna oportunidad.

Raquel estaba terminando de secarse, luego de un baño, cuando sonó el timbre. Sola en la casa, ni por un instante dudó en que debía atender la puerta, sea como fuere, ya que si por mucho tiempo sus esperanzas habían estado depositadas en el teléfono, ahora se concentraban más bien en el timbre de calle. Aún húmeda salió del baño, gritó un "ya voy" dirigido hacia la puerta del departamento y corrió hacia su habitación. No quería que la persona en cuestión se fuese, no tanto por lo que esperaba de ella sino porque, de no llegar a tiempo, le quedaría la sensación de haber perdido una oportunidad, una suerte de vacío. Se echó encima un vestido arrugado que encontró en un estante, gritó otro "ya voy" y se apresuró a ir hasta la puerta, aunque esta vez no corrió ya que se figuró que sería demasiado indigno mostrar tanta ansiedad.

Abrió la puerta y se encontró frente a un hombre alto, canoso, que le dirigió una sonrisa algo ceremoniosa al presentarse como supervisor de encuestas. Colgaba de una de sus manos una valija negra y al hablar en alguna

medida el hombre la levantó, mostrándola, como si la valija explicara bastantes cosas por sí misma. Tenía que supervisar la encuesta que días atrás le habían hecho acerca de los jabones para lavar ropa. Raquel asintió, sonriendo. La voz del supervisor, al contrario de la del gordito, se perdía fácilmente y Raquel sólo registraba el sentido de las palabras.

Le franqueó el paso, algo incrédula todavía con respecto a que un hombre tan difuso fuera el jefe de esa voz. Sencillamente no podía imaginar que la voz del gordito se subordinase, atemperándose, frente a este hombre que movía la valija en giros hacia uno y otro lado sin decidirse a sentarse en la silla que Raquel le indicaba. Quizás alertado por algún comentario del encuestador, parecía desconfiar, bien que por fin se sentó, aclarando nuevamente que su misión allí era sólo verificar que el encuestador hubiese hecho bien su trabajo.

—Lo hizo perfecto —aseguró Raquel.

—Igualmente tengo que hacerle algunas preguntas para constatar que realmente es así —dijo el hombre al tiempo que sacaba unos formularios.

—Mi mamá estaba ocupada ese día. Pero yo... Si el encuestador... —y se detuvo porque el hombre recién acababa de advertir que era tuerta y un rictus incierto se había apoderado de su boca, deformándola.

—¿Y no está su mamá?

—No. Estoy sola.

El hombre, desconfiado, miró en derredor.

—¿Su mamá no es inválida?

—No. Tiene una herida, que ahora le cerró por afuera y que ella dice que le fue para adentro. Y... Pero no es inválida. Para nada.

El hombre revisó los papeles con disgusto. Allí parecía decir sin lugar a dudas que la madre de Raquel era inválida.

—Y el núcleo familiar se completa con su hija, ¿no?

—Azul no es mi hija.

El hombre elevó un papel ante sus propios ojos con ademán severo. En Raquel nació una sospecha, la que se alimentaba sobre todo con la pregunta en torno a la su-

puesta invalidez de su madre: no existía tal investigación de mercado y estas "visitas de encuestadores" estaban relacionadas con el quite de la pensión que habían decidido en el ministerio. Según barruntaba ahora Raquel, mandaban asistentes sociales para conocer la situación dentro de la casa. De repente, se sintió aguijoneada por una idea que desató una sensación nerviosa en todo su vientre: le hubiera convenido decir que Azul era hija suya. De esta manera habría aventado las sospechas que ellos abrigaban.

—¿Y usted sí es hija de su madre?

—Claro.

—Y la chica no tiene parentesco.

—Es la nieta.

—Ve. Esto está todo mal. El encuestador puso lo que a él le parecía. Llenan las encuestas inventando cualquier cosa —dejó los papeles sobre la mesa y se puso de pie—. Discúlpeme, pero va a tener que hacer la encuesta de nuevo. No nos sirven los inventos.

—¿Y va a tener que volver el encuestador?

—Hay que rehacer la encuesta.

—Dígame. ¿Esto tiene que ver con la pensión de mi mamá?

—¿Con qué pensión? A ver —y el hombre volvió a revisar los formularios—. Ve. Acá en la parte de ingresos el encuestador no registró la pensión —agregó.

—Es que no la está cobrando.

—¿Desde hace cuánto tiempo que no la cobra?

—Desde hace cuatro o cinco meses.

—Entonces hizo bien en no registrarla, porque tomamos los últimos tres meses. Lo anterior no nos interesa. ¿Usted es visitadora médica?

—Sí.

—Eso está bien —dijo el supervisor, no demasiado contento.

—¿Tiene que volver el otro?

—Le va a traer un obsequio. Aunque posiblemente venga otro, porque ése ya me tiene harto con sus inventos.

—Si hay algo que está mal es culpa de mi mamá.

—No, de ninguna manera. Y menos culpa puede tener si su mamá es inválida —el hombre caminaba hacia la puerta del departamento.

—Pero si le dije que no es inválida.

—Entonces hicieron muy bien en sacarle la pensión —el hombre se volvió hacia ella, casi enojado. Luego giró hacia la puerta y la abrió. Raquel estaba a punto de decirle que la pensión de su mamá no era por invalidez pero las palabras no le pasaban por la garganta.

Cerró la puerta muy, muy suavemente, intentando no hacer el menor ruido, como cuando, tiempo atrás, se iba Diego en las tardes luego de hacerle el amor y ella todavía tenía la vagina algo más caliente que el resto del cuerpo, placenteramente entumecida.

Luego de un par de horas, al mediodía, Raquel recibió un llamado telefónico de Florencia. Apenas escuchó la voz feliz de su amiga en el tubo se apoderó de ella cierta alarma, cierta aprensión. No parecía que fuera la voz de Florencia, ya que se había acostumbrado a escucharla en un tono más bien cansino, casi quejoso. Y en un principio el cambio no le gustó, y no tan sólo porque era una traición a la costumbre, sino también porque percibió que esa felicidad era una distancia que su amiga ponía entre ambas.

—¡Voy a hacer un posgrado en Francia, en París! —le anunció de inmediato—. ¿Te acordás que te conté de esa beca y de ese doctor...? Bueno, ¡me salió! —y Florencia siguió contando los pormenores que en parte Raquel conocía, aunque ahora su amiga le hablaba de cartas que había enviado y de contactos que había hecho que antes se había guardado de revelar, de modo que Raquel advertía que su amiga se había dado toda una estrategia cuidadosamente elaborada para llegar a obtener la beca, cosa que la sorprendía, en primer lugar porque Florencia siempre había dejado trasuntar que hacía lo mínimo indispensable para cumplir con los requisitos que le exigían, pero también porque aparecía ahora ante sus ojos una Florencia mucho más astuta, más ladina, capaz de

elucubrar una serie de maniobras no muy limpias que le dieron sin duda una buena ventaja sobre los otros concursantes. Y además ella exponía sus maniobras como parte de su mérito, feliz de poder contar lo que antes había callado, ya que seguramente se figuraba que el éxito obtenido la exoneraba de culpas que, de otro modo, habrían llegado a considerarse incluso como bajezas, como actos miserables. De manera que mientras Florencia le contaba nacía en Raquel una suerte de recelo hacia su amiga; a duras penas lograba meter un bocadillo de vez en cuando para mostrarse dichosa por el logro, cosa a la que se creía evidentemente obligada. Sin embargo, también tenía Raquel sus razones para maliciar que la noticia de la beca no la hacía sentirse feliz por simple envidia: Florencia se había recibido y era médica, en tanto que ella había abandonado en el segundo año, cuando salía con Germán, y penaba como visitadora médica. Y ahora la beca proyectaría la carrera de su amiga en forma considerable, de tal manera que regresaría probablemente como una médica reputada. E iba además a una ciudad maravillosa, París, en donde pasaría, según quería creer Raquel, unos años dorados. Pero en su abatimiento pesaba también otra causa, que ni siquiera se atrevía a reconocer, y ésta era la soledad en la que se sumiría cuando se fuese Florencia, casi su única, su verdadera amiga. Sola, cuando subyacía en su ánimo el fantasma de la ceguera, la posibilidad de la catástrofe económica de la casa, el abandono ya definitivo de Diego. Escuchaba a su amiga y atendía sus palabras y quería parecer contenta, y de hecho emitió un par de risitas aquí y allá, no obstante no podía sino considerar que Florencia se había ensuciado con esas maniobras y que casi había robado la beca, y en un momento estuvo a punto de sacar a luz sus reproches, los que tal vez la hubieran llevado incluso a mandarla después a la mierda.

—Pero, mirá —concluyó Florencia—. ¿Por qué no nos encontramos a la nochecita? Porque... Hay algo que quiero contarte.

—¿Algo más?

—Sí. Pero después te cuento.

Y fijaron una cita para las ocho de la noche en un bar que estaba cerca del hospital en donde trabajaba Florencia y que habían frecuentado con cierta asiduidad cuando eran estudiantes, porque tampoco estaba lejos de la Facultad de Medicina.

Raquel se quedó intrigada por ese algo más que su amiga se había negado, o casi, a tratar por teléfono y se dio a especular en torno de distintas posibilidades. En primer lugar acerca de la causa de esa negativa, si es que lo había hecho porque hablaba delante de una persona que no debía oír lo que ella iba a contar o si el asunto requería de un tiempo que ella ya no disponía y por esto había puesto fin a la conversación, relegando esa cuestión pendiente para la charla de la noche. Suponía que Florencia la había llamado desde su casa y era prácticamente imposible que Oscar estuviese allí al mediodía, por lo que se inclinaba a creer en la segunda posibilidad, vale decir, que era largo de contar y que quizá no era fácil hacerlo por teléfono. Inevitablemente, se predispuso a pensar que era una mala noticia que su amiga tenía que darle, mucho peor aún para ella que la de la beca. ¿Qué mala noticia podía tener entre manos? No hacía muchos días atrás se había hecho unos análisis en el hospital en el que Florencia trabajaba, pero, aunque todavía no tenía los resultados en sus manos, ya su amiga le había adelantado que estaba todo bien. Excepto que hubiera surgido algo que Florencia no había advertido en la primera ojeada que les echó a esos análisis...

Antes de las ocho, Raquel se sentaba en una de las mesitas del bar. No había muchas ocupadas, lo que le llamó la atención porque comparaba con su época de estudiante, cuando se hacía difícil conseguir sentarse en ese bar a esa misma hora. Pensó que subrepticiamente la concurrencia había optado por ir a otros lugares, llevada por quién sabe qué consideraciones. Era difícil saber por qué la gente ponía de moda un lugar y luego lo abandonaba, como hormigas que dejan de lado un hormiguero y se mudan a otro. ¿Obedecía a alguna razón o simplemente algunas hacían punta porque sí y las otras las seguían creyendo que existían razones? Raquel miraba en

derredor esas ausencias que para ella eran notorias mientras esperaba a Florencia.

A medida que el tiempo transcurría y su amiga no aparecía, se ahondaba su convencimiento en la mala noticia. Florencia nunca había hecho gala de una puntualidad a rajatabla, pero tampoco se la podía tachar de impuntual. Si se demoraba —razonaba Raquel— era porque no la seducía el mal trago que le haría pasar. Cuando comprobó que eran las ocho y media pensó incluso que su amiga no concurriría a la cita y que entonces, sí, no le quedaría más remedio que considerar grave la noticia que le tenía que dar.

En esto estaba cuando entró Florencia, algo agitada. Y al sentarse Raquel pudo comprobar que no sólo estaba excitada sino también feliz. La noticia de la beca la tenía todavía en estado de éxtasis y no podía disimularlo. Su boca, ancha, se reía sin ningún miramiento y sus ojos brillaban. Ya en los primeros cruces de palabras dejó traslucir que no admitía de su parte más que complicidad y alegría. Y Raquel no tuvo otra opción que dibujar en sus facciones una dicha que no sentía, pero que podía portar en la medida en que su amiga la ponía nerviosa y le provocaba cierta admiración su falta de pruritos. Para Raquel era como reírse de una víctima, siendo la víctima ella misma; de modo que se desdoblaba en dos y tomaba el punto de vista de su amiga triunfante. Y ahí estaba ella, sonriendo ampliamente, tensa, esperando la mala noticia que iba a recibir la otra Raquel.

—Y esto es lo que te quería contar —empezó por fin Florencia—. ¿A qué no sabés quién está en París, trabajando en la misma sede en la que yo voy a hacer el posgrado?

Raquel frunció el ceño, arrugando la frente. No tardó ni un segundo en pensar en Germán, pero no pudo llevar el nombre a la boca.

—Sí —dijo Florencia, leyendo en su cara—. Germán está haciendo una residencia justo en ese instituto. Cuando me lo dijeron no lo podía creer.

Era evidente que Florencia consideraba el hecho enormemente auspicioso, aunque Raquel no estaba segu-

ra de las razones de su amiga. Por un lado imaginó que Florencia se alegraba por tener a alguien conocido, ya instalado en el mundo académico, que resultase una ayuda para ella, y aun fue más lejos: se figuró que su amiga estaría pensando en conquistarlo —y dados los cuatro años transcurridos de lo suyo, ya no podría tenerse a esto por una traición—, bien que por otro lado nació en Raquel la ilusión de que su amiga estuviese pensando en hacer algo para unirlos a ellos nuevamente. Por un instante se vio en pareja otra vez con Germán. Bajó la vista y miró su tacita de café sin saber qué decir.

—¿Y? ¿No es una casualidad increíble?

—La verdad que sí.

—¿Vos sabías que estaba en París y que...?

—No —se apresuró a aclarar Raquel—. No sabía nada. Hace más de dos años, y casi tres te diría, que no tengo ninguna noticia de él.

—¿Seguirá pintando?

—Yo creo que sí. Estando en París tal vez deje la medicina y se dedique sólo a pintar.

—No le va a ser fácil. Es tan inteligente que debe estar haciendo una carrera muy buena. Federico fue el que me dijo que estaba allá y, por lo que entendí, está participando de una investigación bastante importante.

—Sí —dijo Raquel pensativa—. Era muy inteligente. Tan inteligente que...

—¿Qué?

—Él analizaba su inteligencia.

—¿Sí?

—Con su propia inteligencia.

—Era complicado. Me acuerdo.

—No sé si era complicado. Tenía miedo.

—¿Y de qué tenía miedo?

—Tenía miedo. Más allá de cualquier cosa en particular. Pero era... hermoso.

Florencia se rió.

—No hables en pasado. Todavía está vivo, ¿no? —y Florencia la miró de tal modo que hizo renacer una esperanza en Raquel.

—¿Te parece que...?

Su amiga se encogió de hombros.

—Ni siquiera sabe de mi ojo y...

—No te cambia mucho un ojo.

—Puedo quedarme ciega.

—Eso ya es tu imaginación —y Florencia expelió con fuerza el humo del cigarrillo.

Raquel se quedó mirando la nube negruzca, que lentamente se disipaba.

—¿Lo verás allá?

—Yo creo que sí. Seguro.

—Debe estar casado, en pareja, y puede tener hijos.

—No. Federico me dijo que vive solo. Él estuvo en casa de Germán tomando un café, porque se lo encontró en el instituto y, como ya se conocían de acá... Me comentó que está un poco más flaco, la cara algo chupada, no sé.

Florencia apagó el cigarrillo, que no había fumado siquiera a la mitad, en el cenicero de vidrio, aplastándolo como a un enemigo con el que se tiene una gran confianza. Y esto hizo surgir en Raquel el vaho de un recuerdo, algo que no podía precisar pero que, sabía, guardaba relación con Germán. El cigarrillo, retorcido, destrozado, cayó sobre el fondo del cenicero. Las hebras de tabaco salían a la luz por donde el papel se había roto. Florencia advirtió la mirada de Raquel, concentrada en el cigarrillo.

—¿Qué te llama la atención? ¿La muerte prematura?

Y Raquel levemente sonrió.

—Puede ser. Murió demasiado pronto el pobre cigarrillo —y Raquel avanzó un dedo y movió el cigarrillo destripado—. Ya no tiene nada que hacer.

—Es un tirano muerto. Uno más.

Raquel ahora sólo esbozó una sonrisa.

—Pero me voy a ir a París —dijo Florencia, retornando toda la luz y la felicidad a su rostro—. Y todo me va ir bárbaro, cada vez mejor. Por ahí, hasta dejo el cigarrillo. Y me quedo a vivir allá —especuló, alegre.

—Y te construís un hornazo de barro —le salió a Raquel, casi a su pesar.

Florencia enarcó las cejas, inquisitiva, y luego su

rostro se distendió, creyendo que su amiga se refería a la nostalgia de vivir lejos del país.

—¿Y por qué no? Lo construyo en un patio de París.

Y, por razones diferentes, ambas sonrieron.

Capítulo X

Raquel, cansada por una noche de insomnio, apenas si tenía fuerzas para mover la cómoda. Había vislumbrado el agujero en la pared por uno de los costados del mueble y la había ganado la inquietud. Suponía que habría humedad, quizás un caño roto o algo peor, y que tendrían que hacer frente a otro gasto. Si cuando su madre cobraba la pensión el dinero alcanzaba justo, ahora ya no podían cubrir lo mínimo indispensable y, con el paso del tiempo, la situación se agravaba. Durante tres o cuatro meses, por ejemplo, habían prescindido de toda compra de ropa sin que la cuestión fuera acuciante, pero ya llegando al sexto mes, Raquel empezaba a hartarse. Estuvo a punto de correr la cómoda pero en sentido contrario, para tapar el agujero por completo y olvidarse del asunto, aplazando el problema tal vez por unos cuantos meses. Pero tuvo miedo de las consecuencias y, además, sintió curiosidad por ese fenómeno subrepticio que se había desarrollado tras el mueble y que, silencioso, se había iniciado quizás hacía años, cuando salía todavía con Germán, y que había crecido mientras ella —sus ojos, su optimismo— menguaba.

Corrió el mueble hasta que el agujero salió enteramente a luz. Se apoyó en la tabla de mesa de la cómoda para descansar al tiempo que observaba el agujero con detenimiento. No tardó en girar la cabeza hacia la cama de su madre como si efectivamente ella estuviese allí echada, las facciones entregadas a un gesto de extrañeza, de estupor. ¿Era posible que la vieja, que tanto protestaba por la herida, estuviese haciendo a propósito un agujero en la pared? Era muy raro, sin embargo cuanto más miraba el agujero más evidente se le hacía que era la obra

deliberada de una persona. El departamento se había pintado unos catorce años atrás, un par de meses antes del nacimiento de Azul. El agujero parecía ser bastante reciente. No recordaba que se hubiese hecho allí ningún arreglo y, ahora se daba cuenta, era muy difícil que por esa pared, tan alejada del baño, pasase un caño de agua. No cabía más que pensar en su madre, tal vez en algún escondrijo que la vieja se estuviera haciendo para guardar plata. Aunque, ¿qué plata si ni siquiera estaba cobrando la pensión?

Una idea fue abriéndose paso en la mente de Raquel: su madre mentía con respecto a la pensión y la estaba cobrando, pero no quería gastar un peso y planeaba atesorarla en ese agujero de la pared. Parecía ridículo, porque estaban ya viviendo casi en la miseria, pero supuso que su madre querría dejarle ese dinero a Azul cuando se muriese. Indignada, sintiéndose estafada por su madre, pasó un dedo por el agujero y luego observó el polvo que se había adherido a él, de modo que pudiera pensarse en una suerte de gesto detectivesco. Bien que no llegó a deducir nada y su mente se ocupaba de otra cosa: si su madre estaba haciendo ese agujero era porque estaba loca y esto en parte la preocupaba pero también le daba una esperanza, ya que tal vez fuera prueba suficiente para determinar su insania y hacerla encerrar. Por unos instantes se imaginó viviendo nada más que con Azul, habiendo caído su madre en el completo olvido, de la misma manera que si jamás hubiese existido, arrancada de la mente de Azul como esos árboles que caen con todas sus raíces a descubierto y ya no dejan en la tierra ni su recuerdo. Decidió que debía preservar el agujero, cubrirlo nuevamente con la cómoda, y ejercer sobre él una vigilancia periódica con el fin de comprobar su evolución y, eventualmente, pescar *in fraganti* a su madre; y si se daba esto tal vez sí fuera suficiente para hacerla encerrar. Al correr el mueble, ahora con mayores bríos, volvió a su discurrir el dinero de la pensión. Hasta tanto estuviese listo el agujero debía esconderlo en otro lado.

—¡Qué hija de puta! —se dijo mientras se dirigía al armario de su madre.

Se dio a revisar los estantes. Primero los de la ropa; y sacudía prenda por prenda esperando que cayera el dinero. Era ropa vieja, ajada, pero que además parecía demasiado grande para el físico de su madre. Conocía perfectamente esas prendas y sin embargo tenía la impresión de que hubieran crecido de talla. Las iba tirando sobre la cama sin ningún miramiento, algo asqueada por el contacto. En esto estaba cuando escuchó las llaves en la puerta del departamento. Se arrojó sobre la ropa y la tomó toda junta en un montón, un aquelarre que metió a la fuerza en uno de los estantes. Cerró la puerta del armario, volcando sobre ella el peso de su cuerpo para vencer la resistencia de aquello que sobrepasaba el límite del estante. Y rodeó la cama, haciendo caso omiso de la puerta que acababa de cerrar que, pese a todo, se abría con un sordo chirrido. Los pasos avanzaban por el pasillo y Raquel asomó la cabeza. Era Azul, quien la descubrió y se detuvo, algo azorada. Quizá no era tan extraño que ella estuviese en el dormitorio de su madre, sin embargo Raquel se dio cuenta de que algo sospechoso había en su cara y en su actitud.

—Vení —la llamó con aire conspirativo. Se le había ocurrido que si compartía el descubrimiento con Azul debilitaría el lazo de ésta con su madre y la atraería en alguna medida hacia sí.

Azul se acercó, desconfiada y altiva al mismo tiempo, descreyendo de que le esperara algo bueno y sin tomarse ninguna molestia en disimularlo.

—Mirá —empezó Raquel—. La abuela dice que no cobra la pensión... —y se detuvo por algunos segundos para observar la reacción de Azul, quien tal vez estaba al tanto de las maniobras de su abuela, pero no vio en ese rostro más que el mismo imperturbable fastidio que portaba desde que la había llamado—. Pero mirá esto.

Y volvió a correr la cómoda, sacando a luz el agujero. Azul se acercó, asombrada, y metió la mano en el agujero, como si estuviese calibrando sus dimensiones.

—¿Viste? —le preguntó Raquel.

Azul creía advertir que el agujero estaba más grande de lo que ella lo había dejado, al abandonarlo a su suerte

un par de meses atrás. No sabía qué decir ni a qué se refería su tía al relacionar la pensión perdida con el agujero.

—¿Qué puede pretender alguien que hace un agujero en la pared, detrás de un mueble?

Azul no contestó.

—Tu abuela se está armando un escondite.

—¿Sí?

—Debe estar cobrando la pensión —afirmó Raquel, segura de estar afianzando su situación en la casa y de empezar a ganarse a Azul para su causa. Sabía que ella era la que más dolida estaba con la pobreza que sufrían y barruntaba que transmutaría ese dolor en indignación contra su abuela. Miraba las lindas facciones de Azul, que dudaban, y comenzaba a creer realmente que ya no le sería hostil y que no tendría más remedio que refugiarse en ella. Los ojos grises de Azul parecían no parpadear y, por primera vez en mucho tiempo, estaba perpleja, cansinamente entregada a vivir ese momento sin la pretensión de tener de antemano las respuestas. Y Raquel quiso creer que eso que veía era pura y simple debilidad, azoramiento frente a la propia inocencia. La miraba y la quería, con esa inmediatez desnuda de toda consideración con que se viven pocos momentos de la vida, desprovista de los pruritos que siempre se interponían y de su voluntad de no querer a Azul o de quererla menos. La miraba y sentía ese desasosiego que había sentido cuando era una beba y ella se decía que tendría que haber sido hija suya. Los años en que no se resignaba a la realidad y la rebelaba la injusticia de ese hecho irreparable. "La hubiera tenido a los dieciocho años" era la frase que se había repetido durante mucho tiempo, y con estas palabras parecía asegurarse de que el deseo que abrigaba, la maternidad de Azul, no era una locura sino algo perfectamente posible y casi al alcance de las manos, como si no tuviera más que estirarse para tomar ese lugar e impregnar con esto toda su vida. Y, además, parecía tan fácil atribuirse la maternidad de Azul, si no hacía más que negarla todo el tiempo cada vez que la sacaba a la calle y la gente se refería a Azul como a "su" beba. Y esos dieciocho años que ella tuvo alguna vez quedaron con un agu-

jero al medio, marcados por el estrago, tanto que incluso le era difícil a Raquel recordar su vida hasta esos dieciocho años; su infancia y su adolescencia casi se habían borrado de su mente. Había un vacío en los dieciocho años que su remembranza no podía atravesar, una garganta sin puente.

Con los años se fue espaciando cada vez más esa frase acerca de sus dieciocho años, hasta desaparecer. Y entonces se dio al intento de poner una mayor distancia con respecto a Azul, y su voluntad fue remando en ese sentido, ayudada apenas por el aire de desprecio que fue tomando la nena para con ella desde los siete u ocho años. Cada vez que escuchaba a Azul decirle mamá a la abuela, se recordaba a sí misma el desapego que se imponía, la obligación de no quererla. Y ahora que la miraba su débil voluntad se había evaporado por completo. La quería límpidamente, sin que mediara siquiera una ilusión.

—Yo la acompañé a la abuela.

—¿A cobrar?

—No. A hacer los trámites para recuperar la pensión.

La mirada de Azul seguía ausente, perdida, y Raquel —de repente advertida por una señal de alarma que, como a una gacela, la arrancó de la pasividad— desconfió, temiendo que participara en realidad de la confabulación junto a su abuela.

—Azul —le dijo con una voz engolada por un dejo de solemnidad, de manera que parecía iniciar una conversación importante. Pretendía decirle algo que minara su alianza con la abuela, algo que la conmoviera y que la llevara a confiarse en ella—. Yo... Desde que eras una beba... Yo te crié, y... —las lágrimas le inundaron los ojos—. Mirá... —le dijo sin poder evitar que su voz sonara conmovida, empañada por algo que se acercaba al llanto.

—¡Uff! —bufó Azul y levantó un brazo expresivamente, dando cuenta de su hartazgo, al tiempo que echaba a andar rumbo a su cuarto.

Raquel, dubitativa, la siguió, aun cuando no tenía nada para decirle. Sin el argumento de la pensión (por

mucho que ella no confiara en la veracidad de las palabras de Azul, no podía desmentirla), en su mente reinaba la confusión. La seguía porque casi se consideraba en el deber de hacerlo y de no permitirle a Azul un desplante semejante, una suerte de remedo de ejercicio de la autoridad que se desmentía a sí mismo porque el paso de Raquel era vacilante y de ninguna manera podía intimidar a su sobrina. Azul entró a su dormitorio y cerró la puerta con serena firmeza. Raquel se detuvo frente a la puerta y su mano amagó ir hacia el picaporte pero enseguida se frenó, y terminó por bajarla. Su vista quedó obnubilada, fija en la parte superior de la puerta. No podía pensar con claridad y quería darse una esperanza.

Volvió a la pieza de su madre y el agujero le dio cierto aliento. Vino a su discurrir lo siguiente: si liaba la realización del agujero con la muerte del perrito y con las cosas que afirmaba acerca de su herida, tal vez lograse hacer internar a su madre. Alguien que pica la pared hasta hacer semejante agujero detrás de un mueble tiene que estar loco, se repitió varias veces para sí misma con el fin de convencerse. Y logró al menos persuadirse de su propia cordura y de que era una persona lo suficientemente razonable como para discernir la irracionalidad de ese boquete. Halló en esto algún consuelo. Y no tardó en recordar que esa tarde iba a ir el encuestador, el de la voz profunda, que había arreglado con ella una cita por teléfono. Corrió la cómoda y cubrió el agujero por completo, tanto o más interesada en ocultarlo que la persona que lo había hecho. Advirtió entonces que la puerta del placard estaba abierta y fue hasta allí. No quería dejar huellas de su paso por la habitación, aun cuando sabía que Azul le contaría a su madre lo sucedido. Ya con el picaporte en la mano, dudó. ¿Estaría escondida allí la plata de la pensión? Su ánimo ahora se inclinaba a creer que Azul no mentía. Miró hacia la cómoda y, mentalmente, se representó el agujero. En realidad, era difícil imaginar que fuese hecho para esconder algo allí, más bien parecía un agujero de presidiario. Y esta idea, que estuvo a punto de ser una más en el transcurso de su pensamiento, atrajo su atención. Un presidiario que, con paciencia, va haciendo

su boquete. Casi se preguntó por qué no era ella la que estaba haciendo su agujero en la pared. La idea le simpatizaba; una porfiada tarea, invisible y real al mismo tiempo, escapando hacia ningún lugar porque todas las puertas estaban abiertas. ¿Era posible que su madre perseverase en semejante sueño? No le era fácil creerlo, excepto que, en su locura, empezase a ser otra persona, alguien digno de lástima, de consideración. La herida en su cuerpo era casi un trofeo que enarbolaba constantemente, pero ¿ese agujero? Desorientada, confusa, cerró la puerta del placard, y esta vez pudo asegurarse de que no volviera a abrirse. Y salió de la habitación de su madre.

Si el encuestador ya se había mostrado molesto cuando habló por teléfono, esa tarde, al presentarse, casi no hizo ningún esfuerzo por disimular su rabia. Su cuerpo, pequeño y fofo, no llegaba a crisparse, pero su voz se alzaba, imponente en su gravedad, para echarle en cara todos los errores de la encuesta. Con su mano regordeta golpeaba los formularios una y otra vez mientras su voz brotaba sin descanso, haciéndola culpable de las respuestas que había dado su madre. Hablaba sin ningún reparo, como si la conociese de toda la vida, con la confianza sobreactuada que da la desesperación, dado que, según intuía Raquel, el encuestador estaba ya despedido y su presencia allí no era más que un resabio, una última imposición del supervisor. Raquel era la víctima de esas palabras violentas, que rozaban lo grosero, pero cuanto más desbordado se mostraba el gordito mayor era su convencimiento de que era una victimaria y que las respuestas que había dado al supervisor aquel día habían sido decisivas para que lo echaran. El gordito no quería siquiera sentarse y no parecía interesarse tampoco en aquello que tenía que rectificar; toda su ambición era demostrar que había caído en manos de unas locas y que la lógica de la cual era portador no contemplaba, no podía soportar, un caso tan artero y sorpresivo, porque él a su vez se jactaba de haber tratado y manejado al loco más pintado, pero ellas lo habían obnubilado.

Por momentos Raquel tenía la impresión de que en medio de las acusaciones, desdibujada, mal perfilada, se erguía una suerte de declaración. Y Raquel estaba invadida por la voz; en el interior de su cuerpo terminaban de vibrar los graves viriles que la garganta del gordito echaba a volar, de tal modo que las notas, la música, transmutaban en un tenue vapor que, escapando de su cuerpo, le atravesaba la piel y le producía un agradable cosquilleo. Pese a todo, se sentía tranquila, quizá porque el gordito, en su enojo, dejaba traslucir que no le era tan fastidioso ser derrotado por mujeres. Y, de repente, Raquel se encontró pensando en Germán, quien debía ser la antítesis del gordito; aparentemente débil, con una voz que se negaba a salir de su garganta y que a veces resultaba ininteligible, era inquebrantable, no había forma de vencerlo. No se encontraba en Germán nada bruñido, nada que brillase exteriormente, pero todo lo que no podía emitir se reconcentraba en su interior y le daba una fuerza sobrehumana. Por unos momentos Raquel pensó en ambos, en Germán y en el gordito, figurándose que le pertenecían y viéndose en el caso de tener que elegir a uno de los dos.

El encuestador, en la medida en que su voz se seguía explayando, no sólo perdía fuerzas sino que también perdía la brújula y su discurso se hacía errático, algo vacilante. Para disgusto de Raquel, que deseaba ser la atacada, se dio a hablar de Azul, acusándola de entrometerse en las respuestas. Y en el empleo de su potencia de voz el gordito se cansaba, tanto que por fin se sentó, agotado como si acabase de hacer el amor. Raquel se sentó en la silla de al lado. El gordito suspiró, y en este suspiro se hizo evidente que todo lo que había hablado no tenía ningún fin práctico sino que había sido puro placer. Y el placer había expirado.

Raquel esperaba. En parte esperaba las preguntas concretas que el encuestador tuviera que hacerle, en parte esperaba que él exigiera alguna compensación. Cruzó las piernas por debajo de la mesa y lo miró. En silencio el gordito se degradaba rápidamente, caía en una mediocridad cansina, casi digna de consideración en la medida en

que no tenía nada de pomposa, nada que supusiera la más ligera presuntuosidad. Callado, el gordito se transformaba en otra persona, su gesto perdía determinación y las facciones se hacían algo informes; iba adquiriendo incluso un halo de humildad y de resignación; la mirada se diluía, perdida en una lontananza en donde no había ningún sueño. A Raquel, sin embargo, esa mediocridad no le producía escozor, más bien la tranquilizaba. Nunca con Germán había estado completamente tranquila, aun en los momentos de mayor felicidad se mantuvo alerta, preparada para la emergencia de esa brillantez recóndita que se alimentaba del odio y del pesimismo. En muchas ocasiones Raquel había percibido que se entregaba, que le daba su cuerpo y su sexo, con el fin de evitar que saliera a luz la verdad. Y aunque no lo había hecho con disgusto —por el contrario, la utilidad de su cuerpo, devenido en una medicina, la reconfortaba—, siempre intuyó que no lograba más que sucesivos aplazamientos de una enfermedad que era inevitable.

El gordito dio en pasar las hojas de la encuesta con tal rapidez que era imposible que leyera siquiera dos palabras. En aquella ocasión en que había regresado se había llevado finalmente los pedazos de la encuesta que había partido en dos. Y debió pasarla a ese otro formulario que ahora hojeaba.

—El supervisor me dijo que hiciera toda la encuesta de nuevo. Toda, absolutamente.

Raquel no hizo ningún comentario.

—Y te envía esto. Por tu paciencia, y la de tu mamá —y sacó del bolsillo del saco un estuche alargado, que puso sobre la mesa.

—Qué linda.

Era un bolígrafo de marca ignota pero lo suficientemente rimbombante como para convertirse en un obsequio. Raquel tomó el estuche y lo alzó ante sus ojos.

—Yo soy visitadora médica —dijo, al tiempo que dejaba el estuche de nuevo sobre la mesa, aunque lejos del alcance del encuestador.

—Sí. Ya sé.

—¿Tenés otro trabajo, además de hacer encuestas?

El gordito hizo un gesto con el que daba a entender que la respuesta no era fácil.

—Yo... Soy asistente social —dijo con aire de confesión, la voz apenas más fuerte que un murmullo, ya no cavernosa sino casi nasal, en falsete.

Raquel enarcó las cejas. Se inclinó sobre la mesa.

—¿Ustedes son asistentes sociales del ministerio?

—¿Nosotros?

—Sí, ustedes. Del ministerio, la secretaría, o lo que fuese. ¿Ustedes están investigando a la familia por la pensión de mi mamá?

El hombre se removió en la silla. Raquel le echó una ojeada y lo vio chiquito, menudo, poco más grande que un enano. Por un instante lo volvió a pensar como a un futuro cliente, al que habría que satisfacer. Y enseguida su pensamiento se deslizó hacia algo más cercano: la posibilidad de que acostándose con el asistente social recuperasen la pensión de su madre.

—Sabía que perdieron la pensión —dijo el gordito—. Pero las irregularidades han sido muchas. Yo sé que hay órdenes de dar muchas bajas este año. Sea como sea, hay que dar bajas. Es una cuestión de presupuesto.

—¿Y...?

—Yo trabajé en el Ministerio de Seguridad Social hasta hace tres meses. Y tuve que dar de baja muchas pensiones. Y después me dieron de baja a mí.

—¿Y no te acordás de la de mi mamá?

—No. ¿Cómo me voy a acordar? Hay miles y miles. Además... ¿vos creías que se van a molestar en mandar asistentes sociales a tu casa para evaluar la situación? —el gordito se sonreía sarcásticamente—. Eso es imposible. Todo se hacía en las oficinas, con las computadoras. Pero tu caso puede ser distinto, no sé. Tu mamá me dijo que había de por medio un casamiento anterior, y legal, y... Si la justicia intervino ya es otro el caso. Pero, ante la duda, el ministerio da la baja y después pregunta —el gordito se sonreía, feliz—. ¿Te acordás cuando la gente se quejaba porque los ministerios eran gigantes burocráticos, anquilosados, inactivos, en donde todo demoraba meses, años? Bueno, ahora está bien activo, es expediti-

vo, veloz —y el gordito se reía, ronco, creyéndose pícaro—. No hay forma ya de pararlo.

—¿Y a vos también te dieron la baja?

—Sí. Bah, no; estaba por contrato. Se venció y no me lo renovaron. Total, ya había hecho bastante.

—¿Y empezaste a hacer encuestas?

—Sí, claro. Ésta es realmente una encuesta de jabones, ¿o vos qué te pensabas?

—No sé. Hacen tantas preguntas.

—Las encuestas son así. Y ésta —el gordito levantó los formularios y los volvió a tirar sobre la mesa— me tiene harto. Pero el viernes termino. Al supervisor no le gustan los asistentes sociales.

—¿Por qué?

—Porque sabemos mucho de encuestas.

—Ah.

—Pero no te voy a hacer la encuesta —y el gordito le sonrió, amistoso, seguro de sí mismo.

—¿Y no te la van a pedir?

—Sí. Invento un poco. No hay problema. Igualmente, a la tuya sólo hay que corregirla. La verdad es que me gusta inventar. Más que nada en las encuestas políticas. Se basan tanto en las encuestas que... me veo tentado. Pero no siempre invento de la misma manera; a veces pongo lo que yo pienso que esa persona va a decir, a veces pongo lo contrario, según los casos. No pongo mi opinión, eh, sino que voy analizando fríamente las cosas.

—¿Y todos hacen eso?

—No sé. No creo. Aunque la otra vez, entre cuatro, dibujamos bastante unas encuestas. Pero salió bien. Las dibujamos según una tendencia que ya teníamos más o menos verificada.

—El supervisor se daba cuenta. A mí me dijo que vos inventabas.

—Sí. Ese tipo me odia. De entrada pensó que le iba a quitar el puesto. Me tiene miedo.

—Debe ser por la voz.

—¿Por la voz?

—Sí. ¿No te das cuenta de la voz que tenés?

El encuestador sonrió, fatuo. Y con su mirada recorrió el cuerpo de Raquel.

—¿Y cómo es mi voz, según tu opinión? —en la pregunta había algo almibarado, veleidoso y, paradójicamente, la voz no sonó muy varonil.

Raquel quedó desacomodada. Barruntaba que no debía ser sincera, que no podía poner en evidencia lo que esa voz provocaba en su cuerpo.

—Suena muy fuerte. Y... —vino a su discurrir la pija de Diego, y se la atribuyó al gordito. Alarmada, se puso de pie—. Pero si no me vas a hacer la encuesta.

—No quería molestarte porque... como tu mamá está herida y vos tenés un ojo mal.

—No soy ciega.

—No. Ya sé. Me di cuenta de que...

—Voy a ser ciega, en el futuro.

El gordito se puso de pie y se dio a guardar los papeles.

—Haríamos la pareja perfecta. No me podrías ver y sólo me escucharías —dijo, burlón y triste al mismo tiempo—. Pero, yo desde el comienzo tuve curiosidad por ustedes porque... Yo viví una situación parecida. Me junté con una mujer que vivía con la hija y la madre. Y me fui a vivir ahí, con las tres. Dos años duró. —De repente pareció turbarse—. Llegué a la conclusión de que o me fifaba a las tres o me iba al diablo —y mientras decía esto su boca se torcía hacia un costado, sonriendo, y en sus facciones se instalaba un halo de audacia—. La nena tenía doce, la madre cincuenta y seis. Eran generaciones bastante seguidas. Me tuve que ir. Era una sensación extraña, porque me sentía a un paso de la fiesta total y del cadalso —los ojos, agrandados, brillantes, no se quitaban de Raquel—. Yo la quería a mi mujer pero... la fiesta —y levantó las cejas—. Aunque elegí el cadalso, claro, y me fui. Todavía no sé por qué —y en este "qué" la voz del gordito, herida, tronó en la habitación.

—No sería tan... —Raquel quedó confundida por ese rapto de confianza, que le parecía desubicado, casi inaudito.

—Mirá. La nena y la madre eran muy agresivas con-

migo. Me odiaban. Pero de repente me di cuenta de que... con eso arreglaba todo. Felicidad y armonía —y con su mano trazó una suerte de línea en el aire.

—No... —Raquel estaba consternada. No podía admitir lo que oía, aunque no le salían las palabras. La sinceridad del gordito, su falta de pruritos, sencillamente la aplastaban—. Se hubiera armado un lío —dijo, sin embargo no era esto exactamente lo que ella quería decir.

—No creo. Era la medicina que se necesitaba. Yo no fui valiente. Me achiqué.

—¿Y a qué viene todo esto? —dijo por fin Raquel, explotando en alguna medida al hallar una pregunta que expresaba en parte su estado de ánimo.

—Porque ustedes me las recordaron.

—Azul no es hija mía y mi mamá es una vieja —Raquel fue cortante.

—Sí. Ya sé. Pero son tres mujeres que viven juntas, ¿o no? Y de generaciones... sucesivas.

—¿Y qué?

—Que son capaces de devorar a un hombre, de... No hay una mujer en el mundo que pueda hacerlo sola. Tres es la cifra justa para ese trabajo. —El gordito había terminado de acomodar todo en su valija.

—¿Y por qué tres?

—No sé. Será porque con cuatro ya hay una que no cuenta. Y dos... —el gordito giró hacia Raquel e hizo un gesto incierto— se anulan entre ellas —lo arrojó como un albur, disgustado consigo mismo, en tanto se daba a caminar hacia la puerta del departamento.

—¿Y ya no tienen que volver? —Raquel lo acompañaba hasta la puerta.

—Por la encuesta supongo que no, salvo que el supervisor abrigue las mismas intenciones que yo —y se volvió hacia Raquel para medir el efecto de sus palabras—. Pero yo voy a volver como asistente social del ministerio. Para observar, *in situ*, la situación de este hogar, de estas tres pobres mujeres. Existe una gran preocupación al respecto —al terminar de pronunciar estas palabras, sin embargo, su rostro, antes sarcástico, adquirió cierta gravedad reconcentrada. Raquel, que, ofendida,

estaba a punto de intervenir, quedó por unos segundos a la expectativa—. Un compañero mío todavía está en el ministerio. No era un amigo pero teníamos una relación bastante buena. Si yo le pidiera tal vez podría averiguar algo sobre la pensión.

—¿Lo decís en serio?

—Sí —el gordito pareció sorprendido por la desconfianza—. Sería cuestión de llamarlo y darle los datos. Él puede averiguar en qué situación se encuentra realmente la pensión. Y... no creo que pueda hacer mucho más, pero, ¿quién sabe?

—Sería fantástico que...

—Yo tengo todos los datos. Creo —y el gordito se quedó pensando.

—¿No querés tomar un café? —Raquel se mostró solícita.

El gordito consultó su reloj. Pareció dudar.

—Lo dejamos para otra vez. Para mañana. Yo te llamo esta noche —y volvió a enfilar hacia la puerta, abriéndola—. Ah, esperá. No tengo el nombre de tu papá.

—¿Y lo necesitás?

—¿Tu mamá no cobraba la pensión por él?

Raquel se demoró en decidirse.

—Daniel Beliawsky se llamaba. El padre.

—¿Tu papá?

—Sí. Cobraba la pensión de él.

El encuestador lo anotó en un papel. Raquel tuvo que deletrearle el apellido. Él guardó el papel en un bolsillo y se marchó.

Cuando en la noche sonó el teléfono, Raquel se apresuró a atender con la esperanza de que se tratara del encuestador. Quería escuchar su voz, aunque más no fuera por teléfono, por mucho que no hubiera ningún otro aspecto de su persona que le agradara, sino más bien lo contrario. E incluso la voz la atraía hacia él en la medida en que el gordito parecía usarla para alejar a la gente de su alrededor. No había en la voz ningún timbre de seducción, era sólo cavernosa y potente y hasta despre-

ciativa. Entraba en su cuerpo porque esa voz quería traspasarla y hacer de cuenta que ni ella ni nadie estaba ahí, como si hablara para el género humano en abstracto y contra todas las personas concretas. Pero misteriosamente esto la atraía. Raquel se había reprochado por dejarse arrastrar nuevamente por un solo atributo, tal como le había ocurrido con Diego, sin embargo cuando sonó el teléfono no pudo sino entusiasmarse y correr a atenderlo. Pero fue a Florencia a quien escuchó en el tubo.

Su amiga —quien viajaba en poco más de tres semanas— seguía feliz, mas ya Raquel no sentía resquemor por esto; ligeramente empezaba a contagiarse del optimismo de Florencia. Por detrás de su discurrir nacía la esperanza, tímida, de que la beca fuera una bendición para las dos. Pensaba en Germán, en la remotísima posibilidad de que ella fuera a París a visitar a su amiga y se lo encontrara. Había intentado reprimir su imaginación pero no había podido evitar verse con Germán en los jardines de Versalles, cuyas fotos había buscado en un libro. Y había pasado las hojas del libro, mirando las fotos, al tiempo que se decía: "por acá va a andar Florencia", aunque pensaba en Germán y en ella misma. Conforme pasaron los días desde que su amiga le comunicó que había ganado la beca, Raquel se dio a especular con mayor frecuencia acerca del dinero de la pensión, si es que se diera el caso de que su madre la recuperara y cobrara esos meses en que había estado suspendida. Ya que ella había mantenido sola la casa durante ese tiempo se consideraba con algún derecho a reclamar al menos parte del dinero, y con esto empezar a ahorrar para el pasaje de avión. A veces no tenía dinero ni para el colectivo pero no podía renunciar por completo a la idea de ir a París.

Florencia, enfática, le contó que había estado con Federico y éste le había dado una enorme cantidad de datos útiles para su estadía en Francia. Y —dicho esto luego de una pequeña pausa y mudando Florencia el tono de voz— le había hecho también algunos comentarios acerca de Germán. Según sospechaba Federico, Germán, como corolario de su creciente odio hacia las mujeres, se había enrolado en alguna organización de defensa del

género masculino. Esta supuesta participación activa no era más que una conjetura que él había hecho a raíz de dos o tres cosas que había oído; de su odio a las mujeres no cabía ninguna duda y bastaba estar un rato con él para que aflorara de una u otra forma. Raquel, además de sorprenderse al escuchar esto, se puso violenta. Era poco menos que inimaginable para ella que Germán adoptara esas ideas, y menos aun que adhiriera a ellas de modo fanático, como parecía sugerir Florencia. No obstante, de inmediato vino a su discurrir la peluca, la que le había regalado finalmente y que Raquel guardaba en la alacena, detrás de la hilera de frascos. No sabía por qué pero relacionó la peluca con el odio de Germán hacia las mujeres; no como algo directo e inmediato sino la peluca como génesis de un fenómeno que fue madurando a lo largo de los años. Quiso creer que ella constituía un nexo necesario para explicar la transición entre el Germán anterior, el que ella conoció como profesor en la facultad, y este otro que en París rumiaba su inquina contra las mujeres. Se figuró que Germán simplemente generalizó el odio que había cobrado por ella.

Florencia, por el contrario, según dejó expuesto en la charla, consideraba que ya hacía diferencias entre hombres y mujeres cuando era profesor y que, con sutileza, era despectivo con ellas y las aplazaba con mayor frecuencia. Opinaba que la apariencia de Germán no guardaba relación con lo que él era y que esto ella lo sabía desde siempre, más allá de la permanente ilusión de Raquel. Florencia parecía enojada, no sólo con Germán, también con su amiga; llegó a afirmar que habían formado una pareja oscura, y dejó entrever que esto se debía a la predisposición de ella para entrar sin reparos dentro de las tinieblas de él, y le aseguró —cosa que jamás había dicho antes— que cuando salía con Germán se había aislado del mundo y se había mimetizado con él hasta el punto que no se le entendía cuando hablaba. Raquel no estaba de acuerdo con esto, pero no dijo nada en su defensa porque estaba pensando en Germán, en sus manos, solitarias, que estarían deslizándose sobre un papel en París y que, como siempre, encontrarían esa superficie

insuficiente, porque finalmente descubriría que ciertas cosas que él hubiera querido incluir, esenciales, quedaban fuera del cuadro. Poco antes de la separación planteaba la posibilidad de una tela circular, un aro con sus 360 grados, y aun de una tela esférica en medio de la cual se situase el espectador. A la postre siempre quería ir más allá de lo que había planteado originalmente y se lamentaba de que la superficie a pintar fuese inerte y no algo vivo, que creciese en la medida en que su ojo adquiría nuevos caprichos. Y, mientras escuchaba a su amiga, Raquel imaginó sus manos, presas sobre un pequeño papel, estupefactas por lo menguado de la superficie.

Florencia, dejando atrás su enojo, aseguró que, de cualquier manera, una de las primeras cosas que haría en el instituto sería buscar a Germán, así tuviera que ponerse unos bigotes. Estaba intrigada también por otra infidencia de Federico: Germán ganaba un buen sueldo y llevaba una vida austera, casi pobre, y sin embargo tenía problemas de dinero. Federico había deducido que hacía aportes importantes para la causa masculina, pero Florencia prefería poner ese asunto en el casillero de los misterios. Le prometió a Raquel que haría lo posible para averiguar qué pasaba con la plata; y a continuación, contradiciéndose con lo que había dicho sobre ellos como pareja, dejó traslucir claramente que haría lo posible para unirlos de nuevo, y al hacerlo su voz recobró la alegría, un timbre infantil, ingenuo, que hacía pensar que para ella la vida transcurría en el mejor de los mundos posibles.

Cuando el ascensor se puso en movimiento, acelerando a una velocidad que para Azul era inusitada, su malestar se agravó. Nunca había subido a un ascensor tan veloz y el vértigo se apoderó de ella. El estómago se le encogió, y esto repercutió desagradablemente en sus tripas doloridas. Hacía semanas que estaba mal, y no había tenido siquiera una mejoría efímera; casi empezaba a creer que el malestar sería parte de su vida, instalado en su cuerpo tal como lo estaba el hígado o cualquier otro

órgano. Al ingresar al edificio, alto, inmenso, lujoso, había abrigado esperanzas con respecto a la felicidad; nunca había estado en un edificio semejante y las dimensiones y el fasto desconcertante y artístico del hall la habían impresionado, en tanto que la condescendencia de los guardias de vigilancia le había dado cierta seguridad en sí misma, en el derecho que le cabía, como amiga de Sebastián, de estar allí. La sorpresiva aceleración del ascensor sin embargo la había desanimado; se sintió ajena a ese lugar, inferior al mundo que la rodeaba. Una voz le anunció la desaceleración e inmediatamente el aparato se entregó a una suave frenada, tal si se hubiese hundido en un medio mullido y acogedor. Cuando el aparato se detuvo y las puertas se abrieron con firmeza y absoluta precisión, Azul se preguntaba por qué alguien que vivía en ese edificio iba a su colegio. Era una enorme incongruencia, más misteriosa quizá que lo que pudiese ocurrir en el piso de arriba del colegio. Y, cruzó repentinamente por su cabeza, ¿si ambas cosas estuviesen relacionadas? Al tiempo que se hacía esta pregunta aparecía Lumidla en su discurrir, pero apenas fue un destello que murió a poco de nacer, ya que Azul, quien había ingresado tímidamente al hall de recepción, descubrió una cámara que le apuntaba desde arriba de la puerta que tenía enfrente, y luego otra que estaba por encima de su cabeza, y su mente quedó vacía, acorralada por la aprensión. Imaginó a Sebastián regodeándose con el placer de ver sin ser visto, y a punto estuvo de retroceder hacia el ascensor, en parte ofuscada, como si se hubiera descubierto espiada en un baño. Pero tuvo miedo de que la puerta del aparato se cerrase sobre ella y permaneció en el hall. Se preguntaba si Lumidla ya había llegado. Aunque sabía la hora que era, consultó su reloj. Estaba adelantada dos minutos con respecto al horario de la cita, por lo que dedujo que Lumidla no había llegado. Bien que no tardó en ser abordada por una idea que la inquietó: Lumidla y Sebastián se habían dado una cita más temprano para hablar de ciertos asuntos sin que ella estuviese presente. No tenía ningún indicio que avalase esta idea pero casi la dio por un hecho. Sospechaba de Sebastián, y ahora también de

su amiga. Él se había mostrado proclive a aceptar la explicación de Sofía acerca de los robos del portero en el piso de arriba. Y ella no podía creer en la ingenuidad de Sebastián; no le quedaba más remedio que barruntar la traición. Y ahora incluía a Lumidla dentro de ésta, quizá porque Lumidla era absolutamente pragmática y podía acomodarse a los cambios con toda agilidad. Humildemente se plegaría a la realidad de la conveniencia sin ninguna culpa y sin razonar demasiado el asunto, sencillamente viviéndolo. Era evidente, desde que integraron el grupo para realizar el trabajo de historia, que la animadversión de Lumidla hacia Sebastián cedía vertiginosamente. Lo creía también hijo del ministro y cuando él propuso reunirse en su casa se había mostrado encantada. Lo peor para Azul era que fue ella misma quien impulsó la integración del grupo, previendo que encontraría en su amiga una gran oposición, cosa que no había ocurrido ya que Lumidla dejó trasuntar una aquiescencia que no tardó en trocarse en entusiasmo. Su odio había nacido gracias a los aires de intelectual, de sabihondo, con que se pavoneaba Sebastián; con el tiempo sin embargo su dinero justificó esta actitud ante los ojos de Lumidla y la posibilidad de que fuese hijo de un ministro acabó por legitimar absolutamente a Sebastián. Era Azul, por el contrario, la que ahora ponía reparos al gordito y lo encontraba pedante. Incluso a veces argumentaba contra la idea de que fuese hijo del ministro o menoscababa su importancia. Sacaba a luz, por ejemplo, que carecía de custodia, o bien que se hundiría en la pobreza si caía el gobierno. Lumidla le retrucaba estos y otros argumentos; sugería que era custodiado de modo subrepticio y que los policías del colegio estarían alertados al respecto; llegó a deslizar que Javier, el suplente de matemáticas, si es que no era profesor, estaba afectado allí a la protección de Sebastián. En cuanto a la futura caída en desgracia, se reía de ella y afirmaba que un ministro se asegura un muy buen pasar de por vida, más aún si es ministro de Economía.

La primera reunión del grupo la habían hecho en un bar y Azul quedó asombrada por la actitud de su amiga,

tan complaciente con Sebastián que se reía sin parar de los chistes que él, cebado, dejaba caer uno tras otro. Habían avanzado poco y nada con el trabajo, a pesar de que Azul, molesta, intentó encauzar las cosas, no porque le interesara especialmente cumplir con la materia sino para frenar esa alianza que se armaba delante de sus narices. Porque Sebastián estaba encantado con la novedad y se dejaba adular sin ruborizarse en lo más mínimo. Se embebía de su victoria y no veía nada más allá de ella. Tal vez, en el fondo, intuía las razones de Lumidla, pero igualmente las celebraba. Había tenido muy pocos éxitos como para adoptar el rol de exquisito y no se hubiera creído ni él mismo. Además, hallaba en las risas de Lumidla el combustible para actuar ante los ojos de Azul, seducirla sin que ella sospechase en la medida en que seducía a Lumidla. Y en última instancia, otra ilusión alimentaba la expansión de Sebastián, y ésta era la transformación de Lumidla, la idea de la metamorfosis, por la cual una mujer bella nace de la fea, excitando los sentidos como jamás lo pudiera hacer una mujer que siempre fue hermosa. La belleza potencial, que a esa edad todavía podía considerarse, era la única carta de Lumidla frente a Sebastián, pero él, que vivía por fuerza en el futuro, no era completamente indiferente a ella.

Y ahora que Azul imaginaba a Lumidla y a Sebastián allí adentro, riéndose constantemente de pavadas, no quería entrar. Permaneció en el hall, sin acercarse siquiera al timbre, imaginándose observada a través de las cámaras de televisión; en rebeldía, mas sin otro recurso para hacerla visible que su nula disposición a moverse. Apretaba dos libros y un cuaderno bajo el brazo, hasta que se cansó y los colocó delante de su pecho, rodeándolos con ambos brazos. Miraba de tanto en tanto hacia la cámara que tenía enfrente, elevando los ojos y acercándolos al párpado superior, inmóvil la cabeza, de tal manera que pudiera pensarse que la inmovilidad era la representación de su firmeza, de su determinación. Y la quietud al mismo tiempo la abrigaba; ella era completamente consciente del calor que retenía su campera y lo sentía en verdad como el calor de su propio cuerpo, con-

servado por la ropa. Hasta su nariz llegaban sus vahos, el olor peculiar que adquiría esa camisa sobre su cuerpo y que siempre le había desagradado, pero que en esta oportunidad casi le gustó porque era como llevar su propia casa a cuestas, un caracol que enseguida encuentra refugio hundiéndose en sí mismo. Tenía la impresión de que si se movía la calidez escaparía y quedaría inerme ante las cámaras, vale decir, ante los ojos de Sebastián y Lumidla. Envuelta en el calor, sus malestares interiores habían pasado a un estado larvado, un sordo dolor del que no llegaba a ser consciente. No sentía placer, ni tenía razones para esto; sin embargo, en tanto no diera un paso era prácticamente invulnerable, era ella, Azul, en estado químicamente puro, la totalidad agotada en sí misma, no un dios (la idea de Dios no estaba de ninguna manera en su mente), que ejerce una acción ofensiva sobre los otros, sino un agujero negro que no permite que nada escape y que fagocita a quien intente atacarlo.

Repentinamente, sintió una puntada en las entrañas, una mordida dolorosa y efímera que la arrancó por unos momentos de su aquiescencia. Había logrado detener la menstruación, ya no tenía que soportarla; y cagaba muy poco, a lo sumo una vez por semana. Si lograba mantener estas conquistas y el malestar desaparecía, estaría en absoluto satisfecha con las pastillas que venía tomando. Hacía semanas que abrigaba esperanzas al respecto, aunque éstas se iban debilitando y dejaban paso a una suerte de indiferencia o de resignación frente al estado de cosas. En última instancia prefería ese malestar permanente, que empezaba ser parte de la Azul que no menstruaba y que por lo tanto no podía ser tan preocupante. Obviamente no había dicho nada a nadie, aunque no había podido evitar que se hiciera visible otro síntoma de su nueva condición: ya casi no tenía hambre y comía a regañadientes. Se sentaba a la mesa y miraba con disgusto el plato de comida que ponían delante de sus narices. Sólo el olor ya le daba asco y la aproximaba a las náuseas. Y su aspecto también le desagradaba, sobre todo el de las carnes, las que, a sus ojos, mostraban siempre cierto grado de putrefacción. Su abuela se preocupaba cada vez más

por esta situación y había llegado a un diagnóstico que dejaba traslucir con comentarios que eran apenas bocadillos pero que, en conjunto, dejaban en claro lo que pensaba: era el colegio lo que le hacía daño a Azul. E incluso había sugerido que, por su herida, la presencia de Azul en la casa en las mañanas significaría una ayuda para ella.

El tiempo pasaba y, dado que no tocaba el timbre, no abrían la puerta para que entrara. Azul se figuraba que Sebastián y Lumidla se habían cansado de observarla a través de las cámaras y estarían en lo suyo, sin poder especificar en qué, descartando que se hubieran abocado a sacar adelante el trabajo de historia. Ya se estaba impacientando consigo misma cuando escuchó que el ascensor frenaba y, semejando un suspiro, se iba acercando hacia donde ella estaba. Al escuchar que las puertas del ascensor se abrían a sus espaldas no tuvo más remedio que girar rápidamente, justo a tiempo para encontrarse con la sonrisa desdentada de Lumidla, quien estaba evidentemente feliz y más aún lo estuvo cuando vio a Azul, dado que de inmediato la tomó como cómplice de su entusiasmo.

—¡Viste lo que es el edificio! —le dijo, al tiempo que salía del ascensor y se internaba en el hall.

Azul no contestó.

—¡Es increíble! Hay guardias por todos lados y... —Azul le hizo una seña con la cabeza, indicándole la cámara que tenía enfrente, sin embargo su amiga no se detuvo— el salón donde se entra en la planta baja no lo vi ni en películas. O sí, pero justamente, nunca había estado en ningún lugar así. —La alegría de Lumidla en razón de la amistad de Sebastián llegaba a un punto culminante, y a Azul se le hacía intolerable, ya que ella se consideraba la pionera y en realidad única amiga de Sebastián.

—Seguro que Sebastián nos está viendo.

—¡¿Y qué?! No dije nada malo, ¿no?

Azul, autoritaria, se puso un dedo delante de la boca, indicándole silencio; se negaba a hablar, como si estuviesen vigiladas solamente por micrófonos.

—¿Tocaste el timbre?

—No. Todavía no —susurró Azul.

—¿Pasa algo?

Azul permaneció impasible, dándole a entender que no se podía hablar delante de las cámaras. Luego de unos instantes fue hasta el timbre y tocó.

Mientras esperaban, Azul advirtió que la sonrisa de su amiga persistía, y que su entusiasmo estaba intacto. No había en ella ninguna desconfianza ni advertía ningún peligro. Le bastaba con estar en ese edificio como invitada, mirarse a sí misma en el espejo del hall y creer absolutamente en la legitimidad de su presencia allí, respirar a pleno el aire del lugar y que su vida se impregnara de ese momento. Ni aun cuando el tiempo transcurría sin novedad y parecían estar olvidadas en ese hall, cruzó por sus facciones el más ligero vestigio de preocupación, considerando seguramente que la demora en la apertura de la puerta se debía a las enormes dimensiones del piso. Para Azul, por el contrario, era un síntoma de algo, quizá de una celada que el gordito les tenía preparada. Lo creía capaz de cualquier cosa, incluso de matar, un ser imprevisible llevado por su inteligencia hacia objetivos cambiantes, porque, según intuía, la inteligencia revisa y revisa hasta encontrar nuevas verdades; cada verdad sólo satisface a la inteligencia durante un cierto tiempo, hasta que el avance mismo de la inteligencia la hace caducar. De cada verdad que hizo surgir la inteligencia hace una mentira, excepto que la inteligencia se enamore, pero entonces no es más que una inteligencia enamorada, una contradicción. Desde el punto de vista de Azul, que por otro lado nunca había pensado de manera consciente en estos asuntos, sólo el sentimiento tenía cierta fijeza, y no le atribuía a Sebastián casi ningún sentimiento, por mucho que prácticamente se le había declarado. O mejor dicho, creía que todo el amor de Sebastián se volcaba hacia su inteligencia, la dama veleidosa que iba mudando de caminos. En el fondo de Azul existía el convencimiento de que nadie quiere a nadie, que no hay más que el amor por uno mismo.

—¡Nos está jodiendo! —dijo Azul después del tercer timbrazo.

Lumidla levantó los hombros.

—Nos va a tener todo el día acá para... —y en ese preciso instante la puerta se abrió.

Ante los ojos de Azul y de Lumidla apareció el portero del colegio, inconfundible, con su overol azul, los grandes bigotes hasta el mentón y el pelo crespo que casi le tocaba los hombros.

—¡Aah! —Azul pegó un grito y retrocedió para colocarse detrás de Lumidla. Estaba segura de que el hombre iba a agredirlas.

El portero avanzó hacia ellas.

—¿¡Qué es lo que hacen acá, en mi guarida!? —les gritó con voz gutural, extendiendo las manos hacia ellas en forma de garras.

Azul había caído al piso y sobre ella cayó Lumidla. Estaban aterrorizadas.

—¡¿Quieren mis cerámicas?!

Y la voz, que se hacía gruesa en falsete, terminó por alertar a Azul. Miró hacia el portero y le vio unas manos blancas, regordetas. Luego lo miró a los ojos, y los vio demasiado hundidos, ojos que además se traicionaban, risueños y avergonzados al mismo tiempo. Se dio cuenta de que no era el portero, pero...

Sabiéndose descubierto, Sebastián llevó las manos al cuello y, con bastantes dificultades, fue quitándose la máscara. Azul y Lumidla lo miraban desde el piso, demudadas. Se la sacaba despacio, cuidando de no romperla, y en un momento, cuando intentaba despegar la nariz, algo lo impidió y tuvo que detenerse. De cualquier manera se reía, feliz con los resultados de su actuación. Azul y Lumidla se levantaron. Y Sebastián acabó de quitarse la máscara, forzándola ya con cierta impaciencia, como si considerase que las dificultades que atravesaba iban en desmedro de los méritos que había aquilatado.

—¿Y? ¿Soy o no soy el portero?

—Está genial —aseguró Lumidla, en tanto Azul retrocedía un paso, absteniéndose de intervenir.

Lumidla veía en esa máscara el poder del dinero de Sebastián, que le permitía ese lujo, la reproducción exacta de la cara del portero, el overol azul, gastado y con al-

guna suciedad, tal como sabía lucirlo el hombre al atravesar los pasillos del colegio con aires de patrón. Azul veía en la máscara un síntoma más de la carencia de límites que le atribuía a Sebastián, la inteligencia imprevisible y peligrosa que no podía dominar, que se le hacía indomeñable en la medida en que la quería mostrar. Tantos eran sus esfuerzos por hacerla visible que casi la sacaba por fuera de sí mismo y acababa por gobernarlo. Y Azul empezaba a sospechar que esa máscara era parte de un ardid que había pergeñado en relación con el piso de arriba. Y le daba miedo pensar que se vería envuelta en una situación harto comprometida, porque imaginaba que la usurpación de la identidad del portero podía terminar directamente en la violencia. Subyacía en ella la creencia de que, en tanto que renunciaban a ser quienes eran, el disfraz supondría la pérdida total de derechos, los transformaría —a ella también si intervenía— en suerte de títeres, cosificados, no humanos. Si eran descubiertos, Juan, el portero, se pondría furioso y, respaldado por las autoridades, se vengaría.

—¿Cómo la conseguiste? —le preguntaba Lumidla.

—La hice hacer en un lugar especial. Le saqué un par de fotos a Juan hace dos semanas y se las llevé. Trabajan para teatros y esas cosas.

—¿En el colegio se las sacaste?

—No. A la salida. Con un zoom bastante poderoso que le puse a la cámara.

—¿Y por qué no te hiciste hacer la cara de un profesor? Capaz que podías cambiar notas y...

Sebastián se sonreía y no contestó.

—No es tan fácil hacerse pasar por otra persona —terció Azul—. Tenés que pensar en las manos, y en la voz, y en el cuerpo. Te pueden descubrir muy fácil.

—Sí. Depende de lo que se quiera hacer. Pero vengan. Vamos a mi pieza —y el gordito, con la máscara en la mano, las hizo pasar a otro vestíbulo y de ahí a un largo pasillo que llevaba a las habitaciones. Lumidla advirtió que por ese camino se evitaba pasar por las salas principales del piso y en parte se desilusionó.

—¿Y tu papá? —le preguntó.

—No está.

—Se parece a vos, ¿no? —comentó Lumidla, quien había visto al ministro de Economía por TV y era bastante relleno.

—No. Para nada —y mientras Sebastián contestaba, Azul se adelantaba hacia él.

—Juan te va a matar.

Sebastián emitió un sonido inarticulado y luego pensó por un segundo.

—Yo ya nací medio muerto.

—¿Y yo?

—¿Qué? ¿Cómo naciste? —y Sebastián se rió—. ¿Querés una máscara? No hay otra forma.

—No.

—Y bueno. No hay soluciones mágicas —el gordito se detuvo delante de una puerta y accionó el picaporte.

—¡Sí, hay magia! —Azul fue rotunda—. ¡Hay algunos que hacen magia!

Sebastián no contestó y entró a la habitación.

—¿Y vos no apareciste nunca en la tele? —le preguntó Lumidla al tiempo que entraban a una habitación grande, lujosa, bastante atosigada de muebles franceses, inimaginable para quien conociese al Sebastián del colegio.

—No. Para nada. Tampoco veo. La televisión me da asma —dijo él, y cerró la puerta tras de sí.

Capítulo XI

Y yo vi una luz que casi enceguecía. Una luz inmóvil en medio de la oscuridad, destellando en una sola dirección, hacia mí, con toda crueldad. Y sin embargo era una luz inerte y tranquila que no hacía más que brillar con total inocencia. Sus rayos carecían de agresividad, sólo brillaban y brillaban, iguales a sí mismos; partían del filamento pero bien podían suponer una existencia propia e incorpórea, un trazo de aire luminoso que vive en perpetuo presente y que no tiene ínfulas de ningún tipo. Aunque su deslumbrante indiferencia frente al transcurso del tiempo puede hacer pensar lo contrario: vive en la más firme de las eternidades, el presente absoluto, y eso constituye una arrogancia intrínseca, la jactancia de no vivir más que para sí mismo. Los rayos brillan y en su exterioridad está todo y no obstante para ellos no hay mundo exterior.

Y cuando los rayos de luz estaban, estaban absolutamente, y cuando dejaron de estar, caducaron absolutamente. En donde hubo luz se expandió la oscuridad, ésta sí conocedora del tiempo y de que debía esperar su oportunidad para triunfar. Lo oscuro, que había rodeado a la luz, terminó por hacer su trabajo con naturalidad y sin alevosías. La oscuridad total que se abrió ante mí no era ningún escándalo sino un destino previsto. La paciencia de la oscuridad, proverbial, volvía a ponerse en evidencia una vez más; su victoria nunca estuvo en discusión ya que el tiempo le pertenece, sólo el presente quimérico de la luz puede albergar sueños imposibles que la oscuridad tolera por esa condescendencia de que puede hacer gala quien no duda ni puede dudar de la victoria. No se veía nada en absoluto y era para mí, ojo ciego, un estado inmejorable, perfecto, si esto es posible en este mundo.

Raquel giró la cabeza y descubrió al médico, quien rodeaba al aparato y se le acercaba.

—Yo diría que el estado del ojo es bueno —dijo, sin ser muy convincente. Se había detenido a dos pasos de Raquel y desde allí arriba la miraba, fijos en ella los acuosos ojos celestes que se agrandaban detrás de unas lentes sin marco.

Raquel asintió, bajando la cabeza para no ver esos ojos que, imaginaba, desmentirían las palabras, haciéndose visible en ellos que las cosas no estaban nada bien. Y lo hacía casi por pudor frente a la mentira ajena y no porque prefiriese ser engañada. Hacía tiempo se había convencido de que el oculista se consideraba en el deber de darle esperanzas. Y lo dejaba hacer, con una actitud contrita, condescendiente, aunque no mostraba ningún entusiasmo y en ocasiones no podía evitar que en sus labios se dibujara una sonrisa triste, deslucida, que dejaba traslucir lo que ella realmente pensaba. Y el médico también hacía lo suyo, ya que elegía las palabras para no ser nunca tajante, y su optimismo era blando y casi sin forma. No se le dificultaba en lo absoluto ser esquivo y no sólo porque Raquel no lo comprometía, sino además por la naturaleza del mal que la aquejaba, cuya evolución era difícil de prever. Ya de entrada lo había aclarado (Raquel cambió de oculista cuando perdió la visión del otro ojo y el sano empezaba a dejar de serlo) y lo que cabía, según él, era un cauto optimismo. Y al principio Raquel agradeció esta actitud, aunque ahora creía que, frente a los indicios de la realidad, era insostenible, casi vergonzosa.

El médico se restregaba las manos parsimoniosamente. Parecía ver con benevolencia lo que sucedía, en particular, quizá, la vergüenza de Raquel. Y, como ocurría cada vez que iba, se dio a darle una serie de recomendaciones, siempre las mismas, por lo que Raquel deducía que se olvidaba enseguida de lo que le decía, seguramente porque no era una paciente que en realidad le importara sino una más de los muchos que tenía por obra social. Y hasta repetía un par de ejemplos, casi con las mismas palabras, uno de ellos una suerte de chiste con el que ce-

rraba el capítulo de las recomendaciones y abría paso a la despedida.

En cada ocasión de su visita al oculista, Raquel hacía planes más o menos imprecisos con el fin de arrancarle al hombre la verdad acerca de lo que cabía esperar para el futuro. No tenía demasiadas esperanzas de poder cercar al médico y quebrar su voluntad, pero, a la fuerza, tendría que dar indicios de lo que realmente pensaba. Por experiencia sabía que los médicos cedían algo en pos de no perder todo, y de ese poco había que inferir el resto. Sin embargo, sólo en un par de oportunidades empezó a llevar adelante sus planes y en ambos casos el médico los desbarató con toda rapidez, aprovechando los resquicios que ella no podía llenar justamente por no ser médica; y no porque le faltaran conocimientos sobre su enfermedad, le faltaba más bien el título que dijera que los tenía y el guardapolvo. Aunque en esta visita había renunciado de antemano a toda pretensión inquisitiva, incluso casi no había tenido miedo de lo que pudiera decirle el oculista y en el fondo de sí lo menospreciaba. Y esto porque abrigaba la idea de consultar a un especialista del instituto de París en donde estaba Germán, si es que se daba el caso claro está —en realidad remotísimo— de que pudiera viajar. Como sea, hasta tenía la esperanza de que allí hiciesen algo que torciese el curso de los acontecimientos.

El médico se había refugiado detrás de su escritorio y, luego de tipear algo en un terminal de computación, sacó a luz las palabras de despedida. Y si bien siempre cambiaban y eran aparentemente azarosas, el sentido de ellas se repetía de una a otra vez: las cosas iban medianamente bien, vale decir, se desarrollaban dentro de lo esperable; esto parecía ser lo más importante para él, tal si temiera la irrupción de algo raro, que no supiese explicar. Como había sucedido aquella vez con el resumen de la tarjeta de crédito, lo imprevisible lo sacaba de quicio, se le hacía intolerable; y Raquel se sentía apreciada justamente por deteriorarse según los cánones que la medicina fijaba. Realmente se advertía casi querida por el médico, quien la debía tener por una paciente ejemplar.

Cuando salió Raquel del consultorio se detuvo por unos instantes para pensar. Estaba sola en la sala de recepción y quería recuperar algo que se le había perdido en la confusión de los saludos con el médico. Ella les temía a las despedidas ya que tenía la impresión de que allí, en el cruce final, aparentemente superficial, baladí, podía surgir, desnuda, la verdad. Quizá de una manera involuntaria e indirecta, pero cruel, definitiva, porque en última instancia no iba a quedar ciega hasta que el médico, previamente, lo dijese; él debía pronunciar esas palabras y entonces, sí, ya no podría aferrarse a ninguna ilusión. Se quedó mirando el mullido apoyabrazos de un sillón, absorta en sí misma. Y vino a su mente Germán y el instituto de París en donde él estaba, que era lo que ella quería recuperar. Si viajaba podría abrirse una esperanza para ella; y no era tan descabellado pensar esto en razón de que la misma Florencia lo había aventurado *motu proprio*, sin que ella dejara deslizar lo más mínimo. El nombre del instituto —que ya sabía pronunciar perfectamente en francés— retumbaba en su cabeza con una sonoridad particular, envuelto en un halo que había surgido en semanas, pero que no por novedoso era frágil, por el contrario, tenía el carisma del origen reciente. Imaginaba un viejo edificio, gris, de líneas rectas, sólido como la institución que albergaba. En ese edificio, que su fantasía había construido y que variaba muy poco de imagen en imagen, ella resumía sus ilusiones del momento. Claro que, para viajar —y aun así sería muy difícil—, tendría que recuperar su madre la pensión, y al respecto no había ningún avance. Dos días atrás había llamado por teléfono el encuestador, cumpliendo con atraso su promesa de averiguar acerca de la pensión por intermedio de un compañero del ministerio, y no supo ser muy explícito, aunque Raquel se había quedado con la impresión de que estaba casi perdida y que, además, quedaba poco por hacer. El gordito, con su vozarrón algo devaluado por un apuro que no quiso explicar, había sido confuso, quizás adrede ya que parecía utilizar la media palabra como subterfugio para llegar a una cita en donde se iría a explicar con toda claridad. Evidentemente, había llamado con

el objeto de encontrarse y suponía que ella no querría verlo a menos que tuviese algún interés relacionado con la pensión. Cuando en realidad ella —más allá de su esperanza de que él la condujese a ese instituto de París—, lo quería ver, sobre todo porque ansiaba escucharlo. Había cobrado confianza en esa voz, deseaba creer que en esa reciedumbre hallaría un apoyo, un respaldo, independientemente de cualquier aspecto concreto en que esto se realizase. Habían acordado que se encontrarían ese mismo día, el de la cita con el oculista, viernes, a las nueve de la noche. Él la pasaría a buscar. Hacia esta cita derivó el discurrir de Raquel, y apenas se hicieron presentes los hechos concretos que enfrentaría esa noche (los timbrazos del portero eléctrico y ella que afirmaba que ya bajaba) salió de su ensimismamiento. El apoyabrazos del sillón volvió a cobrar nitidez. Raquel recorrió los metros que la separaban de la puerta con cierto apuro, como si, retardado, cruzase por su cabeza el miedo a permanecer allí, y salió al pasillo algo agitada, aferrando con una mano la tira de la cartera.

Cuando sonó el portero eléctrico, unos cinco minutos después de la nueve de la noche, Raquel, que se estaba dando los últimos toques en el maquillaje, no llegó a tiempo. Azul se le adelantó.

—Es para mí —le advirtió, y quiso arrebatarle el tubo, pero Azul lo impidió. Habló ella y sólo después le pasó el tubo a su tía.

—Es un tipo —le dijo, despectiva.

Y un minuto más tarde, cuando Raquel, munida ya de su cartera, pasaba rumbo a la puerta del departamento, Azul la abordó.

—El que te vino a buscar ¿no es el gordo que nos hizo la encuesta?

Raquel en alguna medida la esquivó y siguió su camino rumbo a la puerta.

—¡¿Es o no es?! —volvió a inquirir Azul, imperativa, exigiendo una respuesta sin la más ligera vacilación acerca del derecho que le cabía de hacerlo.

—Sí. Es —se avino a responderle Raquel, quien, inevitablemente, se apichonaba ante ese convencimiento tan absoluto en el propio derecho del que hacía gala Azul. Abrió la puerta y se fue.

Ya desde el palier del edificio divisó al encuestador a través de los vidrios de la puerta. Llevaba un ambo celeste y una corbata bastante llamativa, de diversos colores, entre ellos el rojo y el amarillo. Realmente se sorprendió de verlo así vestido y se preguntó si lo había hecho para la cita con ella o si venía de otro lado. El conjunto no le quedaba nada bien, había en él algo payasesco y al mismo tiempo pretencioso, que es, casi, la peor de las combinaciones posibles. A más, la panza aparecía entre las hojas del ambo, algo ostensible, sobre todo porque la corbata se montaba en ella luego de formar un ángulo que lejos estaba de ser llano. Sin embargo, pensar que se había vestido así para salir con ella casi la conmovió; de seguro que muy raramente vestía un ambo y que lo había hecho abrigando ciertas ilusiones. Desde este punto de vista hasta el mal gusto jugaba a su favor, ya que era una evidencia del esfuerzo por mejorarse a sí mismo, sin ocultar que esa salida bien valía para él, aunque con resultados lamentables, ese travestismo. Raúl —así lo llamaba Raquel desde el último llamado por teléfono— ya no parecía aquel que se presentó en su casa la última vez, enojado y bravucón, sino un ser más indefenso, que casi movía a lástima. Y Raquel sintió verdadera simpatía por él al dar como un hecho que se había puesto el ambo y la corbata por ella. Y abrió la puerta casi feliz, sin que le importara que la vieran junto a alguien tan toscamente pretencioso.

En el entrecruzamiento de besos y saludos sobrevoló cierta alegría, producto de la mutua aquiescencia. Y se miraron por unos instantes.

—Te pusiste un... —dijo Raquel, en gran medida con el objeto de poner fin a esa situación algo incómoda. Iba a decir traje pero la palabra misma, antes de pronunciarla, le sonó jactanciosa, probablemente porque lo seguía vinculando a sus merecimientos como mujer.

—¿El ambo? ¿Y la corbata? —Raúl se miró con un

gesto despectivo en la boca—. Vengo de una entrevista.

—¿Una entrevista?

—Sí. ¿No sabés que estoy sin trabajo?

Raquel asintió, repentinamente seria y reconcentrada.

—Estoy buscando y... ¡Es un asco! —explotó de rabia y su vozarrón cobró esa masculinidad indomable que tanto le gustaba a Raquel—. Me preguntaron de todo. ¡Cualquier cosa! Y la maldita carta manuscrita. La piden en todos lados. Los grafólogos se deben estar llenando de plata buchoneando estupideces. Aprendieron cuatro pavadas en un curso y se deben creer no sé qué... Son los nuevos monarcas de la psicología. Realmente piensan que pueden leer a una persona por la letra. ¡Son unos burros que deben tener unos aires...! Se piensan que hay un mundo de ingenuos que caen en las garras de su sabiduría, y que sacan a luz las intimidades, la personalidad oculta. ¡Y los gerentes de las empresas les creen a esos charlatanes! ¡Mi Dios!

Raquel permaneció callada. Apenas si registró lo que él le decía, consternada por haber creído que se había puesto el ambo para salir con ella. Se detuvieron en la esquina, indecisos con respecto a qué rumbo tomar. Finalmente decidieron dirigirse hacia una avenida que corría a tres cuadras de allí, en donde podrían encontrar una confitería para sentarse a tomar algo. En el camino, Raúl siguió explayándose en torno de las inquinas le deparaba la búsqueda de trabajo. Se negaba a que hurgaran en su vida y en su cuerpo. Los exámenes lo sacaban de quicio, sobre todo porque él imaginaba la forma en que serían interpretados. Él mismo, despreciativo, se mostraba muy seguro al afirmar que por X cosa que dijo deducirían tales y tales consecuencias, siempre negativas para su persona. Pero que si decía lo contrario de X, también hubieran hallado reparos lapidarios. De esta forma, decía, se solazaban en su supuesta astucia. De todos los candidatos iban desentrañando sus males, reales o no, y los debían exponer con toda la cruda malicia del profesionalismo. Una larga fila de complejos y de taras y de enfermedades. Y al final elegirían el menos malo, porque

nada podía ser lo suficientemente bueno para la inmaculada, excelentísima empresa que constituía su cliente.

—No hay que imaginarse tantas cosas —le aconsejó Raquel en un momento—. Porque... Lo mejor es ser natural.

—Eso dicen las mujeres. Pero justamente están esperando que seas natural para que cometas todos los errores imaginables. Además, nunca van a creer en la naturalidad y van a considerar que es prefabricada. Es como una guerra que ellos ya ganaron *a priori*.

Y a continuación el gordito se lanzó contra las revisaciones médicas. Las odiaba. No quería que midieran su vida útil auscultándole las entrañas. Hablaba muy fuerte, tanto que Raquel se avergonzó porque una gente que caminaba por la vereda de enfrente los miraba. Estaba enojado. De repente, cuando iban llegando a una esquina, se detuvo. Parecía no querer dar un paso más.

—¿Y si vamos directamente a un hotel y tomamos algo ahí? —preguntó con cara de pocos amigos, abriendo los brazos como si se sintiera abrumado por la lógica de su razonamiento.

Raquel quedó confundida. No esperaba en absoluto algo tan abrupto, casi brutal, y dicho de tal forma que la ida al hotel aparecía como una imposición que él se hubiera hecho y no abrigara ni la más ligera brizna de romanticismo ni de deseo. Le era casi imposible decir que sí en esas condiciones, aunque, por otro lado, tampoco quería negarse, más que nada porque él estaba forzando la situación y daba la impresión de que una negativa derivaría en una separación inmediata, cada uno por su propio camino. En Raquel apareció también el fantasma de la pensión; al fin de cuentas todavía no sabía nada en concreto acerca de ella y esto la inclinaba a evitar una ruptura. No podía decir ni que sí ni que no, estaba completamente desasosegada. Tenía su ojo vidente bien abierto, sorprendido, consternado; había en él algo lastimoso, que movía a la piedad. No hablaba, y se había quedado inmóvil, incapaz de actuar. El gordito había guardado las manos en el bolsillo del saco, dando a entender con ello que estaba dispuesto a esperar a que Raquel se definiera sin auxiliarla en lo más mínimo, negándose a

realizar un gesto que la ayudara a decir que sí. Estaba dispuesto a recibir una negativa antes que a mostrarse conciliador a través de una amabilidad.

Sin embargo, el tiempo transcurría sin novedad, y el vacío que se abría ante él lo hizo dudar. Bajó la vista y se encontró con el cuerpo de Raquel. Llevaba unos pantalones gamuzados de color marrón, muy ajustados, que realzaban los dos atributos de su físico: la redondez y la sutileza. Estaba muy hermosa; y cuando levantó la vista descubrió en el ojo de Raquel la negativa que ella había decidido, seguramente resultado de la mirada evaluativa que había hecho él por debajo de la cintura.

—Te lo pregunto porque... —se apresuró a balbucear Raúl con el fin de detener la inminente negativa. No sabía cómo atemperar su crudeza anterior. Por su cabeza cruzó la posibilidad de decir que no le gustaban las confiterías de la avenida a la que iban, pero enseguida se dio cuenta de que sonaría pueril—. No me gustan las confiterías —dijo, creyendo mejorar lo anterior—. No... Sentarme en una mesita en medio de un montón de gente... —y con los brazos daba a entender la incomodidad que sufriría—. Por eso es que me pareció mejor otro lugar... —y negaba con la cabeza algo nerviosamente, llevando cierto compás que le hacía temblar las mejillas; intentaba decir que no a otras interpretaciones que se pudieran dar a sus palabras.

Una sonrisa empezó a esbozarse en los labios de Raquel, apenas dibujada. Advertía la estupidez de lo que él le decía pero justamente esto la inclinaba a la aquiescencia. Esas burdas palabras, inseguras, provocaron un vuelco en su ánimo. El gordito parecía otro; Raquel tuvo la impresión de que su profunda voz, sin perder el timbre, se avenía a una nueva situación, en alguna medida casi se subordinaba a ella. Repentinamente su persona había cobrado valor. Sin embargo, no quería hacer demasiado evidente su cambio de ánimo.

—Vamos a la confitería, o donde vos quieras —dijo él, y con la mano subrayó su disposición a que se hiciese lo que Raquel desease. Y ella sintió que había recuperado la libertad. Pero libre enseguida se dio a pensar qué se

esperaba de ella, hasta qué punto la deseaba el gordito.

—Podemos ir a un hotel —arriesgó y su cara se iluminó.

—Sí. Claro. Si vos querés —el gordito mantenía su prudencia.

Raquel pensó por unos segundos.

—Hay uno acá cerca —dijo, en referencia a uno al que sabía ir con Diego. No era lindo pero sí tranquilo, quizás no tenía ni veinte piezas.

Raúl asintió con una seriedad casi solícita, tal si Raquel fuera una profesora a la que no convenía contradecir.

Y echaron a andar rumbo al hotel. Durante el trayecto se mantuvieron en silencio. Como si juzgaran que iban a cumplir un rito de iniciación, los dominaba la expectativa, una expectativa necesariamente silenciosa porque ninguno de los dos la quería hacer ostensible. La decisión de ir al hotel los llamó al más absoluto mutismo. Raquel consideró en un momento la posibilidad de sacar a luz el asunto de la pensión, aunque, sin darse razones, concluyó que era mejor dejarlo para cuando estuviesen en la cama, en algún lapso de tranquilidad.

Extrañamente, por lo menos para Raúl, que no lo conocía, la pieza del hotel tenía reminiscencias campestres; los muebles lucían cierta bucólica rusticidad y las paredes, si bien portadoras de varios espejos, estaban pintadas de blanco. El rojo estaba completamente ausente; las cortinas eran claras, floreadas, y el único cuadro de la habitación, una reproducción, mostraba un desnudo de mujer casi artístico, nada lascivo. El cuarto parecía decorado por la firme mano de una mujer que no quería caer en el lugar común y que desdeñaba el artificio, tal vez porque creía en la naturalidad del sexo, tal vez porque no quería facilitarle nada a nadie. Dejó Raquel la cartera y el abrigo en una silla y ambos se quedaron mirando la cama en silencio. La tensión nerviosa que se había apoderado de ellos cuando iniciaron el camino hacia el hotel los abandonaba y se empezaba a abrir una suerte de vacío. Eran ahora conscientes de que, sin nada previo, la cama era casi un estorbo.

—Yo te voy a proponer algo —dijo él, golpeando su voz las paredes blancas de la habitación.

—¿Qué?

Se acercó y se dio a quitarle el pañuelo que ella llevaba al cuello.

—Yo te tapo los ojos y... jugamos una especie de gallito ciego.

Raquel dudó. En principio la idea no le gustaba; se figuró que sin ver se sentiría indefensa, secuestrada en manos de un hombre al que no conocía. No obstante, por las mismas razones se fue tentando; y además, fue abriéndose paso su fantasía con respecto a la ceguera, al sexo a ciegas y en particular a una pija anónima, una pija que fuera todas las pijas. Escucharía la voz, se dejaría acariciar, sería penetrada en una casi completa intimidad.

Y dejó que le gordito hiciera. Luego, ya con los ojos vendados, se dirigió a la cama, se recostó contra los almohadones y allí esperó. Escuchó que él se desvestía y que iba acomodando la ropa en una silla. Quizá lo hacía con apremio porque su respiración se fue agitando. Él se subió a la cama y, en silencio, se dio a desvestirla. Raquel hubiera preferido que él hablara, aunque tampoco tenía nada para decir ni para preguntar, excepto el tema de la pensión. Las manos regordetas empezaron con su pantalón, que se deslizó luego de algunos inconvenientes, y siguieron con su blusa. A medida que el silencio se prolongaba iba cobrando la situación mayor impersonalidad. Él era un hombre del que cada vez sabía menos. Ella estaba ya en bombacha y corpiño y él seguía callado. Raquel hubiera querido oír elogios acerca de su cuerpo, pero el gordito se los reservaba, seguramente para no sentirse en inferioridad ya que le había tapado los ojos precisamente para que no viera sus fealdades. Si se estaba entusiasmando se guardaba bien de expresarlo.

Y Raquel dio un par de giros en la cama, simulando que huía de él. El gordito se arrojó sobre ella y rieron. La risa del gordito, tan gutural y cascada como su voz, cayó sobre ella y sólo con esto ya sintió placer.

—Te voy a coger —estalló la voz de él, repentinamente enardecido.

Y se dio a manosearla y a besarla en todo el cuerpo. Le sacó el corpiño y se estuvo unos minutos dedicado sólo a sus tetas. Después le sacó la bombacha.

Raquel le facilitaba las cosas, arqueando la espalda para que los pechos se levantasen y la cola formase una curva más deliciosa, abriendo las piernas de ser necesario —cuando él se dedicó a su ano—, o acariciándole la pija como al pasar, la que, según notaba, empezaba a crecer y a endurecerse. En la oscuridad ella empezaba a ser feliz, a excitarse. Pero quería que hablase.

—Decime que me vas a coger —le pidió, simulando una voz infantil.

Y ya el gordito no paró de decirlo. Una y otra vez. Hasta que cumplió su palabra y se la metió. Raquel fue consciente como nunca del avance de esa pija dentro de su vagina. Todo su cuerpo la sentía, aun cuando no se la notaba muy dura. Y el gordito siguió repitiendo su latiguillo, logrando con esto mayor éxito quizás que con su miembro, hasta que acabó. Y entonces emitió un gemido agudo, discordante, casi de párvulo. Y al tiempo que ella acababa al sentir la punta de la pija que avanzaba y retrocedía mientras expulsaba la esperma caliente, se desilusionaba de ese chillidito en el que parecía emerger el verdadero Raúl.

No tardó en caer él a su lado, bufando. Raquel se sacó el pañuelo. El vientre del gordito subía y bajaba rítmicamente, tan agitado que se lo hubiera pensado enfermo.

—Te recogí —le dijo él en un suspiro que todavía guardaba mucho de aquel gemido agudo.

Y siguió luego un largo silencio. Ambos permanecían echados uno al lado del otro sin mirarse. Raquel empezaba a sentirse extraña, no encontraba verdaderas razones para estar ahí; se repetía lo de la pensión pero no llegaba a convencerse y la masa blanquecina que adivinaba con el rabillo del ojo la consternaba.

Por fin se decidió y le preguntó por la pensión. En un comienzo él no sólo fue evasivo sino que también se puso algo violento. Aparentemente el compañero del ministerio no se había mostrado muy servicial y apenas si

se había ocupado del asunto. Había detectado la pensión en medio de un largo listado de suspendidas, mas esto no significaba nada que Raquel no supiera. Al año siguiente las suspendidas ya no ingresaban al presupuesto, de modo que, según el gordito, no se podían abrigar muchas esperanzas. Ella siguió indagando en busca de algo que le hubiera dicho el compañero del ministerio y que él hubiera obviado u olvidado, sin embargo parecía no haber más que eso. No tardó el gordito en darse vuelta, dándole la espalda. Unos diez minutos después se lo escuchaba roncar.

Azul estaba viendo la TV cuando sonó el teléfono. Se figuró por qué llamaban y no tuvo ningún deseo de atender. Iba a dejar que sonara hasta que se cansaran, pero recordó la pensión de su abuela y fue a contestar, con todo desgano porque de cualquier manera era muy poco probable que tuviera relación con ese dinero perdido. Y atendió con un "hola" en el que intentó camuflar la voz.

Era Sebastián y de todos modos la reconoció. Quería saber por qué hacía una semana que no iba al colegio. Azul esperaba la pregunta y la aborrecía.

—Dejé —le contestó, forzándose para que el tono fuese absolutamente decidido—. No voy a ir más al colegio —agregó, quizás un error ya que en esta última frase su voz tembló, muy poco pero igualmente perceptible.

—¿Y por qué dejaste?

—Porque sí. No quiero ir más.

—¿Tiene que ver con lo del piso de arriba?

—No. Para nada. No me interesa el colegio. Y lo del piso de arriba... que se vaya a la mierda.

—¿Y qué dice tu mamá?

—Está contenta. Ella prefiere que esté acá. Porque tiene una herida. Y le duele.

—¿Está mal?

—No. Le duele.

—¿Y vas a volver cuando esté mejor?

—No. No creo. Ya dejé.

—¿Y qué hacés?

—Nada. Veo la tele.

Y siguió un silencio de varios segundos.

—Estuve arriba —arrojó Sebastián.

—¿¿Sí?? —Azul se mostró descreída.

—Te juro que sí.

Aunque la empezó a invadir una gran curiosidad, Azul no quería parecer muy interesada.

—¿Y? —no tuvo más remedio que preguntar.

—Es largo. ¿No vas a ir al colegio uno de estos días? —Tal vez el gordito le hacía pagar por haber mandado el asunto a la mierda.

—No. ¿Para qué voy a ir?

—No sé. A buscar algún papel.

—No. No necesito ningún papel. Decímelo ahora. ¿Qué hay arriba?

—Materiales de construcción.

La respuesta sobresaltó a Azul, tanto como si le hubieran mencionado la cosa más extraordinaria. Por unos instantes no pudo hablar.

—Sos un mentiroso —dijo por fin. Estaba ofuscada. No podía sino estar segura de la traición, casi podía sentirla en la respiración de Sebastián, que se escuchaba claramente en el tubo del teléfono.

—¿Y por qué te voy a mentir?

—Porque si subiste ahí, sos ahora parte de todo eso, sos parte de la trenza. Y me decís lo que te conviene.

—¡Pero no! Te digo la verdad. Vos querés que invente y te diga que hay tipos secuestrados. O que hay cachos de cadáveres. Pero la verdad es que hay materiales de construcción. Victoria tenía razón. Qué le vas a hacer.

—No te creo —la mención de Victoria la indignó todavía más—. Además yo ya no voy al colegio. Así que... —no supo que más agregar y, con bronca, colgó.

Por unos segundos Azul quedó desconcertada. En esa semana Lumidla no la había llamado ni habían tenido el más mínimo contacto, y tuvo la impresión de haber roto el último hilo que la unía con el colegio. No estaba más que ella sola en la casa y esto colaboró para que se sintiera inmersa en una burbuja de soledad, aislada del

mundo. Las voces del televisor acentuaban esta sensación; eran voces simpáticas, sin duda, y que ella quería, sin embargo en esos instantes en que no podía ver las imágenes sonaban artificiales, extrañas a su vida. Miró en derredor y todo lo que la rodeaba tenía una pátina sospechosa. Quizás la mentira de Sebastián fuera una más entre tantas pero le daba a todo un cariz oscuro, casi definitivo. Por primera vez se daba cuenta de que estaba sola, irremediablemente, y que no había esfuerzo que su abuela pudiera hacer para solucionarlo, por mucho que pasasen horas y horas juntas frente al televisor. Barruntaba que estaría encerrada en sí misma y que cualquier cosa que ocurriese le importaría muy relativamente. Incluso pensó en algo que rumiaba en los últimos tiempos: en la muerte de su abuela, y pudo verlo como un hecho más, de los muchos que la dejarían casi indiferente. Por lo menos era lo que sentía en esos momentos.

Regresó a su silla, delante del aparato de TV. Juzgaba que escaparía en parte de la melancolía y pasaría el rato. Desde que había dejado el colegio y no hacía nada en absoluto más que ver la TV el tiempo se había convertido para ella en una verdadera sustancia. Se podría decir que adquirió una consistencia pringosa y que había que abrirse paso a través de él. Corría en la medida en que ella ponía algo de su voluntad, y de no hacerlo se enfrentaría al riesgo de que se detuviese. Y no es que le tuviera una aprensión personal a esta posibilidad, pero veía a los conductores de la TV bregar para que el tiempo transcurriese y ella no podía sino ser solidaria con ellos. Los programas de la semana se repetían día a día, por lo que el tiempo se indiferenciaba; se hacía difícil distinguir un martes de un miércoles, excepto por los programas nocturnos, que ella ya no veía o a los que les prestaba poca atención. Ya las materias del colegio, con sus días respectivos, habían quedado atrás. Ahora ella le pertenecía a un tiempo agonizante al que había que insuflarle vida a la fuerza, aunque más no sea para que se mantenga como un moribundo perpetuo. No obstante Azul estaba satisfecha con su nueva vida, que se reconcentraba sobre una nada muy cómoda; frente a la TV, junto a su abuela, era

ella misma, Azul, de pies a cabeza, porque nada escapaba de su persona, todo vivía para ella y dentro de ella. La abuela, quien además había comprendido de inmediato qué pasaba sin siquiera pensarlo, no sólo estaba a su disposición sino que no era alguien diferente, pertenecía también a su persona. Dentro del departamento Azul era Azul, y el departamento entero era Azul; vagamente ella imaginaba que esto era su venganza frente al colegio, en donde nada era Azul, ni siquiera ella misma. Y en particular se vengaba de Sofía y Victoria, que ya no la tenían donde ellas ejercían su soberanía, y de Sebastián, que se había creído más que ella porque era más inteligente. En el departamento, al fin de cuentas, hasta Jesucristo redivivo no podría sino ser parte de lo que Azul tenía fagocitado. Y el problema principal (si es que era todavía un problema) era que la imagen del televisor seguía dando vueltas, girando y girando, incansable.

No había transcurrido media hora desde el llamado de Sebastián cuando sonó el portero eléctrico. Azul se quedó pasmada. Obviamente ni su abuela ni Raquel tocaban el timbre de abajo y de inmediato Azul pensó en Sebastián. Como le había cortado bruscamente, en medio de un enojo, creyó que el gordito venía en pos de la reconciliación, quizás a contarle la verdad con respecto al piso de arriba. En alguna medida se envaneció: "Sebastián vino corriendo" se dijo y de nuevo pensó en no atender, pero ahora porque sencillamente se le ocurrió que de esa manera le haría sufrir una decepción. Sin embargo insistieron y se levantó a atender ya que, después de todo, sentía curiosidad por lo que el gordito tuviera para decirle. Una vez decidida corrió hacia el portero eléctrico como si en ese llamado se encontrase su salvación, aunque para llevarse una desilusión: era un cartero, y traía una carta certificada para Raquel. El hombre se mostró desconfiado, si no estaba Raquel sólo la entregaría en mano y previa firma a un familiar directo. Azul dijo que era la hermana y que ya bajaba. Realmente la carta le importaba un comino, únicamente la entusiasmó la mentira. Raquel, por su trabajo, recibía bastante correspondencia, y si bien nunca era certificada Azul supuso que sería una más, un poco más impor-

tante. Se puso unos tacos altos de Raquel, se pintó los labios y bajó. Hacía tres días que no salía a la calle y aunque más no sea echaría un vistazo.

Al ratito subía con la carta, llena de sellos y de papeles pegados. Apenas si se fijó en el remitente. Era de un tal Germán, y el nombre no logró retrotraerla a años atrás, más que nada por desatención; bien que alcanzó a leer que provenía de Francia y esto sí la hizo pensar por unos segundos; se acordó de Florencia, que por lo que ella sabía ya estaba allá, y supuso que la carta tendría relación con la amiga de Raquel. Cuando entró al departamento escuchó que empezaba en la TV el juego que, lejos, más le gustaba, y no solamente de ese show sino de toda la programación. A su izquierda, entrando al comedor, había una pequeña biblioteca de pie, en mal estado pero fuerte todavía, y allí solían dejar los papeles con mensajes y la correspondencia. Azul, urgida, tiró la carta sobre el mueble y corrió delante del televisor. La carta recorrió el tablero de mesa con uno de sus filos y, luego de golpear contra la pared, cayó entre ésta y el mueble. Se deslizó hasta tocar el piso con una de sus puntas, el otro lado del sobre atrapado entre pared y mueble, únicamente visible si alguien se agachaba mucho con el fin de espiar en esos quince centímetros de luz entre el piso y el último estante.

Tres semanas más tarde terminaban las clases. Ese día Azul estuvo a la expectativa desde que se despertó. Dos días atrás se había encontrado con Lumidla y ésta le había contado que todo el curso, al mediodía, iría de picnic a un parque. Lumidla la había impulsado a que fuera, en atención a que todavía podía considerarse parte del grupo, mas Azul se había negado; casi con malos modos había asegurado que no iba a ir. Ya se consideraba ajena al colegio y además no quería que le preguntaran las razones por las que lo había abandonado. Tampoco quería ser testigo de la entente de Sebastián con Sofía y Victoria, la que tal vez incluyera también, como furgón de cola, a la propia Lumidla. Imaginaba a todo el curso encolumnado detrás de la hija de la secretaria o, mejor di-

cho, a muchos de ellos peleando por un lugar en la fila.

—No van a querer que vaya porque yo ya dejé. Y yo tampoco quiero ir —había aseverado frente a su amiga—. Ni siquiera tengo plata para comprarme las cosas.

Creía que no le importaría demasiado, no obstante ya la noche anterior había estado cavilando acerca del picnic y se levantó sin poder sacarlo de su cabeza. Ni siquiera los dibujitos animados tuvieron mayor efecto sobre su ánimo; estaba abstraída. Era un hermoso día de sol y los imaginaba bajo un árbol de hojas grandes y copa desmesurada, todos risueños, olvidados completamente de ella. ¿Qué podía hacer? No tenía la más mínima posibilidad de una venganza. Alguna que otra vez fue hasta la ventana, pero el día seguía esplendoroso y no se veía ni una nube en la cual depositar algunas esperanzas. Y si deseaba la lluvia no era tan sólo contra ellos sino por ella misma, para otorgarse ese poder, de convocar a la tormenta, y obtener en consecuencia alguna reparación. Quizás incluso a través de la lluvia la recordasen, le atribuyesen la maldición, le guardasen rencor.

Pasadas las doce del mediodía Azul salió a hacer una compra que le encargó la abuela. Hizo media cuadra y al doblar en la esquina vio a Sebastián, que estaba por cruzar la calle. Llevaba un bolso. De repente él giró en redondo y la descubrió. Pareció desconcertado. Pese a que al cruzar la calle hubiera ido en dirección opuesta, le aseguró que iba a buscarla a su casa para que fueran juntos al picnic.

—¿Venís? —el gordito quiso dar por sobreentendido que iría.

—No —se decidió Azul en el momento.

—Pero mirá —y del bolso Sebastián sacó un recipiente plástico y lo abrió. Estaba lleno de sándwiches de miga—. Son todos de roquefort, de ananá, y yo estoy a dieta. La mucama es una boluda. Además, éstos no me gustan.

—¿Y querés que yo me coma tus sándwiches?

—Hay un montón.

—Y si me ibas a buscar, ¿por qué cruzabas la calle para allá?

—Es que... Ya había cruzado cuando vi el kiosco, y quería comprar unos alfajores antes de tocarte el timbre y... Volvía a cruzar.

Azul no creía ni dejaba de creer. Odiaba a todo el curso, incluyéndolo a Sebastián, pero aspiraba a la indiferencia; de ambos hechos derivaba la fuerza de su negativa a ir al picnic.

—De acá son seis cuadras al parque —el gordito señaló en una dirección—. Yo, de pasada, te iba a buscar. Lumidla me dijo que había hablado con vos...

—¿Y por qué Lumidla habla de mí?

—¿Estás enojada con nosotros?

Este nosotros le hizo pensar a Azul que Sebastián y Lumidla formaban una pareja de algún tipo. Encolumnados todos detrás de Victoria. Azul callaba.

—Estás enojada por lo que te dije del piso de arriba. Pero, vos dejaste el colegio. Hubieras subido conmigo.

—¿Con quién subiste?

Sebastián no contestó.

—Vos me estás mintiendo —lo increpó Azul—. No hay materiales de construcción. Vos subiste y ya sos otro. Subiste porque entraste al grupito de Victoria. Estás metido en toda esa cagada. ¡Era lo que vos buscabas! En el fondo siempre querías estar metido, nada más —Azul lo miraba con inquina—. ¡¿Qué hay ahí arriba?!

—Si realmente querés saber vas a tener que verlo con tus propios ojos. Pasá por esa cagada que vos decís y subí. O volá el colegio entero con una bomba y lo que había va a estar entre los escombros. Pero entonces ya eso no va a importar mucho, ¿no?

Azul lo miraba. Pese a su apariencia más accesible, la primera alternativa era ahora para ella casi tan imposible como la segunda. Y la segunda era ya un chiste.

—Si no me vas a creer, subí —repitió el gordito, algo desafiante.

Azul permaneció en silencio, los ojos bajos, fijos en el cordón de la vereda.

—¿Viste? Hay materiales de construcción, nomás. O lo que sea que te digan que hay.

—Lo que haya ya no me importa.

—Bárbaro.

—Pueden hacer lo que quieran. Que se vayan a la mierda.

—Perfecto.

—No voy a ir más al colegio.

—El problema va a ser tuyo. Nadie se va a preocupar porque no vayas.

—Ni tampoco voy a ir al picnic.

Sebastián la miraba, abrazado al bolso. En sus ojos había, al mismo tiempo, dejos de burla y de interés, de preocupación. Pero Azul percibía su lejanía; todo parecía igual que antes excepto que ella ya no estaba en el mismo mundo que él.

—No tenés que ser tan... —Sebastián no encontraba la palabra y se quedó apretando los labios. Él quería conciliar todo, que todo le perteneciera. Había creído que su inteligencia lo habilitaría para tener todo, sin embargo este fallo suyo, la imposibilidad de encontrar una palabra, lo hizo vacilar acerca de sus aspiraciones.

—Andá a comprarte los alfajores —Azul lo rodeaba con el fin de continuar su camino.

—Esperá —y Sebastián dio dos o tres pasos hacia ella, que se alejaba, pero dudosos, poco convencidos—. Eh, esperá —repitió, esta vez con la voz algo más urgida y agónica, aunque descreyendo del resultado de sus palabras, e incluso quizás sin creer tampoco mucho en sus deseos de que ella volviera.

Y el gordito se quedó mirando como ella se iba. Se la veía bastante flaca dentro de esos jeans que no llegaba a llenar, casi sin demasiados atractivos. Pero era Azul la que se iba y a él tan sólo la caída de la remera y su ingreso al pantalón a la altura de la cintura ya le pareció de una delicadeza embriagadora. Era Azul, que había girado por meses en su cabeza, la que se alejaba a paso rápido, segura de sí misma. Había tomado una decisión y esto no generaba en ella ningún conflicto. Para Sebastián era admirable, y al mismo tiempo lo lastimaba. Por ella había salido de aquel paroxismo nervioso y él había creído en su momento que esto prenunciaba un destino. Y el destino se iba sin admitir en absoluto que lo fuera. Con la

sencillez que tenía el acto de caminar. Él lo había querido todo y se había juzgado con derecho, y apenas si podía impedir que lo invadiera una total sensación de vacío al forzar esperanzas que casi no latían: el picnic, Victoria, Lumidla. Sebastián se aferró aun más al bolso y bajó la vista para ya no verla.

A la mañana del día siguiente, un sábado que por fin no trabajaba para el laboratorio, Raquel barría el comedor mientras Azul y la abuela veían la TV. Hacía más de una semana que no barría y las pelusas eran ya bastante notables. No tenía ningún deseo de ser concienzuda pero se consideró obligada a barrer bajo los muebles. Por debajo de la bibliotequita apareció, empujado por el escobillón, un sobre blanco, lleno de sellos. Desde hacía meses no pagaban el impuesto municipal y de inmediato Raquel pensó en una intimación, o incluso el inicio ya de la acción judicial. Lo levantó con preocupación. Cuando leyó el remitente un violento calor se apoderó de su cuerpo. Se quedó mirando el sobre. Tenía miedo de lo que dijera esa carta y al mismo tiempo algunas esperanzas. Se fijó en la fecha del franqueo y era de un mes atrás. Desconfió de lo ocurrido con esa carta, la que tal vez hacía semanas que estaba bajo el mueble, y empezó a indignarse.

—¿¡Cuándo llegó esta carta!?

Azul y la abuela apenas si quitaron los ojos del televisor por un instante para mirar la carta en cuestión, mas ninguna de las dos dijo nada.

—¡¿Quién recibió esta carta?! ¿Vos, mamá?

—Yo no recibí nada.

—¡Azul!

La chica la miró.

—Yo no recibí ninguna carta.

—Sos una mentirosa.

—Yo no recibí nada —afirmó Azul con todo convencimiento al mismo tiempo que levantaba los hombros y sus ojos retornaban a fijarse en la pantalla de la TV.

Raquel ya no insistió. Se fue a encerrar con la carta

en su habitación. Le llevó unos largos segundos decidir la forma de abrir el sobre y el lugar por donde hacerlo. Tenía miedo de dañar lo que hubiera en su interior, que tenía algún volumen, según se podía apreciar. Finalmente lo rasgó con mucho cuidado siguiendo a distancia de milímetros la línea de uno de los bordes. Adentro había una carta y otro sobre más pequeño.

Esto decía la misiva:

Querida Raquel:

No ha transcurrido una semana desde que la vi a Florencia aquí en París y me decido a escribirte sin más demoras. Es que el trato con vos, al menos en el interior de mi cabeza, me es completamente familiar, cotidiano. Sobre todo en los últimos tiempos (otoño acá). Por eso es que escribirte, para mí, no es más que una continuación de un trato que yo imaginaba, que ha existido en mi mente.

Conmigo ocurrió todo lo contrario de lo que suele suceder. A medida que pasaba el tiempo te he tenido cada vez más presente. Conforme iba conociendo mujeres te apreciaba más y más. Cada una de ellas (tampoco fueron tantas) no hizo sino hacer resaltar tus méritos, y al final de esas relaciones de una u otra manera he evocado tu nombre. Te nombraba para denigrarlas a ellas, pero también para darme a mí una ilusión frente a ese nuevo fracaso. Por tiempo, entonces, hablaba mucho y bien de vos, especialmente conmigo mismo. Te separaba del resto de las mujeres, a las que he ido menospreciando, hasta llegar a odiar (o casi). Me era repelente, por ejemplo, el juego amoroso previo, todos los supuestos que hay que tener en cuenta, lo que hay que decir y lo que no. Me es insoportable tener una estrategia, una táctica; bastante me cuesta vivir. No puedo tener la más mínima táctica como artista (y eso que lo intento), menos puedo comprender que sea necesario también construir una con respecto a las mujeres. Y lo que me resulta realmente insoportable es toda la fraseología con que se han munido las mujeres en los últimos tiempos. Las francesas no son una excepción. Una larga serie de lugares comunes, en general bastante enrevesados, que constituyen el non plus ultra *de toda mujer que se precie de tal. Una serie de análisis que dejan todo*

colgado por cualquier parte sin llegar a ninguna síntesis (los travestis, desprovistos del cerebro femenino contemporáneo, tienen un éxito rotundo). Yo puedo estar confundido como cualquiera hoy día pero no lo expongo en tantas frases. La verdad es que extraño a las feministas de otrora (¡que leían a Beauvoir!), el mujerismo de hoy lee la borra del café. Consumen cualquier gansada, siempre que lo haya producido, claro, otra mujer. En fin, no me quiero extender, sólo quiero que sepas que en vos veo siempre la antítesis de toda esa mascarada por la cual las mujeres se disfrazan de mujeres. Te recuerdo y me parece difícil que existas realmente (yo fui un tonto atroz); una mujer que simplemente lo es, sin ninguna mise en scène. *En su momento no supe apreciarte. Hubiera querido escribirte mucho antes (aunque más no sea para reclamar mi peluca), pero me parecía descabellado y consideraba además que mi carta no te traería más que problemas. (Después de lo nuestro una amistad epistolar me sonaba a tontería). Pero la vi a Florencia e inmediatamente te hice acá a vos, mi visión del asunto cambió por completo. En principio, todo es posible... Y cuando hablé con Florencia me vi más alentado todavía a mandarte estas líneas. Quisiera que me estuvieras viendo mientras las escribo, como también quisiera verte yo cuando vos las leas. En persona, intentaría corregir lo que en el escrito yerra, tal vez por un exceso de cuidado o de esperanza. Debería disimularlo pero todas mis esperanzas van en esta carta. Escribo y al mismo tiempo pienso que, si la fortuna está a mi favor (y le ruego a la fortuna), en algo más de un mes estés aquí conmigo. Lo escribo y nace en mí algo parecido a la felicidad. Parecido porque la duda me duele y echa sombra sobre el escritorio en donde estoy escribiendo.*

En sobre aparte te mando un pasaje de avión con fecha 6 de diciembre. Llega a París el 7. Si vos querés, escribime antes o llamame para decirme tu decisión; si no, yo voy a estar el 7 esperándote en el aeropuerto De Gaulle (no estoy tan cambiado, un poco más canoso y tengo, según creo, una línea más difusa de cara, resultado seguramente de que ya no tengo ambiciones desmedidas con respecto a la pintura; quizás hasta sea más bueno, más anónimo). Florencia me mostró una foto tuya y estás más linda que hace cuatro años. Tu cara es más misteriosa. No hace mucho tuve un sueño con vos (es decir, éste lo

pude retener pero debe ser uno de muchos). Aunque tal vez no me convenga te lo cuento para que veas que ahora hago votos de absoluta sinceridad: yo estaba en un edificio inmenso (es de suponer un gran hospital). El edificio estaba muy cuidado pero vacío. Entro a una sala, en el medio de ella hay una camilla con una maquinaria por encima de ella que yo sé (en el sueño) que es odontológica. Paseo un poco por ahí. Hay dos piletas grandes con canillas encima, tipo de lavadero pero de tamaño exagerado. De repente, el fondo de una de las piletas se levanta; era como una puerta secreta. Yo espero por un tiempo, tengo miedo. Sospecho que va a aparecer un ejército de algo. Pero no. Aparecés vos. Estás vestida con pantalón y chaqueta verdes, propios de la atención hospitalaria. Yo comprendo y sin que me digas nada me acuesto en la camilla. Vos empezás a preparar la máquina. Das vueltas alrededor mío. Las mangas de la chaqueta son anchas y cortas y cada tanto, por un brevísimo instante, te veo una teta. Yo estoy embelesado y digo o pienso que me voy a quedar en esa camilla para siempre. Y no me acuerdo más, o no hay más.

Como verás no he cambiado tanto, solamente un poco. Sigo siendo tu profesor (¡¿te acordás?!) como hace siete años, cuando por vos rompí los códigos de la ética (¡ja!). Acá en París hay cosas por romper y hay dos o tres rincones que nuestros pobres cuerpecitos pueden llenar; uno está en los jardines del Luxemburgo, otro en los jardines de Versalles. Y, por supuesto, hay que encontrar otros rincones. La vida es eso después de todo. Y te invito a que los busquemos. Realmente deseo con todo fervor que vengas y busquemos juntos. Te quiero. Mi plan era no decírtelo, pero las tácticas se me van al diablo. Te quiero.

GERMÁN

PD1: Si todavía guardás la peluca...

PD2: Revisé y corregí la carta como tres veces; ya me duele la espalda, pero como le doy mucha importancia, va ahora una cuarta y... (capaz que corrija hasta que no quede carta).

Capítulo XII

Al mismo tiempo que el despertador empezaba a sonar Raquel se despertaba, como si, dormida, hubiese intuido que la alarma estaba a punto de ser activada. E instantáneamente estiró su mano hacia el aparato, por lo que el despertador no sonó más que una vez. A pesar de que tenía la puerta de su habitación cerrada y atrancada, no quería hacer ruido; ya se había dormido con esta consigna. Se incorporó en parte, apoyándose con el codo en la cama, para evitar dormirse nuevamente, aunque esta precaución parecía excesiva ya que estaba bien despierta, es más, tenía la sensación de haber dormido muy poco. Su conciencia estaba a pleno y enseguida se hizo presente en su discurrir todo lo que la esperaba esa mañana. Era tal vez demasiado cínico de su parte, tal vez algo fallase y... Era un día excesivamente importante para su vida, tanto que lo consideraba injusto, una condensación exagerada de decisión en un solo acto, en una sola mañana. Estaba aprensiva, y sin embargo sabía que no tenía mucho tiempo que desperdiciar si no quería perder ese avión que salía para París.

No había dicho nada en absoluto, ni a su madre ni a Azul; le hubiera sido imposible decírselo cara a cara. Y la noche anterior tampoco pudo escribir la nota que había planeado dejarles; de modo que se iría en el mayor sigilo, aprovechando el sueño de la madrugada, y sin dejar ninguna seña de su paradero. Se figuraba ahora que les escribiría una carta desde París, y que en la misma les propondría algún paliativo para el problema económico, aunque no podía imaginar con precisión cuál sería y el asunto, que dos o tres días atrás la había obsesionado, estaba ahora algo diluido en el mar de sus preocupacio-

nes. Se sentó en la cama y miró en derredor. Todavía tenía unas cuantas cosas por empacar y se le hizo dudoso que realmente pudiera terminar todo e irse. Imaginaba que cada cosa le llevaría varios minutos de vacilaciones y de conciliábulos consigo misma. Cada una haría el viaje a París más irrevocable y la alejaba de Azul. Llegaría un momento —si es que llegaba—, cuando tuviese listo el equipaje, en el cual todo estaría en el pasado, incluso ella, y tendría que llegar al futuro desde la nada. Le parecía imposible que pudiera hacerlo y menos aun llevando a cuestas el pasado en las valijas. Hasta el día de ayer, sin embargo, la idea de quedarse la espantaba; si pensaba en no ir caía en la desesperación. Bien que, ahora estaba sentada en la cama y renunciar al viaje se veía fácil, bastaba con dejarse estar, no hacer nada, quedarse ahí sentada, o mejor, acostarse y taparse con la colcha y no pensar en nada. Pero acostarse implicaba una decisión que no estaba dispuesta a tomar; en realidad no podía hacer nada en absoluto más que estar sentada, reconcentrada, lúcida aunque sin poder ingresar más allá de los umbrales de las ideas, intuyendo los dilemas que enfrentaba. Lo que tenía en derredor estaba muy lejos de sus manos; estaba hundida en la cama y el colchón cedía como nunca, cómplice de su inacción.

Un rato más tarde, sin embargo, miró el reloj. Hacía diez minutos que se había despertado y aún tenía tiempo para hacer el equipaje y llegar en horario al aeropuerto. Vagamente se dio cuenta de que ese gesto mínimo de mirar la hora suponía una suerte de decisión. Algo tenía que hacer para salir de la cama. Observó alrededor en busca del primer objeto que pudiera guardar en una de las valijas esa mañana. Y al ver la peluca la eligió, aun cuando había decidido con anterioridad dejarla para el final, de tal manera que fuera la primera cosa a mano al desembalar. Mas ahora necesitaba algo firme de lo cual aferrarse para empezar y, al tiempo que imaginaba el lugar que le daría en la valija, se puso de pie y fue hasta la peluca. Le tenía cierta aprensión; nunca había podido decidir si ese objeto le era grato o no, o mejor dicho, hacía algún esfuerzo para que le agradase sin poder apartar de

sí la impresión de que se trataba de algo sospechoso, hasta cierto punto animado, como si se tratase de un bicho en estado vegetativo. Mientras había estado en pareja con Germán la peluca siempre había representado para ella la posibilidad de la separación, luego devino en su opuesto, veía en la peluca la posibilidad del reencuentro. Nunca había podido dar un fallo definitivo con respecto a su existencia.

La levantó de la cabeza de telgopor y la peluca se convirtió en un objeto informe, suave al tacto, de una suavidad a la que tuvo por engañosa. ¿Era posible confiar absolutamente en la honestidad de Germán? En el transcurso de estos días Raquel se había repetido varias veces —aunque no quería creer en sus palabras y de hecho no creía— que debía confiar sólo en parte, que seguramente él exageraba, que quizás llevase un tiempo solo y entonces la idealizó, o que había algo de capricho en su actitud y que no tardaría en caer ella también bajo la picota de ese odio que había cobrado hacia las mujeres en general. Pero todas estas prevenciones habían nacido muertas. Y ahora, con la peluca en su mano, ni siquiera llegaron a surgir. Creía por completo en Germán dado que era la única manera de disponer de todas sus fuerzas para llegar a ese avión. Puso la peluca en un rincón de la valija en donde estaría protegida.

Y luego siguió con el resto de las cosas, decidida y llena de energías. Lo que hacía un minuto parecía dificultoso, casi imposible de llevar a cabo, era ahora cuestión de un rato de trabajo firme y silencioso. Se movía rápida y sigilosamente. Pesaba en su ánimo, como una pesadilla, el temor a escuchar el puño de su madre contra la puerta. O en su defecto, que merodease por la cocina. Normalmente su madre tenía un buen dormir y no recordaba que anduviese levantada a esas horas, pero siempre cabía la posibilidad de que justo esa madrugada... Miró el reloj. Eran las cinco y cinco. En diez minutos, según sus planes, debía salir de la casa. Diez minutos para estar en la calle y escapar de la posibilidad de ser descubierta. Su apuro iba *in crescendo*. Se figuraba que si era descubierta le sería casi imposible explicar que se iba a París

sin decir una sola palabra. Aparecería como un acto tan loco que se imaginaba más bien, en tal caso, renunciando al viaje. Y esta idea le crispaba los nervios y la impulsaba a una actividad más febril.

No le faltaba mucho para terminar de embalar cuando un aerosol de metal rodó por un borde de la cama y cayó al piso. Aunque no fue un ruido estrepitoso, en el silencio de la madrugada se oyó para Raquel como un pequeño estallido, potencialmente peligroso. Se quedó en suspenso, inmóvil, escuchando. Creyó oír, lejanos, unos ruiditos sospechosos. Inmediatamente apagó la luz de su pieza para evitar que se filtrara bajo la puerta. Por unos segundos no le llegó más que un debilísimo rumor de la calle, un remoto coche que aceleraba. Pero luego, nítidos, inconfundibles, se escucharon unos pasos en pantuflas avanzando sobre el parquet. De inmediato reconoció el lento andar de su madre. ¡Era increíble! No podía aceptar que tuviera tanta mala suerte. Su rostro se deformó en una mueca que casi desemboca en el llanto. Estaba segura de que la caída del aerosol la había despertado y que venía hacia su pieza. No la iba a dejar entrar de ninguna manera, esto era lo único que tenía en claro, el resto era confusión y bronca. Escuchó que una puerta se abría y luego se cerraba. Probablemente la del baño. Muy, muy quedamente se sentó en la cama. Entremezclada con su frustración nacía en ella una pequeña esperanza. No tenía más remedio que aguardar.

Y aguardaba con los ojos cerrados, reconcentrada en lo que sus oídos pudieran percibir acerca de lo que ocurría en el baño. Que no fue mucho, hasta que se escuchó la cadena y después la puerta que se abría. Los pasos, pesados, volvieron a hacer crujir ligeramente el viejo parquet reseco. Y se alejaron, debilitándose, hasta que ya no se escucharon más.

Aún Raquel esperó un par de minutos, desconfiando de su suerte. Luego se puso de pie y con una blusa vieja tapó la rendija entre piso y puerta. Prendió la luz y continuó haciendo las valijas, ahora sin tanto apuro y más cuidadosa. Si no se le caía nada coronaría con éxito su ida. Calculaba que, casi con seguridad, en un cuarto

de hora su madre estaría ya dormida. Por lo que se iría a las cinco y media, quince minutos más tarde de lo planeado pero todavía con buen margen de tiempo para llegar al aeropuerto. Tomaría un taxi a una cuadra de su casa, en una calle más transitada; lo tenía decidido desde hacía dos días. En realidad, todos los pasos de la mañana los tenía planificados y fue esta planificación la que le permitió dormir a la noche. Aunque empezaba a advertir que no todo había sido contemplado: tenía muchas ganas de hacer pis y dado que no podía hacer en la casa, ni había a esa hora un bar abierto en los alrededores, no le quedaría más remedio que aguantar hasta llegar al aeropuerto. El asunto comenzaba a desesperarla porque tenía por lo menos una hora de viaje hasta allá y se le dificultaba creer que pudiera hacer en el camino. Siguió con lo suyo pero teniendo en mente casi de manera constante el encontrar una alternativa que no fuese demasiado grosera (hasta pensó en sacar el culo por la ventana y orinar para afuera). Desde ya no quería dejar el menor rastro de pis en el departamento ya que ese hecho se sumaría condenatoriamente a su sigilosa huida.

Cuando tuvo todo absolutamente listo todavía no sabía cómo resolver el creciente problema de su vejiga. Para colmo tenía que cargar el equipaje: dos valijas medianas, una mochila y una riñonera bastante voluminosas. Juzgaba que el esfuerzo debilitaría su control y que correría el riesgo de hacerse encima, sobre todo al bajar y subir escalones. Pero eran ya las cinco y media pasadas y podía pagar caro sus hesitaciones. Se colgó riñonera y mochila, corrió con el pie la blusa que tapaba la rendija hacia un rincón, apagó la lamparita eléctrica y abrió la puerta conteniendo la respiración. La primera luz del amanecer pincelaba apenas la penumbra pero los pájaros, aunque aisladamente, ya cantaban. Raquel tuvo la impresión de que esos cantos la delatarían y sería descubierta, al menos si se demoraba. Cargó las dos valijas, aspiró mucho aire y fue avanzando paso a paso con extremo cuidado, intentando el silencio absoluto. Atravesó la cocina y luego giró en el pasillo rumbo a la puerta del departamento. La combinación del peso que llevaba, las

ganas de orinar y la necesidad imperiosa de sigilo la llevaba a un raro y lento bamboleo; quien la contemplase hubiera sospechado que no estaba del todo en sus cabales. Y finalmente llegó a la puerta, crispada y cansada por el esfuerzo, aterrorizada por la idea de escuchar una voz o unos pasos a sus espaldas. Apoyó las valijas en el piso y sacó las llaves. Estaba en el peor momento, el que más había temido; y mientras manipulaba las llaves sin que hiciesen ningún ruido nació en Raquel cierto convencimiento de que era observada. Estaba casi segura de que su madre se encontraba a sus espaldas. No miró para atrás. Al accionar la cerradura, exasperados los nervios, no pudo evitar un suave tintineo de las llaves. Abrió la puerta, tomó las valijas y salió, apoyándolas en el piso del palier. Entonces sí giró y se enfrentó a las penumbras del departamento. No vio nada, pero tampoco podía estar segura de que no hubiera alguien en el fondo del pasillo. Estaba asustada. Se apresuró a cerrar, siempre obsesionada por el silencio. Llamó el ascensor. Todavía estaba expuesta. Su madre o Azul podían abrir la puerta del departamento.

Recién cuando entró al ascensor y apretó el botón de planta baja empezó a tranquilizarse. Aunque otro resquemor cruzó por su cabeza: encontrarse al portero —aun cuando tan temprano fuera inusitado— y tener que darle explicaciones a él cuando no se las había dado a su familia. Atravesó el palier de planta baja corriendo y no lo vio. Aguantaba con todas sus fuerzas las ganas de hacer pis. Abrió la puerta del edificio, salió y cerró. Tomó sus dos valijas y se alejó al trote, un trotecito modesto y de cabeza gacha.

Raquel se había apoyado en una columna de hierro que enmarcaba un gran vidrio. A través de éste se veía un pequeño jardín de invierno, algo oscuro y triste en medio del aeropuerto. Ya había hecho pis y despachado sus dos valijas. No tenía más que esperar el llamado de embarque. Pese a su volumen y peso, no quiso despachar la mochila y ahora la tenía a sus pies. Había rehusado

sentarse, en gran medida porque no había asientos contra la pared y ella no quería ser sorprendida por la espalda. Había encontrado ese lugar algo apartado entre los grandes halles repletos de gente. Miraba unas plantas raquíticas que crecían malamente en unos triángulos de tierra. Se veían grises. Estaban ahí, perfectamente podían no estar. El jardincito parecía ser resultado de un sobrante de espacio, algo completamente secundario. A Raquel le recordó su propia habitación. Y pensó que, si se quedaba en Francia, Azul coparía esa piecita con sus desechos, atiborrándola con cuanta cosa fuera tocada por sus manos y se convirtiera en consecuencia en un objeto que ya no podía ser arrojado a la basura. No le importaba. Por otro lado, consideró que tal vez Azul no tuviera en el futuro muchas cosas para guardar, aunque de inmediato se dijo que muy probablemente se las ingeniase en la pobreza para generar basura que acumular. Miró el reloj. Difícilmente su madre se hubiese levantado. Esto en parte la tranquilizaba. Prefería figurarse que su huida no sería advertida hasta que estuviese en el avión, el que despegaba ocho y cincuenta. En estos cuatro días que mediaron entre la lectura de la carta y el viaje que ahora emprendía, Raquel había pensado mucho en la reacción de su madre y de Azul cuando advirtiesen su ausencia y la de sus cosas. Sobre la madre no le cabían dudas: la putearía con toda su alma, sin buscar razones, sin entender y, aun más, sin sospechar que había algo que entender. Se sentaría frente al televisor y la putearía en rosarios aislados, durante las propagandas; y afirmaría que ella (la madre) sabía desde siempre que eso iba a ocurrir y que la muy... (de todo) había esperado a que le quitaran la pensión para hacerlo. Para su madre todo se reduciría a una acción contra ella y no vería nada más allá, apenas si se preguntaría por su lugar de destino y cualquier cosa que imaginase le daría más o menos lo mismo. La reacción de Azul, por el contrario, era para Raquel un misterio. Tanto podía imaginársela portadora de una risita sarcástica, en razón del espacio, por pequeño que fuese, que se le abría en la casa, como llorosa por el lazo filial que mal que bien las unía, o cabizbaja por el dinero que iría a

faltar dramáticamente. Nada le parecía posible; todo lo que imaginaba lo juzgaba artificial, como si, en su fantasía, Azul fuese una mala actriz, incapaz de ocultar su actuación. Y de esto finalmente deducía que ella estaba forzando a Azul a sentir algo y que posiblemente no sintiese demasiado y se limitase a acompañar el odio de su abuela con una aquiescencia muda y desganada.

Raquel apenas si escuchaba lo que anunciaban por los altoparlantes; cada tanto iba hasta un televisor en el que imprimían los anuncios y luego volvía a su lugar, que no era un rincón precisamente pero que para ella había cobrado tales características. No quería ser observada, no quería existir en ese aeropuerto, no quería que alguien más tarde dijese: "sí, la vi a esa tuerta en el hall de embarque y, sí, llevaba una mochila". Miraba las plantas y esto le servía de excusa para no mirar a la gente. Las plantas que, grises, estaban como en un muy pequeño desierto y que, ahí, permanecían muertas en vida. Deseaba estar en el avión, aunque no estaba muy segura de querer que el avión llegase a alguna parte. En el fondo deseaba que su vida entera fuera el viaje hasta Germán y no arribar nunca. El estado ideal de la esperanza. Tenía miedo de desilusionar, o desilusionarse ella. Porque ¿cómo volver junto a su madre y a Azul a reclamar un lugar en esa casa, esa piecita que no sería suya? De regresar, tampoco tendría trabajo y en la desesperación sólo podría encontrar algo muy mal pago.

Miraba en especial una plantita hirsuta, durita en su fealdad calcárea, y no pensaba en nada; su pensamiento, inmóvil, abrigaba la esperanza de estar en el avión, ya que entonces, quizás, pudiese experimentar cierta alegría. La plantita, en ese hueco, no debía conocer el viento; sus ramitas, impertérritas en esa gris tranquilidad, eran como de espino, nada flexibles, de tal manera que cualquiera de ellas que se tocase temblaría toda la planta. Y el pensamiento de Raquel se enfrascó por un rato meramente en este hecho: era dura y temblaría toda. Confusamente, en este estancamiento de su discurrir, su mente se aferraba a estas dos ideas que se habían unido: la dureza y el temblar. La plantita era horrible, de repente fue

muy consciente de esto, y su pensamiento empezó de nuevo a correr. Era horrible lo que estaba haciendo con Azul. Salió a luz la frase que se había repetido por años: "la hubiera tenido a los dieciocho años". Se lo dijo a sí misma un par de veces y volvió a sentir ese asombro de otrora por el hecho de no ser su madre. Sentía una perplejidad dolorosa, de la misma manera que si se enfrentara a un imposible. Pero para Azul, la madre era la abuela, y ya no podía pensar en separarlas, eran un bloque, construido con una sustancia que sólo puede segregar una psiquis que padece una determinada enfermedad; enfermedad que tal vez no exista, que quizá no sea tal, que tal vez únicamente pruebe su realidad en la segregación de esa sustancia y nada más. Una sustancia que no puede hallarse bajo otra forma sobre la tierra. Es casi la misma sustancia por la cual nadie puede separase de sí mismo, pero segregada en común por dos personas, y de ahí la diferencia. Había pensado, sin creer jamás que fuera posible, en llevársela a Francia, aun cuando sabía perfectamente que allí Azul arruinaría su vida, porque ya no había modo de que Azul no arruinase la vida de quien conviviese con ella. Fue un destello, ni siquiera una idea que durase el tiempo suficiente como para sopesarla; y como resabio quedó una mayor preocupación por el problema de dinero en que las dejaba. En medio de sus secretos preparativos Raquel fue corroída por este asunto, hasta que no tuvo más remedio que decirse que en Francia pensaría en algo. Y ahora que en el aeropuerto cavilaba sobre Azul cruzó por su cabeza algo que la dejó consternada por unos momentos, el tiempo que tardó en desechar la cuestión: Azul ya tenía catorce años y el desarrollo físico como para dedicarse a la prostitución; incluso llegó a figurarse que no le faltarían clientes, sobre todo tipos maduros... Raquel pensó en hombres maduros que, como Germán, habían cobrado fobia a las mujeres. Mas esto se diluyó no bien se hicieron presentes en su discurrir los anuncios de los vuelos y se dirigió entonces a uno de los televisores.

Debía embarcarse, sin más remedio. Era un paso que tenía que dar, aunque a ella le pareciese demasiado im-

portante como para ser dado. Aferró las tiras de la mochila y bajó la vista, inmóvil bajo el televisor. Hubiera querido tener algo que hacer en ese hall, comprar una revista o algo por el estilo. Dio dos o tres pasos al garete y se detuvo. No podía pensar con precisión. Estaba segura de tener todos los papeles en la riñonera pero no podía pensar en ellos uno por uno. Estaba inmóvil no muy lejos de una columna y nadie parecía reparar en ella. Y Raquel tampoco registraba todas esas presencias a su alrededor, eran un lejano murmullo de fondo. Ella era consciente de su respiración y de la existencia de la mochila a sus espaldas y de la riñonera en derredor de su cintura. Sus manos, metidas bajo las tiras de la mochila, se le acalambraban, mas ella no se daba cuenta. Se había hundido en sí misma y no podía o no quería salir. Estaba quieta por completo, como una de esas estatuas vivientes que sólo se mueven por dinero, pero en su caso no había ninguna afectación; estaba quieta y ella misma no se daba ningún destino.

El zumbido fue creciendo hasta transformarse en un sordo rugido. El avión entero temblaba al tiempo que se desplazaba lentamente en busca del lugar en donde empezar su carrera. Parecía un animal fuera de quicio pero contenido por el miedo. Había en el pasaje una expectación colectiva, que sólo existía si se los tomaba en conjunto porque cada uno, tomado individualmente, estaba tranquilo y, en apariencia, indiferente. Quizás pudiera adivinarse esa expectativa no tanto en lo que la gente hacía sino en lo que dejaba de hacer.

Y por fin el avión encontró su lugar. Liberado, empezó la carrera, aunque ahora sus fuerzas no parecían tantas como cuando estaba contenido. Por el contrario, se lo advertía casi falto de fuerzas, algo débil para enfrentar lo que le aguardaba. Raquel percibió esta supuesta debilidad y desconfió de que pudiera despegar. Miró en derredor para comprobar si el resto del pasaje compartía su impresión. Ningún pasajero le devolvió la mirada, por lo que la retrajo. Era la primera vez que viajaba en avión y

no podía comparar; sin embargo ahora, mientras carreteaba pesadamente, no confiaba en que el avión tuviera la potencia suficiente como para despegarse del suelo. El aparato corría y se esforzaba, burdamente para Raquel porque no creía que fuera a volar. El paisaje se desplazaba por las ventanillas cada vez a más velocidad, pero esto no generaba en ella mayor esperanza. Se aferró con fuerza a los apoyabrazos y se preguntó adónde iría a parar ese avión, si había suficiente lugar delante de la pista como para frenar con un mínimo de daños. Pensaba en esto y al mismo tiempo se despedía del viaje y de Germán y se echaba la culpa por el fracaso del despegue. No estaba en su destino irse a Francia y el avión no lograba volar. Y durante unos momentos estuvo realmente segura del fracaso y se asustó: los motores rugían y el avión corría en vano desaforadamente. La testarudez de los pilotos la ofuscó; era suicida. Ya estaba a punto de intentar algo cuando se dio cuenta de que el avión se elevaba, no obstante no se tranquilizó en lo más mínimo, por el contrario, despegar cuando todo el carreteo había fracasado significaba para ella una caída prácticamente segura, y ahora sí que escapar de la muerte sería un imposible. Se encrespó y miró por las ventanillas. Seguían elevándose. Ya no había salvación, aunque al mismo tiempo que se decía esto nacía en ella cierta esperanza de que el avión superase el mal trance; al fin de cuentas no caía sino que seguía subiendo. Y, confusa, quedó a la expectativa, todavía sin soltar los apoyabrazos. No quería creer en las apariencias, que indicaban que el aparato se elevaba con creciente facilidad. Hasta que el paso del tiempo fue amenguando su desconfianza; además, indudablemente se advertía al avión cada vez más liviano. Ya no miraba hacia las ventanillas sino a un televisor que, allá arriba, a un costado, iba indicando la altura. Trepaban y trepaban. Ya estaban a más de mil quinientos metros. El ambiente en el avión se iba distendiendo y Raquel no pudo menos que participar en alguna medida de ese alivio generalizado. Parecía mentira pero en verdad iba a París. De cualquier manera no sacaba la vista del altímetro que reproducía la pantalla. Los metros corrían con rapidez. De

nuevo los motores daban la impresión de tener la potencia suficiente como para hacerse cargo del peso del avión.

Iría a encontrarse con Germán en el aeropuerto De Gaulle. Raquel cayó en la cuenta de esto y el corazón le dio un vuelco. Estaban a más de cinco mil metros y el encuentro empezaba a ser algo irreversible. En parte seguía nerviosa, aunque el motivo iba mudando, y con esto cambiaban también los síntomas: ya no era el vientre el epicentro de todo, sino su sistema circulatorio. La sangre le latía en algunas zonas del cuerpo, sobre todo en las sienes. De cualquier manera soltó los apoyabrazos y al hacerlo notó que la mujer que estaba a su izquierda, gorda y notoriamente mofletuda, la miraba. Raquel rehuyó la vista y tornó a mirar el televisor. El ascenso ininterrumpido le daba ánimo. Los metros que el avión ganaba la convencían de que los hados estaban a su favor. El pesimismo la abandonaba, aun cuando ella se resistiera a dejar de lado su desconfianza. Temía que, de entregarse al optimismo y aflojar su estado de alerta, recibiera un golpe de desgracia como respuesta.

Finalmente, el altímetro indicó que estaban a más de diez mil metros de altura y el avión se estabilizó. Enseguida advirtió Raquel que el aparato se deslizaba con comodidad en el aire. No tardó en aparecer el anuncio de que se permitía al pasaje quitarse los cinturones de seguridad. Y en ese mismo instante las conversaciones subieron de tono en todo el avión, haciéndose más vivas y alegres. Algunos se levantaron de sus asientos y se dieron a caminar por los pasillos. Raquel también se sacó el cinturón de seguridad. Tenía ganas de caminar, de ser expansiva. Hubiera querido hablar con alguien, y echó un vistazo hacia la gorda, quien miraba ahora la publicidad de la aerolínea que pasaban por la televisión. Raquel también se puso a mirarla, aunque apenas si le prestó atención. Debía reconocer que sus temores se habían disipado. Volaba directamente hacia París. Y mal que le pesara la felicidad se abría paso; una inundación subrepticia, irrefrenable. Se acomodó en el asiento. El cuerpo le cosquilleaba agradablemente, como si su piel disfrutara

también de ciertas esperanzas sobre el futuro. Y se volvió a acomodar en el asiento, buscando la posición ideal para la espalda. Su pensamiento reptaba satisfactoriamente por una nada bienhechora, por una ausencia feliz.

Al despertar en la mañana Azul oyó el sonido de la televisión. Eran casi las once de la mañana, según pudo ver en el reloj despertador. Todavía tenía un poco de pereza y se quedó un ratito en la cama, a sabiendas de que ya no volvería a dormirse.

Oía el programa que había sintonizado su abuela, aunque no llegaba a distinguir con claridad qué ocurría. Le llegaban palabras aisladas, que sólo le permitían intuir lo que se estaba diciendo. Era un día de calor, probablemente con sol dada la luz que entraba por las rendijas de la persiana. No tenía ganas de levantarse, excepto que el estómago vacío le reclamaba algo. Cuando se despertaba en las mañanas solía gritarle a su abuela para que le trajera el desayuno, pero en esta ocasión no juntaba las fuerzas como para hacerlo.

Decidió que iría a la cocina a buscar algo y lo llevaría al comedor, para ver la televisión junto con su abuela. Se calzó unas ojotas y cansinamente, con andar pesado, enfiló por el pasillo. Había en el aire un tufillo indiscernible, ligeramente desagradable. Cuando entró a la cocina vagamente percibió que algo no se acomodaba a la rutina, mas no se preocupó en lo más mínimo. Abrió la heladera y sacó un jugo de manzana y la manteca. Al cerrarla, y prescindir en consecuencia de la luz interior del aparato, cayó en la cuenta de que la cocina estaba algo más penumbrosa que lo habitual en las mañanas. No tardó en advertir que la habitación de Raquel estaba a oscuras o, cosa rara porque justamente su ventana colaboraba en alguna medida con la iluminación de la cocina, había dejado la puerta cerrada. No podía verlo desde donde estaba. Fue hasta la entrada de la pieza, que estaba abierta, y prendió la luz del techo. Se quedó atónita. Apenas si tardó un par de segundos en comprender qué significaban las estanterías vacías todo a lo largo y lo alto de la

pared del costado, arriba de la cama. Corrió hasta el comedor. Estaba ofuscadísima. No podía concebir semejante traición. La cara se le desencajaba, roja y brillosa.

—¡Raquel se fue! —le gritó a la abuela—. ¡Se llevó todo!

La abuela le echó una mirada acerada, maciza y fría tras las lentes, y retornó a ver la televisión.

—¡Me escuchaste! ¡Se fue! —gritó aun más fuerte.

—Sí. Te escuché —no quitaba los ojos de la pantalla.

—¡¿Y qué...?! ¡¿Qué vamos a hacer?!

—¿Y qué querés que haga?

Azul no contestó. Hubo unos instantes en que sólo se escuchó la voz del conductor de la televisión.

—¿Se habrá ido... para siempre?

La abuela levantó los hombros.

—Se llevó todo. No dejó nada la muy turra —ratificó Azul, que necesitaba decirlo nuevamente.

—Te dejó a vos.

—¿Y la plata? ¿Qué vamos a hacer?

La abuela cambió de canal. Y luego volvió al original.

—Quería ver el sorteo multisincrónico del nueve. Pero ya me lo perdí.

—Si mandaste nada más que quince stickers.

—¡¿Y vos ayudaste?!

—¿Y por qué te voy a ayudar? —Azul seguía colorada—. Estoy harta de los sobres.

Azul se sentó en el lugar que siempre ocupaba en la mesa, delante precisamente del televisor. Había olvidado el jugo de manzana y las galletitas con manteca. No podía entender la actitud casi displicente de la abuela. La miraba cada tanto y no podía siquiera intuir el secreto que guardaba, si es que guardaba alguno. La imagen del televisor daba vueltas y vueltas, quizás algo más rápido esta mañana que otros días más afortunados. La co-conductora presentó un informe que había sido grabado en las calles y aseguró que se iba a ver algo increíble.

—¿Se habrá quedado ciega? —arriesgó Azul en referencia a Raquel.

Pero la pregunta no encontró ningún eco en su abue-

la. La mujer siguió mirando la TV sin ningún atisbo de reacción. Y Azul había arrojado la pregunta sin grandes esperanzas. El hecho mismo de que hubiera quedado ciega no le decía mucho en ningún sentido. Apenas si subyacía en ella la idea de que Raquel se habría internado en algún lado. El programa empezaba a absorber su atención. La imagen daba vueltas y vueltas. A pesar de ello se podía ver a cinco personas que caminaban en cuatro patas por una vereda céntrica; aullaban y gruñían e incluso se abalanzaban sobre los transeúntes para morderlos. Eran cinco hombres desnudos, dos o tres de ellos entrados en carnes, los que componían la jauría. La cámara los seguía desde alguna distancia. La conductora del programa no había sido nada explícita, de modo que era imposible saber qué se estaba viendo, aunque era de suponer que era una broma televisiva de envergadura.

No tardaron los hombres en conquistar una franja de vereda para ellos y, haciendo retroceder a los transeúntes, ganaban espacio. La imagen daba vueltas y vueltas. La cámara se alejaba algo, tal vez para darle mayor realidad al asunto, y ahora se distinguía menos, pero era evidente que se habían sumado dos o tres hombres más y que la jauría crecía. En un gordo desnudo que avanzaba junto con otro cerca del cordón de la vereda, Azul creyó reconocer a Sebastián. No veía más que el culo y un costado del cuerpo y bien podía no ser él, mas Azul se inclinaba a creer que sí lo era. Iba a decírselo a su abuela cuando quien portaba la cámara, por razones que no podían establecerse, se cayó al piso. Por unos segundos sólo se vio una imagen confusa, consecuencia de los movimientos histéricos de la cámara. Luego, poco a poco, los movimientos fueron aquietándose y la imagen cobró nitidez. No podía saberse si la cámara estaba en manos del mismo de antes o había caído en otras manos. Lo cierto es que ahora la cámara filmaba casi a ras del piso y la gente en cuatro patas cobraba otra dignidad. Se los veía con la cabeza alzada, alertas y ya no rabiosos, seguramente porque su número había crecido notablemente y se habían incorporado ya varias mujeres. Eran muy extrañas esas imágenes. Parecía una broma desopilante.

Ocupaban quizás una larga vereda, esto ya no podía discernirse. Y menos en el televisor de Azul, que daba vueltas y vueltas.

—Viste —le dijo Azul en un momento dado al tiempo que señalaba un ángulo de la pantalla—. Esto está filmado cerca del monumento ese... en esa avenida que termina en la fuente.

—Esto es París —le contestó, tajante, la abuela.

—¿París? ¿Y cómo sabés? Si no dijeron nada.

—Yo sé. Es París.

Azul pensó en Florencia, e inmediatamente en Raquel. Y se acordó de la carta que había recibido ella hacía casi un mes y que Raquel había encontrado bajo el mueble unos días atrás. Estaba segura de recordar que venía de Francia y que era de un hombre, bien que el nombre se le escapaba. En su momento no le había dado importancia, había supuesto que era un amigo de Florencia y que no sería demasiado importante para Raquel. Sin embargo, ahora la llegada de la carta le pareció significativa.

—¿No se habrá ido Raquel a París, con Florencia?

—No sé —le contestó secamente la abuela.

La imagen daba vueltas y vueltas. Pasaban unos avisos publicitarios; la conductora había anunciado que luego de la tanda emitirían el final del informe.

—O se habrá ido a vivir con el gordo de las encuestas, el que la vino a buscar la otra vez —se le ocurrió a Azul ahora.

La abuela se demoró en contestar.

—Ya va a aparecer —dijo por fin con toda convicción y dejando trasuntar que esa aparición que preveía no la haría nada feliz.

Y la firmeza de la mujer fue tan grande que Azul en alguna medida se envalentonó. Se figuró que su abuela tenía razón y que no había por qué preocuparse tanto. Ya iría a aparecer Raquel pidiendo se la dejara regresar, abrigando la pretensión de retornar a la pieza que había dejado. Y las habría de encontrar fuertes y unidas, como estaban ahora, impertérritas, viendo la TV.

La imagen daba vueltas y vueltas. La gente desnuda

y en cuatro patas había avanzado hasta tomar casi toda la cuadra, al menos habían llegado hasta una esquina y la dominaban. Un grupo patrullaba, o así lo actuaban. Otros iban y venían, comprobando cuánto terreno habían ganado. Repuesta de su perplejidad inicial, Azul empezaba a sentir admiración por esa gente y a creer que había algo de realidad en lo que se mostraba. Tal vez ni siquiera hablaran entre ellos pero estaban muy organizados. Era increíble verlos. Parecían haber adquirido otra naturaleza, y la lucían cada vez más ostensiblemente. Si es que la habían tenido, no mostraban ya ninguna vergüenza, ni por su estado ni por lo que hacían. Querían trasuntar que eran gente dichosa, valiente, y aparentaban un éxito irresistible. La cámara enfocaba exclusivamente la esquina, y a ella llegaba la gente en ordenados tríos. Era de suponer que contaban ya con una base en algún lugar; probablemente, en la farsa, habían tomado la manzana entera. Azul estaba admirada. Quería creer que eso que veía era algo más que un juego o una mascarada para la TV. Quería creer en esa gente. No se animaba a preguntarle nada a su abuela por temor de caer en el ridículo, pero hubiera querido saber más acerca de ellos. La imagen daba vueltas y vueltas. Azul daba por supuesto que para esa gente el colegio o cualquier otra forma de conocimiento no contaba en lo absoluto. Todo era muy simple y verdadero. Para ella no había ningún artificio. Y lo corroboraba al observar que la abuela no se escandalizaba por lo que veía. Se estaba muy tiesa en la silla, concentrada en esa imagen que giraba, y no emitía ninguna opinión. Azul creía percibir la aprobación de su abuela para con ellos, pese a que no era nada amiga de lo delirante sino todo lo contrario. Y si no decía nada era porque justamente, frente a la naturalidad absoluta de esa gente, no cabía decir nada. Y cada vez eran más, esto era evidente. La producción televisiva debía ser importante. La verdad que expresaban, al menos a los ojos de Azul, se hacía más contundente con el número.

Eran muchos los que se concentraban en la esquina. Se hacía visible que cruzarían la calle en cualquier momento. Si había un guionista, los quiso hacer aparecer

como una fuerza desbordante. En sus cabezas erguidas se podía adivinar que había llegado la hora de dar un paso que para ellos debía ser trascendente. Azul los imaginó desparramándose por la ciudad, triunfantes, inundándolo todo. Por mucho que para su abuela fuera París, ella los pensaba ahí, en la avenida que terminaba en la fuente. La imagen daba vueltas y vueltas y todavía no cruzaban. Azul se figuró que llegarían hasta el colegio. La esquina desbordaba de una actividad febril. El entusiasmo era mucho. El enfoque de la cámara era algo nervioso; se podía pensar que se pretendía simular el neviosismo que se vivía. No parecía fácil pero en su interior Azul los alentaba a cruzar. Habían organizado toda una primera línea bordeando el cordón. Debían ser los más fuertes, los más decididos. Y atrás había una poderosa retaguardia; se veían montones de cabezas en la esquina y a ambos lados, en los comienzos de las dos cuadras. Azul se mordía el labio inferior. La gente aguardaba algo que ella no podía comprender y empezaba a impacientarse. —¿Por qué no cruzan? —se preguntaba para sí, algo indignada por la demora. La imagen daba vueltas y vueltas. Toda esa gente estaba a la expectativa y sin embargo no parecían tener dudas acerca de lo que iba a ocurrir. Sólo esperaban que ocurriera. Era notable cómo la TV había logrado esa uniformidad en la expresión. Nadie presionaba sobre la primera línea, no se movían; firmes en sus cuatro patas, con la cabeza erguida aguardaban.

Al atardecer, el sol entraba oblicuamente por la ventana. Azul se estaba en su silla frente al televisor y cada tanto se movía para desentumecerse. Ligeramente le dolía la espalda a causa de las muchas horas que llevaba allí, junto a su abuela, mirando la pantalla de la TV, que daba vueltas y vueltas. A veces echaba una ojeada sobre su abuela para descubrir si había en ella alguna incomodidad, pero la mujer estaba quieta y, en apariencia. tranquila. No habían tenido ninguna noticia de Raquel y Azul ya aceptaba la idea de una desaparición prolongada, tal vez definitiva. Podía tardar mucho tiempo en apa-

recer o no aparecer nunca. No pensaba en verdad en ello; era un asunto que flotaba quedamente por detrás de su atención, la que se ocupaba más que nada de lo que ocurría en la pantalla. Veían una serie. Dos adolescentes a quienes se acusaba injustamente de un robo a mano armada y que huían de la policía. Se suponía que a lo largo de la serie, y mientras se mantenían en la clandestinidad, lograrían recolectar las pruebas para acreditar su inocencia. En su escape cometían un delito tras otro pero era de suponer que finalmente serían perdonados también por todos ellos. Azul advirtió a lo largo de este capítulo un par de atajos que los protagonistas hubieran podido tomar en el camino hacia las pruebas que necesitaban, y hubiera querido comentárselos a su abuela, mas la cohibió su inmovilidad, la fijeza con que miraba la imagen que daba vueltas y vueltas. Hacía horas que la mujer no se levantaba de la silla, ni siquiera para ir al baño, y aunque esto no era extraño sí lo era su silencio. Desde la mañana casi no había hecho ningún comentario ni se había quejado del dolor en el vientre.

Unos pocos rayos de sol entraban por la ventana y se proyectaban hacia un rincón del comedor, por detrás de Azul y de su abuela. En su trayecto, iluminaban el polvo que flotaba y trazaban unas líneas en el aire. Pero ellas no las veían. Como tampoco escuchaban el goteo de la canilla del baño ni el rumor del tránsito en las calles. El mundo era una lejana periferia cuya débil existencia era ignorada. Sumidas en la ausencia, quietas en el comedor, no contaban más que para ellas mismas. Recluidas en su desaparición, estaban. Sentadas frente al televisor cuya imagen daba vueltas y vueltas.

Esta edición de 3.000 ejemplares
se terminó de imprimir en
Kalifón S.A.,
Humboldt 66, Ramos Mejía, Buenos Aires,
en el mes de octubre de 2001.

GUSTAVO FERREYRA

Gineceo: el hogar, la casa está habitada por tres mujeres. Son la hija, la madre y la nieta. Las tensiones pueden imaginarse, pero las que Gustavo Ferreya detecta en su tercera novela insinúan o definen un concentrado universo que absorbe o rechaza la realidad a partir de las imágenes de la TV. En dos de estas tres mujeres, de generaciones distintas, hay una extrema voluntad de poder: no quieren hacer otra cosa que ejercerlo.

Con recursos que hacen sospechar un entrenamiento de observación tan intenso como eficaz, una imaginación tan rica que pasa por alto las imperfecciones de la verosimilitud, el autor de *El desamparo* desarrolla su argumento mientras incorpora fugacidades y demoras capaces de confundir y equilibrar la atmósfera realista y el oscuro trasfondo psicológico.

Interrogación acerca del esplendor y la sordidez del poder, sus despilfarros y usuras, no en el plano de la relevancia frívola, periodística, sino en el discreto escenario de la vida doméstica, *Gineceo* cuenta una historia y la comenta con sutileza. Ajena a las simplicidades ejemplares y a las desproporciones de la alegoría, esta novela cautiva nuestra atención y suspende las credulidades que una prédica obstinada del engaño nos ha enseñado a tolerar con rigurosa indulgencia. Novela literaria, social, psicológica y política, *Gineceo* inaugura un lugar que la ficción debería, como los personajes de esta novela, acostumbrarse a ocupar.



www.edsudamericana.com.ar